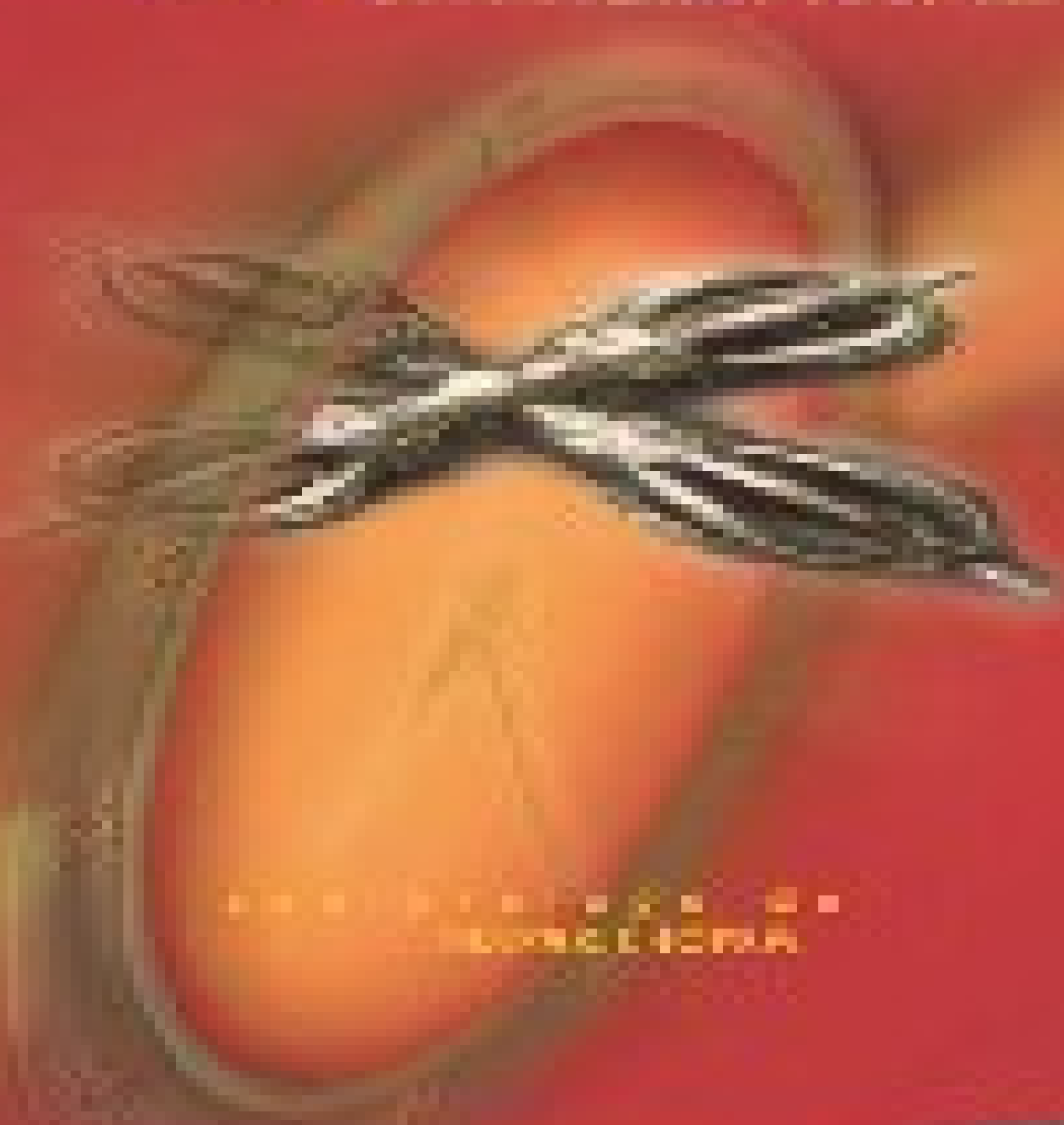


el misterio de las

coincidencias

UNA HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA DE Sigmund Freud



EL MISTERIO DE LAS
COINCIDENCIAS



ata



Annotation

El relato del Dr. Zancolli comienza en la India tibetana. Las experiencias vividas por el autor en este viaje nos invitan a reflexionar sobre el papel de las coincidencias, su significación y la repercusión que han tenido y tienen sobre nuestra vida. ¿Poseen las coincidencias un significado oculto?, ¿se trata solo de "meras coincidencias" o, mas bien, de una ilación sutil de hechos encadenados causalmente?. El autor indaga sobre la significación e importancia de los lugares, los objetos y las costumbres en busca de un sentido que le de unidad a su vida. Retoma para este fin los aportes de la teoría de la sincronicidad de Jung (psicólogo alemán, discípulo de Freud), aspectos de la física cuántica y una perspectiva personal sobre la religión budista. De esta manera, el autor nos obliga a replantearnos todo nuestro camino, desde un plano que, tal vez, hemos dejado de lado, un camino alternativo que aún no hemos recorrido y aguarda ser descubierto.

Eduardo R. Zancolli

EL MISTERIO
DE LAS COINCIDENCIAS

Una aventura guiada por la sincronicidad

Eduardo R. Zancoli

El misterio de las coincidencias

a Mercedes, sin duda...

Al escribir este trabajo, he hecho realidad una promesa que por muchos años no he tenido el coraje de cumplir. Las dificultades del problema y sus derivaciones me parecían demasiado grandes. He conquistado ahora mis dudas para encarar el tema, y esto se debe especialmente a que mis experiencias con el fenómeno de la sincronicidad se han multiplicado a sí mismas a través de las décadas.

CARL GUSTAV JUNG 40

La mayoría de nosotros parecemos ahora capaces de hablar de nuestras experiencias espirituales sin reparar en la vergüenza o en el miedo a ser criticados. Siguen abundando los escépticos, pero la balanza de opinión parece haberse desplazado, de modo que ya no es tan común el proverbial sentimiento al ridículo como reacción instintiva. Ya optamos antaño por ocultar ante los demás, y hasta descartarlas para nosotros mismos, nuestras experiencias de la sincronicidad, por miedo a ser objeto de bromas y a que se rieran de nosotros. JAMES REDFIELD 46

PRÓLOGO

Deepak Chopra...

I have been Dr. Zancolli's friend for many years and shared wonderful experiences of synchronicity with him. Dr. Zancolli has a very scientific mind, but is also steeped in the mystical traditions of Christianity as well as those of the East. Many of the stories that he shares in his book are experiences that he has gone through and some experiences we have both shared.

Dr. Zancolli's scientific mind and his background training, and his experiences, both as a modern physician and healer, qualify him to be a great exponent on the non-local domains of reality and how they manifest into our lives.

You will be tremendously enlightened by reading the materials of this book. Not only does Dr. Zancolli bring his own insights but his meticulous and assiduous research of all the thinking of the great philosophers and scientists of contemporary times, make this book a very valuable resource.

For those trying to understand higher states of consciousness, I highly support this book. It can change your life and offer a much needed perspective on our world.

DEEPAK CHOPRA

Author of How to Know God

Soy amigo del doctor Zancolli desde hace muchos años y he compartido con él maravillosas experiencias de sincro-destino. El doctor Zancolli posee una mentalidad extremadamente científica, pero a su vez ha profundizado en las tradiciones místicas, tanto en el cristianismo como en las de Oriente. Muchas de las historias que comparte en su libro son experiencias que él ha vivido, algunas de las cuales hemos vivenciado juntos.

La mentalidad científica y el entrenamiento de base del doctor Zancolli, junto con sus experiencias, como médico moderno y curador, lo califican como un gran exponente en los dominios no-locales de la realidad y de cómo ellos se manifiestan en nuestra vida.

Seguramente se sentirán tremendamente iluminados al leer el material contenido en este libro. Lo que hace de este texto una fuente muy valiosa, es que el doctor Zancolli no sólo describe sus propios insights sino que también muestra una meticolosa y asidua investigación de los grandes filósofos y científicos contemporáneos.

Para aquellos que tratan de comprender estados más elevados de consciencia, recomiendo de sobremano este libro. Puede cambiar sus vidas y ofrecerles una perspectiva sumamente necesaria sobre nuestro mundo.

DEEPAK CHOPRA

Autor de Cómo conocer a Dios

Introducción Los “dos mundos” y las lágrimas...

Creo que sucedió a mediados de la década del 90. Después de una meditación, al recobrar los sentidos físicos, noté que había lágrimas en mis ojos. Sentía claramente que acababa de sufrir una profunda movilización nacida desde el alma.

—¿Cómo estás? —me preguntó Celia, con quien había compartido aquel “aquí y ahora” en la meditación. Lo preguntó en un tono de voz suave, como sabiendo que algo muy fuerte había sucedido en mi interior.

“¡Qué difícil es unir los dos mundos!”, fue la respuesta automática que provino del plano intuitivo y no del racional. Había sentido, desde las regiones más veladas de mi ser, la gran imposibilidad y el fracaso que padecía, en el intento cotidiano, de unir “dos mundos” que vivenciaba en forma separada.

Tocado, en la profundidad, el objetivo buscado por mi alma, hizo que nuevamente brotaran lágrimas de mis ojos. La realidad interior había logrado “conectarse” con el mundo físico.

Cuentan mis padres que a los pocos días de nacer me dejaron una noche entera a puertas cerradas en el comedor, con el objetivo de que no llorase más durante esos prolongados períodos de descanso sin luz. A pesar de que durante toda mi vida fui tratado con muchísimo amor, aquella parecía ser una costumbre de la época. A partir de ese momento fueron muy pocas las ocasiones en que recuerdo haber llorado en mis cuarenta y siete años. Cuentan también que a partir de entonces no lloré más. Tal vez durante aquella noche había agotado la casi totalidad de las lágrimas destinadas para esta vida. Pero en esa meditación, el sentimiento profundo del fracaso de poder unir “los dos mundos” probablemente había exprimido algún pequeño reservorio que aún quedaba con lágrimas.

Esos “dos mundos”, el material exterior (la “realidad” física externa) y el interior espiritual, eran aparentemente incompatibles entre sí en mi desempeño habitual. El espiritual era el que me traía más problemas. Me hacía sentir muchas cosas que generalmente no me animaba a contarle a los demás. Tal vez, simplemente, por miedo al ridículo.

El contenido de esta historia no es más que el simple relato de cómo fueron sucediendo los acontecimientos, para la unión de estos “dos mundos”, en la vida de un ser común, un típico profesional de las ciencias médicas. Todo sucedió como si una fuerza exterior, y muy poderosa, hubiera ido organizando sucesos externos “especiales” para producir las respuestas que mi alma demandaba. Los hechos parecían casi mágicos y se iban uniendo entre ellos de forma casi detectivesca, como en el guión de una película. Todo ese camino desencadenó después de los cuarenta años de vida en una nueva visión, totalmente inesperada y desconocida, que me iba siendo mostrada por “misteriosas coincidencias”.

CAPÍTULO 1 Un sueño de la adolescencia se hace realidad...

Schopenhauer... señala que cuando uno llega a una edad avanzada y evoca su vida, ésta parece haber tenido un orden y un plan, como si la hubiera compuesto un novelista. Acontecimientos que en su momento parecían accidentales e irrelevantes se manifiestan como factores indispensables en la composición de una trama coherente.

¿Quién compuso esa trama? Schopenhauer sugiere que, así como nuestros sueños incluyen un aspecto de nosotros mismos que nuestra conciencia desconoce, nuestra vida entera está compuesta por la voluntad que hay dentro de nosotros. Y así como personas a quienes conocimos por casualidad se convirtieron en agentes decisivos en la estructuración de nuestra vida, también nosotros hemos servido inadvertidamente como agentes, dando sentido a vidas ajenas.

La totalidad de estos elementos se unen como una gran sinfonía, y todo se estructura inconscientemente con todo lo demás... El grandioso sueño de un solo soñador, donde todos los personajes del sueño también sueñan...

Todo guarda una relación mutua con todo lo demás, así que no podemos culpar a nadie por nada. Es como si hubiera una intención única detrás de todo ello, que siempre cobra un cierto sentido, aunque ninguno de nosotros sabe cuál es, o si ha vivido la vida que se proponía.

JOSEPH CAMBELL 9

—Ha llamado un señor que viene de los Estados Unidos. Dice llamarse Ron Moore y tener una empresa que construye hospitales. Quiere ver si pueden tener una reunión —irrumpió en el consultorio mi secretaria, Gabriela, durante una tarde en que tenía muchos pacientes.

Me encontraba con poco tiempo disponible debido a una cantidad de compromisos asumidos previamente. Pacientes programados para su atención, intervenciones quirúrgicas y la preparación de unas conferencias para la semana siguiente. A pesar de ello pensé que podría reunirme con el señor Ron Moore si él se podía adaptar a los escasos horarios que aún me quedaban libres.

—Por favor decile que estoy un poco complicado. Si él puede, lo espero a almorzar mañana al mediodía, en el restorán de al lado del consultorio —le dije a Gabriela.

A la mañana siguiente Ron Moore telefoneó nuevamente.

—Doctor, llamó el señor con quien tiene que almorzar. Dice que pudo arreglar sus horarios y que a la una de la tarde va a estar en la puerta del restorán. Dejó una señal para que lo pueda reconocer: estará vestido con saco azul y corbata colorada. Por mi parte, le conté cómo usted está vestido hoy —me comentó Gabriela.

A la hora programada nos encontramos. Nos presentamos, estrechándonos las manos al mismo tiempo que intercambiábamos esas sonrisas típicas que les ofrecemos a otros en los primeros encuentros. Era una persona que no llegaba a los sesenta años, de un metro ochenta de estatura, pelo castaño, no demasiado tupido, y ojos azules. Debía pesar aproximadamente noventa kilos. Su mirada era penetrante y estudiosa. Parecía ser una de esas personas que desconfían, o que escrutan a quien tienen delante, antes de “abrirse”. Me llamó poderosamente la atención que cuando escuchaba algo aparentemente confiable, cambiaba instantáneamente su actitud y le surgía una maravillosa sonrisa acompañada de bondad en sus ojos.

Me contó cómo había formado en Estados Unidos una empresa que poseía ciento veinte hospitales para la cirugía de pacientes ambulatorios. Recientemente se los había vendido a otra empresa que se dedicaba fundamentalmente a la rehabilitación. Así, había quedado con una gran parte de su tiempo libre para intentar nuevos proyectos. Venía a la Argentina para escuchar opiniones y estudiar la factibilidad de llevar a cabo lo mismo que había hecho en Estados Unidos.

La conversación fue muy amena e interesante. Le conté mis impresiones sobre el mercado local y sus diferencias con el norteamericano, con el que tenía contacto personal tres o cuatro veces al año.

Después de escuchar las distintas consideraciones que hice al respecto, Ron se sintió desanimado. Comenzaba a comprender que había muchas diferencias entre la Argentina y los Estados Unidos. Los créditos y la construcción eran muy onerosos, mientras que los valores pagados por honorarios médicos y gastos de quirófano eran muy inferiores. Empezaba a comprender que en estas tierras, por todas esas razones, se hacía casi imposible el desarrollo de su proyecto, que estaba diseñado para tener como socios a los médicos.

Realmente me costaba entender qué hacía Ron en la Argentina. Parecía no haber recolectado la información adecuada antes de viajar. Había venido muy ilusionado pero seguramente comenzaba a intuir que no lograría concretar su objetivo. Tampoco comprendía por qué había llamado para tener una entrevista a un cirujano especializado en traumatología del miembro superior. Hubiera sido más lógico que entrevistase a sanitaristas o a médicos dedicados a la administración hospitalaria. Todo resultaba muy extraño.

Finalizamos el almuerzo durante el que sólo tratamos temas relacionados con la posibilidad de

insertar su proyecto en la Argentina. Le había contado que mi gran amigo de la infancia, Martín, había comprado una fábrica antigua, ubicada sobre un gran terreno, y que estábamos evaluando la posibilidad de construir un hospital traumatológico. El proyecto ascendía a veinte millones de dólares y lo teníamos detenido por falta de inversores y créditos.

—¿Me puedes mostrar el lugar? —preguntó Ron.

—Encantado —le respondí. Me quedaba aún una hora libre hasta comenzar la atención de los pacientes citados por la tarde—. Si lo deseas, podemos ir ahora mismo.

Salimos del restorán con la intención de ir al estacionamiento. Súbitamente un pensamiento invadió mi mente. Tal vez sería mejor si buscaba en mi consultorio el plano del hospital que nos habían proyectado. La opinión de Ron sobre su diseño podía ser muy útil y, seguramente, nos obligaría a realizar muchas modificaciones.

—Tengo que subir un minuto para buscar unos planos.

¿Querés acompañarme?

—No, está bien. Te espero aquí —contestó mientras miraba el paso de los automóviles y la gente que andaba por la calle. Como la mayoría de los norteamericanos que me había tocado recibir, me había comentado que le producía gran sorpresa descubrir en Buenos Aires una capital con estilo europeo.

Estaba entrando al edificio cuando escuché su voz nuevamente.

—Mejor subo contigo —dijo con una sonrisa y ojos bondadosos.

Al llegar al consultorio le presenté a Gabriela y luego entramos a mi despacho. Este, como siempre, era un caos de papeles, diapositivas y libros. A pesar de ello encontré rápidamente los planos, algo usual en mis movimientos dentro del caos. Paradójicamente, las veces que no encontraba lo que buscaba, era porque alguien había decidido ordenarlo.

Con los planos en la mano, observé que Ron miraba fija y detenidamente un punto particular de la habitación.

—¿Qué es eso? —preguntó aparentemente muy interesado. Seguí su vista y la encontré detenida en uno de los rincones de la desordenada oficina. Allí se hallaba un objeto tibetano. Para compararlo con algún objeto occidental, diría que era similar a una antigua tetera estilizada, construida en bronce. Un pequeño orificio en su parte superior estaba diseñado para que se introdujera el cañón de una pluma de pavo real. El resto de la pluma, quedaba a la vista fuera del objeto, mostrando un “ojo” de color turquesa en su parte central.

—Es un objeto ritual tibetano en el que se coloca agua bendita. Se utiliza para bendiciones y purificaciones. Con la punta de la pluma pueden arrojar pequeñas gotas hacia diferentes direcciones. Su función podría compararse con la pila bautismal de los cristianos —traté de explicarle.

—Perdón, pero eso ya lo sé. Para expresarme mejor, ¿quiero saber qué haces tú con ese objeto? —inquirió Ron lleno de sorpresa.

—Realmente no lo sé. Me han “llegado” varios objetos rituales tibetanos, aparentemente muy antiguos, durante diferentes viajes que hice a los Estados Unidos con motivo de mi profesión. Algunos son de Nueva York, otro de Miami, y el resto de Carmel by the Sea, en California. Con ellos me ha pasado algo muy extraño. Al entrar a las tiendas he sentido como si estos objetos me “llamaran”, enamorándonos mutuamente en forma inmediata. Como si tuvieran “alma”, y su alma se hubiera conectado con la mía. Cuando “nos veíamos” por primera vez no sabía que eran tibetanos, ni cuál era su función, hasta que luego se lo preguntaba al vendedor —proseguí—. Simplemente sentía que alguna “frecuencia especial” nos relacionaba con mucho amor y con una conexión mutua.

—¿Pero sabes por qué los tienes en tu poder? —preguntó como conociendo una respuesta que

yo ignoraba.

—En realidad, no. En esos momentos he sentido la necesidad imperiosa de comprarlos. No sé qué hago teniéndolos y tampoco comprendo por qué algunos objetos me atraen y crean una especie de “fuerza de gravedad” entre nosotros. También me sorprende que muchos otros objetos, también tibetanos, hayan pasado ante mi vista con total indiferencia —contesté tratando de poner en palabras sensaciones del mundo interior.

Entonces sucedió algo totalmente inesperado. Mirándome a los ojos, con una sonrisa que parecía estar naciendo directamente de su alma, sacó su billetera del bolsillo trasero del pantalón y de ella, una fotografía. Ante mi completa estupefacción, en la foto Ron estaba abrazado con Su Santidad el Dalai Lama.

Instintivamente hice una reverencia juntando las manos en posición de plegaria delante del corazón, al tiempo que reclinaba la cabeza. Nos envolvió un largo silencio mientras nos mirábamos profundamente a los ojos. Era uno de esos silencios que, desde lo intuitivo, pueden ser fácilmente interpretados como relacionados con lo sagrado.

—¿Y esa foto? —pregunté inocentemente, rompiendo ese majestuoso silencio en el cual las palabras parecían estar de más.

—Bueno, yo soy budista —contestó Ron—. Soy parte de la junta directiva de un comité en los Estados Unidos que se dedica a juntar fondos en favor de la liberación del Tíbet de la invasión china. Una vez al año juntamos a los artistas budistas pro Tíbet de Hollywood y organizamos banquetes donde la gente paga una entrada. Esos fondos se utilizan para difundir la situación actual del Tíbet. Richard Gere, Uma Thurman y muchos otros contribuyen con su presencia.

—¡Aaaahhh! —fue lo único que atiné a expresar.

—Te quiero contar algo más. Soy muy amigo del autor del libro *Siete años en el Tíbet* —prosiguió Ron—. Es una persona maravillosa. Tiene una mirada muy especial. La bondad aflora continuamente de ella. Me gustaría presentártelo algún día durante uno de tus viajes a Estados Unidos.

—¡No puedo creer lo que estoy escuchando! —dije con admiración.

—Por otro lado tengo un hijo, Mark, que es budista y vive en Dharamshala —continuó Ron con entusiasmo, mientras observaba mi creciente sorpresa.

—¿Dónde queda Dharamshala? —pregunté con cierta timidez.

—En el norte de la India, al pie de los Himalayas. Justo del otro lado de las montañas se encuentra Tíbet. Es el lugar que el gobierno de la India cedió al Dalai Lama para su exilio. Allí funciona la sede del gobierno tibetano —explicó Ron—. En Dharamshala hay un pequeño nosocomio, el Delek Hospital, destinado para la atención de la comunidad tibetana. He conseguido enviar como voluntarios, por una semana al año, a un gastroenterólogo y a un oftalmólogo de Estados Unidos.

—¿Podría ir yo como voluntario? —le pregunté impetuosa e impensadamente.

—Por supuesto, sería un honor —me manifestó Ron, sin saber que estaba reabriendo una puerta muy especial dentro del mundo de mis sueños—. ¿Y cuánto tiempo querrías ir?

—Un mes —respondí casi intuitivamente y sin pensar en las consecuencias de dejar familia y pacientes durante ese período—. ¿Cuál es la mejor época del año para estar allí?

—Pienso que abril o mayo —contestó Ron.

—Entonces voy a ir en mayo —le aseguré.

—Bueno, lo que tienes que hacer, entonces, es contactarte conmigo en Dallas una vez que yo regrese —convino Ron con una expresión que demostraba gran felicidad—. Voy a hablar con Mark y

con el Director Médico del Delek Hospital para hacer todos los arreglos pertinentes.

Nos despedimos con un gran abrazo después de visitar la antigua fábrica de Martín. Juntando las manos en posición de plegaria le dije: “Namaskâr”, y él contestó: “Namasté”. Me pareció apropiado despedirme con un “Namaskâr”, porque sabía que significaba algo parecido a ‘saludo a la divinidad que hay en ti’. No sabía el significado de lo que él me había contestado. Tampoco se lo pregunté en ese momento. Aún estaba demasiado conmovido.

Pasaban las horas desde que me había despedido de Ron y seguía teniendo la misma sensación, como si las células de mi cuerpo hubieran cambiado su forma de comportarse. Un suave cosquilleo recorría todo mi organismo. Seguramente una vibración, más rápida que la del estado habitual, había movilizadado todas las células a una situación que podía ser perceptible. Cuando nos separamos, no dejaba de reverberar en mí todo lo que había sucedido durante el encuentro. Las imágenes se repetían una y otra vez. Mientras tanto, algún tipo de felicidad especial embriagaba el cuerpo y la mente.

De inmediato, invadió mi memoria una circunstancia que recién advertía. Lamentaba no habérsela comentado a Ron, ya que a partir de ese momento, el hecho pasó a ocupar mi atención en forma absorbente. No entendía de qué manera ese acontecimiento tan particular podía asociarse con lo ocurrido durante el encuentro con Ron, pero de algo estaba seguro: si no hubiera sucedido, la relación con él probablemente no habría superado el nivel de una simple conversación sobre temas relacionados con la salud.

Cuando pensaba en lo que había pasado, parecía que se trataba de algo diferente a lo que nos ocurre cotidianamente.

¿Había sido premeditado? ¿Como el guión de una película?

Había sucedido dos días antes de reunirme con Ron. Estábamos con Mercedes en el living de nuestra casa. De repente, se quedó perpleja mirando algo.

—¿Qué es eso? —me preguntó en un tono de voz más alto del normal. La pregunta parecía estar insinuando alguna recriminación.

Miré hacia donde Mercedes señalaba e identifiqué el objeto que le estaba causando esa reacción.

—Un objeto ritual tibetano. Creo que lo llaman bompa. Sirve para contener agua bendita — respondí pausadamente y con una sonrisa, tratando de contener su ansiedad.

—Tíralo —exclamó enérgicamente. Su voz no denotaba duda alguna. Parecía casi una orden, algo inusual en su comportamiento.

—¿Por qué? —le pregunté esperando alguna respuesta que seguramente no podría tener otro origen que el de un “más allá” supersticioso.

—¿No ves que tiene una pluma de pavo real con un ojo en el centro? —me contestó como tratando de poner en palabras lógicas alguna sensación interna que no provenía de la razón.

—Sí, la veo. ¿Y entonces? —interrogué inocentemente.

—El pavo real trae mala suerte. Por favor tíralo. Si no lo tirás seguramente va a suceder alguna desgracia en nuestra familia. Conozco personas que tenían imágenes de pavos reales en sus casas y vivieron grandes tragedias —insistió en forma casi suplicante, con un manifiesto trasfondo de angustia.

—Mer, ¿por qué me decís esto hoy? No lo entiendo. Esa bompa está en el lugar que la estás viendo desde hace tres años. Nunca se ha movido de allí. No comprendo cómo no la viste antes. Ha estado ahí todo este tiempo y no nos ha sucedido nada. Son sólo supersticiones. Me parece que estás “llamando” a la desgracia.

—Me da lo mismo. Igual la tenés que sacar de casa —replicó casi en forma irracional y guiada

por alguna fuerza que parecía descontrolar su mente lógica.

—Bueno, te voy a complacer. La voy a sacar de casa, pero no la voy a tirar. La voy a llevar al consultorio —le dije tratando de no contrariar su intuición.

—No, no la lleves al consultorio. ¡Seguro que te vas a quedar sin pacientes! —exclamó a continuación, acompañando sus palabras con una sonrisa. Era como si se hubiera dado cuenta de que había llevado muy lejos sus falsos argumentos para lograr convencerme.

Nos reímos juntos. Se estaba comportando de manera atípica y ambos lo sabíamos. Sus características habituales, la racionalidad y el juicio equilibrado, parecían haber desaparecido repentinamente.

—Mer, la voy a llevar al consultorio. Por favor no tratemos más el tema —fue mi respuesta final tratando de concluir la discusión. Al día siguiente trasladé la bomba al consultorio como le había prometido.

Después del encuentro con Ron reflexioné sobre todo lo ocurrido tratando de establecer algún tipo de conexión entre los dos eventos. Un día después de haber hecho el traslado de la bomba al consultorio me había reunido con Ron con fines aparentemente médicos, pero había terminado uniendo el Tíbet a mi futuro camino. Parecía que la observación de Mercedes, después de tres años de total indiferencia ante un objeto ubicado en el medio del living, había sido realmente guiada por alguna “fuerza” fuera de su plano de conciencia. Esa “fuerza” había elegido el momento adecuado. Si su observación hubiera acontecido unos días más tarde de la venida de Ron, no habría servido para ligarme a esa nueva aventura. Tenía que ocurrir en ese momento porque me iba a encontrar con esa persona especial y eso me iba a conectar con el Tíbet. Nadie más que esa “fuerza” podía saber todo eso y todo lo que pasaría después, lo que aún yo desconocía.

¿Era para reavivar un viejo sueño? ¿Estaba ese sueño de adolescente conectado en otro plano de la realidad a todo lo que estaba sucediendo? ¿Estaba todo esto conectado a un cambio en mi destino, uno que todavía no se había manifestado? Esta parecía la explicación más lógica de la aparente coincidencia. Una pregunta me acechaba: ¿era casualidad? ¿O se trataba de la “causalidad de la casualidad”, manejada por una fuerza que yo desconocía por completo?

RECUERDO DE UN SUEÑO DE LA ADOLESCENCIA: EL TÍBET COMO CAMINO PARA EL ENCUENTRO DEL ALMA

Fue alrededor de mis quince años cuando, a pesar de haber tenido una educación católica, tuve el primer contacto con la cultura tibetana. Por el lado de mi madre, la relación con el catolicismo era muy fuerte. Había antecedentes de obispos en la familia en Italia, con el nombre inscripto en la fachada de una iglesia en la región de la Magna Grecia y, lo más cercano durante el siglo XVIII, la venida desde Italia de la bisabuela de mi madre con la estatua de La Virgen del Carmen. Ella había dado nacimiento a una iglesia custodiada, desde entonces, por monjes agustinos.

Esa fuerte experiencia con lo tibetano, producida a través de un libro parecía ahora estar ligada, a través del tiempo, a todo lo que iba a suceder en Dharamshala. Como si el tiempo en esa historia no tuviera nada que ver con los años que habían transcurrido entre la adolescencia y el presente.

En esa época llegó a mis manos *El filo de la navaja*, de William Somerset Maugham. Su contenido despertó un sueño. El libro relataba la vida de un individuo cuya única misión en la vida parecía ser, solamente, la búsqueda incansable de su camino espiritual. Su fuerza interior y su determinación eran tales, que iba más allá de todos los obstáculos que le oponía la cultura en la cual se había criado. Había renunciado a un casamiento acomodado, por el cual su futuro laboral y económico parecían asegurados. Abandonándolo todo, el personaje viajó de su ciudad natal en Estados Unidos a París, donde estudió por años, sin cesar, filosofía, metafísica y religiones orientales.

Su alma parecía no dejarlo en paz y lo obligaba a buscar incansablemente. Lo obligaba a adquirir conocimientos en forma ininterrumpida como dirigiéndolo a encontrar su propia verdad. Por aquel entonces el personaje creía que adquirir conocimientos era su verdadero camino hacia la iluminación. Ante la insatisfacción del resultado obtenido o, tal vez, no comprendiendo que simplemente ese era el paso previo indispensable para lo que vendría después, decidió cambiar. Viajó a Oriente. En un lamasterio encontró un maestro que lo guió en su camino espiritual. Una vez que estuvo preparado, le sugirió que se retirara en soledad a una ermita en lo alto de la montaña.

No recuerdo si la imagen que tengo grabada en mi memoria pertenece al libro o a la película del mismo nombre, que años más tarde vi, pero nunca más la pude despegar del mundo de mis sueños. Estando el personaje en soledad, y a la intemperie en las gélidas alturas de los Himalayas, sufrió un cambio repentino, sin causa aparente, en su mirada y sus facciones. Su cara se transformó, instantáneamente, en un rostro que expresaba dulzura desbordante de bondad. Se parecía tal vez a los rasgos exteriores de alguien que logra alcanzar la santidad y la iluminación. En ese momento, y como gesto de corroboración de que el amor había trascendido el conocimiento, comenzó a arrojar todos sus libros a una fogata. Esto simbolizaba que no necesitaba adquirir más conocimientos. A partir de entonces su amor y su compasión hacia todos los seres sensibles habían dejado de tener límites. Su mirada era como la de una persona que se encuentra viendo a Dios en forma directa en la pantalla de su consciencia.

Lo interpreté como un camino heroico. La búsqueda de un verdadero “guerrero”. Por alguna razón ese libro marcó mis sentimientos y comencé a sentir una gran atracción hacia todo lo tibetano. Tuve, en aquel instante, la certeza intuitiva de que algún día viajaría en pos de alguna búsqueda hacia esa región del planeta. Pero durante más de treinta años no había tenido el coraje ni la decisión de hacerlo. Había quedado todo olvidado en algún lejano rincón de mi memoria. Parecía sólo el recuerdo de uno de los tantos sueños de la juventud. Sin duda, el Tíbet había dejado de formar parte

de mi camino durante todo ese tiempo.

El encuentro con Ron y su ofrecimiento para ir a Dharamshala parecían su renacimiento. El renacimiento de un antiguo ideal y la revitalización de un “sueño dormido”. Ron me conectaba nuevamente con él. Y de la intuición emergía ahora una emoción placentera. Parecía abrirse un camino de búsqueda totalmente desconocido y abierto a todas las probabilidades.

¿Pero, qué era lo que iba a buscar en aquella mítica cultura?

LA MUERTE SE PRESENTA A TEMPRANA EDAD

La intensa búsqueda del personaje de El filo de la navaja había nacido de una fuerte conmoción causada por la muerte de su compañero durante la guerra. Había muerto por salvarle la vida. Desde ese momento la muerte le había “clavado sus garras” y no lo dejaría en paz por el resto de sus días hasta que pudiera contestarse quién era y cuál era el sentido de su existencia. Lo que quedaba claro en esa historia era que los seres que lo rodeaban no sentían lo mismo; ni siquiera lograban entender lo que a él le pasaba, tal vez porque no les había llegado el momento. O quizás nunca les llegaría. Resultaba una búsqueda extraña.

Lo que me unía tanto a esa historia, probablemente, era haber tenido una “relación” muy similar con La Muerte a temprana edad. Mi mejor amigo de entonces había muerto a los ocho años. La explicación: la falla de sus riñones por algo que tenía un extraño nombre, lo llamaban glomerulonefritis. Viéndolo agotar sus energías vitales en una cama, su muerte me conmocionó más de lo que pueda expresar con palabras. Mirándolo retrospectivamente, tal vez lo estaba asociando también con las emociones sentidas a los cuatro años a raíz de una operación fallida en un riñón de mi madre.

Sin la preparación necesaria para comprender La Muerte a tan temprana edad, ella comenzó a aparecerse, implacablemente y por varios años, todas las noches durante ese estado de transición que tenemos justo antes de dormirnos. Su vívida imagen era aterradora, angustiante e inmanejable. La muerte me hacía vivir, con todo su dramatismo, la futura pérdida de todos mis seres queridos.

En ese entonces nunca me animé a contárselo a alguien, no sé si por temor a que creyesen que me estaba volviendo loco o porque estaba seguro de que no lograría explicarlo con palabras. Se planteaba como una batalla interior que yo mismo debía afrontar, pero era muy joven para jugar al “guerrero”. Eran sentimientos y emociones demasiado intensos y angustiantes para que pudieran ser manejados por alguien tan pequeño.

Sin embargo, algo comenzó a suceder que me permitió, por lo menos, diferir la batalla para cuando fuese más grande. Lo que empecé a hacer cada noche para superar la situación era algo que no entendía ni sabía qué era, pero que me permitía sobrepasar el sentimiento aterrador producido por la muerte y me dejaba conciliar el sueño con una inmensa paz. Tampoco esto se lo conté a nadie porque también era imposible describirlo con palabras. Haré ahora un intento.

Cuando se hacían presentes esas angustiantes “tenazas” del fin de la existencia física, cerraba los ojos con fuerza, forzando el contacto de los párpados entre sí. Simultáneamente, llevaba los globos oculares hacia dentro y hacia arriba, como intentando que se juntasen en el entrecejo. A los pocos segundos algo maravilloso ocurría. Sentía como que mi mente salía del cuerpo y comenzaba un deslumbrante viaje por el espacio. No veía mi cuerpo.

Ni siquiera sé si estaba conmigo. A pesar de ello nunca percibí la sensación de su pérdida.

Ese “viaje de la mente” (o del alma) comenzaba saliendo de la atmósfera de la Tierra y se desplazaba en línea recta por el espacio oscuro, ese que se encontraba lleno de estrellas distantes. No recuerdo haber mirado alguna vez hacia atrás, hacia la Tierra. La velocidad a la que viajaba mi mente se aceleraba progresivamente, hasta alcanzar una velocidad tan extrema que era “disolutoria” para aquello que estaba viajando. Mi mente, después de esa máxima velocidad, se disolvía en todo el espacio pasando de la máxima velocidad a quedar en reposo absoluto y sin un lugar definido en el espacio. Se encontraba extendida por todo el espacio. Estaba absolutamente quieto, pero en todos lados. Sentía que era parte de ese espacio tan particular, pero también que éramos lo mismo. El

tiempo había desaparecido.

Sólo muchos años más tarde el cine y la televisión, con sus novedosos efectos especiales, me permitieron ver imágenes que se asemejaban a mi experiencia. La creciente velocidad la podría describir hoy como las de las naves espaciales cuando adquieren lo que llaman “velocidad hiperespacial”. En un curso de control mental que hice veintiocho años después, describieron un ejercicio que producía efectos similares: el viaje astral. Y sólo recientemente, al estudiar las explicaciones científicas sobre la luz, he sabido que ésta, viajando a su propia velocidad, se ve a sí misma en reposo y extendida por todo el espacio. ¿Lograba convertir el alma en luz?

Más allá de estas interpretaciones actuales, ese era el mecanismo que, aprendido no sé cómo, hacía desaparecer a la aterradora Muerte de mi pantalla mental, permitiéndome dormir sin angustia a tan temprana edad.

Durante los meses siguientes me conecté con Ron varias veces vía fax entre Dallas y Buenos Aires. Me dijo que había hablado con su hijo Mark y este, con el Director Médico del Delek Hospital. Mandó una dirección de e-mail para que me conectase con el doctor Tsetan Dorji. Le envié varios e-mails pero no había respuesta. Ya era marzo. Faltaban dos meses para el supuesto viaje y no recibía la confirmación. Las dudas sobre si debía hacer el viaje eran cada vez mayores.

Decidí hablarle a Ron por teléfono.

—Hola, Ron.

—Doc, qué bueno escucharte. Estaba pensando en llamarte en los próximos días.

—Estoy desesperado. Se acerca mayo y no consigo conectarme. ¿Qué hago? —le pregunté ansiosamente.

—Hay problemas. Tampoco puedo conectarme con Mark. Allá hay algunas situaciones políticas complicadas de las que ya te vas a enterar. He averiguado que el tibet.com no está funcionando. Voy a hacer lo imposible por ayudarte

—me dijo Ron demostrando su espíritu compasivo.

Una semana más tarde recibí su respuesta.

—Hola, Doc, tengo buenas noticias. Pude hablar con Mark. Él se va a encargar de todo. Te va a estar esperando. Necesitas hacer tus reservas y traslados en la India a través de una agencia de viajes que se llama Ways Tours. Ellos te van a ir a esperar a Nueva Delhi y te trasladarán a Dharamshala. Su oficina está al lado del restorán de Mark. Intenta insistir con la conexión tibet.com, pero creo que no lo vas a lograr. De cualquier manera está todo arreglado.

—Muchas gracias, Ron. Me has ayudado mucho. Hasta hace dos días había pensado en desistirme del viaje —le dije con profundo agradecimiento—. Seguimos en contacto. Hasta luego.

La contestación de Ron parecía coincidente con un cambio de actitud que había acaecido el día anterior, después de una conversación con Mercedes. Recién ahora entendía lo que había pasado aquel día previo. Si no cambiaba mi actitud nada iba a suceder, ya que no podían seguir fluyendo los acontecimientos. Mirándolo en forma retrospectiva parecía que cambiar mi actitud era la condición indispensable para poder seguir avanzando. Cada paso tiene una lección y si ella no es aprendida es imposible seguir avanzando. Como si todo sucediese dentro del Juego de la Oca.

—Mercedes, estoy preocupado. Más allá de que nos han enseñado que no tenemos que preocuparnos, sino solamente ocuparnos de las cosas del aquí y ahora, creo que estoy realmente preocupado. El viaje al Tíbet está trabado —le comenté demostrando cierta angustia interior.

—¿Por qué está trabado? —preguntó como sabiendo de qué manera iba a continuar la conversación.

—Porque no me contestan del Delek Hospital. Les he escrito innumerables veces y no he recibido respuesta. Parece que mi karma indica que no voy a poder cumplir con esa vieja ilusión que ha renacido últimamente —traté de explicarle.

—Doc, algún día vas a tener que cambiar. En tu vida has hecho todo basado en la profesión médica. Hacés solamente las cosas que están relacionadas con ella. Tenés el sueño de ese viaje desde chico. ¿Por qué no vas igual? Solamente a disfrutar, aunque no vayas a trabajar como médico. Incluso puede ser bueno que algún día no tengas que hacerlo

—repuso Mercedes viendo, seguramente, más allá de la imagen estereotipada que había edificado de mí mismo para relacionarme con los demás.

—Gracias, Mer. Me ayuda mucho tu comentario. Voy a ir igual, aunque no me contesten del hospital —le dije comprendiendo el profundo significado de sus palabras.

Mercedes me había mostrado algo que no tenía en el plano consciente. Tal vez, solamente trataba de recorrer la vida a través de la imagen de médico. Esa era la imagen que había construido para relacionarme con el mundo. Posiblemente era cierto. Con esa imagen me sentía seguro y creía saber quién era. Pero ahora se abría un camino nuevo. Parecía que sólo a través de la “incertidumbre” y sin mi “habitual imagen” podría hacer el ansiado viaje.

¿Sería verdad que hasta que no me desprendiera de esa “imagen de médico” el camino no se podría despejar? ¿Sería por eso que recién entonces Ron había podido comunicarse con Dharamshala? ¿Cómo me iba a manejar con este nuevo “disfraz” de peregrino que no sabía lo que buscaba?

¿Era esta sólo otra coincidencia, parte de un guión general que desconocía, o una condición indispensable para avanzar en esa aventura?

CAPÍTULO 2 La “experiencia tibetana” ...

Algunas enseñanzas tradicionales sugieren, por ejemplo, que la mayor parte de la humanidad está dormida. Cuando se le preguntó a Idries Shah, un maestro sufí contemporáneo: ¿Cuál es el error fundamental del hombre?, él contestó: Pensar que está vivo, cuando él se ha quedado simplemente dormido en la sala de espera de la vida.

DR. STEPHEN LA BERGE 64

Estábamos con Martín en el Aeropuerto de Ezeiza, a una hora de la partida hacia Nueva Delhi vía Malasia.

—¿Qué es lo que vamos a hacer a la India? —preguntó Martín riéndose y en tono de broma. Previamente ya habíamos comentado varias veces que parecía un viaje sin destino, sin objetivos.

—Seguramente a encontrar alguna vida pasada —le contesté riéndome con una respuesta cuyo contenido sólo parecía pertenecer al plano de la ficción, pero que le acreditaba al viaje algún tipo de sensación de aventura.

Recordaba con claridad la conversación con Martín dos meses antes.

—Martín, creo que me voy al Tíbet —le había dicho a ese gran amigo de la infancia.

—¡No lo puedo creer! ¡Tu viejo sueño! Contame cómo es el viaje —había preguntado Martín realmente sorprendido.

Le relaté el encuentro con Ron y sus pormenores. La historia le pareció una experiencia extraña, con demasiadas coincidencias, para lo que ambos estábamos acostumbrados a vivir cotidianamente.

—¿Y allá vas a estar todo el día en el hospital?

—No, creo que sólo voy a poder hacer contactos para volver a trabajar en futuros viajes. Me encantaría poder ayudar —le respondí.

—Si no vas a estar todo el día trabajando, me gustaría acompañarte —dijo él con ojos radiantes.

—¡Vamos! Sería muy lindo que lo pudiésemos compartir. Seguro que va a ser toda una experiencia.

29 DE ABRIL DE 1998, AEROPUERTO DE EZEIZA: VIAJE BUENOS AIRES-KUALA LUMPUR

Los preparativos y los momentos para retroceder en las decisiones ya habían pasado. Estábamos en el Aeropuerto y partíamos en una hora. No hablábamos mucho porque, seguramente, ambos sentíamos que tendríamos todo un mes por delante para poder hacerlo. Fue en ese “momento desocupado” cuando saqué lápiz y papel con la intención de poner por escrito todo lo que esperaba del viaje.

Esta es la transcripción de lo que escribí en ese momento: Desde hace treinta años leo sin cesar buscando mi camino interior y con intensidad inusitada durante los últimos diez. Me siento como una gran biblioteca, fría y llena de datos. Me siento, además, con una inteligencia muy pequeña, ya que la mayoría de las veces no he podido poner en práctica lo que he leído. Esto debe querer decir que no he aprendido la información obtenida: que “no la he hecho carne”.

Quizás en esto se encuentra la esperanza e intención de lo que voy a buscar al Himalaya: transmutar información en experiencia.

¿Podrán mis ojos, algún día, brillar de otra manera?

No lo tengo absolutamente claro en el plano racional, pero desde el plano intuitivo siento una atracción muy especial hacia lo tibetano. ¿Por qué voy a Dharamshala y no a Japón, a China o a Tailandia? Lo que siento por el Tíbet,

¿es igual a la pasión que me pueden despertar otros momentos de la historia, asociados a sus lugares geográficos y culturas? Así como tengo atracción o “resonancia” por algunos escasos y particulares “momentos históricos”, ha sido habitual sentir total indiferencia emocional por el resto de la Historia. Otro “período” muy “sentido” ha sido con los cátaros, en el sur de Francia. Pero esa es otra historia.

¿Qué quiere decir todo esto? ¿Que la reencarnación existe y que me tocó vivir en esos “momentos”? ¿O que hay algo en el subconsciente que me conecta a esos momentos porque de ellos debo aprender conocimientos específicos para poder utilizarlos en esta vida? Pero si esta última posibilidad es la verdadera, cómo sabe la programación subconsciente a qué “momentos” debo conectarme, si ellos nunca han ingresado a mi mente como información consciente previa. ¿Cuál es entonces la real inteligencia de ese subconsciente?

Muchas preguntas y pocas respuestas. ¿Podrá este viaje aclararlas? Parece imposible. No hay duda de que este “subconsciente travieso” ha hecho una conexión con la cultura tibetana muchas veces durante estos años, pero no me ha aclarado el porqué de esa conexión, ni tampoco el tiempo y el lugar de la misma. Sólo sé el título general de lo que pasa en mi interior: Fuerte atracción hacia lo tibetano.

Otros temas que me gustaría desarrollar en el viaje:

1. Tratar de organizar un sistema de traumatólogos voluntarios para el Delek Hospital.
2. Tratar de aprender algo sobre budismo tibetano.
3. Tratar de encontrar la causa kármica por la cual el Tíbet fue invadido por China de manera tan brutal. Si la ley del karma existe, necesariamente tiene que haber una causa que haya provocado tal reacción.
4. Ver qué se puede escuchar sobre las leyendas de Shambhala.
5. Tratar de ir a Srinagar, Cachemira. Allí dicen que se encuentra la tumba de Jesús (?), Que

también podría ser la de Tomás el Dídimo. Según los investigadores Tomás quiere decir gemelo y Dídimo también significa gemelo. O sea que el apóstol Tomás era “dos veces gemelo”.

¿Qué quería decir todo esto? ¿De quién era esa tumba tan venerada como la de Jesús?

6. Seguramente el punto más difícil. Toda la vida me ha intrigado profundamente la razón por la cual Jesús y Buda no escribieron sus enseñanzas de su propio puño y letra. ¿No hubiera sido más lógico que así lo hicieran? En el cristianismo nos manejamos con enseñanzas escritas mucho más tarde, incluso por seguidores que no vivieron con Jesús y sus enseñanzas. Muchas, incluso, fueron tergiversadas por intereses de siglos posteriores.

¿Por qué seres tan iluminados no previeron, para tiempos futuros, la importancia de sus enseñanzas de su propio puño y letra? ¿O es que existen y alguien las tiene ocultas? Seguramente va a ser casi imposible conseguir información sobre este último tema, pero es un interrogante que seguirá inalterable hasta el final de mis días.

¿Demasiadas expectativas para un simple viaje?

RECUERDOS DE LA ATRACCIÓN HACIA LO TIBETANO. NUEVA YORK, 1992: TIBET WEST

Había algo concreto y real, es decir “pertenciente al plano de la materia”, que se relacionaba con la experiencia personal y que podría ser lo que uniría varias o todas las piezas del rompecabezas. Esa pista era la conexión que tenía con los objetos tibetanos a los cuales me había “unido” durante los últimos años.

Según me contó un budista, los objetos tienden a “reunirse” con las personas. Una vez me dijeron que, para ello, seguían un patrón: los recibe en custodia sólo quien le corresponde. Si era así, ¿por qué me correspondía tenerlos en custodia? Parecían muy antiguos y algunos tenían tamaños muy grandes para su especie, tan grandes como los que se ubican en los altares de los principales lamasterios. Una pregunta me acechaba: ¿estaban cumpliendo esos objetos alguna función que yo no percibía en el plano consciente?

En la película El Pequeño Buda había visto las pruebas que hacían los lamas para reconocer reencarnaciones previas. La persona en cuestión debía identificar los objetos que le habrían pertenecido en la vida anterior, diferenciándolos entre muchos similares. Si aquello era verdad, debía existir una conexión especial con esos objetos con los cuales nos volvíamos a “reunir”.

¿Era eso lo que pasaba en mi caso con las reliquias tibetanas encontradas?

Todo había comenzado en 1992 a raíz de un viaje a Nueva York relacionado con la medicina. Me encontraba conversando con quien había sido “mi guía espiritual” durante una década.

—¿Doc, te vas a Nueva York? —me preguntó Juan Carlos.

—Sí, voy cinco días —le contesté sin saber la razón por la cual me lo preguntaba.

—Según lo que me estuviste contando, te atrae lo tibetano. En Nueva York hay una tienda que se llama Tibet West que queda en el Village. Si andás por ahí, visítala. Tiene muchos objetos del Tíbet que te pueden parecer interesantes

—dijo Juan Carlos con ojos bondadosos.

Juan Carlos, una persona de altura promedio con facciones armónicas, posee unos ojos azules que muestran, con máxima intensidad y sin especulación, la profundidad de su alma. Presenta, además, un grado de conocimiento que me deslumbraba continuamente. Como buen científico, había intentado corroborar en libros muchas de las cosas que de él provenían. Siempre había encontrado la veracidad de sus dichos. Por lo que me había tocado vivir junto a él, parecía uno de esos seres que practican la total congruencia entre lo que creen y sus acciones. Al respecto, recordaba un diálogo que me había quedado grabado a fuego:

—De todo lo que decís se desprende que admirás y amás a Jesucristo con todo tu ser. Si es así, ¿por qué sos budista?—le pregunté un día, intrigado.

—Porque sólo me alcanza para ser budista. Aún no estoy lo suficientemente evolucionado “para ofrecer la otra mejilla” —me respondió.

Cuando fui a Nueva York seguí su consejo. Ahí estaba: Tibet West, 19 Christopher Street. Sentía una gran intriga sobre la razón por la que Juan Carlos me había sugerido que visitara ese lugar ubicado en el Village. Algo debería pasar estando allí, ya que no era habitual que él hiciera comentarios sin sentirlos intuitivamente.

Llegué a las nueve y media de la mañana. Tras una reja hacia la calle, un cartel indicaba que abrirían a las diez. Me senté a tomar algo y a leer un libro en un pequeño café que quedaba cruzando

la angosta calle. Desde allí podría divisar el preciso instante en que abriera. Parecía que ese negocio no seguía el ritmo comercial de Nueva York, ya que recién a las once abrió su reja y la puerta al público.

Era una tienda pequeña con toda su ornamentación compuesta por objetos tibetanos. La atendía una mujer, de corta estatura y facciones tibetanas; de aproximadamente unos treinta años. Demostraba mucha paz asociada a una maravillosa sonrisa.

La saludé con las manos en posición de plegaria al tiempo que inclinaba la cabeza, a lo que ella respondió con el mismo gesto.

—¿Qué está buscando? —me preguntó amablemente.

—No lo sé aún. Sé que voy a encontrar algo que realmente me guste —le respondí con una sonrisa.

—¿A qué se dedica? —quiso saber la mujer.

—Soy médico.

—¿De dónde viene?

—De la Argentina.

—Argentina, ¡oh! —exclamó aparentemente sorprendida. Luego agregó:

—Creo que debe ver esto.

Sacó un objeto, envuelto en papeles de diario, de un lugar que no estaba a la vista del público. En forma reverencial, señaló:

—Doctor, creo que debería llevar esto con usted a la Argentina.

Yo ya había seleccionado la bomba que luego sería la causa de la coincidencia con Ron. Ahora me mostraba una especie de “cuchillo” de cuarzo transparente, de tres hojas y con tres cabezas en su parte proximal.

—¿Qué es? —interrogué sorprendido.

—Se llama phurbu. Esta es muy “especial”. Está construida con cuarzo extraído del monte Kailas —me comentó.

—¿Y para qué sirve? —le pregunté con la típica mentalidad occidental preocupada fundamentalmente por las funciones de las cosas.

—Es una daga ritual para el mundo de los espíritus. El Monte Kailas es considerado el más sagrado de los Himalayas. Es el Axis Mundi, el eje del mundo —continuó su explicación.

Decidí comprar ambos objetos: la bomba y el phurbu. Tiempo más tarde me enteré de que los tibetanos consideraban que el Tíbet era “el ombligo del mundo”, y que el Monte Kailas era su eje. Si eso era cierto, ese phurbu debía tener una “energía” muy especial.

Tratando de recordar, advertía que los otros objetos tibetanos antiguos que tenía en Buenos Aires habían sido “encontrados” de manera similar, pero en lugares muy distantes de Nueva York.

SETIEMBRE DE 1995: CARMEL BY THE SEA, CALIFORNIA

Con motivo de un Congreso de Cirugía de la Mano en San Francisco, viajamos con Mercedes y mis dos grandes amigos y colegas, José María y Body, ambos con sus respectivas mujeres. Alquilamos un auto en San Francisco porque queríamos conocer Silicon Valley y Carmel by the Sea. Al llegar a este último pueblo, nos sentimos muy contentos caminando por sus atractivas calles, al tiempo que entrábamos a sus pequeñas tiendas para curiosear los objetos que estaban a la venta.

Nos llamó la atención un negocio que vendía solamente objetos de Oriente. Entré sólo con José. El resto del grupo se había dividido en otras direcciones. José sabía sobre mi “atracción tibetana”. Un año antes, estando en Nueva York, me había regalado un dorje de cuatro puntas para mi cumpleaños. Era del tamaño de los que caben en la palma de la mano. Había averiguado luego que los dorjes se utilizaban para prácticas tántricas. A pesar de no haberlo utilizado para ellas lo había sentido como un “gran compañero” durante todo ese año que habíamos pasado juntos.

—¿Lo viste? —me dijo José con enorme sorpresa.

—¿Qué es lo que tengo que ver? —le pregunté sospechando que pasaría algo importante.

—¡Mirá eso! No se puede creer. ¡Son gigantes! —exclamó

José mientras señalaba uno de los rincones.

Ahí estaban. Dos dorjes enormes. Uno de dos puntas y otro de cuatro. Me acerqué y los toqué acariciándolos de manera reverencial, porque así lo sentía. Traté de levantar uno de ellos con las dos manos. Me impresionó su peso. Debían pesar más de diez kilos y tener unos cuarenta centímetros de largo. Acercándome al vendedor le pregunté por sus precios. Me dio una cifra demasiado elevada para mi presupuesto.

—Muchas gracias. Lo voy a pensar —le respondí con cierta tristeza al pensar que no podría adquirirlos a ese valor.

Nos fuimos a encontrar con el resto del grupo para regresar al hotel. Teníamos que ducharnos y cambiarnos rápidamente para salir a cenar.

—Mercedes, me enamoré de unos dorjes —le dije mientras tomaba una ducha.

—Y entonces ¿por qué no los compraste? —me preguntó.

—Son muy caros, pero me encantaría comprar por lo menos uno —admití.

Entonces me preguntó cuánto costaban. El precio le pareció alto y comentó que creía que no estábamos en condiciones de comprarlos. Al rato, recapacitó.

—Si te gustan tanto, comprá uno si lo podés conseguir un 30 % más barato —sugirió tratando de consentirme.

No veía la hora de que llegara la mañana siguiente para poder ir a la tienda. Por un lado, pensaba que no iban a acceder a la reducción del precio, pero por otro, estaba convencido de que si nos correspondíamos mutuamente con el dorje, lo podría comprar con la limitación acordada. Se trataba de un valor muy por debajo del solicitado. Era un desafío. Después de pensar varias estrategias, me convencí de que lo mejor era dejar funcionar a la numerología. Para ello decidí ofrecer un monto que sumado diera siete como resultado, un número que me habían enseñado que representaba lo sagrado. Parecía que esta podía ser la mejor forma de comunicarme a través de las intenciones.

—¿Cómo está usted hoy? —le dije al vendedor a la mañana siguiente, a los pocos minutos de que hubiera abierto el negocio.

—Muy bien, gracias. Usted estuvo ayer aquí, ¿no es verdad?

—Sí. Vengo por el dorje, pero le quiero hacer una oferta —le dije mirándolo para ver su reacción, al tiempo que le decía el precio que había pensado y que sumaba 7.

—Perdóneme pero yo no lo puedo decidir. Debo llamar al dueño que lo dejó en consignación —me respondió mientras levantaba el teléfono para hacer la consulta correspondiente.

Le habló al dueño que era “invisible” a mis ojos. Esos minutos se hicieron muy largos. Finalmente colgó.

—Está bien. Es suyo —me respondió viendo la gran felicidad que mostraba mi rostro.

Sentía una alegría muy especial. Había comprado el dorje de cuatro puntas. Lo transporté todo el viaje con el cuidado con el que se trata a un bebé recién nacido. Sentía su “energía” y también que, de alguna manera, “resonábamos juntos”. Todo eso sucedía a través de una atracción que se percibía con algún “sentido” que no era ni la vista ni el tacto ni ninguno de los conocidos. Si tuviera que ponerle algún nombre, lo llamaría “el sentido de resonancia con el mundo exterior”.

De vuelta en Buenos Aires sentía que algo había cambiado. Percibía la existencia de una fuerza nueva que sólo podía ser captada intuitivamente. No se podía intelectualizar. Esa fuerza que nos unía con el dorje parecía contener también, desde el primer momento, algún dejo de “tristeza”. Tenía la certera sensación de que se debía a que él había sido separado de su dorje hermano. Tomé entonces la decisión de que haría lo posible para conseguir el otro dorje y “juntar a los dos hermanos”.

Había pasado un mes y medio desde la adquisición del dorje en California. Tuve que volver a Estados Unidos con motivo de una invitación para dictar una conferencia en Miami. Era el momento ideal para intentar conectarme con Carmel by the Sea y ver si podía conseguir al “dorje hermano”. Pero surgió un problema. Había tirado la boleta de compra y no recordaba el nombre de la tienda para poder hablar por teléfono. Pensaba que no debería ser muy difícil, ya que mi memoria recordaba Carmel como un lugar con no más de diez manzanas con negocios comerciales. Consulté con la operadora telefónica sobre la mejor manera de localizar el negocio y me recomendó comunicarme con la Cámara de Comercio de Carmel by the Sea. Así lo hice.

—Buenos días. Estoy necesitando el número de teléfono de una tienda que vende objetos de arte de Oriente —le dije a la operadora de la Cámara.

—¿Recuerda el nombre? —inquirió.

—No exactamente. Pero era algo parecido a Asia’s way o

Way of Asia —traté de explicarle.

—Disculpe, pero esos nombres no aparecen en la computadora —contestó fríamente después de cierto tiempo.

—Perdóneme señorita, pero no hay muchas tiendas en Carmel y menos que vendan objetos orientales. Está ubicada a media cuadra de la calle principal, hacia la izquierda si nos estamos dirigiendo por ella en dirección al mar. Aproximadamente a dos o tres cuadras desde que comienza la zona comercial.

—Disculpe, pero ese nombre no aparece en pantalla —terminó secamente la conversación—. Si recuerda el nombre, vuelva a llamar.

No lo podía creer. Sentía que el sistema estaba robotizando a los seres humanos. Parecía que no permitía una búsqueda de alternativas creativas, si los datos exactos no aparecían concretamente en una pantalla de computadora. Y esa era la Cámara de Comercio de Carmel by the Sea, el organismo que nucleaba a los pocos comercios que existían en ese pueblo. El mismísimo organismo que había sido creado para interconectar esos pocos negocios con los consumidores potenciales. ¿Qué pasaba con el sistema en el que estábamos inmersos? ¿A dónde nos estaba llevando? ¿Qué pasará en el futuro si la especie humana pierde su capacidad de improvisación por la dependencia a las máquinas?

Volví a Buenos Aires con la sensación de la misión incumplida. Solo traía de Miami un objeto tibetano diferente, uno que me había atraído con igual intensidad que los anteriores mientras había estado paseando por Coconut Grove. Se trataba de una espada de bronce muy antigua. En su empuñadura tenía un dorje y la hoja carecía de filo. De esta última salían prolongaciones metálicas con forma de llama, representando una espada que supuestamente emitía fuego con muchas llamas emergiendo de ella. No sabía para qué la usarían en el Tíbet, pero lo que de seguro sabía era que no servía para “lastimar” la materia. ¿La utilizarían también para el mundo de los espíritus?

Casi dos meses más tarde, a fines de noviembre, llegó el extracto de la tarjeta de crédito con la que había comprado el dorje en California. El negocio se llamaba Conway of Asia. Parecía increíble, visto a través de mi mentalidad latina, que habiéndole dicho a la operadora de la Cámara de Comercio que buscara algo parecido a Way of Asia o Asia’s Way no hubiera podido asociarlo con Conway of Asia dentro de una lista de pocos nombres.

Pensé que en Estados Unidos, basándose en el orden, el desarrollo lineal y la dependencia de

las computadoras, los niveles operativos probablemente habían perdido importantes cualidades como la asociación y la analogía. ¿Sería este el futuro que le esperaba a toda la humanidad por el camino que nos estaban conduciendo?

Personalmente pasé a interpretarlo de manera diferente. Los signos seguramente decían que la intuición había estado equivocada al tratar de convencerme de que tenía que adquirir el “hermano”. Seguramente ya lo habrían vendido en los dos meses transcurridos. Lo que estaba sintiendo, probablemente, no era más que una manifestación del poder posesivo que casi todos los humanos tenemos marcado a fuego en algún lugar de nuestro interior. Este nuevo pensamiento sólo pudo calmarme en parte, ya que la intuición (o lo que parecía ser ella) seguía insistiendo sobre intentar nuevamente “juntar a los dos hermanos”.

En cualquier momento pueden ocurrir coincidencias significativas. Podemos estar enfrascados en nuestros asuntos diarios cuando, sin previo aviso, se produce un hecho fortuito que atrae nuestra atención. Puede que nos dé por pensar en un viejo amigo que hacía años que no acudía a nuestra mente; y luego, después de haberlo olvidado por completo, resulta que al día siguiente nos topamos con él...

Las coincidencias pueden tener que ver con la oportuna llegada de cierta información especial que no sabíamos cómo conseguir, o con la súbita comprensión de que la experiencia que vivimos en el pasado, con cierta afición o interés, era en realidad una preparación para proporcionarnos una nueva oportunidad o un trabajo. Al margen de los detalles con que pueda presentarse una coincidencia particular, el hecho es que resulta demasiado improbable que haya sido consecuencia del azar o la mera casualidad... En cierto modo sentimos que tales acontecimientos estaban de algún modo predestinados, que se esperaba que sucedieran exactamente en el momento en que lo han hecho con el fin de reorientar nuestras vidas hacia una nueva y más inspiradora dirección.

JAMES REDFIELD46

Mes de febrero. Viajamos con mi padre y otro médico amigo al Congreso Anual de la American Academy of Orthopaedic Surgeons. Como sucede todos los años, se trata de un congreso multitudinario que moviliza alrededor de cuarenta mil personas. Decidimos viajar sólo por tres días, ya que no podíamos dejar nuestras actividades asistenciales por más tiempo durante esa época del año.

Iba con la mente puesta en aprovechar esa nueva ocasión para llamar a Conway of Asia. Había pasado cinco meses desde que había comprado el primer dorje. Las probabilidades de que hubieran vendido el “hermano” durante ese lapso eran enormes. Pero si lo que decía la intuición era cierto, el “hermano” aún debería estar esperando. Era una verdadera batalla, entre el firme pensamiento racional que decía que se trataba solamente del deseo del ego posesivo, contra la sensación producida por una intuición persistente, que denotaba una “ligazón” que se mantenía.

Habiendo arribado a Atlanta por la tarde y cansado por el viaje en avión, recién al segundo día

llamé nuevamente a la Cámara de Comercio de Carmel by the Sea. Ahora poseía el nombre exacto y la computadora me daba el número telefónico.

—Hola, Conway of Asia. ¿En qué puedo servirlo? —dijo una voz al otro lado del teléfono.

—Buenas tardes. No lo tome a mal, pero, por favor, siga mis instrucciones. Mire hacia la puerta de entrada —le dije recordando perfectamente la ubicación del teléfono y dónde habían estado ubicados los dorjes cuando los había visto por última vez.

—Adelante —contestó la voz del otro lado del teléfono.

—Ahora gire hacia la derecha. ¿Hay allí un arcón? —proseguí.

—Sí, señor —contestó la voz.

—¿Qué hay arriba de él? —pregunté ahora casi temblando e inundado por la emoción de estar esperando una respuesta desconocida.

—Probablemente lo más grande que haya visto usted en su vida —repuso el vendedor sin explicar cuál era el objeto del que estábamos hablando. Sin duda, estaba siguiendo muy bien el juego.

—Es un dorje, ¿no es así? —dije entonces tratando de confirmar racionalmente lo que representaba una obviedad para la intuición.

—Así es —confirmó el vendedor.

No podía creer. El “hermano” aún estaba allí. Había estado esperando durante esos cinco meses y nadie lo había comprado. Parecía increíble. La intuición había vencido y me había estado diciendo la verdad. Era una lección que debía aprender. Tenía que confiar en los impulsos intuitivos más allá de esa voz “racional” que habitualmente trata de convencernos de lo contrario. Allí estaba, pero aún no había solucionado el problema. Tenía que arreglar nuevamente el precio, que intuitivamente pensaba que debería ser igual al anterior, y conseguir que lo despacharan rápidamente a Atlanta. No iba a permanecer mucho más tiempo allí. Si no llegaba a tiempo, no íbamos a poder “juntarnos”.

—Por favor, si quiere busque las boletas de venta de principios de septiembre. Soy la persona que compró el otro dorje, el de cuatro puntas. ¿Recuerda? ¿Me lo puede vender al mismo precio que el otro?

—Aquí la encontré. El precio real es mucho más elevado que el que usted ofrece. Debo pedir autorización para bajar el precio. Déjeme un teléfono y lo llamo en un rato —me contestó.

A la media hora sonó el teléfono.

—Doctor, ese precio está bien. Se lo cargo a su tarjeta, aquí tengo su número. ¿Dónde quiere que se lo envíe?

—Estoy en Atlanta. Tengo un problema. No puede llegar después de mañana a la tarde, ya que me voy al día siguiente bien temprano —le dije, tratando de solucionar el último obstáculo.

—Este sí que es realmente un problema. Federal Express tarda cuarenta y ocho horas. No sé cómo podemos hacer

—dijo produciéndome una gran desesperanza.

En ese momento sentí que me arrepentía de no haber llamado el primer día de estadía en Atlanta. La falta de confianza en la intuición, que me decía que aún estaba allí, había hecho que no hiciera el llamado apenas había arribado.

—Perdón, espere un momento. Aquí la computadora me dice que hay un servicio especial de UPS que llegaría mañana a la tarde. ¿Se lo envío entonces? —dijo después de que hubiera aprendido nuevamente la lección de que debía confiar plenamente en la intuición y dejar que los acontecimientos fluyeran, si era que realmente tenían que suceder.

Al día siguiente volví del congreso por la tarde. Eran las seis. Me dirigí con mucha expectativa

hacia el conserje.

—Estoy esperando un paquete. ¿Por favor, puede chequear si ha llegado? —le dije mientras le mostraba la tarjeta de identificación del hotel en la que estaba escrito mi nombre.

—Encantado. No señor, no hay paquetes a su nombre —respondió, después de una breve búsqueda.

—¿Perdón, pero han llegado los envíos de hoy de UPS?

—pregunté mientras sentía un gran vacío en algún lugar interior que no podía identificar corporalmente, pero que creía que se ubicaba entre el ombligo y el corazón.

—Sí y no hay ningún registro a su nombre —replicó produciéndome mayor desesperanza cada vez.

—¿Puedo mirar? —le pregunté inapropiadamente demostrando cierta desconfianza.

—Si usted quiere puede hacerlo. Aquí están los registros de recepción y todos los envíos.

Me hizo pasar al otro lado del mostrador. Estaba claro que le disgustaba mi actitud de desconfianza hacia su profesionalidad. Había una cantidad de paquetes pero el dorje no se hallaba allí. Tampoco figuraba mi nombre en la lista de los envíos del día.

Hice un silencio prolongado. Estábamos parados frente a frente. No nos hablábamos ni nos mirábamos. En cierto modo, no estaba comportándome de manera cortés, pero algún sentido interior me quería “decir algo” que aún no podía decodificar. Parecía tratarse de los síntomas de la intuición, pero no estaba claro qué estaba pasando.

—¿Tiene algún depósito? —pregunté de repente sin previo “pensamiento en palabras”.

—Sí, pero allí sólo hay paquetes y objetos olvidados por pasajeros hace tiempo. Todo lo recibido en los últimos días está aquí y usted ya lo ha visto. Además, su nombre no está en el registro —replicó el conserje con un modo que iba demostrando un aumento de la tensión en el diálogo debido a mi insistencia sin fundamentos.

—Yo sé que a usted le puede parecer un disparate pero necesito entrar a ese depósito. ¿Podemos ir?

De no muy buena gana accedió sólo después de que le diera una propina. Nos dirigimos al depósito. Encendió la luz y mi mirada comenzó a “escanear” el lugar. Se detuvo en un paquete que llamaba la atención sin razón aparente. Tal vez su tamaño me había sorprendido, pero sólo en forma subconsciente. Estaba sobre el suelo en un rincón alejado, entre muchos paquetes ubicados por doquier. Mientras me acercaba, vi que tenía la inscripción de UPS y poseía un tamaño que bien podía corresponder al del dorje. La etiqueta no estaba en ninguna de las cinco caras visibles del paquete. Al darlo vuelta con las manos para buscar la etiqueta de identificación vi que aparecía mi nombre.

Se lo mostré al conserje. Estaba estupefacto.

—Le pido mil disculpas, señor. Nunca nos había sucedido antes. Jamás creí que pudiera estar aquí. No entiendo cómo llegó y tampoco por qué no figuraba en los registros de recepción —dijo tratando de disculparse o mostrando cierta desesperación por lo sucedido—. ¿Pero cómo sospechó que estaba en el depósito?

No le contesté, probablemente porque no sabía qué decir. Solamente le di las gracias. No tenía la menor idea de por qué había surgido la pregunta del depósito. Tampoco parecía muy racional contarle que lo había “sentido”, que una suerte de “conexión especial” entre ese objeto y la intuición habían dado la respuesta más allá de los pensamientos y de la conciencia racional. Resultaba evidente que se habían comunicado de alguna manera misteriosa.

Abraham Lincoln habla en uno de sus escritos de una coincidencia de esas características (refiriéndose a cómo la sincronicidad participa en el destino) que le sucedió durante su juventud. En aquella época, Lincoln sentía que tenía que ser algo más que un mero granjero o un trabajador manual como los demás miembros de su comunidad de Illinois. Un día se encontró con un vendedor ambulante que estaba atravesando

una época difícil y que le ofreció a cambio de un dólar un viejo barril de objetos diversos, la mayoría sin valor. Lincoln podía haberse quitado de encima a aquel vendedor arruinado, pero en cambio le dio el dinero y guardó los objetos. Más tarde, cuando vació el barril, Lincoln halló entre los botes y los utensilios viejos una colección de libros de derecho, gracias a los cuales estudió hasta ser abogado y a partir de ahí prosiguió su célebre destino.

JAMES REDFIELD, La nueva visión espiritual 46

—¿Qué te parece todo esto? —le pregunté a Juan Carlos mientras le mostraba los dorjes “hermanos”, el phurbu, la pompa y la espada flamígera. Me había costado transportarlos por su tamaño y peso, y necesitaba cualquier tipo de explicación posible.

—Son todos antiguos —contestó—. Te estás conectando a algo que no sé bien de qué se trata. Dorjes como este, de cuatro puntas, los he visto sólo en altares budistas de templos de Oriente, pero nunca uno tan grande.

Vi que cerraba los ojos.

—Estos dorjes deben tener cuatrocientos o quinientos años —convino después de colocar sus manos sobre ellos por un rato, con los ojos cerrados, como si hubiera podido “sentir” a través de ellas la edad de esos objetos sagrados. Su comentario los remontaba a una época hipotética en 1400 o 1500. Tampoco yo estaba seguro de que sus manos pudieran tener la precisión del carbono 14. No parecía un método científico, pero siempre le daba crédito a sus comentarios.

—¿Qué más me podés decir? ¿Por qué estos objetos se conectaron conmigo? —le pregunté tratando de indagar sobre aparentes fronteras que no podían ser otra cosa más que incertidumbre.

—¿Cómo se llamaba el lugar donde compraste los dorjes? —me preguntó Juan Carlos.

—Conway of Asia —le respondí.

—¡Eso es! Creo que es ahí donde vas a poder encontrar alguna pista. Esperame un minuto.

Volvió al rato con un vídeo de una película muy vieja, “Horizontes perdidos 1923”, era lo que

rezaba la leyenda adherida al vídeo casete.

—Mírala y después conversamos —concluyó.

Esa noche tuve la oportunidad de verla. Trataba sobre la historia de la ciudad mítica de Shangri-la. Ante mi sorpresa, el personaje oriundo de Inglaterra, que quedaba como regente de la ciudad, se llamaba Conway.

—Juan Carlos, vi la película —fue la introducción telefónica al día siguiente—. ¿Qué significa que el personaje se llame igual que el lugar donde compré los dorjes?

—Conway fue elegido para dirigir los destinos de Shangri-la. Shangri-la es también llamada Shambhalla en otras leyendas. En esa ciudad supuestamente se custodiaba la cultura y los objetos sagrados, como si fuese un reservorio para ser utilizado por futuras generaciones en caso de necesidad. Intentá conectarte con tu interior para ver si te dice algo el que hayas conseguido esos objetos sagrados tibetanos en un lugar que se llamaba Conway of Asia —me sugirió sin más explicaciones.

Tuvimos cinco horas de vuelo para llegar a Nueva Delhi desde Kuala Lumpur. La primera impresión del Aeropuerto de Nueva Delhi era como si se tratase de un gran galpón. Con Martín pasamos la Aduana, que parecía no tener intención de revisar a ninguno de los que estaban entrando al país. Sintiendo mucho calor por los 40°C, salimos a un gran hall donde inmediatamente comenzó el acoso de cientos de hindúes, que estaban al acecho para ofrecer taxis y otros transportes.

Identificamos un cartel que decía: “Eduardo x 2. From Kuala Lumpur. Ways Tours”. La conexión había funcionado. Por suerte no había sucedido lo que Martín había pronosticado en el avión antes de llegar.

—¿Decís que nos van a estar esperando en el aeropuerto? —había preguntado Martín.

—Así es.

—¿Cómo vas a identificar a la persona que nos espera?

—Bueno, me dijeron el nombre del guía que nos va a estar esperando —le había contestado.

—Doc, te pido por favor que cuando lleguemos no digas el nombre del guía en voz alta. Si lo hacés, miles de personas van a levantar la mano y decir que son ellos —me dijo riéndose de una hipotética situación caótica, la que fácilmente podría haber causado con mi habitual actitud inocente.

En el momento que nos presentamos al guía que tenía el cartel, cesó inmediatamente el acoso del resto. Muy cerca de nosotros un japonés joven no los podía eludir. Caminaba con rapidez y cambiaba de dirección abruptamente en forma continua, pero nunca lograba disuadir a los cinco o seis que lo perseguían a distancia casi de contacto humano.

Esperamos de pie, con las valijas sobre la acera, al guía que había ido a buscar el transporte. A un costado, en una calle llena de tierra, había unas cuantas personas descalzas, pisando sobre barro ligero, al lado de grandes tanques de agua. Aquellos recipientes cilíndricos servían para comercializar agua entre la gente que deseaba llenar sus botellas.

Nos subieron a un taxi viejo, negro y amarillo, con diseño de los años 50 o 60. Íbamos a pasear por Nueva Delhi ya que teníamos algunas horas libres hasta la hora de tomar el tren. Todas las ventanas estaban bajas y permitían la entrada de un aire extremadamente caliente, que volaba sin limitaciones mezclado con polvo y tierra.

La visita al Mausoleo de Gandhi fue realmente emotiva. Nos descalzamos como el resto de los visitantes y atravesamos un jardín, caminando en la dirección indicada: en sentido horario. Llegamos al mausoleo que estaba ubicado al aire libre. El aroma de un incienso maravilloso impregnaba todo el lugar. Era el ritmo perfecto para el sentido olfatorio. Un asceta con vestimenta amarilla tocaba rítmica e incesantemente un pequeño tambor, como queriendo equilibrar también el sentido de la audición. No había duda: la emoción y el sentimiento estaban presentes. Resultaba conmovedor ver a hindúes, muchos de ellos que parecían pertenecer a clases muy humildes, llorando sin sonido. Las enormes lágrimas caían deslizándose ininterrumpidamente por sus mejillas después de haber honrado la tumba del Mahatma. Eran lágrimas silenciosas, para el ser amado que ya no estaba más para orientarlos.

Seguimos nuestro camino después de haber permanecido en el santuario unos cuantos minutos en completo silencio reverencial. Volvimos luego al taxi para seguir recorriendo las enloquecedoras calles de Delhi. Todos manejaban endemoniadamente, tratando de encontrar inexistentes lugares para su paso entre otros vehículos. El ruido de cientos o miles de bocinas, accionadas sin causa aparente para la comprensión de nuestra mente occidental, era casi ensordecedor. Simplemente tal vez

sonaban para cumplir con las palabras grabadas en la parte trasera de los automóviles Please horn (Por favor, toque bocina). Las diferencias con nuestro hábitat eran notables. En la India pedían por favor que tocasen las bocinas, mientras que en nuestros países, si lo hacíamos, resultábamos multados por la policía. El contraste era ineludible, estaba presente en todos lados.

Un fuego emanado por un viento caluroso, similar al imaginable en un “infierno mitológico” o por lo menos en las partes más profundas del “purgatorio”, nos bañaba la cara mientras podíamos observar personas de extrema pobreza tiradas sobre las veredas.

Llegamos a una gran avenida parecida a las de París. En el centro, se destacaba un monumento muy similar al Arco de Triunfo, con una llama perenne encendida en honor a los muertos en la Primera y Segunda Guerra Mundial. A ambos costados, dos maravillosas fuentes con unos pequeños lagos artificiales en los cuales se bañaban muchísimos niños asediados por el calor. A lo lejos, la casa del Presidente.

Subimos nuevamente al taxi en donde el viento fogoso parecía deformarnos nuevamente el rostro. Quedaban dos horas hasta ir a la estación de tren para preguntar si teníamos lugar en un camarote con aire acondicionado. El guía nos comentó que estábamos ubicados en lista de espera con los números uno y dos, ya que no habían podido conseguirnos lugares.

Nos llevaron a cenar al Hotel Imperial, una verdadera reminiscencia de cuando India estuvo ocupada por los ingleses. Creo que cometí una equivocación al invitar al guía a cenar con nosotros, a juzgar por su reacción. Lo más probable, la invitación no había resultado apropiada. Contestó como tratando de explicar que no le correspondía estar en ese lugar. Mientras comíamos en el suntuoso comedor sentimos que parecían existir dos Indias diferentes, la de los ingleses y la de las calles. El contraste seguía manifestándose claramente. Durante el postre se acercó el guía y nos dijo que había podido confirmar por teléfono nuestras reservas en el tren. Con eso evitábamos el viaje alternativo que duraba doce horas en auto, es decir, toda la noche.

Nos dirigimos a la estación de trenes. Ya era de noche. Llegando al estacionamiento, las nubes de tierra fluían entre autos y personas, estando todo escasamente iluminado por las luces de algún automóvil o por los pocos, débiles e insuficientes, focos luminosos que descendían desde alargados postes.

Nos despedimos del taxista que nos había trasladado durante todo el recorrido y cargamos los bolsos, bastante más grandes que los que deberíamos haber llevado. Esa carga se iría convirtiendo lentamente en un verdadero “lastre”. Pensaba que tal vez necesitaría la cuarta parte de lo que allí llevaba. ¿Sería que a través de las maletas teníamos que sentir el peso de nuestros apegos y la carga de nuestra imagen, estando esta representada por la ropa que uno usaba?

Por indicación de nuestro guía comenzamos a caminar por un largo andén al aire libre en medio de la oscuridad. No veíamos más que a un par de metros de distancia debido a los aislados y débiles focos de luz, ubicados a grandes distancias entre sí, que intentaban infructuosamente iluminar la tan oscura noche y las nubes de polvo que pasaban.

En el interminable andén se encontraban multitudes de indios; algunos permanecían de pie, pero la mayoría se recostaba sobre el suelo. La mayor parte tenía apariencia de ser muy pobre, se entremezclaban algunos con vestimentas de hinduístas y otros, de ascetas. El andén parecía no conducir a ninguna parte. Por ningún lado se divisaba la estación, a la que nunca llegamos a ingresar ni a pasar con el tren después de la partida. No se veían trenes en movimiento. El andén seguía pareciendo de una infinitud inabarcable. Sólo había un tren detenido, en una de las vías paralela a la que estábamos esperando, a decenas de metros delante de nuestra vista. El guía nos dijo que ese era nuestro tren y que en algún momento se pondría en movimiento para más tarde dirigirse a nuestro

andén.

Después de esquivar innumerables personas sentadas y recostadas en el suelo llegamos a un punto en el cual nuestro guía nos indicó que debíamos detenernos. Allí nos sentamos sobre el asfalto del andén entre medio de la multitud.

A nuestro alrededor y difícilmente visualizables entre el polvo suspendido y los escasos rayos de luz, se podían ver algunas familias con sus pequeños hijos. Todos con sus equipajes castigados por el polvo, consistentes en grandes bolsas de arpillera. Nos separamos momentáneamente. El guía se fue a comprar un boleto para retornar a su casa después de nuestra partida y Martín, a conseguir botellas de agua mineral para el largo viaje.

Solo, sentado en ese mundo desconocido, mis ojos parecían estar viendo suceder todo en cámara lenta. Un mundo nuevo que en ese primer contacto me impactaba fuertemente y me producía, a la vez, un tremendo deslumbramiento. A pesar de la muchedumbre, había un silencio especial, como si al hablar se ingirieran, inexorablemente, las toneladas de polvo que viajaba por el aire. Al rato ambos volvieron.

El tren comenzó a moverse lentamente hasta desaparecer en la oscura noche.

—Cuando se acerque el tren van a ver a toda esta gente moviéndose en todas direcciones. Por favor quédense en su lugar hasta que les señale cuál es su vagón —apuntó el guía rompiendo el fantasmal silencio. Y continuó advirtiéndonos—: Los voy a acompañar hasta su camarote. Cuando estén allí dentro ciérrrenlo con el pestillo de seguridad. Son las nueve de la noche. Deberían estar llegando a Panthalok, donde deben descender, alrededor de las siete y veinte de la mañana. Allí los van a estar esperando en un taxi para llevarlos a Dharamshala. El viaje en auto será de aproximadamente tres horas. Por favor no se duerman y bajen en Panthalok, porque el tren sigue hasta Jammu en Kashmir (Cachemira).

No teníamos preguntas. Sólo asentimos con una sonrisa. Vimos a gran distancia la imágen borrosa del tren que se acercaba por la vía que accedía al andén. Aún estaba lejos, pero la gente se levantaba y comenzaba a moverse frenética y apresuradamente mientras cargaba sus bolsas. Era como un avispero, que despertaba rápida y súbitamente de su quietud. Siguiendo las instrucciones del guía, nos mantuvimos inmóviles en medio del movimiento general.

Finalmente, el tren comenzó a pasar delante de nosotros. Parecía no tener intención de detenerse a pesar de su escasa velocidad. Pasaron muchísimos vagones con todas las puertas y ventanas cerradas. A pesar de estar en movimiento, los más ágiles se trepaban con sus cargamentos a las escalerillas y golpeaban fuertemente las puertas como pidiendo que les abriesen desde adentro. Los que no habían trepado corrían por el andén persiguiendo el vagón que aparentemente habían elegido para su viaje. Nuestro guía, sin hablar, levantó las manos, haciendo la señal de que permaneciéramos quietos. Seguramente había intuido nuestra tendencia irracional a desplazarnos con la corriente humana.

Tiempo después de haberse iniciado esa locura movilizadora de seres, el tren se fue deteniendo lentamente. El pasaje de gente apresurada fue menguando. El vagón donde nos correspondía subir decía: “Primera Clase Aire Acondicionado”. Todas las ventanas tenían barrotes de hierro como en una prisión. Su puerta seguía cerrada. Las personas a nuestro alrededor comenzaron a impacientarse y a golpearla estrepitosamente. Parecía que no había nadie adentro. Los que golpeaban miraban hacia atrás como diciendo: “¿Qué pasa?” Recuerdo haber girado la vista en otra dirección, también hacia atrás, ya que intuía que si cruzaba la mirada con los que preguntaban, la mía seguramente no los iba a tranquilizar.

Momentos después apareció una persona sin uniforme quien abrió desde afuera el enorme

candado que bloqueaba la puerta del vagón. Subimos al viejo tren después de despedirnos del guía y de decirle que deseábamos que fuera él y no otro el que nos esperase a nuestra vuelta para llevarnos al aeropuerto.

Llegamos al camarote asignado luego de pasar por un angosto pasillo. Nuestro vagón, en ambos extremos, tenía cortinas de chapa cerradas con grandes candados para bloquear el pasaje entre vagones. El camarote era pequeño y tenía cuatro camas, dos arriba y dos abajo. Las nuestras eran las de arriba. Entre las duras camas y el techo había muy poco espacio. Accedimos a ellas pisando las de abajo, ya que no había escalera para subir. Aun no habían llegado nuestros acompañantes circunstanciales. Llamaba la atención que lo que llamaban aire acondicionado, se trataba solamente de un antiguo y pequeño ventilador de techo.

Me había ubicado horizontalmente en la cama, con el techo a escasos centímetros de mi frente, mientras veía que Martín seguía dando vueltas como si se sintiera enjaulado en aquellos dos metros cuadrados.

Entraron por separado nuestros compañeros de camarote. Nos saludamos con un “Good evening”. Los dos eran sexagenarios aparentemente oriundos de la India. El que se ubicó debajo de Martín vestía pantalón y camisola de lino blanca, un enorme turbante bordó y sandalias. El otro con anteojos semioscuros, pelo corto, canoso y con vestimenta occidental: zapatos negros abotinados, pantalón marrón y camisa de vestir sin corbata, fuera del pantalón. Este último fue el que le puso cerrojo al camarote.

Me dormí antes de la partida; mientras Martín se sentaba en la cama inferior, junto al de vestimenta hindú sentado a su lado en posición de loto y dialogaba con ambos. El próximo recuerdo consciente fue el de haber entreabierto los ojos alrededor de las doce de la noche cuando el hinduísta encendió la luz para cambiarse y ponerse su pijama. Se sacó el turbante y debajo de él apareció una larga cabellera blanca que le llegaba a la cintura. La comenzó a trenzar rodeando su cabeza. Me volví a dormir con el rítmico sonido del tren mientras todo parecía ser un sueño de Las mil y una noches.

En medio del sueño apenas podía percibir cuando el tren se detenía en innumerables estaciones.

DOMINGO 3 DE MAYO

A eso de las seis de la mañana, ya todos despiertos, nos sentamos a conversar en las camas de abajo. Una de nuestras preocupaciones era estar alertas para el descenso en Panthalok, ya que veíamos que en las estaciones no había ningún cartel con nombres comprensibles en inglés.

—El señor baja también en Panthalok —me comentó Martín tranquilizándome mientras dirigía su mirada al del turbante.

Seguramente, aquello fue lo primero que su mente matemática le había hecho averiguar la noche anterior.

Se pusieron a discutir entre ellos en inglés sobre temas políticos y sociales, relacionados con la situación de aquel momento en la India. Parecía como si quisieran que participásemos de la conversación. Martín, a quien considero uno de los más hábiles y originales polemistas que me ha tocado escuchar en la vida, hizo dos o tres comentarios comparativos con Occidente que los sorprendieron.

—Tenemos ganas de visitar Kashmir —dije en un momento en que la conversación político-social parecía agotada.

—No les recomiendo que vayan —contestó el de la vestimenta occidental—. Hay graves problemas de guerrilla y es muy peligroso. Estamos casi en guerra con Paquistán y no queda ningún turista en la región. Hay muchísimos muertos todos los días.

Ese comentario fue desalentador. No íbamos a poder rastrear los datos contenidos en el libro ¿Murió Jesús en Cachemira? Como mencioné previamente, en él decían que en Srinagar existía una tumba que era venerada como perteneciente a Jesús.

En la estación previa a Panthalok, dos oficiales del ejército indio ingresaron al camarote. Hicieron la venia, al tiempo que le sonreían a nuestro acompañante de vestimenta occidental. Recién entonces nos enteramos de que se trataba de un general del ejército de la India. No había duda de que deberíamos tomar muy en serio su comentario sobre Kashmir. Nos dio la mano en señal de despedida y nos deseó suerte en nuestro viaje.

Llegamos a Panthalok después de once horas de viaje. Una estación detenida en algún tiempo pasado y bañada por significativas polvaredas asociadas a una elevada temperatura. Al descender, vimos nuevamente el cartel “Eduardo x 2, Ways Tours” en el medio de la estación atestada de personas. El nuevo guía nos llevó por un largo andén hasta llegar adonde estaba estacionado un jeep Tata Sumo. Hacía mucho calor y, al igual que el camarote del tren, el jeep tampoco tenía aire acondicionado.

Tuvimos que cruzar el centro de Panthalok para llegar a la ruta. Parecía imposible, pero allí se veía aún más pobreza y precariedad que en las calles de Delhi. A los treinta kilómetros de viaje paramos en una casa de familia para desayunar.

Era una ruta muy angosta y trabada debido a las curvas. Tan angosta que apenas pasaban juntos el ancho de dos automóviles. Los frentes de las casas caían directamente sobre el borde de la ruta, sin veredas, y se ubicaban a menos de un metro de ella. En la mayoría de las casas el frente que daba al camino se encontraba abierto para algún negocio de venta de productos alimenticios (verduras, frutas y/o bebidas).

El camino siguió ascendiendo hacia las alturas cruzando ríos pedregosos. Llamaba nuestra atención la similitud con los paisajes a los que nuestros ojos estaban acostumbrados a ver en la Argentina cuando uno se acercaba a la Cordillera de los Andes. Parecían regiones similares a las que se pueden ver en las provincias de San Luis, Mendoza y Jujuy pero entremezcladas de manera distinta. Para nuestra sorpresa, a pesar de la altura, la zona tenía mucha vegetación.

Nos estábamos acercando a Dharamshala, a dos mil metros de altitud. Se divisaban las montañas con vegetación de la Precordillera y a lo lejos sobresalían por detrás de ella algunos altos picos con nieves eternas pertenecientes al Himalaya.

Al llegar, vimos una ciudad parecida a las otras que habíamos pasado previamente, pero recién entonces nos enteramos de que nuestro destino no era Dharamshala, sino McLeod Ganj, un asentamiento pequeño arriba de la montaña. El ascenso era tortuoso y tardamos unos quince minutos en llegar por un camino donde solamente pasaba un auto a la vez. Cuando se encontraban dos autos, alguno de ellos tenía que salir de la angosta ruta, ya sea hacia la montaña o hacia la pendiente, después de retroceder hasta algún lugar que lo permitiese.

LLEGADA A MC LEOD GANJ

Finalmente llegamos a Mc Leod Ganj después de pasar, a mitad de camino, la Tibetan Library, el Delek Hospital y el Oráculo de Nechung. Lo que no sabía en ese momento era que en esos lugares se iba a desarrollar gran parte de esta historia.

Al llegar a Mc Leod nos encontramos a la izquierda del camino con el Lamasterio de Namgyal, la Residencia de Su Santidad el Dalai Lama y el Dialectic School. Mientras el jeep avanzaba veíamos lamas por todos lados, caminando solos o en grupos, mientras otros estaban detenidos dialogando. La singularidad de ver tantos lamas luego se convertiría en una habitualidad, tanto como ver personas vestidas de traje en la 5ta Avenida de Nueva York durante un día laboral.

Seguimos más de tres cuadras desde Namgyal por el camino al pie de la montaña y nos detuvimos. Habíamos llegado.

—Este es el restorán Khana Nirvana. Los deberían estar esperando —aclaró el chofer.

Después de agradecerle, subimos por una angosta escalera hasta llegar al restorán, que tenía una terraza “colgante” con vista a todo el valle.

Salió de la cocina un joven norteamericano de unos veintilargos años, de pelo rubio, casi pelirrojo y semi largo; era delgado, y de aproximadamente un metro setenta y cinco de estatura. Tenía una barba tupida que sólo dejaba ver sus intensos ojos azules precedidos por unos pequeños anteojos redondos, sin marco, que le daban una imagen totalmente intelectual.

—Namasté, soy Mark —dijo mientras nos saludaba con las manos en posición de plegaria.

Después de contestarle el saludo continuó con un prolongado abrazo. Luego, señalando a la muchacha que lo acompañaba, dijo:

—Ella es Darah, mi pareja —fue la presentación—. Mi padre, Ron, los ha recomendado muy especialmente. Después que dejen las cosas en el hotel, los voy a acompañar para que conozcan Mc Leod.

Nos trasladaron al hotel Surya donde teníamos reservadas dos confortables habitaciones, aunque pintadas de un color gris muy triste. Quedamos en encontrarnos en su restorán vegetariano después de desempacar y darnos una ducha. Tuvimos que hacerlo con agua fría, ya que sólo suministraban agua caliente entre las seis y las diez de la noche.

Al volver a Khana Nirvana, Mark nos invitó con unos riquísimos jugos licuados de banana y sandía. Eran cerca de las cuatro y media de la tarde cuando salimos a caminar.

—Este es el Lamasterio de Namgyal. Aquí se les da la instrucción a los lamas y se los forma en las cuatro corrientes del budismo tibetano. Depende directamente de Su Santidad. Vengan que les quiero mostrar algo muy especial —dijo Mark muy entusiasmado.

Entramos en un gran salón que tenía un altar delante. En uno de sus lados había cuatro lamas, ubicados en cruz, moliendo arenillas de todos colores para construir un gran mandala.

—¿Dónde estamos? —le pregunté.

—Este es el templo del Kalachakra, el preferido del Dalai Lama. Están haciendo un mandala de Kalachakra —contestó Mark—. Es un ritual muy especial y, entre otras cosas, lo usan para purificación y desapego.

Mirábamos extasiados la belleza del mandala, así como también la magistral habilidad con que lo creaban. Todos al unísono depositaban simétricamente el mismo tipo y color de arenilla en los cuatro puntos cardinales del mandala. Rojos, amarillos, ocre y tantos otros colores para formar una imagen que inspiraba armonía.

—¡Mirá eso! —le dije a Martín señalándole con enorme asombro el altar del templo.

—¡La imagen de tu dorje! —replicó atónito por la coincidencia.

El altar principal se hallaba cubierto por una especie de mantel que tenía grabado, en todo el paño, dibujos que coincidían exactamente con la forma del dorje de cuatro puntas que tenía en Buenos Aires y sobre el cual venía a investigar. Era el templo al que concurría el Dalai Lama y su altar debía tener imágenes especialmente seleccionadas. Probablemente el significado de ese dorje representaba algo importante para la cultura tibetana, algo que aún tenía que descubrir.

—No entiendo. Acabamos de llegar y ya me estoy conectando con la historia de los dorjes —le comenté a Martín como si repentinamente nos hubiéramos despertado del cansancio producido por el largo viaje—. ¿Será esta una señal de que no tenemos que perder de vista la pista del dorje?

—Se está viviendo una tensión política muy grande aquí en Mc Leod —nos informó Mark después de salir del templo—. Hay amenazas y se comenta que sospechan que pueden intentar asesinar al Dalai Lama. Se dice que, en estos momentos, aquí hay espías chinos.

—¿Podríamos conseguir una entrevista para visitarlo? —le pregunté.

—Sí, podríamos. Pero ahora no es posible porque está en Estados Unidos y no va a volver durante mayo —fue la respuesta desesperanzadora de Mark.

Seguimos caminando hacia la residencia de Su Santidad. Estaba emplazada sobre un monte. Alrededor existían descampados atravesados por un angosto sendero para peregrinos. Este parecía circunvalar la montaña por debajo de su residencia, la que quedaba así en su centro. Habíamos comenzado a recorrerlo.

—Este sendero se llama Lingkor y recuerda, en pequeño, el que estaba alrededor del palacio Potala en Lhasa, Tíbet. Potala era la residencia de los Dalai Lamas hasta que abandonaron el Tíbet —explicó Mark—. Hay algunas épocas del año en que está repleto de peregrinos que recorren todo el camino haciendo reverencias. Lo hacen tomando contacto con las rodillas y la cabeza sobre el suelo después de cada paso que dan. Tardan hasta diez días en recorrerlo.

—¿Ven esas “montañitas” de acumulaciones de piedras?

—continuó Mark—. Cuando los caminantes se sienten inspirados toman alguna piedra de los alrededores y la depositan como ofrenda en esos montículos ubicados en lugares determinados.

—Mark, me parece increíble ver como esta costumbre se asimila a la que vemos en nuestras montañas en la Cordillera de los Andes y el Altiplano. Los incas hacen unas iguales y las llaman apachetas. Lo hacen como ofrenda a la Pacha Mama, que es como llaman a la Madre Tierra. La única diferencia es que aquí luego las pintan de blanco mientras que allá usan directamente piedras blancas de cuarzo que fácilmente se encuentran a la vera del camino. Me parece sorprendente ver esta “analogía ritual” entre dos civilizaciones que la historia nos describe como que no han tenido contacto entre ellas.

—Además —proseguí—, si uno observa los bordados, diseños y colores de los chalecos y gorros de ambas culturas son casi indistinguibles. ¿Será todo esto la manifestación de un tipo de inspiración especial que emana de las altas montañas en estos dos lugares de la tierra que son considerados tan sagrados?

Tenía la impresión de que a la historia que nos enseñaban le faltaban algunos datos trascendentes, aún no revelados, para poder ensamblar las causas de las similitudes culturales entre los pueblos que, según el conocimiento oficial, nunca pudieron relacionarse.

Proseguimos caminando por el Lingkor hasta acercarnos a una pequeña construcción de material que tenía pequeñas ventanas; las cortinas corridas ocultaban lo que había adentro. A su alrededor, banderas de colores intensos, muy similares a los que se pueden observar en la bandera del Imperio

incaico.

—¿Qué es esto? ¿Qué hay detrás de esas cortinas? —preguntó Martín.

—El dios Nechung, el protector de Su Santidad. Este pequeño templo está aquí en el Lingko para proteger su residencia. El Dalai Lama cree mucho en él y en su oráculo. Cuentan, casi como leyenda, que estando en Potala, en el Tíbet, él no quería irse y abandonar su tierra ni su gente, a pesar de que la invasión china ya llevaba diez años y de las múltiples advertencias que había tenido de que debía abandonar el Tíbet. Fue un día, estando el oráculo de Nechung en estado de canalización, cuando le dijo que debía irse en ese mismo instante. El Dalai Lama le hizo caso y a la mañana siguiente su palacio fue bombardeado. Cuentan que su escape a través de los Himalayas fue casi sobrenatural, casi imposible de ser realizado por un humano. Y parece que quien le dijo la manera de hacerlo fue el oráculo. A lo mejor lo vieron cuando venían para Mc Leod. Ahora está al lado de la Tibetan Library, entre Dharamshala y Mc Leod.

Nos sentamos a meditar por un rato a un costado del camino, sobre una cornisa, mirando el inmenso valle, mientras contemplábamos la maravillosa puesta de sol.

—Ya está oscureciendo. Volvamos —dijo Mark después de un rato de permanecer en silencio.

—Bueno, vayan a descansar. Si les parece bien mañana nos reunimos en Khana Nirvana, a las nueve para desayunar. Voy a tratar de contactarme con el director del Delek Hospital para decirle que llegaste —comentó Mark mientras nos despedíamos tiempo después, a los pies de su restorán.

Ese día había averiguado qué significaba “Namasté”. Me explicaron que quería decir algo así como: ‘mi alma se regocija al encontrarse con la tuya, deseándote la mayor de las felicidades’.

Si estamos verdaderamente comprometidos a realizar nuestro sueño, descubriremos que existe una fuerza poderosa que está más allá de nosotros y nuestra voluntad consciente, una fuerza que nos ayuda en el camino, alimentando nuestra búsqueda y transformación.

JOSEPH JAWORSKI 32

Después de saludarnos con Mark y Darah, nos sirvieron un riquísimo desayuno frente a uno de los ventanales que tenía vista al valle y a las montañas lejanas. Había tres mesas más ocupadas por otras personas. Las computadoras, en el centro del salón, servían a los turistas para comunicarse por e-mail con sus tierras natales.

Terminando el desayuno, Mark se acercó y se sentó a nuestra mesa.

—El doctor Tsetan Dorji, director del Delek Hospital, nos espera hoy a las tres de la tarde. ¿Tienen algo programado para mañana? —nos preguntó con gran amabilidad.

—Para mañana, no. Hemos averiguado que dan clases de budismo en la Tibetan Library. Hoy vamos a ir a la clase de las once. ¿Te parece adecuado? —le preguntó Martín.

—Esas enseñanzas son maravillosas. El lama que las dicta tiene un humor muy especial. A veces ríe sin parar, y su risa es muy contagiosa. Les va a encantar. Verán que sus enseñanzas son muy profundas. Una de las cosas que más me gusta es lo que se canta al comenzar. Se canta en tibetano un agradecimiento e invocación para la presencia de todos los maestros previos de esas enseñanzas. Produce un efecto posterior que no puedo describir bien con palabras —comentó Mark con entusiasmo, tal vez porque no había considerado que quisiésemos estudiar budismo tibetano.

—Mark, estoy buscando a alguien que sepa mucho de objetos sagrados tibetanos antiguos —le comenté—. Quiero investigar lo que pueda sobre unos dorjes antiguos que tengo en Buenos Aires. ¿Qué me aconsejás que haga? —le pregunté pensando que tal vez me pudiera dar alguna idea de cómo comenzar la búsqueda.

Me miró sonriendo. No entendía por qué sonreía ni tampoco por qué no me contestaba. ¿Había dicho algo inapropiado?

—Johnny, por favor acércate —dijo Mark en voz alta dirigiéndose a una de las mesas alejadas.

Se puso de pie un alto y rubio anglosajón, de pelo largo hasta los hombros y de aspecto semejante al de los hippies de fines de década del 60. Tenía anteojos con un diseño que también le proporcionaban un cierto aire intelectual. Mark nos presentó.

—Johnny es de Illinois. Está aquí desde hace tres años trabajando en el Instituto de Nurbulingka, desde su fundación. Él produce videos para la difusión de lo que se hace en Nurbulingka, que es el centro actual del arte tibetano. Se construyen las figuras sagradas para los templos; poseen el secreto milenario de la aleación de los metales. Funciona allí la escuela oficial de pintura tangka y se producen muebles como, por ejemplo, para la residencia de Su Santidad-explicó Mark mientras Johnny asentía sonriendo.

—Johnny, Doc está buscando información sobre los orígenes de unos dorjes. ¿Qué opinás que debe hacer? —continuó Mark.

—Tiene que ver al Gran Maestro Mr. Penba Dorji —respondió sin dubitación alguna—. Él fue elegido en 1973 por el Dalai Lama como Maestro Mayor de Arte del Estado Tibetano. Es la mayor autoridad en arte sagrado tibetano, director del Instituto de Nurbulingka y conocedor del secreto, transmitido a través de los siglos, de la aleación perfecta para el sonido de los metales. En Nurbulingka se construyen las deidades para los templos oficiales tibetanos.

—Sin duda es la persona que estoy buscando. Nadie más apropiado. ¿Existe alguna posibilidad de que nos podamos reunir con él? —le pregunté sorprendido de que la respuesta a la búsqueda se hubiera precipitado tan rápidamente y de que la persona con mayor autoridad para opinar pudiera estar tan a nuestro alcance.

—Los espero pasado mañana jueves, en Nurbulingka. Pregunten por mí. Voy a hacer los arreglos para que Mr. Penba Dorji los reciba —concluyó Johnny mientras observaba mi cara de alegría.

Parecían coincidencias más allá de las posibilidades del azar. Como si estuvieran guiadas por alguna “fuerza” mágica que desconocía. El primer día había visto la primera pista: las imágenes del dorje en el altar del templo de Kalachakra. A la mañana siguiente aparecía la segunda para la búsqueda de las piezas del rompecabezas sobre cuál era mi conexión con esos objetos. Presente en el lugar donde desayunábamos había estado la persona que nos guiaría a la máxima opinión autorizada sobre el tema: el Maestro Mayor de Arte del Estado Tibetano. No había duda, parecía un excelente comienzo.

Terminado el desayuno, fuimos hacia la Tibetan Library en donde recibimos, junto con otros treinta o cuarenta alumnos, las dos primeras clases de budismo. La primera versó sobre “La generosidad del dar” y la última sobre “Tiempos oscuros y eras iluminadas”. Durante las enseñanzas seguía con una tremenda conmoción interior, producida por las coincidencias que se habían presentado y que parecían estar guiándome en la búsqueda.

Por la tarde, me entrevisté con el director del Delek Hospital. Me llamaba poderosamente la atención que su nombre también tuviera algo que ver con los dorjes: Tsetan Dorji. ¿Tendrían todos los nombres en el Tíbet alguna derivación de los dorjes o era simplemente que eso me estaba queriendo decir algo que aún no comprendía?

Tuvimos un diálogo muy amable y arreglamos que al día siguiente vería algunos pacientes para opinar sobre sus posibilidades con cirugía reconstructiva. Para el viernes, el doctor Dorji iba a programar la visita a un leprosario. Seguramente allí habría muchos leprosos que podrían necesitar cirugía sobre sus nervios, como así también transferencias tendinosas, con el objetivo de reconstruir la función perdida de sus manos.

El problema surgió cuando luego verificamos que no había un quirófano seguro para poder operar. Lo iban a comenzar a construir y estaría listo en aproximadamente dos años. Tendríamos que esperar hasta entonces.

—Doctor Dorji, necesito hacer una investigación bibliográfica sobre un aspecto particular del arte sagrado tibetano, ¿cuál es el lugar más apropiado para hacerlo? —le pregunté respetuosamente.

—Yo lo voy a ayudar. En este preciso momento voy a llamar al encargado de la Tibetan Library para pedirle que le den toda la asistencia posible para lo que usted está necesitando. Le voy a comentar que está colaborando con nosotros en el hospital.

MIÉRCOLES 6 DE MAYO: INVESTIGACIÓN BIBLIOGRÁFICA SOBRE LOS DORJES

Nos despertamos temprano y caminamos por la calle paralela al camino de cornisa en el centro de Mc Leod. Buscábamos un lugar para desayunar. De repente, vimos un cartel con un nombre familiar: Café Shambhala. Desde ese momento lo adoptamos para desayunar hasta nuestra partida.

Por la mañana concurrimos nuevamente a la Tibetan Library para recibir las enseñanzas del día: “La Práctica del Dar” y “La Disciplina de la Conducta Moral”. Era maravilloso hablar en los recreos con otros estudiantes, que provenían de los países más dispersos del planeta. Nos sentábamos todos debajo de un árbol, en la puerta de un pequeño bar. Encima de las pequeñas mesas, colgado de la pared del edificio, un enorme cartel decía “Free Tibet”.

Por la tarde regresé al hospital, para ver a los pacientes que el director había seleccionado. Pérdidas de huesos completos por infecciones y secuelas graves de lesiones nerviosas fueron el principal motivo de las consultas. Los planes reconstructivos propuestos eran de alta complejidad y tenía grandes dudas respecto de exponérselos, ya que eso era crear una esperanza que tal vez nunca podría ser cumplida. Era la misma sensación que había experimentado con los pacientes en Rumania. La infraestructura en Dharamshala debería cambiar mucho en el futuro para llegar a realizar esas operaciones sin mayores riesgos.

Lo que más impactó mi alma fue el agradecimiento, casi cercano a la veneración, que esos pacientes me expresaban después de que emitía mi opinión. Nunca había vivido algo así en Occidente y, mucho menos, sin haber podido hacer nada concreto por ellos.

Quedaban dos horas hasta el cierre de la biblioteca. Decidí caminar las pocas cuadras que la separaban del hospital para comenzar la investigación. Pregunté por el bibliotecario. Al poco tiempo se presentó.

—Ya habló conmigo el doctor Tsetan Dorji para que lo ayudáramos. ¿Qué está buscando?

—Necesito algún libro sobre dorjes —le respondí.

—Nadie pide esos libros aquí. ¿Es por alguna razón especial? —me preguntó un tanto sorprendido pero sin perder la cortesía.

—Tengo unos dorjes que me “llegaron” de una manera muy especial. Me gustaría ver si puedo entender para qué se usan, como así también tratar de investigar su origen y antigüedad. Quiero profundizar el tema para saber si tuvo alguna conexión con ellos “hace tiempo” —traté de explicarle.

—Creo que va a ser difícil —respondió con una sonrisa que me produjo desesperanza—. Hay libros sobre phurbus y campanas, pero no hay ninguno en toda la literatura tibetana que trate sobre dorjes. ¿Cuándo puede volver?

—Mañana tengo el día ocupado con un viaje a las afueras. Podría regresar el viernes a la tarde, a la vuelta de la visita que vamos a hacer a un leprosario.

—Lo espero. Voy a ver qué puedo hacer por usted —dijo el bibliotecario abriendo una mínima esperanza de poder encontrar lo que buscaba.

Eran las diez y media de la mañana. Habíamos tardado cuarenta minutos en el taxi para llegar. Preguntamos por Johnny y al reunirnos con él nos llevó a otro pabellón para encontrarnos con Mr. Penba Dorji. Nuevamente Dorji, un nombre que me parecía que derivaba de los dorjes. ¿Se llamaría todo así? Lo saludé con un “Namasté” acompañado de una reverencia con las manos en posición de plegaria. Respondió de la misma manera.

—Estamos muy agradecidos de que haya accedido a recibirnos. Nos sentimos muy honrados por ello, también por poder estar ante su presencia —le dije respetuosamente mientras un artesano tibetano que hablaba inglés le traducía.

El Maestro Mayor era una persona baja, de unos setenta años, que demostraba una majestuosa bondad mezclada con humildad.

—Es un placer intentar ayudarlo —fue la traducción de lo que él había dicho dulcemente en tibetano.

—Desearía saber si me puede decir algo sobre el origen de estos dorjes —continué mientras le mostraba las fotografías que les había tomado antes de partir.

—¿Cuál es su interés? —inquirió con amabilidad a través del traductor.

—Quiero saber si tuve alguna conexión con el Tíbet en alguna vida pasada y siento que, si es así, estos dorjes podrían darme alguna pista sobre cuándo y dónde estuvimos juntos —traté de explicarle.

Mi comentario al respecto le debió haber parecido completamente normal ya que no gesticuló ni hizo ningún intento por replicar. Se quedó varios minutos observando detenidamente cada una de las fotos, que volvió a mirar en varias oportunidades. Al rato comenzó una larga explicación que el traductor escuchaba atentamente.

—Mr. Penba Dorji dice que está muy impresionado por los dorjes que usted le ha mostrado. Son muy antiguos y el diseño es el característico de los construidos hace quinientos años. Él no ha tenido contacto personal con ellos pero recuerda haber leído, hace unos veinticinco años, un libro donde figuraban referencias sobre ellos —fue la traducción mientras el Maestro Mayor de Arte señalaba en las fotografías los dragones ubicados en los brazos del dorje de cuatro puntas.

—Si Penba Dorji se muestra así de interesado, es porque son piezas muy significativas —agregó Johnny.

A continuación el Maestro tomó un pequeño papel y anotó el nombre, en tibetano, de unos antiguos papiros para que los buscara en la biblioteca. Después de un agradecimiento que provenía de las profundidades de mi alma nos despedimos.

Johnny nos llevó a conocer el resto del Instituto. En un taller estaban montando dos deidades para el templo de Kalachakra. La femenina, con veinticuatro brazos y la masculina, con ocho. En otro recinto tallaban madera para ornamentos y muebles. Luego nos llevaron a otra sala donde estaban los pintores del arte Tangka. Había cuatro o cinco de ellos y nos explicaron que cada pintura les demandaba casi un año para completarla.

—¿Saben algo del dios Nechung? —nos preguntó Johnny.

—Sí, vimos un pequeño templo en el Lingkor y nos hablaron algo sobre el oráculo —respondió Martín.

—Bueno, en ese atril, y tapado por esa sábana, se encuentra el cuadro del dios Nechung. El oráculo recomendó que se lo pintara y se lo colocara en la residencia del Dalai Lama para

protegerlo de posibles atentados contra su vida. Ya está terminado —nos contó Johnny mientras lo destapaba para que lo viésemos y pudiésemos sacarle una foto.

Mientras caminábamos por los jardines nos contó que él había visto la construcción del “casco” para el Oráculo de Nechung. El Oráculo era un ser pequeño que se colocaba dicho “casco” cuando estaba “conectado” en los momentos en que adivinaba. Dijo que el “casco” estaba construido en metales y que en su parte superior se colocaban plumas y otros elementos. Lo que más nos sorprendió fue su peso. Nos comentó que no pesaba menos de ¡100 kilos! y que, para cualquier mortal, resultaba imposible sostenerlo con el cuello. El Oráculo lo lograba sólo en estado de trance y conseguía mover su cabeza en sentido giratorio durante las adivinaciones, como si se tratase de un aparato que funcionaba como una antena. Johnny concluyó el magnífico relato diciendo que había escuchado comentar a varias personas que el casco que había tenido en el Tíbet pesaba alrededor de 300 kilos.

Finalmente entramos a un museo donde, detrás de las vitrinas, estaban representados diferentes momentos de la historia del budismo en el Tíbet, con muñecos artísticamente diseñados y vestidos. Fue allí donde encontré una de las posibles explicaciones a la razón kármica por la cual el Tíbet había sido invadido por China. Una de las escenas mostraba a uno de los regentes tibetanos que allá por el año 800 había invadido China y la había sometido a pagar tributo. Creo que lo tuvieron que hacer por alrededor de cien años.

Tenía ahora una explicación para una de las inquietudes con que había venido al viaje: tratar de entender el porqué de la invasión china al Tíbet a mediados del siglo XX. Si la ley del karma funcionaba como la describían, los tibetanos deberían sentir, en carne propia, lo que ellos le habían hecho a otros antes (o algo semejante). A ese antecedente, pensé, se le había agregado otra causa. El Tíbet se había cerrado mucho sobre sí mismo, limitando tanto la entrada de extranjeros como la salida de sus maravillosas enseñanzas. El mundo exterior necesitaba imperiosamente acceder a sus conocimientos para poder evolucionar y lograr unir las culturas de Oriente y Occidente. Con la invasión china, se habían conectado con las máximas autoridades disponibles para la contestación de las preguntas que formulábamos: el maestro Mayor de Arte del Estado del Tíbet y la Biblioteca Tibetana. Y todo estaba allí, en Dharamshala. No podía olvidar el signo encontrado en el altar del templo de Kalachakra. Había sido hartamente elocuente como señal de que estaba caminando por un sendero que parecía el correcto.

LAMASTERIO DE NAMGYAL: MOMENTOS DIFÍCILES

A menudo he tenido experiencias de este tipo, aparentemente accidentales, tanto en el trabajo como en mi vida privada, y siempre me he sentido intrigado por ellas y me he preguntado cómo ocurren... Mi indagación de la sincronicidad surgió de una serie de sucesos existenciales que me llevaron a un proceso de transformación interna... Las cosas empezaron a encajar sin esfuerzo y comencé a descubrir personas notables que me prestarían una ayuda inestimable.

JOSEPH JAWORSKI 32

Volvíamos a McLeod en un taxi con Martín y Johnny, cuando decidí bajarme para continuar las averiguaciones en el lamasterio de Namgyal. Ellos siguieron hasta el centro del pueblo. Seguramente no habría otro lugar más apropiado que dicho monasterio para encontrar algún lama que trabajase con dorjes y que pudiera darme pistas sobre lo que buscaba.

Después de preguntarle a un lama sobre el lugar adecuado para hacer la consulta, me indicó que me dirigiera a la Secretaría General del Lamasterio.

—Namasté. Buenas tardes —dije a modo de saludo al Lama Secretario General. Parecía tener entre treinta y cinco y cuarenta años y pertenecer a la etnia tibetana.

—Namasté. ¿Qué desea? —contestó de una manera parca y sin esbozo de amabilidad.

—No sé si será posible, pero me gustaría tratar de contactarme con algún lama que esté dedicado al manejo, cuidado o protección de dorjes —continué, mientras le sonreía intentando mejorar la calidad del diálogo.

—¿Sabe usted lo que es un dorje? —preguntó sin deponer su frialdad.

—Creo que sí —respondí tímidamente, tal vez para no provocarlo.

—¿Y para qué quiere verlo? —fue su pregunta después de prolongados segundos de silencio. Mientras, continuaba sin dirigirme la mirada. Intuía que su entonación denotaba cierto contenido emocional, seguramente por lo disparatado que le parecía mi pedido.

Saqué del bolsillo las fotografías que traía de Buenos Aires. Se las mostré para que las viera y tratase de comprender el porqué de mi inquietud.

Miró la primera, levantó la vista y me observó fijamente, por primera vez, sin decir palabra alguna. Miró las fotos lentamente, una por una, dos veces. Durante ese largo tiempo de silencio yo sentía que algo no andaba bien. Todo estaba muy tenso y podía percibir “la densidad del aire” que nos unía. Pensé que tal vez me estaba confundiendo por ansiedad, pero no era así. Estaba acostumbrado a ver muchos pacientes diariamente durante los casi veinticinco años de profesión. Con los años, y con el método del ensayo y error, había aprendido a sentir algo que es sólo perceptible por la intuición. Y ahora en contadas oportunidades me equivocaba cuando sentía que alguien emitía “mala onda” desde su campo personal. Podía percibir incluso, claramente, cuando yo también la emanaba.

Vi que el lama miraba detenidamente la imagen del dorje de cuatro puntas, que era igual al que había visto estampado en el mantel del altar de Kalachakra. Levantó su cabeza y sin dirigirme la mirada dijo secamente:

—Nunca en mi vida vi algo igual, ni sospechaba que existiese. ¡No entiendo qué es lo que usted quiere!

—No quiero nada especial, excepto tratar de descifrar su origen en el tiempo y el espacio. Me junté con esos objetos sagrados en diferentes viajes. Sentí, partiendo de ellos, algún tipo de “llamada especial” que no puedo explicar con palabras. Ante esa atracción mutua los compré y los llevé

conmigo a Buenos Aires —y proseguí—: Según tengo entendido, en la cultura tibetana ustedes dicen que es posible que uno se encuentre con objetos con los que se ha estado en contacto en vidas anteriores. Quiero tratar de averiguarlo y si resultase de otro modo me gustaría ver si llego a saber cuál fue el lama que los tuvo en custodia, para conocer la energía que me está guiando en estos momentos de mi vida.

—¿En qué país los compró? —preguntó sin cambiar su actitud.

—En Estados Unidos, pero en distintos lugares. En California, en Nueva York y en Miami —le respondí tratando de complacer su inquietud.

Después de un prolongado silencio, dijo:

—Deben valer mucho dinero.

Unos segundos más tarde, mientras apretaba los puños sobre las sientes y cerraba los ojos intensa y espasmódicamente, continuó:

—¡Tengo un enorme dolor de cabeza!

Me asustó. Siguió en esa posición apretándose la cabeza cada vez con más fuerza. ¡Algo andaba mal, muy mal!

Me arrepentía de haber ido. Seguramente el lama se estaba “desalineando” y no había otra causa aparente que mi persona para lo que se había desencadenado.

No veía ni la más mínima pizca de compasión en su ser de la cual aferrarme. Comencé a sentir un gran calor en el cuerpo y, a continuación, tuve la sensación de una transpiración profusa. ¡Yo también me estaba “desalineando”! Tenía ganas de pararme y partir raudamente. Sentía que había sido tratado como un acusado. ¿Me estaría confundiendo con algún espía chino? A pesar de todo decidí quedarme, ya que no estaba dispuesto a dar marcha atrás en lo que había ido a buscar, más allá de las dudas y del miedo que ahora me inundaban.

—¿Qué quiere? ¿Quiere venderlos? —fue la pregunta que casi me paraliza.

—No —fue mi respuesta firme y con cierto tono de disgusto por sentir que me estaba confundiendo con alguien que venía a comercializar los dorjes—. Sólo quiero reencontrar el pasado, para entender mi función en el presente y poder aplicarlo adecuadamente en el futuro.

En ese momento me dio la sensación de que la situación estaba haciendo que complicase mucho mis respuestas.

Se quedó mirándome, demostrando su enojo hasta que decidió llamar al otro Lama Secretario. Él seguía sentado en su escritorio mientras yo permanecía a su derecha, en una silla contra la pared. Entonces entró el otro Lama Secretario. Se sentó a mi lado en la silla paralela de mi derecha también contra la pared. Quedaba yo ahora entre los dos lamas. El último, era un inglés alto de unos treinta y cinco años con rasgos físicos característicos de los hindúes.

Hablaron durante un tiempo en tibetano y luego hicieron silencio. No me parecía cortés que hubieran hablado en su lengua sin que yo pudiera entender, pero tal vez era sólo una costumbre.

El lama recién ingresado me miraba fijamente y con extremada seriedad.

—¿Desea ver las fotos? —le pregunté tratando de romper el hielo de una situación que parecía no tener fin.

—¿Qué hace usted con estos dorjes? —preguntó mientras miraba las fotos y seguía denotando enojo.

Le di una explicación parecida a la que le había dado al otro lama pero por el gesto de su cara no parecía haberlo convencido sobre mis intenciones.

—¿Ha estado en China alguna vez? —me preguntó.

—Jamás —contesté tratando de relajarme, ya que parecía estar entrando en un terreno de alta

sospecha por alguna causa que no llegaba a comprender.

—¿Conoce usted a alguien que haya estado en China o que comercialice objetos que se sacan ilegalmente del Tíbet? —fue su nueva pregunta devolviéndome toda la tensión.

La situación se estaba complicando. Pensaba que donde me encontraba podía ser asimilable en Occidente a la Secretaría General del Vaticano. Había ido inocentemente a buscar algún tipo de explicación y ahora estaba inmerso en un gran enredo. Pasaron por mi mente los espías chinos que según me habían contado amenazaban la vida del Dalai Lama. No podía creer que me estuvieran confundiendo con un espía asesino o con un contrabandista mercenario. La práctica de la compasión, uno de los fundamentos del budismo, parecía encontrarse completamente ausente de la escena que estaba viviendo justo allí, en el lamasterio de Namgyal. Tal vez esa era la función que debían cumplir esos secretarios, la investigación casi policíaca e intimidatoria en los casos de sospecha. A lo mejor eran ellos los que debían buscar la información que pudiese proteger la vida de Su Santidad. Lo malo era estar en el banquillo de los acusados.

Trataba de consolarme. Pensaba que lo que simplemente sucedía era que estaba queriendo hablar de un tema restringido dentro de su cultura y, además, que no entendían qué hacía con objetos que eran tan sagrados para ellos.

El miedo me había dejado estático durante todo ese tiempo. De pronto surgió un fuerte enojo interior mientras el tenso silencio continuaba.

—¡Escuche! —le dije entonces, enérgicamente, al recién ingresado—. Creo que ustedes no me entienden. Mi intención es sólo comprender por qué estos objetos actúan sobre mi intuición. He sentido su “llamado” al verlos por primera vez y entre nosotros se ha creado una fuerza amorosa que interacciona como un imán, como una “gravedad” o “resonancia” especial. Por otro lado, sin saber por qué, y sin tener ninguna explicación en el plano lógico y racional, he sentido que tenía que llevarlos a Mendoza, en la Argentina. Así lo hice en tres oportunidades durante dos años. Un año más tarde en Mendoza se filmó la película Siete años en el Tíbet. Tal vez ni ustedes ni yo estemos comprendiendo que estos dorjes están abriendo algún tipo de energía para el budismo en la Argentina. Podría ser que yo sea solamente un instrumento de ellos, que ignora su verdadera función al igual que ustedes.

Pareció que este último comentario, que no había nacido del pensamiento elaborado, había relajado la situación y era la clave de lo que sucedía y que ninguno de nosotros había entendido anteriormente. En ese momento sus facciones se aflojaron hasta para permitirle una sonrisa al lama que había ingresado al final.

Tomó un papel y comenzó a escribir un nombre.

—Kamthrúl Rimpoché —pronunció con una sonrisa mientras leía lo que había escrito—. Puede probar si le concede una entrevista. Suba tres cuadras la colina por aquella calle. Pregunte por él. Todos lo conocen. En ese lugar viven muchos lamas. Kamthrúl Rimpoché es la autoridad máxima y maestro de lamas en altos tantras.

Nos despedimos. Salí de la sala de la secretaría con una fuerte sensación de que tal vez no debería seguir adelante.

Deambulaba solo tratando de tomar una decisión. Me hubiera gustado consultarle a Martín, pero se había ido a una pequeña localidad aledaña, llamada Baghsú. Seguían las dudas mientras caminaba esas tres cuadras a través de un pequeño sendero empinado entre edificios de tres pisos de altura y pintados en fuertes colores: bordeaux, terracota y amarillo. A pesar de no estar seguro si debía seguir adelante pensaba que si había empezado debía ser lo suficientemente valiente como para proseguir a pesar de las consecuencias. Me había asustado bastante durante el interrogatorio en Namgyal,

probablemente por no esperar ser tratado así por lamas. ¿Se estarían politizando y “occidentalizando”? Tal vez todo eso sucedía porque había querido preguntar por un tema prohibido para muchos, y uno de los incluidos en esa prohibición era yo.

Subí las angostas escaleras que me indicó un lama que pasaba por la calle en sentido contrario hasta llegar al segundo piso. Había un pequeño patio-terraza delante de las puertas. Antes de llegar a la puerta correspondiente, esta se abrió y un joven de aspecto tibetano y sin atuendos religiosos salió a mi encuentro.

—¿Qué desea? —fue su inmediata pregunta en tono cordial.

—Desearía ver si el Rimpoché me puede conceder una entrevista —mientras le mostraba el papel escrito por el lama de Namgyal con el nombre de Kamthrúl Rimpoché.

—El Rimpoché se encuentra dando clase y no lo puedo molestar. Por favor vuelva en media hora.

—Muchas gracias, vuelvo luego —le dije mientras me daba vuelta para retirarme.

—¿Para qué quiere verlo? —preguntó interrumpiendo mi marcha.

—Para ver si puedo hablar con él sobre dorjes —respondí mientras le mostraba una de las fotos del dorje de cuatro puntas. Lo hice directamente para evitar las preguntas que ya había recibido con anterioridad: “¿Qué sabe usted de dorjes? ¿Cuál es su interés?, etcétera”.

Reemprendí la marcha; no estaba seguro si regresaría. Había bajado ya los dos pisos cuando escuché pasos apresurados descendiendo detrás de mí. Al girar la cabeza vi nuevamente al joven, pero ahora agitado por haber bajado rápidamente.

—El Kamthrúl Rimpoché lo espera el sábado, de cuatro a cinco de la tarde. Traiga un traductor —fue la respuesta inesperada.

¿Qué había sucedido? ¿Lo había interrumpido durante la clase? ¿Por qué tanto interés en contestarme inmediatamente y no esperar a que volviera en media hora?

Regresé al hotel con muchos pensamientos dando vueltas en la cabeza. Tenía aún dos días para decidir si concurriría a la entrevista.

La conclusión de todo lo sucedido era inequívoca: los dorjes eran mucho más “secretos” (o algún calificativo similar) que lo que cualquiera de nosotros hubiera podido pensar previamente. También podía estar seguro de que en Dharamshala no les gustaba que se hablara abiertamente de ellos porque su conocimiento debía estar vedado para la mayoría de los mortales.

MAÑANA DEL VIERNES 8 DE MAYO: VISITA A LOS LEPROSOS

Después de encontrarnos en el Delek Hospital a las nueve de la mañana, salimos con el doctor Tsetan Dorji y una enfermera voluntaria suiza hacia el leprosario. Quedaba pasando Lampadur, una ciudad a más de una hora de viaje.

Viajar en una ambulancia en la India tenía sus recompensas. La mayoría de los autos que venían de frente, salían de la ruta en los lugares donde no podían pasar dos vehículos simultáneamente. La ambulancia parecía tener prioridad de paso. El problema surgía cuando alguno de los que venían de frente no lo hacía mientras nuestro chofer esperaba que así sucediese. Ello obligaba a violentas maniobras dentro de la pequeña ambulancia Maruti.

Durante el viaje hablamos sobre las posibilidades futuras de operar las secuelas de los leprosos. En el leprosario revisé las manos y el estado en que se encontraban los nervios de los pacientes. Ya había trabajado con esta clase de enfermos en la Argentina y sentía cierta naturalidad en lo que estaba haciendo. Pero experimenté un hecho que me conmocionó profundamente. Agachada en un rincón había una mujer que cubría todo su cuerpo y la cara con un gran manto azul. Sólo sus ojos se encontraban visibles. Al pasar a su lado la saludé amablemente. Mientras sus ojos sonreían se descubrió el rostro para responder al saludo. ¡No podía creer lo que veía! Había perdido la nariz y el tabique nasal, por lo que le había quedado un gran orificio rojizo que se comunicaba con el interior de la cabeza como si fuese el de una calavera viva. Traté de no reflejar mi conmoción y de continuar sonriéndole, pero no estoy seguro de haberlo logrado.

Retornábamos a McLeod, habiendo entablado cierta amistad con el doctor Dorji.

—Su nombre es Dorji. ¿Tiene algún significado? —le pregunté ya distendido durante el retorno.

—Dorji viene de “dorje”. Tiene el mismo significado que la palabra “vajra”. Quiere decir ‘diamante’ y también ‘poder indestructible’ —me respondió.

—He conseguido una audiencia con Kamthrúl Rimpoché para hablar sobre un tema por el que tengo interés. Me han pedido que lleve un traductor. ¿Cómo lo puedo conseguir? —le dije aprovechando la confianza que me había dispensado.

—Yo lo voy a ayudar. Voy a conseguirle algún traductor del Dialectic School. Llámeme a última hora de la tarde y le voy a dar la información.

Creo que fue él quien, a continuación, me contó que Kamthrúl Rimpoché era la máxima autoridad en altos tantras en Dharamshala y que, incluso, había sido maestro del Dalai Lama en ese tema.

Después de llegar al Delek Hospital me dirigí caminando a la Biblioteca Tibetana para revisar lo que el bibliotecario pudiera haber encontrado.

TARDE DEL VIERNES 8 DE MAYO: LA INFORMACIÓN SOBRE LOS DORJES

Busqué al bibliotecario y me indicó que me sentara a una de las largas mesas de la sala de lectura. Al rato vino con dieciocho libros señalados en las páginas donde había algún párrafo referido a dorjes.

Sentía que era un privilegiado. El resto de la gente que concurría debía buscar entre numerosas fichas y les entregaban hasta un máximo de dos libros por vez. En mi caso habría sido imposible hacerlo de esa manera, ya que no había ningún libro cuyo título reflejara lo que estaba tratando de investigar. Nunca hubiera encontrado ninguna ficha sobre dorjes. Los tibetanos parecían ser muy agradecidos con aquellos que estuviesen ayudando a su comunidad.

He aquí un resumen de las anotaciones de aquella tarde sobre la investigación de los dorjes:

Dorje = vajra

El emblema del rayo. Apareció inicialmente en el budismo indio como símbolo de Vajrapani (rayo-en-mano), el protector especial de Buda Sakyamuni, siendo un préstamo directo del Dios Védico Indra.

El vajra simboliza: 'indestructibilidad, indivisibilidad y poder irreductible'.

Otras traducciones eran 'diamante' y 'soberano de las piedras'.

Es una expresión de la cualidad adamantina (dureza del diamante) de la mente de Buda.

El dorje es el símbolo más importante de la corriente del budismo Vajrayana. El vajra es responsable del nombre dado a esta corriente del budismo, pero también es el símbolo verdadero del bodhicitta, o iluminación.

Operaba como arma de destrucción y luego se convirtió en un preciado talismán de protección. Simboliza la fe; importante en rituales para el exorcismo de espíritus demoníacos. Es un atributo frecuente de dioses y lamas. En el arte tibetano es mostrado como el atributo de varias deidades que lo sostienen en una de sus manos o lo han colocado cerca de su cuerpo.

Es un símbolo cósmico: el pilar cósmico. Por lo tanto, se trata de un instrumento para uso ritual. El arma más poderosa de los gurús en su guerra contra los demonios, simboliza el rayo de Indra (Júpiter).

Está siempre en pareja con la campana. La campana debe ser comparable con el dorje en tamaño y tener en su mango medio dorje de forma similar.

La unión del vajra y el loto simboliza la verdad suprema. En Tíbet la campana reemplaza al loto.

Los dorjes tienen cinco prolongaciones en rayos de rueda en cada extremo. Los dorjes con nueve rayos son usados para ciertos propósitos tántricos.

El dorje en cruz, de cuatro extremos, tiene un significado especial como emblema del equilibrio, representando la cruz de la creación del mundo. Para iniciados, el dorje cruzado con sus cuatro partes simboliza los cuatro tipos de actividades búdicas. Cada una de ellas puede ser capaz de producir en un meditador la necesaria purificación interior, desarrollo, expansión de influencia o eliminación de negatividades.

El dorje es el vehículo del rayo para el Kalachakra.

El sitio debajo del Árbol de Buda se dio en llamarlo Vajrasana.

Aunque no era el objetivo principal de la investigación también anoté algo sobre los Phurbu:

“La daga ritual lamaísta = phurbu”.

Manipulada durante el transcurso de rituales tántricos. (i.e.: Rituales mágico-cósmicos para combatir a los demonios).

La daga como totalidad es considerada como un retrato o representación de la deidad relevante. Ej. Vajrakila (Dorje Phurbu).

“Daga mágica”. “Daga encantada”. Comparable a la flecha adivinatoria de los chamanes. Enclavando a los espíritus demoníacos.

Salí de la biblioteca caminando hacia McLeod. Reflexioné sobre los datos obtenidos en la investigación bibliográfica. De algo estaba seguro, había tratado de entrometerme en un tema demasiado sagrado para que lo hablasen con un occidental advenedizo. El dorje había nacido como instrumento del dios Indra y a partir de allí usado para rituales tántricos y para exorcismos. Era el símbolo principal de una de las grandes corrientes del budismo: el Vajrayana. Este sendero existía para los que eran lo suficientemente “impacientes” y querían hacer una evolución acelerada en una sola vida, en lugar de tomar la ruta no tan apresurada del “camino del medio”. La palabra matiaméka expresaba este camino, libre de los dos extremos.

Los que elegían los altos tantras deseaban llegar en una sola vida a la iluminación del boddhicita para poder volver en las próximas encarnaciones con mayor capacidad de ayuda para el resto de los seres sensibles. Parecía una carrera acelerada para obtener la máxima “nobleza humana”.

Ahora sabía que tanto los dorjes como el phurbu se utilizaban para lo mismo: los rituales tántricos. También había entendido claramente que eran usados por los lamas del Vajrayana y que en todos los casos eran imprescindibles en las iniciaciones guiadas por altos maestros para poder realizar sus prácticas. El mismo Buda Sakyamuni había reservado esas enseñanzas y prácticas solamente para sí y para algunos discípulos seleccionados. Lo peor: un “argentinito” advenedizo intentaba “meterse” en el tema.

MADRUGADA DEL SÁBADO 9 DE MAYO: UNA REVELACIÓN

Entré al templo del Kalachakra por la puerta trasera. Una gran cantidad de lamas y algunas otras personas con ropa de calle estaban sentados en el suelo. Rezaban en voz alta con sus voces de gravedad inigualable. Era un rezo cantado que inundaba hasta el último átomo existente en esa sala y hacía resonar a todos los presentes con los graves tonos del sonido. Todo vibraba. Había llegado tarde a la ceremonia. Estaba todo ocupado pero vi que quedaba un lugar libre adelante, a la derecha, junto a la pared. Comencé a avanzar en puntas de pies con la mano en posición de plegaria, la cabeza reclinada en señal de respeto y con la intención de no molestar ni interrumpir el estado meditativo de los presentes.

Había caminado la mitad del trayecto pegado a la pared cuando sentí una mano sobre mi hombro izquierdo. Al darme vuelta vi que un lama me había alcanzado en mi marcha.

—Perdóneme, pero debe retirarse. Su presencia no es bienvenida en este templo —me dijo en voz muy baja.

—¿Cuál es la razón? ¿Haber llegado tarde? —pregunté sintiéndome discriminado.

—No. Esa no es la razón. Su persona no es bienvenida aquí —respondió sin dudar.

Me sentía conmocionado y humillado. También intimidado. Di un paso para retirarme, pero repentinamente me detuvo y retrocedí para mirarlo a los ojos.

—¿Quién lo envía a decirme esto? —le pregunté mascullando en un volumen de voz casi imperceptible para el resto de los asistentes.

—Eso no importa. Por favor retírese —susurró nuevamente con gran firmeza.

—¡Sí que importa! —dije entonces en voz más alta que la de las oraciones, lo que produjo que se interrumpiese la ceremonia, mientras todos los asistentes me dirigían asombrados sus miradas.

—¿Quién envió a este lama a decirme que no soy bienvenido en este templo? —pregunté a continuación de manera que todos pudieran escuchar.

—Fui yo —sostuvo un lama mientras se acercaba hacia donde aún estábamos parados—. No deseamos su presencia aquí.

Para mí absoluta sorpresa era el mismo lama que me había entrevistado en el lamasterio de Namgyal. Era el mismo Secretario General que había apretado los puños sobre sus sienes afectado por un intenso dolor de cabeza durante nuestra entrevista.

—¡Quiero saber cual es la razón! —cuestioné enérgicamente.

—No se la vamos a dar. ¡Retírese! —fue su respuesta casi amenazante.

—Usted es el mismo que me entrevistó en Namgyal. ¡Está asumiendo mal sus poderes y está tergiversando la doctrina budista! Ha confundido sus funciones y permitido que la política domine su ego. Ha perdido su espíritu compasivo, especialmente en el aspecto de tratar de penetrar y comprender los corazones de los otros seres sintientes. Usted no puede estar representando al budismo tibetano en este lamasterio. Si se pierde la alegría, la sonrisa y el poder de interpretar las intenciones de los corazones de otros seres, es imposible poner en práctica la compasión. Estoy muy apenado de que el mundo occidental esté contaminando y confundiendo de esta manera una corriente tan pura para la evolución espiritual, como el budismo. Si no vuelven al camino del corazón puro, el budismo tibetano será otro malejemplo de lo que debe ser el amor y la evolución espiritual de la humanidad.

¡No podía creer lo que había hecho! Había tratado de darle una lección sobre compasión a un lama, en el mismísimo templo del Kalachakra. Probablemente había enloquecido pero mientras lo decía, lo hacía con firmeza y con ideas que venían de algún lugar más allá de la conciencia pensante. Había dicho todo esto con una intensidad que había invadido todo el templo mientras miraba fijamente a los ojos del lama. Como si hubiera querido que mis palabras penetrasen hasta el interior de su alma.

Hubo un silencio prolongado mientras el lama reflexionaba sobre mis palabras. Había un silencio de alta tensión. Parecía casi inverosímil que un visitante occidental, a quien habían querido echar del templo, le hubiera dado a un lama un “cuasi discurso” sobre la compasión. Nadie se animaba a romper el silencio mientras las miradas de los presentes poco a poco me abandonaban y se iban dirigiendo hacia el Secretario aguardando cuál iba a ser su reacción.

—Puede ser que usted tenga razón, pero igual ¡retírese!

—fue la respuesta de la que parecía un alma anquilosada.

Entonces sucedió algo totalmente inesperado. Alguna profundidad desconocida me hizo decir con voz firme:

—¿Sabe quién soy?

No hubo respuesta. Tal vez mi pregunta fue inesperada y lo había desacomodado. Me miraba expectante como inquiriendo para que acelerara el desenlace.

—Soy Jamyang.

Un prolongado murmullo proveniente de los lamas invadió completamente el templo.

Me desperté sobresaltado. Mi corazón latía vertiginosamente y el cuerpo estaba mojado de transpiración. Muy raras veces en la vida recordaba los sueños y ellos tampoco me despertaban.

¿Qué era ese nombre Jamyang que había pronunciado en sueños? Probablemente era sólo una fantasía que me había permitido hablarle de humanidad a la persona que me había sometido a intimidación y humillación. ¿Cómo habría sido el desenlace si no me hubiera despertado?

Encendí la luz y anoté en mi diario de viaje el nombre que había dicho en sueños. Después de escribirlo sentí profundas ganas de investigar si alguna vez había existido un nombre parecido en la historia del budismo tibetano. Nunca lo había escuchado y no “sonaba” como un nombre tibetano.

¿Era sólo la fantasía de un sueño disparatado o había en él “una revelación”? La mente lógica inmediatamente contestó con la aparente respuesta correcta: “Es sólo un sueño, pura fantasía. Ese nombre nunca existió”.

SÁBADO 9 DE MAYO POR LA MAÑANA: LA CASCADA DE BAGHSÚ

¿Qué había de cierto en el sueño? ¿Y si en realidad soy un personaje de una historia?... ¿Y si todos fuéramos realmente personajes de una historia? ¿Y si lo que experimentamos como nuestra vida fuera una obra de ficción? ¿Cómo podríamos saberlo?... ¿Cómo sabría un personaje que pertenece a una historia? Evidentemente sólo algo ajeno a la propia historia, algo que venga de más allá, podría atraer la atención de un personaje sobre la naturaleza de la historia que está viviendo. Sin embargo, fuera cual fuese ese extraordinario suceso, también tendría que formar parte de la historia, debería tener sentido o significado para los personajes, la trama, la presentación, el nudo y el desenlace, ¿no es así?

ROBERT HOPCKE 31

Estábamos con Martín desayunando en el Café Shambhala. Por la tarde, a las cuatro, tenía cita con Kamthrúl Rimpoché.

—Tuve un sueño que me impactó mucho —le comenté a Martín mientras me preparaba una tostada con miel.

—¿Qué soñaste, Doc? —preguntó casi automáticamente, intentando despertarse mientras tomaba su café.

—Entraba a una ceremonia en el templo de Kalachakra y me ordenaban que me fuera porque no era bienvenido. El lama era el mismo que me hizo ese interrogatorio policial que ya te conté el jueves. Me negué a retirarme y ante su insistencia empecé a dar una explicación delante de los lamas de cómo veía la compasión y cómo veía que algunos de ellos la habían perdido. ¡Qué locura! A pesar de ello, el lama Secretario insistía en que me retirara. Fue en ese momento cuando le dije: “¿Sabe quién soy? Soy Jamyang”.

—¿Y quién es Jamyang? —me preguntó sin demasiado interés mientras comía una banana.

—No sé. No tengo idea. Jamás escuché ese nombre. Seguro que es un delirio onírico. Pero, por las dudas, después voy a ver si encuentro ese nombre en algún lado... ¿Y si existe?

—agregué dándole cierta libertad a nuestra imaginación.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Martín como dando por terminado el tema del sueño.

—¿Qué tal si nos vamos a algún lugar en la montaña? No sé si te sentís igual, pero yo estoy un poco “ahogado” entre tantos templos y lamas. Necesito un poco de contacto con la naturaleza.

—Ayer estuve en un río espectacular, pasando Baghsú. Dicen que si se sigue caminando por un sendero se llega a una cascada lindísima. ¿Vamos?

—Vamos —contesté feliz de que Martín supiese de la existencia de un lugar así.

Pasando el pequeño pueblo de Baghsú caminábamos por un angosto desfiladero sobre la ladera de la montaña. Abajo, el río con una corriente moderada y en sus orillas, algunos lamas lavando sus ropas. El sendero por el que caminábamos se interrumpía abruptamente en algunos lugares donde se había desmoronado. Pasábamos casi en el aire colgándonos de algunas ramas, que esperábamos que no se rompieran y nos hicieran desbarrancar hacia el precipicio.

Llegamos a la cascada. Tenía unos doce metros de altura y debajo de ella formaba una olla. Volvíamos a escuchar el sonido puro de la naturaleza. Habíamos meditado en muchos templos ornamentados con enormes figuras doradas de Buda y pintados con colores fuertes a los que no estamos tan habituados en Occidente. Pero esto era diferente. Se volvía a sentir en toda su plenitud el canto de la Madre Tierra, el mismo que se puede sentir en cualquier lugar del planeta. Esa Madre que no hace distinciones entre razas ni religiones.

Todo lo que estaba vivenciando me hizo meditar sobre cuál era mi verdadera religión. ¿Seguía siendo católico o ahora era budista? Por un lado, estaba Jesús, que nos guiaba por el sendero del amor y el corazón. Nadie como Él para activar ese “centro del amor”.

A pesar de que sentía que Jesús seguía siendo mi “Maestro Guía”, sus enseñanzas no me alcanzaban para el entendimiento de muchas de las preguntas con que me acosaba la mente racional. Lamentablemente me habían dotado de una mente muy grande y un corazón muy pequeño. La mente, que preguntaba incesantemente, no obtenía más respuestas dentro del catolicismo que las de apoyarme en la fe. Había leído que los gnósticos habían tenido este mismo dilema y lo habían solucionado siguiendo sus caminos individuales y no a través del dogma.

Sentía como ellos que la fe era una imperfección, ya que sólo es necesaria cuando no ha existido la vivencia. Cuando se vive algo con plenitud y se lo siente con todas las células del cuerpo, la fe queda relegada a un segundo plano.

Cuando hubo vivencia, la fe ya no es necesaria. Pensaba en el simple ejemplo del fuego y la mano. Se puede tener fe en que el fuego puede quemar la mano, pero una vez que la hayamos acercado, o incluso quemado, ya no existe más la fe sino la certeza de la vivencia.

Sentía este concepto analógico al concepto sobre el perdón. El perdón también es una imperfección ya que sólo puede existir si no se ha sabido “comprender” en el preciso momento en el que se produce el hecho. Si se comprende en ese momento, no nace la ofensa que luego necesita del perdón para redimirla.

Medité que Jesucristo aún seguía estando muy presente en mi camino pero lo sentía más como los cristianos gnósticos que como los católicos. Lo necesitaba pero a través de la vivencia. Probablemente yo era uno de esos seres que no habían sido “tocados por la varita mágica de la fe” y necesitaba tanto entender como sentir.

El budismo me había brindado importantes aportes durante los últimos años. Enfocaba los temas desde el punto de vista mental y el poder “entender” desde esta corriente religiosa producía un verdadero efecto tranquilizador a la mente interrogadora. Probablemente el budismo respondía las preguntas existenciales con un carácter “cuasi científico”. Eso era lo que satisfacía plenamente a mi mente estructurada científicamente en la universidad.

El budismo era el desarrollo del camino del individuo, que brindaba todas las explicaciones posibles, para luego llegar a la compasión hacia todos los seres sufrientes. Un camino maravilloso que permitía, una vez que fuese integrado al individuo, poder completarlo con el amor inconmensurable de Jesucristo.

Había escuchado algunas palabras en tibetano que creía indispensables para evolucionar. La que más me había movilizado era la palabra “drala”, que significa ‘más allá del conflicto’,

‘más allá de los opuestos’ o ‘más allá de los contrarios’. Expresa una actitud de sabiduría que, si es aplicada a la vida diaria, elimina la mayoría de los conflictos por estar “comprendiendo” desde el principio desde un nivel más evolucionado.

No había duda, tanto Jesús como Buda eran absolutamente necesarios para mi corazón y para mi mente, pero en esa catarata se manifestaba la naturaleza en todo su esplendor. Sentía que necesitaba quererla y respetarla tanto como a ellos. Con mucha mayor intensidad que lo que se podía desprender de la religión.

Algunas prácticas de chamanismo andino durante los últimos años me habían producido conexiones muy fuertes con la Madre Tierra y con “sus órganos”: los ríos, las piedras, la tierra, los árboles, las montañas y, en especial, las águilas. Recordaba un día en los Andes cuando hacíamos una invocación al espíritu del águila. Al poco tiempo teníamos seis águilas volando en círculo arriba nuestro, como aparecidas de la nada. Algo tenía que haber en todas estas conexiones con la tierra que nos hacían vivir sensaciones tan intensas como las de las experiencias místicas.

Sí, había algo que parecía unirlo todo: los átomos que formaban mi cuerpo. Los átomos que eran la base de las moléculas, las células, los órganos y el cerebro. ¿Pero de dónde provenían esos átomos? ¿Dónde habían estado antes?

Sin duda alguna, los átomos nos “son prestados” temporariamente por la Madre Tierra para formar estos cuerpos que funcionan durante un tiempo con casi la misma perfección que el universo. Pero ellos necesitaban para su creación de los átomos que ingresábamos a través de los alimentos y del aire que inspirábamos. ¿Dónde estuvieron antes? ¿A quién o a qué pertenecieron? ¿A dónde están yendo continuamente los átomos que estamos eliminando diariamente del cuerpo a través de las excreciones, la respiración, la descamación de la piel, las uñas, los pelos, y los sangrados ocasionales? ¿Quién o qué va a tener en su cuerpo, o estructura, átomos que estuvieron en mi cuerpo impregnados por esta conciencia individual? ¿Tendrán los átomos algún tipo de memoria acumulativa de la información de todo a lo que han pertenecido? Seguramente todos los átomos estuvieron juntos en el Big Bang. Entonces, qué es lo que nos hace diferente a otro ser humano o a una piedra, si todos nuestros átomos fueron “uno” y parte de lo mismo alguna vez.

Todas las experiencias místicas que llevan a la iluminación nos cuentan que las personas que lo logran se sienten “uno” con todos los demás seres y con el universo. Deben entonces estar sintiendo esa “unión” o “conexión” entre los átomos propios y el resto, y “sentir al unísono”.

Pensaba que mis células vivían renovándose en forma constante y cíclica. Como las de la piel, que no nos permiten que tengamos el color del bronceado del sol por más de una a dos semanas. Para renovarse necesitan nuevos átomos. Muy probablemente tenía en ese momento en mi interior átomos que habían sido parte de piedras, árboles, dinosaurios, mosquitos, leones y estrellas. Pero también, a lo mejor, tenía algunos átomos que habían pertenecido a algún esclavo, a algún santo o a algún asesino. Tal vez también alguno había pertenecido al cuerpo de Jesús o al de Atila. ¡Qué maravilla!

Comenzamos a darnos cuenta de que ciertas cosas son atraídas repentinamente hacia nosotros de maneras muy sorprendentes. Comienza a operar una estructura de causas subyacentes, un conjunto de fuerzas, como si estuviéramos rodeados por un campo magnético en el que los imanes se alinearan automáticamente. Pero dicho alineamiento no es espontáneo en absoluto, se trata simplemente de que los imanes están respondiendo a un nivel de causalidad más sutil.

PETER SENGE 32

Al regreso de la cascada de Bagsú nos separamos. Martín se iría a caminar; mientras yo iba a la entrevista con el Rimpoché a las cuatro de la tarde.

Caminé hasta el Dialectic School donde debía encontrarme con el traductor que me había conseguido el Director del Hospital. Desde las tres y media hasta las cuatro menos cuarto pregunté por él en diferentes lugares del edificio. Los lamas me contestaban que había salido y que no sabían si regresaría. Si era así, estaba nuevamente en problemas.

Faltando quince minutos para la entrevista se acercó un lama con vestimenta típica. Un joven, de unos treinta años y de escasa estatura.

—¿Tsendú Samphél? —pregunté expectante.

—Sí, soy yo. ¿Es usted el doctor a quien tengo que acompañar?

—Sí. Muchas gracias por haber aceptado hacer de intérprete en la entrevista —dije mientras comenzábamos la caminata de varias cuadras hasta el lugar correspondiente.

En el camino se detuvo y me recomendó comprar una chalina de seda blanca como ofrenda para el Rimpoché.

—¿Sobre qué temas vamos a hablar con Kamthrul Rimpoché? —preguntó con voz suave y facciones que dibujaban una sonrisa llena de dulzura.

—Estuve preguntando en Namgyal por un lama que supiera sobre dorjes y me dieron su nombre. Vamos a hablar acerca de los dorjes —le contesté.

Sus facciones cambiaron repentinamente. Había empalidecido y mostraba cara de gran preocupación. Se quedó callado un rato mientras caminábamos hasta que acotó:

—No creo que yo esté autorizado a escuchar esa conversación. No sé si estoy autorizado ni si me corresponde. Ese es un tema vedado para el noventa y cinco por ciento de los lamas, incluyéndome. El cinco por ciento que practica altos tantras no lo dice y no se sabe quiénes son. La única cara visible aquí en Dharamshala es Kamthrul Rimpoché, el Maestro de lamas. Incluso lo fue del Dalai Lama. Ese es el Rimpoché a quien vamos a ver. No estoy seguro si yo debiera estar presente.

Un nuevo problema. Cada vez adquiría mayor conciencia de que seguía jugando con fuego. A todos los lamas que les había preguntado les parecía casi disparatado el tema que quería investigar. En mi mente apareció nuevamente la pregunta racional sobre si debía seguir adelante. ¡Y no obtenía

respuesta!

Seguimos caminando casi por inercia, ya que ambos parecíamos dudar sobre la conveniencia de concurrir a la entrevista. Subimos por la calle empinada y, luego, por las angostas escaleras hasta el segundo piso. Nos detuvimos en una pequeña terraza que estaba frente a la puerta del Rimpoché, ya que habíamos llegado cinco minutos antes de las cuatro. No habíamos vuelto a hablar. Nos apoyamos ambos, en absoluto silencio y con nuestras mentes dubitativas, contra la baranda que daba a la calle, de manera que quedamos de frente a la puerta y de espaldas a la calle.

—¡No lo puedo creer! —exclamé súbitamente mientras veía que sobre la pierna derecha de mi pantalón gris había una enorme mancha blanco-grisácea proveniente del excremento de alguna ave. Pensaba sobre lo desafortunado del acontecimiento, ya que no me daba tiempo para ir a limpiarlo o a cambiarme el pantalón antes de ingresar a la entrevista.

De pronto, Tsundú Samphél comenzó a reírse liberadoramente. Miraba hacia arriba de nosotros, al águila que nos sobrevolaba y que había sido responsable de la mancha sobre mi pantalón.

—¿Qué ocurre? —le pregunté con una minúscula duda sobre si se estaba burlando por lo ocurrido.

—En el Tíbet esto significa el mejor de los augurios. Significa que todo lo que vamos a hacer está bien —me dijo distendidamente mientras continuaba riéndose y yo me limpiaba como podía con un pañuelo.

Me llamaba la atención la diferente interpretación que habíamos tenido del mismo hecho. A pesar de todo, había sido un signo muy convincente para el lama. Había sucedido durante los pocos minutos que estuvimos ante la puerta del Rimpoché. ¿Seguían los signos? Y ahora, proporcionados por la naturaleza después de haber tenido un importante contacto con ella en la cascada. ¿Qué fuerza podía lograr unir toda esa historia con lo que había hecho el águila? ¿Había una “fuerza vigilante”, que estaba pendiente de todo lo que sucedía y enviaba señales en el momento preciso?

ENTREVISTA CON KAMTHRUL RIMPOCHÉ

Después de que se abriera la puerta a las cuatro en punto, nos descalzamos y entramos en una angosta y larga sala con dos sillones ubicados en “L”. Sentado enfrente de nosotros se encontraba un lama, que parecía tener más de setenta años, con una sonrisa amorosa y compasiva.

Comenzamos junto con Tsundú Samphél las tres saluciones al Rimpoché. Cada una de ellas terminaba sobre las rodillas e inclinando el tronco hasta tocar con la frente el suelo. ¡Lo estaba haciendo pésimo! Atolondrado y sin coordinación física. Me daba mucha vergüenza mi manera tosca e inarmónica, al tiempo que sentía que mis mejillas se habían sonrojado intensamente.

Mientras hacía la última de las secuencias vi que el Rimpoché reía amistosamente al ver mi torpeza.

—¿Qué hace usted aquí en Dharamshala? —me preguntó con tono amable, una vez sentados, mientras su mirada afectuosa penetraba mis ojos hasta llegar a las profundidades del alma.

—A través de un conocido hice la conexión para ver en qué podía venir a ayudar como voluntario. Soy médico y vivo en la Argentina. Con el doctor Tsetan Dorji hemos estado revisando pacientes en el Delek Hospital y en el leprosario, ese que está pasando Lampadur —contesté como introducción a la conversación que esperaba tan ansiosamente.

—¿Y por qué aquí y no en otro lugar del planeta? —inquirió intentando promover mi reflexión.

—Siempre he sentido gran atracción por lo tibetano. Desde la adolescencia. Este viaje ha estado signado por coincidencias y ellas me han traído ante su presencia.

—¿Sabe? Es muy valioso para nosotros lo que usted ha venido a hacer. ¿No le parece raro que haya sido gente tibetana y no otra la que usted ha sentido que era la que tenía que ayudar?

Su pregunta parecía contener la respuesta apropiada. Luego de reflexionar, le dije que mi intención era saber sobre dorjes. Le conté sobre nuestra “unión”, al tiempo que le mostraba las fotos que había llevado.

Después de mirarlas detenidamente durante un par de minutos, me dio una larga explicación sobre dorjes, demostrando un enorme afecto. Gran parte de la información era la que ya había obtenido en la Biblioteca Tibetana. Agregó a todo lo ya leído, el significado de la esfera central metálica de los dorjes. Esta representaba la “vacuidad” que existe detrás de todas las cosas.

—Teniendo en cuenta la conexión mutua que sentimos con los dorjes y que ellos han movilizado mi intuición para realizar actos fuera de la lógica: ¿es posible que haya tenido contacto con ellos en una vida previa? —pregunté una vez que había terminado su explicación.

—¿Cómo es eso que le motivaron actos intuitivos? ¿Me puede contar qué ha sucedido? —inquirió dulcemente sin demostrar sorpresa alguna.

—Sin saber por qué he sentido la necesidad de llevarlos tres veces en dos años a Mendoza, en la Cordillera de los Andes. Un año más tarde allí se filmó Siete años en el Tíbet. ¿Piensa usted que existe alguna conexión entre estos hechos?

—Es muy probable y casi con certeza usted fue tibetano en alguna vida previa y tuvo contacto con ellos —fue su respuesta.

Sin animarme a contarle el sueño de la noche anterior sobre Jamyang, nombre que no sabía si existía, y por temor a que me tomara por loco después de una entrevista que había resultado “tan sensata”, me despedí agradecidamente y feliz por la fluidez con que había podido conversar con tan encumbrado Maestro.

OTRA REVELACIÓN

Tsundú Samphél no había querido cobrar su trabajo de traductor. Nos despedimos cariñosamente después de agradecerle enormemente su servicio.

Fui en busca de Martín, al que encontré nuevamente en el café Shambhala, como habíamos acordado. Después de contarle la maravillosa audiencia con el Rimpoché decidimos caminar por McLeod Ganj.

—Martín, ¿te importa si entramos a esta librería?

—No, para nada. ¿Qué buscás?

—Algo que puede resultar muy interesante. Lo que te conté sobre el sueño.

—Buenas tardes, señor. Estoy buscando información sobre si existió alguna persona de nombre Jamyang en el Tíbet —le dije sin mucha esperanza.

—No, no lo conozco —fue su desalentadora respuesta. Entonces sucedió algo imprevisto. Comencé a caminar libre-

mente, las paredes estaban repletas de libros en sus múltiples estantes. No tenía mis anteojos para ver de lejos pero alguna fuerza interior me dirigió sin vacilación hacia un libro entre los miles que allí se encontraban. Lo saqué de su estante y leí su título: *The Power-Places of Central Tibet* 22. Instintivamente lo abrí en una página cualquiera, de la misma manera que algunos dicen que hay que hacerlo con la Biblia para que nos dé la respuesta que corresponde a ese preciso momento.

—Martín, no lo puedo creer. ¡Mirá! ¡Esto ya es demasiado! Allí estaba. En esa misma página encontré la figura del personaje, Jamyang, en posición del loto. Tenía su mano derecha levantada, empuñaba la misma espada flamígera que tenía en el living de mi casa en Buenos Aires! La leyenda debajo de la figura decía “Jamyang”.

Martín no podía salir de su asombro. Yo tampoco.

¿Qué fuerza me había impulsado a dirigirme al libro que tenía la respuesta, entre los otros cientos o miles que ocupaban los estantes?

Compré el libro y le mostré la imagen de Jamyang al vendedor. Estaba estupefacto al ver la manera en que había encontrado lo que buscaba y que él había afirmado desconocer.

Luego, recopilé la información que buscaba. El texto decía que Jamyang había sido discípulo de Tsongkapa, el fundador de la secta de sombreros amarillos. Jamyang había fundado en 1416 el lamasterio-universidad de Drepung en Lhasa. Éste había sido el centro oficial hasta la construcción, años más tarde, del palacio de Potalla destinado al Dalai Lama. ¡En Drepung se practicaban fundamentalmente los altos tantras!

Todo se unía como en el guión de una película. Por un lado los dorjes que los habían datado en 500 años de antigüedad, utilizados para los altos tantras. Su antigüedad había sido confirmada por el Maestro Mayor de Arte del Estado Tibetano. Por otro lado, la afirmación de Kamthrul Rimpoché sobre la factibilidad de una posible reencarnación y el posible contacto directo con ellos en una vida anterior. Todo esto también explicaba mi atracción por lo tibetano desde temprana edad. Se sumaba el sueño con un nombre jamás oído, Jamyang, y la corroboración posterior de que existía ese nombre y había vivido en la misma época en que habían sido contruidos los dorjes. El lamasterio que había fundado Jamyang se dedicaba a la enseñanza de altos tantras. El remate final de la historia estaba dado por la imagen de Jamyang empuñando la espada flamígera, aquella que no había tenido en cuenta en las investigaciones hasta este momento, pero que era igual a la que estaba ubicada entre los dorjes en el living de casa. La espada era una pista que no había considerado, pero que también unía

al personaje del sueño con los dorjes.

Un dato más. El libro decía que Jamyang era considerado por los tibetanos como el “Protector de la mente”, el que combatía la ignorancia de la mente. ¿Qué tenía esto que ver?

Todo era tan intenso que no parecía verdad. Pero así había sucedido, como guiado por alguna extraña fuerza que producía el desenlace de los acontecimientos y los organizaba como el director de una película cinematográfica.

¡Todo encajaba como en el guión de una película, pero lo curioso era que se trataba de mi propia vida!

¿Qué me había querido demostrar esa fuerza? ¿Que existía realmente la reencarnación? ¿Había diseñado toda esta trama sólo para demostrárselo a una mente científicamente estructurada?

Esa no debía ser su intención, porque ya creía previamente en la reencarnación. No necesitaba tanto esfuerzo sólo para eso. No parecía, además, que yo pudiese ser la reencarnación de ese personaje. Sí podía aceptar que estaba recibiendo su energía en forma directa.

Nuevamente la intuición me decía que debía haber algo más detrás de todo esto. Pero, ¿qué era?

LUNES 11 DE MAYO: LA PINTURA TANGKA

El lunes volvimos al Instituto Nurbulingka porque Martín deseaba encargarnos una pintura tangka ya que había quedado fascinado por el estilo. Solicitó un cuadro con el Buda de la Medicina. Le dijeron que tardarían entre uno y dos años en pintarlo y enviárselo a Buenos Aires.

Toda esa mañana tuve grandes dudas sobre si encargarnos también una pintura de Jamyang, pero al final desistí. Tal vez porque había algo que no cerraba en toda esa historia: Jamyang era considerado el protector de la mente. No podía ser que yo fuera su reencarnación porque me parecía que apenas podía proteger la mía. Si era así, debía haber tenido una enorme caída en el camino.

A pesar de ello, todo el resto del viaje y luego en Buenos Aires me arrepentí de no haber encargado una pintura de Jamyang.

LA DECISIÓN DE VOLVER

Habíamos decidido irnos al día siguiente. Desde el punto de vista médico, el objetivo del viaje ya estaba cumplido; habría que esperar un par de años para regresar y hacer algo posiblemente útil para esos pacientes.

Por otro lado, el clima político en las calles de Mc Leod se había enrarecido. Seis lamas habían hecho una huelga de hambre en Nueva Delhi para reivindicar los derechos del Tíbet. Nunca pudimos averiguar el porqué, pero dos de ellos se habían autoinmolado con fuego. Esto había creado un gran revuelo en el pueblo; había pancartas y afiches pegados en las paredes con la fotografía del momento en que habían muerto incendiados. Parecía como si la conducta de esos lamas hubiera dividido las opiniones: algunos estaban a favor y otros, en contra.

Otro hecho había sacudido en esos días el país. La India había realizado cinco pruebas con bombas atómicas y había recibido el repudio de la mayoría de las naciones.

Todo este alboroto nos había convencido de abandonar la India y pasar unos días tranquilos en las playas de Bali, Indonesia, antes de retornar.

LA NOCHE DE PLENILUNIO

La noche anterior a la partida fuimos a una fiesta en el medio de la montaña, para festejar el día de la luna llena. De ida, y a pesar de haber sido guiados por un grupo de personas que encontramos y que aparentemente conocían el camino, nos perdimos varias veces ya que los senderos eran apenas visibles y en algunos lugares se cortaban. Finalmente llegamos a un precario refugio-bar en el medio de la forestada montaña. Había cerca de cien personas, la mayoría adolescentes mezclados entre “viejos hippies” alrededor de fogones para crear el clima y ayudar a superar el frío de la luminosa noche de luna llena. Muchos tocaban sus guitarras mientras acompañaban las canciones con innumerables cervezas.

Duraría hasta el amanecer; yo decidí volver solo a eso de las dos de la madrugada caminando por esos senderos que apenas se adivinaban entre la vegetación de las montañas. Desde el lugar de la fiesta, en el medio de la montaña, tendría que caminar aproximadamente cuarenta minutos entre las boscosas malezas hasta llegar al camino de asfalto. Fue una prueba, ya que andaba casi a tientas mientras oía el continuo aullido de los lobos y sus movimientos entre la maleza cercana, a veces a escasos pasos de distancia. En algunos momentos tuve miedo y me arrepentí de no haber seguido los consejos de Martín, que era una locura intentar volver y que lo mejor sería esperar hasta el amanecer. ¡Los lobos me acompañaron casi todo el camino! Mis fantasías los relacionaban con la noche de luna llena. Cuando llegué a la altura del lamasterio de Tushita, donde comenzaba el camino de asfalto, me sentí muy aliviado: los lobos no se habían interpuesto en mi camino a pesar de haber estado muy cerca.

MARTES 12 DE MAYO: EL LIBRO DE LAS REENCARNACIONES

Fui nuevamente a la Biblioteca Tibetana antes de irnos de Dharamshala. Quería averiguar sobre Jamyang. Busqué al bibliotecario que tan amablemente me había asistido en nuestros encuentros previos.

—Esto es lo último que voy a pedirle porque nos vamos mañana. Usted ha sido muy amable. ¿Tiene algún archivo donde figuren las actuales reencarnaciones de los personajes del pasado?

—Sí. Los tenemos divididos según su origen en la historia —me explicó.

—Desearía saber sobre la reencarnación actual de un tal Jamyang, que fundó Drepung en el 1400.

—Voy a buscar el archivo correspondiente. En un minuto estoy con usted —me dijo con su típica actitud de ayuda.

Poco después regresó.

—Aquí está. Vamos a ver... Drepung... No, no está actualmente reencarnado —señaló.

—¿Está seguro? Porque si estuviera reencarnado me encantaría visitarlo —repliqué con la intención de que revisara el archivo nuevamente.

Así lo hizo.

—No, no tenemos registrada su reencarnación en estos tiempos. Aquí están todos los que han pertenecido a Drepung y que han sido reconocidos en la actualidad. Pero puede ser que haya reencarnado y no lo sepamos. Hay muchos Tulkus, maestros de lamas, que han reencarnado en otras etnias en estos tiempos. Así lo ha reconocido Su Santidad el Dalai Lama.

JUEVES 14 DE MAYO: BUDA Y EL DORJE

Nos dirigíamos en el vuelo de Delhi a Kuala Lumpur mientras leíamos el diario en inglés de Nueva Delhi.

—Mirá, Martín, no lo puedo creer. ¡Acá está de nuevo!-le dije mientras le mostraba una fotografía del diario.

Habían terminado de construir una estatua metálica de Buda a los pies del árbol donde había adquirido la iluminación. Refería el diario que era una estatua dorada enorme de unos tres pisos de altura. En la misma, debajo de los pies de Buda, estaba grabado el mismo dorje de cuatro puntas que tanto ocupaba mi mente.

—Parece que ese dorje no sólo tiene gran relación con el Dalai Lama sino que tiene que haber tenido una historia muy particular con Buda Sakyamuni. Pero después de todo lo que me contaste y de lo que hemos vivido ya nada me extraña —comentó Martín mientras se reía respecto de las coincidencias que seguían ocurriendo.

La India nos había mostrado que era diferente de otros países. Como había remarcado Martín: “India carece de servicios”. Tal vez, pensándolo retrospectivamente, ese sea un aspecto positivo, ya que sirve para el “encuentro” con uno mismo. Nada es fácil, todo se realiza con esfuerzo. El paradigma económico de Occidente, por el cual casi todo puede solucionarse con dinero, en la India es casi impracticable. El propio cuerpo físico es el que debe sentir sobre sí mismo todas las tareas y restricciones impuestas por el sistema imperante.

Sentí algo que nunca antes había percibido con semejante intensidad. La propia decisión sobre el equipaje que debía acompañarme durante el viaje se había convertido en una pesada carga autoimpuesta. Ese peso que se cargaba parecía ser la manifestación de nuestros apegos. Sobraba ropa, objetos, libros y había que sentir físicamente su peso al colgarlos de los hombros. Parecían querer decirnos que ellos no eran necesarios. Ese hecho lentamente me fue haciendo consciente de que nuestras necesidades reales son más básicas y simples de lo que creíamos. El resto son agregados que vamos incorporando a la imagen que construimos de nosotros mismos, esa imagen que lentamente iba entendiendo que no era la verdadera.

La India me había producido otras dos sensaciones muy intensas. La primera, que el tiempo y el espacio son diferentes a todo lo vivido en otros lugares. Habitualmente sentimos que el tiempo puede pasar más rápidamente o más despacio. Había experimentado eso previamente innumerables veces. Por ejemplo, durante las vacaciones, que pueden parecer un tiempo más corto o más largo del que realmente aparece en el almanaque. Pero en la India sentía algo muy diferente. Tal vez lo explique así porque no sé cómo hacerlo de otra manera, o porque las palabras no son suficientes o adecuadas para expresarlo correctamente. Sentía que el tiempo pasaba lentamente y que el espacio estaba detenido. ¿El espacio detenido?

¿Existiría una mayor gravedad de la Tierra en ese lugar? ¿O viajaría nuestra consciencia a mayor velocidad y por eso todo parecía “más detenido”?

Podría ejemplificarlo de alguna manera diciendo que se trata de algo parecido a lo que sucede cuando se filma un gran número de fotogramas por segundo y luego se proyecta en la pantalla a la velocidad habitual. El efecto: cámara lenta.

La segunda sensación movilizadora fue sobre la “imagen personal”, la que está relacionada con el ego. La percibí como un “alcaucil”. Un alcaucil que estaba acostumbrado a mirar y a manipular como una unidad. Ese alcaucil era yo. Descubrí que sólo miraba el alcaucil con los ojos que habían construido de él las imágenes personales y el medio ambiente. Veía en alguna de sus hojas al médico, en otras, al padre, al amigo, al hijo, al marido y así sucesivamente. Cuando miraba cada una de estas hojas sentía que había algo “más real”, algo que existía debajo de cada una de ellas. Sacando las hojas suavemente, una a una, se iban descubriendo otras con “más esencia”. Aun así ninguna era el centro.

Finalmente al sacar todas las hojas, quedaba el corazón. Un corazón que nunca había visto. Parecía frágil y había que cuidarlo para evitar que se rompiera. Ese centro tenía otros valores que los de las conocidas hojas de la superficie. Mirar desde ese “centro” producía un cambio radical de los valores con que miramos e interpretamos la vida. Tal vez le suceda esto a la mayoría de los que visitan la India y por eso representa un punto de inflexión en su vida: “un antes y un después de la India”.

VIERNES 15 DE MAYO: LLEGADA A INDONESIA

Después de dormir en Kuala Lumpur, al día siguiente continuamos el viaje. El avión en el que nos dirigíamos a Bali iba casi vacío. En el aeropuerto habíamos escuchado noticias sobre algunos disturbios que habían comenzado en Yakarta, capital de Indonesia. Cuando llegamos a Bali tomamos conocimiento de lo que pasaba. ¡Ese mismo día había comenzado una revolución en Indonesia! Los estudiantes, contrarios al régimen gobernante del presidente Suharto, se habían rebelado. Habían incendiado un centro comercial, matando a quinientas personas. Habían continuado atacando, cometiendo desmanes y robando en los barrios residenciales. La mayoría de los extranjeros que, por causas laborales, vivía en Yakarta había abandonado sus posesiones y se había refugiado en el aeropuerto, donde esperaba los aviones para poder abandonar el país. Había tres mil personas viviendo en el aeropuerto, que estaba custodiado por los tanques del ejército.

—Creo que no elegimos el mejor momento para venir a Indonesia —comentó Martín que nunca perdía ese humor irónico tan especial.

Más tarde buscamos información.

—¿Cómo está la situación? —le preguntó a unos turistas holandeses que estaban a nuestro lado haciendo el checkout en el hotel mientras nosotros pedíamos dos habitaciones con vista al mar.

—Nuestra embajada, la de Holanda, nos recomienda salir inmediatamente de Indonesia. Lo mismo han hecho la de Estados Unidos y la de Canadá —nos contestaron con angustia.

—¿Qué hacemos ahora, Martín? ¿Nos vamos? —le pregunté sintiéndome un tanto preocupado.

—Estemos alertas —me respondió—. Este hotel queda a cinco minutos del aeropuerto. Si se complica la situación acá en Bali, salimos disparados y nos refugiamos ahí.

Lo que más nos llamó la atención durante nuestra estadía fue la gran intranquilidad que se palpaba en la gente. Los transeúntes caminaban apresuradamente por las calles. Mientras tanto, veíamos modificarse varias veces por hora los carteles de las casas de cambio por la inflación vertiginosa que se había desatado.

REFLEXIONES EN BALI SOBRE LO SUCEDIDO CON LOS DORJES

Revisaba lo que había ido a investigar y lo que había descubierto sobre los dorjes y la espada flamígera.

Por un lado había querido saber si era posible que hubiese estado en contacto con ellos en una vida previa y esa posibilidad había sido confirmada por Kamthrúl Rimpoché, el Maestro en altos tantras. Para ubicar la vida previa en tiempo y espacio históricos debía saber la antigüedad de los dorjes. Estos habían sido datados en quinientos años por el Maestro Mayor de Arte del Estado Tibetano. La información sobre su uso para rituales en altos tantras la había obtenido de la Biblioteca Tibetana y del Rimpoché. Faltaba el posible personaje que podía haber estado en contacto con ellos. En sueños había pronunciado un nombre jamás escuchado previamente: Jamyang. Luego encontré que había existido y fundado, en la misma época del origen de los dorjes (año 1400), el lamasterio-universidad de Drepung donde se enseñaban y practicaban altos tantras. Por lo tanto, era casi seguro que allí se utilizaban dorjes. Para incrementar mi asombro había resultado que la imagen de Jamyang era representada empuñando en su mano derecha una espada flamígera tántrica, igual a la que yo había comprado y que nunca había considerado investigar. Pero, sin considerarla, ella me había mostrado que tenía mucho que ver con la historia que se estaba desarrollando y que se encontraba allí para completar el ensamble.

El dorje de cuatro puntas, más allá de haber impresionado al Maestro Mayor de Arte y a los Secretarios de Namgyal, había aparecido en el altar del templo de Kalachakra y a los pies de la colosal estatua de Buda.

La mayoría de las respuestas habían ido apareciendo de la mano de la magia del destino, facilitando y uniendo el conocimiento de los diferentes datos. Había encontrado una posible reencarnación. Como alternativa, y mucho más lógica, se podía considerar que estaba recibiendo la energía de ese boddhisatva llamado Jamyang, y era ella la que me estaba ayudando y conduciendo a algo que desconocía.

La aparición en esta historia de un boddhisatva, uno de esas almas que toman la decisión voluntaria de volver nuevamente a la vida para la ayuda de otros seres, renegando de la liberación de la rueda del Samsara, me desconcertaba.

Lo que en otros momentos de mi vida había parecido casi un imposible, descubrir alguna conexión con una vida previa y demostrar que la reencarnación existe, ahora no cumplía con las expectativas de producir un cambio trascendental en mi forma de ser.

Si había sido o no Jamyang ahora no importaba. Nada había cambiado: seguía siendo el mismo ser con las mismas imperfecciones de hacía unos días atrás. Lo que sí había cambiado era la gran intriga que ahora tenía con respecto a cómo funcionaba todo lo que había pasado.

Surgían entonces las preguntas que encerraban el misterio: ¿Cuál era la manera en que se movían los “hilos” del destino y la organización de sus acontecimientos? ¿Dónde estaba el secreto de lo que me habían mostrado?

En el avión que nos llevaba de vuelta a casa, nos sorprendió la tapa de la revista *The Economist*. Mostraba un planisferio con dos grandes círculos marcando la India e Indonesia como los dos puntos de mayor conflicto en el planeta en ese momento. Habíamos estado en ambos cuando sucedieron los hechos. ¿Casualidad?

Recordaba otras situaciones en las que había estado muy cerca de importantes acontecimientos. Uno me había impactado mucho. Volvíamos con mi padre en 1989 de un Congreso en Seattle, y decidimos ir por un día y medio a San Francisco, ciudad por la que nos encantaba pasear. Esa vez tuvimos una impresión completamente diferente. Comentamos varias veces que veíamos a la gente muy nerviosa, apresurada, con mal humor y muy poca tolerancia. Asimismo, nunca habíamos visto a tantos psicóticos cruzándose en nuestro camino por las calles. Parecía como si hubiesen abierto de golpe todos los institutos psiquiátricos. Tan intensa nos pareció la experiencia que hablamos sobre no volver más a San Francisco debido a todo lo que había cambiado su gente.

Dos días después de nuestra partida ocurrió el terremoto de 1989. Tal vez, así como dicen que cambian los hábitos de los animales con anterioridad a los terremotos, los seres humanos del lugar se alteren debido a que están “presintiendo” el fenómeno y sea entonces posible preanunciarlo por personas que vienen de otro lugar y que no están viviendo su desarrollo. Puede ser que tengamos mucha más interconexión con la tierra a través de nuestros cuerpos de lo que pensamos los científicos.

Llegamos a Ezeiza. No cumplimos con ninguna de las fantasías que habíamos planeado mentalmente para el reencuentro con nuestras mujeres. Habíamos pensado, entre otras posibilidades, llegar vestidos con túnicas hindúes, sandalias y un punto pintado en la frente, entre los ojos. Queríamos ver cuál sería su expresión al vernos volver así, ya que tenían muchas expectativas. Habían dudado si las dos personas que ellas conocían y con los que habían estado casadas, habrían cambiado mucho la forma de ser y pensar.

Después de saludarnos con gran afecto, sentimos que se tranquilizaban al percibir que, por lo menos, nuestra imagen exterior no había cambiado. El comentario típico: “Contame cómo te fue” no pudo ser respondido en ese momento ya que habían pasado tantas cosas que no podíamos relatarlas en un par de minutos.

—¿Y acá? ¿Cómo está todo? —le pregunté a Mercedes.

—¡Está todo el país alterado! ¡Yabrán se suicidó hace media hora! —exclamó Mercedes, mostrándose realmente conmocionada por los acontecimientos.

Yabrán, para los que no han oído hablar de él, era un personaje muy controvertido ante la opinión pública argentina. Comenzando desde la pobreza, había llegado a ser un empresario que controlaba el Correo Argentino, aeropuertos, empresas de transporte de caudales y de seguridad. Los comentarios lo relacionaban con el manejo de fondos “oscuros” e incluso lo acusaban de estar fuertemente involucrado en el asesinato de un fotógrafo, por quien aparentemente se había sentido asediado.

—Doc, si fuésemos periodistas de la CNN nos daban el Premio Pulitzer. Estuvimos en la India cuando detonaban las bombas nucleares, llegamos a Indonesia a las pocas horas de estallar la revolución y ahora acaba de suicidarse Yabrán. ¡En todos los lugares en el momento justo! —fue la última ironía de Martín mientras nos despedíamos

CAPÍTULO 3 Revelaciones de la sincronicidad...

Cuando escribí La Novena Revelación y La Décima Revelación estaba firmemente convencido de que la cultura humana evolucionaba a través de series de revelaciones de la vida y la espiritualidad. Con ellas nos volvemos más conscientes de un proceso espiritual que actúa ‘entre bambalinas’ en la vida.

Creo que podemos conectarnos a una vida llena de misteriosas coincidencias y súbitas intuiciones. Ellas nos pueden indicar que en esta existencia existe un sendero especial para cada uno de nosotros. Esas coincidencias misteriosas, asociadas a intenciones repentinas, nos llevarán a una búsqueda particular de información y experiencia, como mostrándonos que un destino predeterminado está pujando para emerger.

Este tipo de vida es como una historia de detectives que se desarrolla dentro de nosotros mismos, cuyas pistas nos llevan adelante por medio de una revelación tras otra.

JAMES REDFIELD 45

—Doc, te llama Pity —anunció Mercedes mientras me alcanzaba el teléfono.

Pity es un gran amigo con quien habíamos compartido muchos fines de semana de los últimos años y dueño de una de las grandes empresas de producción de espectáculos para la Argentina y Uruguay. Creía que su llamado se referiría a saber cómo me había ido en el viaje.

—Doc, soy Pity. Ya me contaron que te fue muy bien en el viaje.

—Sí, fue toda una experiencia.

—Bueno, ya me vas a contar. Estoy viajando en auto de Punta del Este a Montevideo y me acordé de vos. Te llamo porque en quince días lo traigo a Deepak Chopra a Uruguay.

—¡Ah! —fue mi interjección esperando saber cuál iba a ser el desenlace de la conversación.

—Tengo que ocupar gran parte de mi tiempo en la organización de la producción. Estuve pensando en vos. Necesito un asistente personal para Chopra por tres días. Desde que llegue al aeropuerto hasta que se vaya. Pensé que sos la persona adecuada. Hablás inglés, sos médico y acabás de llegar de la India. ¿Aceptás?

Me había quedado paralizado. Recién había vuelto de viaje y me proponían abandonar nuevamente mis actividades por tres días. Normalmente hubiera dicho que no, pero la intuición parecía seguir “abierta a los signos”.

—Contá conmigo —fue la respuesta que no provenía de la lógica racional.

JUNIO DE 1998: CHOPRA ABRE LA PUERTA AL SIGNIFICADO

Era domingo cuando vi por primera vez a Deepak Chopra, a su llegada al aeropuerto de Montevideo. Pity había organizado todos los detalles, típico de un productor profesional. Nos saludamos con sendos “Namasté”. Ya a las pocas horas de haber tomado contacto con él me encontraba totalmente deslumbrado por una mente con tanta sabiduría y, aparentemente, tan conectada con el Espíritu del universo.

El lunes 8 de junio fuimos a almorzar después de la conferencia de prensa que había tenido con periodistas de televisión, radio y diferentes diarios de Montevideo.

—¿Doc, cómo te fue en la India? —me preguntó Chopra mientras esperábamos la comida.

—Fue muy mágico —le respondí. Inmediatamente sentí la respuesta fuera de lugar después de recordar las maravillosas cosas que él contaba sobre la magia en sus libros—. Bueno, no sé si es mágico. Pero sí muy movilizador a nivel personal.

—Cuéntame. Quiero oír tu historia —acotó Chopra.

—No creo que merezca la pena. Sólo fue significativa en el aspecto personal —traté de excusarme.

—Por favor, cuéntala. Tengo ganas de escucharla —insistió suavemente Chopra.

—Doc, contala porque está realmente interesado. Lo conozco hace un par de años y sé bien cuando tiene interés

—agregó Ana, una persona maravillosa que había sido su asistente personal en su paso previo por la Argentina.

No tenía sentido contar la historia sobre la “experiencia tibetana” si no daba los detalles por los cuales habían ido “apareciendo” los acontecimientos, ya que lo que podía resultar interesante del cuento eran las coincidencias. Hacerlo de esa manera haría la historia demasiado larga, por lo que comencé a relatarla tratando de estar muy atento sobre si mantenía el interés. Dos o tres veces interrumpí el relato porque me parecía que se estaba prolongando mucho, pero Chopra me pidió que continuara. Parecía que me había transportado a otro tiempo, ya que no me había dado cuenta de cuánto había hablado. ¡Cuando concluí tomé conciencia de que estábamos terminando de comer el postre!

—¿Qué te dije ayer, Alicia —preguntó Chopra a quien había sido su representante en la Argentina.

—Que tenías ganas de encontrar historias de sincronicidad —le contestó.

—Bueno, acá tienes un ejemplo perfecto. Si esta historia tuviera agregada alguna relación amorosa sería ideal para una película de Hollywood —fue el comentario de Chopra que me produjo una profunda sorpresa.

El seminario que dictó resultó iluminador para todos los asistentes. Una tarde nos invitó a meditar a su habitación. Durante la meditación sentí la enorme fuerza que emanaba de su campo cuerpo-mente. Esto era lo que aparentemente en Oriente describían como “gurú yoga”, por el cual los discípulos son ascendidos hacia el plano del maestro que está guiando la meditación.

—Doc, durante agosto, en San Diego, vamos a dictar un seminario de siete días que se llamará “Seducción del Espíritu”. Sería muy bueno si pudieras venir —me dijo Chopra durante la cena de clausura.

—¿Sobre qué tratará el seminario? —le pregunté.

—Trataremos muchos temas. Meditación, alimentación ayurvédica, relaciones interpersonales y otros más. Pero lo que más te va a interesar es la parte sobre sincronicidad.

Ahora entendía por qué me había mencionado lo del curso en La Jolla. Pareciendo una propuesta seductora, como bien lo indicaba el nombre del seminario, le contesté que haría lo imposible para poder asistir. Deepak Chopra había dicho que todo lo que me había pasado se llamaba sincronicidad. ¿Pero qué era la sincronicidad? Sólo sabía su nombre.

Muchas situaciones, incluida la experiencia tibetana, habían sucedido a lo largo del camino. Todas ellas habían “producido” pruebas materiales de manera casi sobrenatural, tal vez intentando demostrar y convencer a mi mente rígida, educada y estructurada dentro de un sistema científico determinista. En mi casa, de tradición científica, y en la universidad me habían enseñado a ver al universo como un gran reloj, que funcionaba implacablemente marcando un tiempo lineal sin retorno. En ese universo nosotros no éramos más que simples observadores. Era muy probable que alguna fuerza que desconocía me hubiera proporcionado todas esas pruebas materiales para demostrarme que no era cierto lo que me habían enseñado del paradigma reinante: que todo lo que no puede ser demostrado o medido no tiene validez. Por el contrario, todo lo que me había pasado tenía suma validez en el plano personal. Eran entonces las pruebas materiales proporcionadas por algo que parecía llamarse “sincronicidad” las que me demostraban que tenía que seguir un nuevo camino que parecía estar uniendo “los dos mundos”: el interior con el exterior.

La respuesta había llenado un pequeño recipiente, uno de los tantos existentes en nuestro interior. Me enfrentaba ahora con la incertidumbre sobre el próximo camino a recorrer.

Al final de cuentas, lo único que tenía claro, era que no sabía qué tenía que buscar a continuación.

Transcurrieron dos meses sin cambios en mi camino de búsqueda. Durante ese lapso había tenido que dedicarle mucho más tiempo que el habitual a mi familia y a los pacientes; había superado ampliamente mi promedio semanal habitual de operaciones debido a las ausencias previas por viajes.

Llegamos a La Jolla con Pity y Tito, otro gran amigo. En el recreo de la mañana nos habíamos encontrado con Andy. Yo había sido amigo de su hermana Vally cuando teníamos dieciocho años. Andy por aquella época tendría unos diez u once años y desde entonces no nos habíamos vuelto a encontrar a pesar de que ella vivía en la misma cuadra que mis padres.

Durante el almuerzo Chopra nos invitó a ambos a su mesa, que también compartían un tal Romeo, nepalés, y su mujer. Andy le contó los detalles de nuestro inusual encuentro.

Al comenzar la sesión de la tarde Chopra tomó el micrófono.

—¿Andy y Doc, están acá? —preguntó tratando de divisarnos entre más de seiscientos asistentes.

Levanté la mano mientras veía que Andy hacía lo mismo desde el otro lado del salón.

—Por favor, pasen al frente —fue la invitación de Chopra—. Andy y Doc se conocieron cuando ella tenía diez años y él dieciocho. Él era amigo de su hermana y concurría asiduamente a su casa. Nunca más se vieron. Se han reencontrado después de más de veinticinco años en este seminario a miles de kilómetros de sus casas a pesar de haber vivido a pocas cuadras de distancia en Buenos Aires. Este es un ejemplo de sincronicidad —le dijo a la audiencia.

Pronunciaba nuevamente la palabra “sincronicidad”, esa que aparentemente me perseguía pero de la cual no comprendía la profundidad del significado. Me llamaba la atención que, al hablar nuevamente de sincronicidad, yo estaba involucrado dentro de la “coincidencia”.

—Doctor Chopra —dijo en voz alta un hombre que, con su mano en alto, se paraba en el fondo del auditorio y se dirigía a unos micrófonos que había en los pasillos. Mientras caminaba me saludó con la mano derecha.

—Soy Emil Dionysian, médico, cirujano de manos. Vivo y trabajo en Los Ángeles. En 1994 pasé tres meses estudiando cirugía de la mano en Buenos Aires con Eduardo y su padre. Cuando Eduardo hablaba de alguno de los temas que se dictarán en este seminario me parecían disparatados. No nos hemos vuelto a ver hasta hoy y, coincidentemente, nos encontramos nuevamente aquí, en La Jolla.

—Otro ejemplo de sincronicidad —agregó Chopra después del aporte de Emil.

¡No lo podía creer! Seguía el bombardeo de “coincidencias”. Parecía que se iban a manifestar con toda la intensidad necesaria hasta lograr vencer mi tozudez por negarlas.

Pasamos dos días maravillosos con conferencias iluminadoras y meditando cuatro horas por día. El seminario iba seduciendo el espíritu de los asistentes. Llegó el miércoles, el día en que, a última hora de la tarde, Chopra iba a dictar la primera parte de “Sincro-destino”, forma con que él denominaba la sincronicidad. Estaba ansioso por escuchar su conferencia pero algo inesperado sucedió en el recreo previo.

—Doc, como introducción al tema sobre sincro-destino me gustaría si puedes contar tu historia en el Tíbet. ¿Quieres hacerlo? —fue su invitación.

—Es un honor, pero no sé si voy a poder hacerlo —respondí sorprendido por su propuesta—.

No estoy acostumbrado a hablar en público sobre temas que no sean médicos y menos sobre este que me resulta tan personal.

—Simplemente cuenta tu cuento. Sirve muy bien como introducción al tema. ¿Puedes hacerlo en quince minutos?

—Lo intentaré —le contesté manteniendo algunas dudas sobre si no sería mejor excusarme.

Desde ese mismo instante perdí la tranquilidad que tienen las personas que simplemente se sientan en la silla de un auditorio con la apertura necesaria para poder escuchar. No entendía bien cuál era el objetivo por el cual me había pedido que resumiera la “experiencia tibetana” y cómo ella iba a poder serle útil a los demás. De cualquier manera sentía que seguía el bombardeo de la sincronicidad y que Chopra era ahora su intermediario.

Él le había pedido a tres personas que contasen sus experiencias como introducción a la teoría que luego explicaría. El primero fue el nepalés llamado Romeo, con quien habíamos almorzado el primer día; contó su experiencia de cómo había desafiado y enfrentado la muerte para poder seguir viviendo cuando tenía dieciocho años. ¡Para conocerla había logrado, con la guía de un “baba loco”, entrar dentro de la mismísima muerte! Luego habló un joven australiano que había estado varios meses en coma severo debido a un accidente de tránsito. Habiendo perdido el bazo, una parte del hígado y parte de la calota craneana, describió cómo había transitado el túnel de luz hacia la muerte para luego regresar. Su descripción coincidía exactamente con las que cuentan las personas que han tenido Experiencias Cercanas a la Muerte (ECM, o en inglés NDE= Near Death Experiences).

A continuación fue mi turno. Estaba muy nervioso. A pesar de que había hablado en numerosas oportunidades ante auditorios médicos, nunca lo había hecho fuera del tema de mi especialidad. En este desafío no sabía el “cómo” ni entendía el “para qué”. Tenía miedo al ridículo y a no poder expresar en palabras, y en idioma inglés, las sensaciones de mi alma durante la “experiencia tibetana”. Y si no lo podía lograr, ¿para qué lo iba a hacer?

Cuando subí al escenario Chopra me pidió al oído que disminuyera el tiempo a diez minutos ya que los anteriores expositores se habían extendido un poco más de lo previsto. Las manos me transpiraban profusamente. ¡Parecía una locura tratar de contar algo que pertenecía al reino del alma y de mi corazón! Había pensado varias veces cómo contarle, pero curiosamente nada sucedió como lo había programado.

Después de comenzar el relato noté que no era la imagen del científico, la que tan bien conocía, la que hablaba. La que lo hacía era la de mi “niño interior”, y hablaba desde el corazón y no desde la mente, con lo cual había perdido el control voluntario sobre las palabras que salían de mi boca. Disfruté mucho de ese momento más allá de sentir claramente que, en más de una ocasión y a pesar de no poder verlos, mis pómulos enrojecían con máxima intensidad.

Experimentaba algo maravilloso como la retroalimentación de los asistentes: escuchaban el relato sonriendo. Cuando le llegó el turno al buen augurio producido por la defecación del águila, soltaron la carcajada, seguramente porque había potenciado el relato con ampulosos gestos de mis manos.

Al terminar la historia sentí, por un lado, un gran desahogo por haber concluido la difícil tarea, pero, por otro, una gran incertidumbre. No sabía qué utilidad real para el auditorio podía haber tenido una narración tan personal.

Sentía aún mucho calor tanto en las manos como en la cara, así que decidí ir al toilette para enjuagarme con agua fría antes de sentarme a escuchar lo que Chopra diría sobre el sincro-destino. Al entrar vi que había una persona adentro. Tenía unos treinta años. Cruzamos nuestras miradas a través del espejo frente a los lavamanos. Intercambiamos una breve sonrisa a modo de saludo.

—Quiero decirte algo. Nunca creí en estas cosas, pero vine porque mi mujer me presionó para ello. Las historias que ustedes tres han contado recién me han conmovido mucho. ¿Sabes por qué? ¡Porque son “reales”! —comentó con una dulce sonrisa que le nacía del corazón.

A pesar de que no coincidía en lo personal con su comentario, ya que todo lo dado en el seminario me parecía “real”, encontraba en él la justificación para haber contado la historia. Le había servido por lo menos a una persona. Por otro lado, comencé a intuir el poder intrínseco que poseía la sincronicidad para cambiar el paradigma de los hombres, como en el caso de esta persona que había encontrado en el toilette. Sin ir más lejos, yo también lo había experimentado y lo seguía haciendo en carne propia.

Lamentablemente, haber tenido que contar la historia me había causado estragos. Había perdido la plenitud mental y la apertura de conciencia necesarias para poder entender y metabolizar la explicación teórica que Chopra estaba dando sobre el sincro-destino. Esta pérdida de facultades se debía a la turbulencia emocional que seguía funcionando en mis entrañas por haber abierto por primera vez mi mundo interior ante los demás. Debe haber sido el primer intento que hice en la vida de contar en público algo perteneciente al reino del alma: los avatares que se habían desencadenado a partir de tratar de “unir los dos mundos”.

Dos días más tarde Chopra dictó la segunda parte de la explicación sobre sincronicidad. Había logrado recuperarme y estaba “captante” como una esponja para tratar de comenzar a comprender, si podía, la teoría que fundamentaba el funcionamiento de las sincronicidades. Comenzó dando algunos conocimientos de la física cuántica con explicaciones simples sobre cómo funcionaban las partículas subatómicas. La explicación sobre el tema duró una hora.

Estaba profundamente conmocionado y magnetizado por esa explicación sobre la sincronicidad, que partía del mismísimo funcionamiento de las partículas subatómicas. Tomaba conciencia de que había estado viviendo ese tipo de experiencias durante los últimos años, pero en un total estado de ignorancia teórica sobre el fundamento de “cómo y por qué” ocurrían. Llamativamente, con la sincronicidad había sucedido lo opuesto a lo que había pasado con mis estudios universitarios y con la profesión médica. En la carrera profesional primero había tenido que estudiar la teoría, para obtener la matrícula que avalaría el ejercicio de la práctica asistencial. Por el contrario, la sincronicidad me había bombardeado con experiencias sin que llegase a entenderlas; mucho tiempo después comenzaba a descubrir su base teórica. Tal vez, sin el “bombardeo experiencial” previo, jamás le hubiera prestado atención.

¿Lo había hecho intencionalmente?

En la explicación de Chopra había algo que deslumbraba. Aparentemente, según las demostraciones de Aspect y el teorema de Bell, dos partículas que en algún momento estuvieron juntas siguen interconectadas instantáneamente para siempre, más allá de la distancia que las separe en el universo. Su intercomunicación se establece con el envío de información que viaja entre ellas a una velocidad muy superior a la de la luz: una interconexión instantánea. ¡Cuando hacemos que una de ellas reaccione de determinada manera, la otra hará lo mismo, más allá de que a esta última no le hagamos nada y aunque se encuentre del otro lado del universo!

Según sus explicaciones sobre el sincro-destino, el funcionamiento de las sincronicidades está relacionado con esta fuerza que interconecta con información a todas las partículas que tuvieron relación entre sí en algún momento de su existencia.

Si todo nació del Big-Bang, como afirma la ciencia, todo el universo estuvo junto en ese momento inicial. Por lo tanto se deduce que todos estamos relacionados con todos y con todo, y esto era, tal vez, lo que los santos percibían durante sus estados místicos: ser “Uno” con todo el universo.

“Porque todos somos polvo de estrellas”, fue la frase intuitiva de Chopra que me conmocionó.

Al final de su exposición, un acontecimiento me provocó un estado de gran rebeldía interior, que no ha cedido hasta el momento, y que me convenció a escribir este libro.

Chopra dijo entonces que estaba poniendo todo por escrito en un libro que se iba a llamar Quiero saber cómo piensa Dios, y todo lo demás son detalles. Al escucharlo, me provocó una gran alegría, pero la sensación, lamentablemente duró solamente unos segundos. Enseguida se convirtió en impaciencia, e incluso casi en “enojo”, cuando señaló que iba a tardar un año y medio en editarse. Mi alma se rebeló con toda su vehemencia; no parecía estar dispuesta a esperar tanto tiempo para obtener las requeridas respuestas.

El estado vibratorio aumentado que circulaba por mi sangre era una evidente manifestación de que mi alma no iba a quedarse tranquila por ese prolongado período. Sentía claramente que iba a obligarme a buscar por otro lado. ¿Pero dónde? ¿Existían libros, además del de Jung, sobre el tema? ¿Cuáles? ¿Dónde encontrarlos? Una nueva búsqueda, sin camino aparente.

Casi todos los días sucede en nuestra vida un cierto tipo de evento que llamamos 'coincidencia'. Dos cosas ocurren y, por alguna razón, la relación entre ellas nos llama la atención. Algunas de estas coincidencias no parecen obrar un gran efecto sobre nosotros, ni emocional ni intelectualmente, esto es, no parecen tener un gran significado en nuestras vidas. Son, como solemos llamarlas, "meras coincidencias".

Sin embargo, si prestamos atención al efecto que obran en nosotros, experimentamos otra clase de coincidencia, una confluencia de sucesos que nos impacta. En el momento en que se da esta coincidencia sabemos que nos ocurre algo muy importante y significativo. Vemos y sentimos un significado en lo fortuito. Mientras que para algunos este tipo de casualidad puede parecer simplemente una 'coincidencia', nuestra experiencia nos indica que está sucediendo algo categóricamente distinto. Es esta segunda clase de coincidencia lo que el psicólogo suizo C. G. Jung llama "sincronicidad". provocó una gran alegría, pero la sensación, lamentablemente duró solamente unos segundos. Enseguida se convirtió en impaciencia, e incluso casi en "enojo", cuando señaló que iba a tardar un año y medio en editarse. Mi alma se rebeló con toda su vehemencia; no parecía estar dispuesta a esperar tanto tiempo para obtener las requeridas respuestas. El estado vibratorio aumentado que circulaba por mi sangre era una evidente manifestación de que mi alma no iba a quedarse tranquila por ese prolongado período.

Sentía claramente que iba a obligarme a buscar por otro lado. ¿Pero dónde? ¿Existían libros, además del de Jung, sobre el tema? ¿Cuáles? ¿Dónde encontrarlos? Una nueva búsqueda, sin camino aparente.

ROBERT HOPCKE 31

que debía estar alerta ya que en el momento más inesperado, seguramente me mostraría alguna nueva puerta por la que tendría que decidir si pasaba o no. Como dice Umberto Eco en *El péndulo de Foucault* 23: “La Ocasión buena se pierde cuando nos pasamos la vida acechando a la Ocasión y cavilando sobre ella. La Ocasión se escoge por instinto, y en ese momento no sabemos que se trata de ella”.

A las tres semanas del seminario de Chopra, tuve que volver a Estados Unidos para el Congreso de Cirugía de la Mano. Era un viaje relámpago. Llegaba a Minneapolis el jueves a las tres de la tarde y emprendía el regreso el sábado a las doce del mediodía. Uno de esos viajes que habitualmente no nos producen placer ni descanso. Treinta y seis horas entre aeropuertos, vuelos y conexiones para estar menos de dos días en Minnesota.

El jueves por la tarde, ya cansado, fui a inscribirme al Congreso. Luego, a un cóctel de la Federación Internacional e inmediatamente a dormir a las nueve de la noche. Por suerte había hecho reservas en un hotel a una cuadra del Centro de Convenciones y esa manzana era lo único que estaba dispuesto a conocer de Minneapolis. El resto del tiempo trataría de recuperar horas de sueño. Tenía una reunión muy temprano, a las seis de la mañana del viernes, con el jefe editor del *Journal* de nuestra especialidad.

Así sucedió. El viernes resultó ser un día muy largo entre reuniones y sesiones científicas, que duraron hasta las cinco de la tarde. Salimos juntos con Body del Centro de Convenciones cuando todo había terminado. Body había participado de la historia en Carmel by the Sea cuando encontré los dorjes.

—¿Dónde vas ahora, Doc? —me preguntó mientras comenzábamos a caminar cansinamente.

—Vi un restorán aquí a una cuadra. Voy a comer algo y luego a acostarme temprano —le contesté.

—¿No vas a ir al banquete de clausura?

—Ni loco, estoy agotado. ¿Y ustedes?

—Tampoco. Quedé en ir hasta el hotel a buscar a Elizabeth. Vamos a caminar y más tarde, a comer. ¿Querés venir con nosotros? —fue su amable invitación.

—No gracias, prefiero comer temprano e ir a descansar. Mañana tengo vuelo a Miami al mediodía y luego tomo la conexión a Buenos Aires, pero recién a las once de la noche. Va a ser otro día muy largo.

—Te comprendo. Pero, por lo menos, acompañame a una librería Barnes & Noble que hay a una cuadra pasando tu restorán.

—Bueno, vamos —respondí sin mucho entusiasmo, pero con la intención de no desairarlo—. ¿Buscás algo en especial?

—Bibliografía sobre la divina proporción. Es un tema que me tiene totalmente apasionado.

—Lo recuerdo bastante bien: Vitruvio, la serie Fibonacci, Leonardo Da Vinci, Fra Luca Paccioli di Borgo y el número de oro: 1.618. ¿No es así? —comenté después de rememorar el tema que había ocupado mi atención, con motivo de un trabajo científico para la Academia Nacional de Medicina, durante varios meses en 1986. Había estudiado entonces la divina proporción para proyectar cómo se debería hacer la selección, de manera armónica, en una futura posibilidad de realizar trasplantes de mano. Se aplicaba a los casos de malformaciones congénitas que tuviesen asimetría entre ambos miembros y la mano contralateral, la normal, no sirviese para la mencionada selección.

—Sí, veo que estudiaste el tema. ¿No es maravilloso descubrir cómo la naturaleza divide las ramas de su creación utilizando un número único?

—Absolutamente y tal vez sea que tenemos ese número adentro de nosotros, en algún lugar de nuestro mecanismo decodificador, que es el que nos hace decir que algo es bello y armónico.

—El nautilus probablemente sea la máxima expresión de esa divina proporción. Fra Luca Paccioli, discípulo de Leonardo, fue el monje que traicionó el conocimiento que sólo podía ser transmitido a “los elegidos” durante el Renacimiento. Haber publicado su libro, *La Divina Proporción*, fue considerado una alta traición por los artistas ocultistas de aquella época. Es por ello que algunos tratan de justificar su actitud, de alguna manera, diciendo que se “embriagó de belleza” —comentó Body, demostrando un entusiasmo que no le había visto anteriormente con ningún otro tema fuera de los de nuestra profesión. Tal vez fuese justamente por eso, ya que “el número de oro” era el código perfecto que Dios usaba para la creación y “entusiasmo” venía de “en Teos”, adentro de Dios.

Al llegar a Barnes & Noble, Body preguntó a una vendedora que estaba ubicada cerca de la entrada dónde podía conseguir algo relacionado con ese tema. Ella le indicó que se dirigiera al primer piso y buscara en los estantes que se encontraban justo delante de los ventanales que daban hacia la calle.

Localizó el lugar y comenzó a revisar varios libros mientras yo permanecía de pie a su lado. Estaba junto a él, pero en un estado de total indiferencia debido, tal vez, al cansancio físico que me abatía. Mientras, mi vista viajaba sola por todo el recinto como mirando la nada, como si estuviese en “piloto automático”, “desconectada” o, dicho de otra manera, sin intención.

De pronto, se detuvo en un libro a pocos centímetros de distancia de los que estaba mirando Body, en el mismo estante. ¡Allí estaban! Había una gran cantidad de libros cuyos títulos nombraban la sincronicidad, la física cuántica, el caos y las ciencias biológicas aplicadas al tema que tanto me intrigaba.

En la medida que mi vista consciente reconocía esos libros tan deseados, y que no había buscado, sentía que, simultánea y sincrónicamente, todo en mi mente-cuerpo cambiaba. Del estado de apatía y cansancio previo, pasaba a uno de total euforia y de gran movilización energética. El cansancio desaparecía como por arte de magia o, mejor dicho, debido a esta nueva “visita” de la sincronicidad.

Compré todos los libros que tenían referencias probables a lo que creía que tenía que aprender. Eran más de diez. Pensé que no entrarían en la maleta que había llevado, pero tener que comprar otro bolso resultaba una nimiedad ante tan atesorado descubrimiento. Me despedí de Body, que me hizo notar la coincidencia de lo que había sucedido. Sin duda, él sentía claramente que había sido el instrumento para esta coincidencia que me había producido tanta felicidad.

Como mencioné previamente, para llegar a la librería habíamos tenido que pasarnos una cuadra del restorán que había elegido para comer. Me parecía que sería muy agradable comer en unas mesas ubicadas sobre la calle peatonal, ya que ese día el clima era magnífico. Un único y fuerte pensamiento ocupaba mi mente: comenzar a leer, mientras comía, algo de lo que había comprado. Sentía que me invadía un fuego interior sediento de adquirir los tan ansiados conocimientos sobre la sincronicidad.

Había caminado tan sólo media cuadra hacia el restorán, flotando en ese maravilloso “mar de conocimientos” encontrado y que llevaba en la mano, cuando mis piernas comenzaron a aminorar su marcha sin tener conciencia del porqué de dicha actitud.

Aparentemente, la visión periférica involuntaria había visualizado algo que produjo que se fueran deteniendo automáticamente. Entre la multiplicidad de estímulos visuales que existían en esa calle peatonal, la vista había divisado en una vidriera una figura de Buda en bronce. Parecía que la

figura había efectuado un llamado al subconsciente para que me acercase. Sin saber por qué y cambiando los tan ansiados planes previstos, así lo hice.

Después de contemplar el Buda por unos segundos, sentí que debía entrar a la tienda. No tenía lógica hacerlo, ya que eso demoraría lo que tenía que descubrir en los libros recién comprados, pero esa “fuerza” que ya había sentido en algunas otras contadas oportunidades me “obligaba” a cambiar el rumbo programado y a entrar a esa tienda. Sin explicación ninguna, cuerpo y movimientos se habían ralentizado. Ingresé suave y respetuosamente, de forma similar a cuando uno ingresa a templos o a lugares sagrados, pero sin conocer el porqué de esa reacción. Había dado tres o cuatro pasos cuando me deslumbró lo que veía. ¡No podía ser cierto!

Mi atención se había detenido en la única pintura tangka que colgaba en la pared. La figura del cuadro tenía en su mano derecha y blandiendo sobre su cabeza, la espada flamígera que tanto conocía. ¡Pero eso no era todo! Debajo de la pintura había una estatua en bronce del mismo personaje y en la misma posición. ¡Ambas parecían corresponder a Jamyang!

Me acerqué al vendedor, aparentemente un hindú de unos cuarenta años.

—Buenas tardes. ¿Le puedo hacer una pregunta?

—Como no —respondió sonriente.

—Querría saber el nombre del personaje que está representado en la pintura y en la escultura —le dije mientras señalaba las imágenes en cuestión.

—Manjusri —contestó sin dudar, produciéndome una gran decepción al no escuchar el nombre de Jamyang.

Hubo un silencio mientras intentaba reflexionar. ¿Habría varios personajes en el budismo representados a través de una misma imagen sosteniendo esa espada flamígera sobre la cabeza? De una cosa estaba seguro: no estaba dispuesto a retirarme sin investigar un poco más.

—¿Está seguro? ¿No puede ser la imagen de un personaje llamado Jamyang?

—Casi seguro que no. Nunca escuché ese nombre. Desde siempre he conocido a esta imager como representativa de Manjusri.

Nuevamente el silencio ocupó el espacio mientras nos mirábamos a los ojos.

—A pesar de ello algunos personajes toman nombres diferentes según que la región de referencia sea Tíbet, Nepal o India —continuó al ver la desesperanza en mi mirada—. Vamos a buscar en estos libros sobre sinonimias, pero no le doy esperanzas porque nunca antes escuché el nombre de Jamyang, ni para este personaje ni para ningún otro.

Comenzó a buscar el nombre de Manjusri en una enciclopedia de dos tomos sobre diferentes denominaciones dadas para la misma persona. El libro mostraba más de diez nombres como aparentes sinónimos para regiones y épocas diferentes.

—Jamyang no está aquí como nombre alternativo —remarcó—. Ya se lo había dicho: nunca antes lo había escuchado.

—Entre las sinonimias veo un nombre que me parece conocido: Manjugosha. ¿Podría buscar en Manjugosha, por favor? —me animé a insistir.

Parecía que estaba buscando una aguja en un pajar. ¿Por qué le había dicho que me parecía conocido el nombre Manjugosha? Seguramente algo habría leído, pero no retenía ese dato en mi memoria.

Comenzó a buscar el nombre Manjugosha pero, esta vez, sin demasiadas ganas. Seguramente consideraba que mi insistencia se estaba convirtiendo casi en desmedida. Su cara cambió abruptamente, de una de disgusto a una de total sorpresa.

—¡Aquí está! ¡Jamyang, entre los nombres asociados a Manjugosha! —afirmó, mientras sus ojos

brillaban y me miraba fijamente en silencio—. ¿Cómo sabía usted que esta estatua y esta pintura podían representar a ese tal Jamyang?

—prosiguió tratando de entender lo que había sucedido.

No supe qué responderle porque yo tampoco lo tenía claro en el plano racional.

—Voy a llevar las dos: la escultura y la pintura —fue lo único que atiné a contestar.

Después de pagar nos despedimos con un mutuo “Namasté”. Caminé esa media cuadra que faltaba para llegar al restaurante en un estado de inconmensurable alegría.

Creo que ahora, mientras escribo, las palabras no me alcanzan, ni son adecuadas, para describir las sensaciones de ese momento. Tal vez, si quisiera hacer una aproximación, las podría describir como un éxtasis rebosante o como una sensación de plenitud con sentido de integración total. A pesar de ello, estas palabras siguen pareciendo frías porque no pueden reflejar el calor ni la vibración que sentía en el cuerpo, como tampoco el grado extremo de sorpresa, estupefacción, deslumbramiento, desconcierto y de otras emociones que actuaban entremezcladas dentro de una única sensación.

Cualquiera podría pensar que se trataba de una casualidad debida al azar puro, pero el significado personal que proporcionaba esa coincidencia, me permitía intuir claramente que esa fuerza a la que denominaban “sincronicidad”, estaba actuando en estos eventos con toda su magnificencia y esplendor.

EN EL RESTORÁN: DÁNDOLE SIGNIFICADO A LO SUCEDIDO

Cuando se producen estas intervenciones de las coincidencias en nuestras vidas, nos producen una sensación inmediata y palpable de que algo más que la chance ciega está trabajando detrás de las escenas de los dramas de la vida. Sentimos algo como una “agencia” trabajando detrás de las escenas.

Esta agencia se afirma a sí misma en lo más fortuito de los eventos, estampándolos con una inteligencia misteriosa que sólo puede ser llamada intencional.

Aunque podríamos interpretar dichas coincidencias como producidas exclusivamente por interminables mezclas y remezclas de eventos cotidianos fortuitos, la frecuencia con que estos podrían ocurrir nos hace desmentir semejante interpretación.

COMBS Y HOLLAND 16

Llegué al restorán, después de caminar esa media cuadra. No podía percibir si el tiempo se había acelerado o detenido, pero estaba seguro de que no estaba viviendo el mismo tiempo de siempre. Todas las mesas sobre la acera peatonal estaban ocupadas. A los pocos segundos de llegar, la mesa junto a la que estaba parado se desocupó, como queriéndose cumplir, también, el deseo de poder comer en ese lugar.

Después de elegir el menú comencé a tratar de darle significado a todo lo que había sucedido tan vertiginosamente durante la última hora. De una situación de apatía y calma a la salida del Centro de Convenciones se había desencadenado, como nacido de la nada, algo asimilable a un huracán.

Había encontrado nuevamente, en la pintura y la figura en bronce, el mismo personaje al que me habían conducido todas las “pistas” en la búsqueda pasada durante la “experiencia tibetana”.

El nombre de dicho personaje había aparecido a través de un sueño, pero luego había “encajado” con la época en que habían sido construidos los dorjes, con las enseñanzas y usos que tenían dichos dorjes, con las prácticas habituales de Jamyang y del lamasterio de Drepung, y también con la espada flamígera. Jamyang había resultado ser un bodhisattva, uno de esos seres que deciden seguir reencarnándose en la rueda de la vida (samsara) para continuar ayudando a los seres sensibles sufrientes. Alguna conexión, que desconocía, relacionaba a Jamyang con Manjusri, que había vivido muchos siglos antes, teniendo este último una estrecha relación con Buda Sakyamuni. Las sinonimias de los nombres así lo demostraban, pero no podía comprender la conexión que existía entre esos personajes tan distanciados en el tiempo. Probablemente, sólo un tibetano las entendería. El libro de las reencarnaciones de la Biblioteca Tibetana en Dharamshala decía que Jamyang, el protector de la

mente que combatía la ignorancia, no estaba actualmente reencarnado. Tenía la certeza de que no podía ser yo su reencarnación, si me basaba en un simple análisis de mis presentes imperfecciones espirituales. Lo que sucedía, casi con seguridad, era que tenía la gracia de estar recibiendo directamente la energía de ese tal Jamyang para combatir mi propia ignorancia.

Lo indudable era que él me seguía enviando señales. En Dharamshala había encontrado una pequeña imagen de él en un libro. Lo había encontrado de manera casi mágica, movido por la intuición, incluso cuando en la librería aseguraban no tener referencias sobre él. Recordaba que me había arrepentido de no haber encargado una pintura con la imagen de Jamyang cuando Martín encargó al Buda de la Medicina en el Instituto Nurbulingka. Lo que entonces me había desilusionado y hecho desistir de encargarla, era que tardarían dos años en completarla. No lo había hecho en aquel preciso momento y sólo cuatro meses más tarde me “encontraba” con ella en un lugar inesperado, en Minneapolis. A lo mejor, sin saberlo, esta era la verdadera razón oculta por la cual no la había encargado entonces. (25 de mayo de 2001, mientras estoy corrigiendo estas líneas: a Martín aún no le ha llegado su pintura.)

¿Sería que Jamyang me había inducido a acompañar a Body a la librería para que encontrase los libros que combatirían mi ignorancia?

¿Sería él quien me estaba marcando el camino que debía seguir: estudiar sobre la sincronicidad?

¿Había preparado todo esto a dos cuadras de distancia del Centro de Convenciones al que debía concurrir, sabiendo que yo no estaba dispuesto a moverme en más de una cuadra a la redonda?

¿O era que Jamyang y esa “fuerza” habían organizado todo de tal manera que no tuviera ganas de moverme por cansancio para así demostrarme claramente el poder de la sincronicidad? Parecía que trataba de confirmarme que era Jamyang el que estaba participando en todo esto, apareciendo y regalándome sus imágenes inmediatamente después de haber encontrado los libros que ayudarían a combatir mi ignorancia con respecto al real valor de las coincidencias en nuestras vidas. Esto no era más que una confirmación de lo que decían de él en el Tíbet: “el protector de la mente” (no sé si de todos, pero seguro lo era de la mía).

Estaba clarísimo. ¡Ese era el camino que debía seguir! Tenía que estudiar la base teórica para luego escribir sobre mis experiencias con la sincronicidad. Sentía que tanta “organización de eventos”, a través de las coincidencias, era demasiado desgaste de energía para convencerme solamente a mí. Debía escribir para poder compartirlo con otros seres. A alguien podría ayudar para comprender el porqué de “coincidencias” similares que hubiesen ocurrido en su vida.

“KHAZANA” Y SU SIGNIFICADO

Pero había un dato que parecía haber quedado en el tintero y que podría ser una clave que estaba desatendiendo en medio del torbellino. Hasta ese momento todas las pistas aparentaban estar relacionadas dentro de una trama única, y todo significaba algo que se ligaba con el resto. Si esto era así, el nombre del negocio donde había encontrado las representaciones de Jamyang podría tener un sentido especial.

¿Cómo se llamaba? Busqué la boleta de compra y su nombre era Khazana. ¿Significaría algo especial esa palabra? Conway of Asia había tenido significado para el desciframiento de una parte de la historia. Intuía que Khazana también lo tendría si era cierto que todas eran pistas a decodificar como en una película de detectives.

Cuando terminé de comer, la tienda ya había cerrado. Si quería averiguar si existía otra conexión, debería cambiar los planes programados. A la mañana siguiente tendría que concurrir a la tienda en lugar de ir al Congreso, y debería hacerlo antes de la partida al mediodía hacia el aeropuerto.

Allí me encontraba ese sábado por la mañana. Esperando, intrigado y ansioso, que abriesen las puertas del mencionado local. Lo abrió recién a las once, la misma persona que me había atendido el día anterior.

—Buenos días. ¿Cómo está? —le dije con una sonrisa.

—Muy bien, gracias. ¿Qué lo trae de vuelta por aquí?

—La razón es que ayer me quedé pensando sobre cuál sería el significado de “Khazana”.

—Es una palabra en urdú, una mezcla de indi con persa.

—¿Y qué significa? —lo interrumpí.

—Tiene un par de significados. Uno es ‘arcón de tesoros’. El otro se refiere a ‘los tesoros del rey gobernante’.

—Muchísimas gracias. Namasté.

—Namasté —contestó él también.

Caminaba conmovido por la calle. Pensaba en el significado de este nuevo nombre y la relación que podría tener con el arcón sobre el que había encontrado los dorjes en Carmel By The Sea. Se repetía un “arcón con tesoros”.

¿Y “el rey gobernante”? ¿Quién era?

Si la sincronicidad, como había leído la noche anterior en uno de los libros, era una fuerza que actuaba para colaborar con la evolución del universo, el “rey” que podría estar gobernando sobre la evolución de la conciencia humana debía estar utilizando como instrumento la mismísima sincronicidad.

RECUERDO DE MI PRIMERA SINCRONICIDAD CONSCIENTE

Las coincidencias con significado son impensables como chance pura...cuanto más se multiplican y cuanto mayor y más exacta es su correspondencia...no pueden más ser atribuidas a la chance pura, pero, debido a falta de explicación causal, deben ser pensados como arreglos con significado.

CARL JUNG 40

Según lo que Jung y muchos otros han explicado, parecería que la sincronicidad tiene, como uno de sus objetivos, una vez que logramos reconocerla, el aumento de su frecuencia para, tal vez, fortalecer nuestra creencia sobre su existencia.

¿Existirá algún conocimiento religioso, de origen milenario, que hable sobre la existencia y multiplicación de este tipo de coincidencias en nuestras vidas? —me pregunté.

De acuerdo a la tradición Védica, hay sólo dos síntomas que permiten definir a una persona que se encuentra en su camino a la iluminación.

Primero, la sensación de que las preocupaciones están desapareciendo. No se siente abatido por la vida. Las cosas pueden ir mal, pero eso ya no le molesta más.

Segundo: en cada área de su vida, comienza a notar un gran número de eventos sincronísticos. Las coincidencias con significado, parecen ocurrir con mayor frecuencia cada vez.

DEEPAK CHOPRA 18

Mi mente voló instantáneamente hacia un recuerdo del pasado. Creo que ocurrió en 1990, un domingo en que estábamos por almorzar. Sonó el timbre de la puerta. Era el padre Jorge, el cura que oficiaba las misas en el club donde pasábamos los fines de semana. Nos conocíamos bastante porque en el club había pocas casas y también porque lo había ayudado en la atención de algunos pacientes traumatológicos, entre ellos su madre.

—¿Cómo andás, Doc?

—Excelente. ¿Qué te hizo venir por acá?

—Acabo de terminar la misa y me dieron ganas de hablar con vos.

—Es un placer. ¿Querés quedarte a almorzar con nosotros? Aceptó la propuesta. Sentía gran intriga por lo que querría hablar ya que no parecía ser un tema relacionado con la medicina. Si hubiera sido así, habría dicho como introducción: “Tengo un problema con ...” o “Quiero tu opinión sobre un caso ...” o simplemente “Me tenés que dar una mano con ...”. Después de avisarle a Mercedes que Jorge almorzaría con nosotros, nos sentamos cómodamente en la galería con unos grandes vasos de agua helada, ya que era un día bastante caluroso.

—Bueno, estuve pensando en vos —fue la introducción de algo que aparentemente le costaba comenzar a decir.

—¿Qué pasó? ¿Soñaste algo? —le dije riendo y tratando de destrabar el inicio.

—No, sólo estuve pensando. Lo que quería preguntarte es por qué no te veo más seguido en misa. Por todo lo que hemos hablado, creo no equivocarme al pensar que tenés un buen corazón y que pensás y creés mucho en Dios. ¿Por qué no te veo más seguido?

—Bueno —le dije mientras pensaba un momento cómo iba a expresarle todo lo que había ocurrido en mi interior durante mi vida—. Cuando tenía veintitrés años me encontraba en un retiro espiritual dirigido por los dominicos. Hasta ese momento vivía el catolicismo regularmente y con cierto grado de misticismo. La experiencia en el retiro fue muy intensa y movilizadora. Entre las diferentes introspecciones hubo una que resultó altamente paradójica y fue la que hizo que luego me alejara de la práctica ortodoxa.

—¿Se puede contar? —me preguntó el padre Jorge.

—Sí, tal vez vos me puedas ayudar. Sucedió que sentí intensamente que tenía un gran problema con el Dios que me describía el catolicismo. Por un lado, tenía el Dios del que hablaba Jesús: un Dios que era todo Amor, que estaba en contra de la violencia y que ante un agravio nos enseñaba que debíamos ofrecer la otra mejilla. Ese Dios del Nuevo Testamento era uno para quien todos los seres éramos sus hijos. Otro de los atributos de ese Dios era que nos quería enseñar que no debíamos juzgar. Nadie estaba capacitado “para tirar la primera piedra”.

—Así es. ¿Y la paradoja? —preguntó como queriendo que tomase un respiro.

—El problema surge de la Biblia, con la imagen del Dios del Antiguo Testamento. En él nos muestran a un Dios diferente y me parece imposible que Él haya podido cambiar tanto, del Antiguo al Nuevo. ¿O es que cambió?

—Me parece intuir adónde vas. Explicate —agregó el padre Jorge.

—Bueno, trataré de resumirlo en pocas palabras. Me da la impresión de que ese Dios del Antiguo Testamento parece ser más que nada el Padre de algunos, no teniendo reparos en favorecerlos sobre los demás. Me cuesta verlo como el Padre de todos los seres, el Padre de toda la Creación. No sé si será cierto lo que dice la Biblia pero, pero para ayudar a que su pueblo elegido pudiera concretar su destino, produjo incluso muertes, pestes y calamidades sobre los demás pueblos.

—O sea que ese es el punto de tu discordia —comentó sin abrir juicio al respecto.

—Lamentablemente no. Ese fue sólo el principio. Me interné en las ciencias durante mis estudios universitarios, lo que a veces te puede llevar, a través del más puro y rígido método científico, a creer que lo que no se puede ver y demostrar no existe. Esto, asociado a la fe perdida, me hizo comenzar a buscar a través del intelecto y el razonamiento lo que en el catolicismo era dado como patrimonio exclusivo de la fe. Comencé a buscar datos que pudiesen suplirla en otras religiones, en la filosofía e incluso en la misma ciencia. El resultado de todo eso fue que terminé creyendo como lógicas las explicaciones que daban las religiones orientales a través de los conceptos de karma y de la reencarnación. ¿Te parece que estos principios orientales son

compatibles con nuestra religión?

—La verdad, Doc, que no creo tener los suficientes conocimientos sobre religiones orientales como para contestarte. En la Argentina hay una sola persona que es reconocida incluso en el Vaticano por sus conocimientos sobre las religiones orientales. Él es el más autorizado para opinar sobre tus planteos.

—¿Quién es? —pregunté ansioso.

—El padre Ismael Quiles.

Recordé en ese momento haberlo visto varias veces en programas televisivos. Era el rector emérito de la Universidad del Salvador, perteneciente a los jesuitas. Lo habían presentado siempre como una gran autoridad dentro de la Iglesia y en algunas oportunidades habían hablado sobre sus características de santidad. Al escucharlo me había producido una fuerte impresión. La imagen que tenía de él era la de una persona de unos noventa años, bajo, tremendamente delgado, con grandes anteojos y la sensación de que poseía una mezcla de enorme sabiduría y bondad. Una de las características que más impresionaba era su amable sonrisa.

—Jorge, creo que me la estás haciendo muy difícil. No puedo creer que me estés diciendo que hay una sola persona que pueda contestar mis cuestionamientos.

Terminamos almorzando con diálogos muy agradables. (Mucho más tarde noté que la mayoría de las discordias entre los seres humanos, incluidas las guerras, las matanzas en América para evangelizar a los indígenas, las hogueras de la Inquisición en Europa y las “guerras santas del islamismo”, no eran más que una lucha de poder para ver “quién cree en” y “quién es fiel al Dios verdadero”. Verdaderas masacres en nombre de los dioses de las religiones monoteístas: Dios, Alá y Jehová. Incluso la mayoría cree que “su Dios” justifica esas matanzas para que se imponga “la verdad” y los demás serán infieles o no tendrán acceso a “la salvación”. Mucha locura, ¿no? Recuerdo que en una de las novelas de Umberto Eco le preguntaban a alguien si creía en Dios: “No Creo en algo mucho más grande”, fue su contestación). 23

Era miércoles por la tarde y habían pasado tres días desde la conversación con el padre Jorge. Nos encontrábamos atendiendo pacientes, mi padre en el primer piso y yo en mi consultorio de la planta baja. Antes de que entrase el próximo paciente, entró Valeria, mi secretaria de entonces, para entregarme la historia clínica de quien estaba por atender.

—Acá te dejo la historia.

—Muchas gracias. Podés hacerlo pasar.

—¡Ah! Me olvidaba de comentarte.

—¿Qué pasó?

—¿A que no sabés quién vino a ver a tu padre?

—Ni idea.

—Un cura viejito que aparece mucho en televisión.

—¿No será el padre Quiles? —le pregunté mientras casi sentía un estado de ebullición en la sangre.

—El mismo. ¡Que rápido lo adivinaste! —fue su comentario mientras me veía salir dirigiéndome velozmente hacia el primer piso.

—Por favor, decile al paciente que pase y que me disculpe un par de minutos —le dije mientras me iba, sin tiempo para poder contarle lo que había pasado el último domingo.

Golpeé la puerta del consultorio de mi padre tímidamente. No me encontraba en un estado normal. Estaba nervioso o para explicarlo con una palabra más apropiada: movilizado.

—Adelante —se escuchó la voz de mi padre.

—Buenas tardes. Perdón por interrumpir, pero me contaron que usted estaba aquí y decidí subir porque tenía muchas ganas de conocerlo —dije sin mucha conciencia sobre si estaba diciendo algo apropiado. Lo único que sí sabía era que estaba mirando fijamente a los ojos de un ser que poseía una mirada y una sonrisa majestuosas y que transmitía un inconmensurable amor.

—El padre Ismael Quiles, mi hijo —fue la presentación formal de mi padre—. Vino porque tiene un síndrome del túnel del carpo en su mano. Le dijeron que tenía que operarse y lo derivaron para una interconsulta. Tomá asiento.

Presenció la parte de la consulta donde mi padre le confirmaba que creía que debía operarse y luego cuando el padre Quiles le decía que intentaría superarlo sin operación, haciendo unos ejercicios especiales. Sentía claramente algo que nunca antes había experimentado: la sensación de que el aire en su presencia era más liviano y que una paz, indescriptible con palabras, flotaba en la habitación. Casi igual como lo imaginaba en los santos. Ante la pregunta de mi padre de cómo hacía para conservarse tan bien físicamente, ya que muchos decían que pasaba los noventa años, nos hizo una demostración de los ejercicios que realizaba diariamente. Hizo esos ejercicios de hatha yoga con una agilidad sorprendente e inimaginable para su cuerpo. A su término recién me animé a decir:

—Un sacerdote amigo me dijo que debía intentar hablar con usted para plantearle algunas preguntas sobre religión.

—Encantado. Si puede lo espero el jueves de la semana próxima, por la mañana, en mi oficina en el rectorado.

Así sucedió. Ese día pude plantearle mis dilemas y recibí sus maravillosas enseñanzas. Nunca se operó. Parecía, en su momento, sólo una coincidencia mágica, ya que no conocía entonces que detrás de esas coincidencias con significado existe el propósito de una fuerza superior: unir lo que debe unirse con el propósito de seguir aprendiendo.

Unos meses más tarde me enteré de su fallecimiento por el diario, lo que me causó una tremenda congoja. En nuestro encuentro me había regalado un ejemplar de su último libro publicado, dedicado y autografiado en febrero de 1991.

El título del libro me había dado otra parte de su contestación a mis interrogantes: Cómo ser sí mismo.⁴²

CAPÍTULO 4 Machu Picchu y el chamán...

Hay dos cosas en las que he llegado a creer, implícitamente, acerca del mundo en que vivimos. Una es que nada de lo que en él ocurre es independiente de cualquier otra cosa. La otra es que nada de lo que ocurre es completamente fortuito y víctima del azar.

Estas dos creencias son parte de la misma intuición (insight): si todo lo que ocurre está de alguna manera enlazado con todo lo demás, ello quiere decir que todo actúa de alguna manera sobre todo lo demás. Nada ocurre de una manera azarosa pura.

...no existe tal cosa que sea pura coincidencia. Cuando algo ocurre, lo hace en cierta relación, a pesar de su probabilidad extremadamente sutil, con otras cosas que pasan o han pasado dentro de esa región de espacio y del tiempo”.

ERVIN LASZLO * 16

* Ervin Laszlo, científico húngaro radicado en Estados Unidos, director del Instituto para la Enseñanza y la Investigación de las Naciones Unidas, que ha dedicado gran parte de su vida a escribir sobre nuestra relación con el universo.

Había pasado un mes desde el viaje a Minneapolis. Aprovechando que me habían invitado a dar unas conferencias en Lima, decidimos tomarnos unos días con Mercedes para volver a visitar Cuzco y Machu Picchu.

Viajé muy cargado, con una gran cantidad de libros referidos a la sincronicidad, ya que esperaba aprovechar las tres noches que dormiríamos en el hotel junto a las ruinas de Machu Picchu para seguir estudiando y tratando de descifrar el tema que tanto me entusiasmaba. Seguramente, la energía de ese lugar, que consideraban tan sagrado, me permitiría conseguir una mayor apertura de conciencia para la comprensión de algo que seguía pareciéndome tan misterioso.

Nos encontrábamos en la mitad de una visita guiada a las ruinas de la antigua ciudad cuando nos dieron unos minutos para descansar y contemplar el “paisaje sagrado” de los incas.

—Mer, antes de viajar hablé con Juan Carlos. Le conté que vendríamos y me sugirió que tratara de hacer contacto con un chamán llamado Kucho. ¿Se te ocurre algo para poder encontrarlo?

—¿Cómo lo conoce Juan Carlos?

—No sé. No le entendí bien. Cuando le pregunté si lo conocía personalmente me dijo que no. Pero, por otro lado, manifestó que se “conocían bastante” y que se “comunicaban mucho”. Agregó que le dijera que yo era amigo suyo.

—¿Por qué no le preguntás a nuestra guía si por casualidad lo conoce y dónde lo podés encontrar? —fue su sugerencia.

—Discúlpeme. Estoy tratando de encontrar a un chamán llamado Kucho. ¿Lo conoce? —le pregunté a la guía en un momento que había dejado de estar rodeada de los otros turistas.

—Sí. Anda a veces por acá. A la salida vamos a preguntarles a los guardias si hoy ha subido —respondió.

—Me dijo un amigo mío que Kucho fue uno de los tres chamanes que hicieron un ritual especial para apagar el fuego que acechaba Machu Picchu cuando el incendio se había vuelto incontrolable —le comenté intentando obtener alguna nueva información.

—¡Fue maravilloso! —exclamó la guía—. El incendio se había descontrolado. No sólo estaba completamente extendido aquí en Machu Picchu, a pocos metros de destruir las ruinas de la ciudad, sino que se había propagado por el aire a esos otros dos cerros: el Huayna Picchu y el Media Naranja.

—¿Cómo hizo para propagarse por el aire hasta allí enfrente, al Media Naranja? Parece imposible que el fuego pudiera cruzar todo este inmenso espacio que los separa.

¿Cómo cruzó todo el valle y el río Urubamba?

—No se propagó por tierra. Los pájaros trataban de escaparse volando mientras el fuego consumía sus cuerpos y alas. Muchos llegaron volando al Media Naranja y así difundieron el incendio.

—¿Y cómo hicieron para apagarlo? —pregunté cada vez más interesado en el relato.

—Todo se había descontrolado. Las ruinas no sobrevivirían muchos días más si no se lograba apagarlo rápidamente. Todos los medios conocidos habían sido probados y habían fracasado. No se pudieron conseguir los aviones especiales que combaten los incendios forestales. A todos nos comenzaba a inundar la desesperanza e intuíamos que se acercaba el fin de la tragedia.

—¿Y entonces?

—Decidieron llamar a dos chamanes del lugar, Kucho, uno de ellos, más otro que vino desde Cuzco, para hacer una ceremonia especial invocando la intervención de los espíritus de sus ancestros incas. En la ceremonia se sacrificó un animal de tres meses de edad que había nacido malforma-

do. La ceremonia tuvo, aparentemente, una gran conexión con los ancestros. Cuando terminó, uno de los chamanes anunció que les habían dicho que al día siguiente, al mediodía, se apagaría el incendio de las tres montañas.

—¿Cómo iba a suceder eso?

—Nadie lo sabía. Era altamente improbable, casi imposible, que fuera a través de lluvias ya que estaban en la época de sequía. La precipitación máxima para esa época no hubiera servido ni siquiera para humedecer los árboles.

—¿Entonces? —pregunté con ansiedad para que apresurara el desenlace.

—Todos esperamos la llegada del mediodía mientras veíamos que la naturaleza se seguía consumiendo por el fuego. No nos imaginábamos qué era lo que podía suceder porque esa mañana casi no había nubes. Muchos dudaban de que pudiese ser cierto el vaticinio. ¡Pero sucedió!

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Al mediodía se desató la tormenta más fuerte que hayamos visto nunca. Ni siquiera el día más intenso de la época de mayor régimen de lluvias se le podría comparar. ¡Llovió solamente media hora! Cuando paró la lluvia, a continuación salió el sol más grande jamás visto. Un enorme sol anaranjado. ¡Y se cumplió lo que les habían prometido! ¡No había más fuego en ninguna de las tres montañas!

—Es una historia maravillosa. Esos chamanes deben tener alguna forma de conectarse con los espíritus y con las fuerzas de la naturaleza que los mortales comunes desconocemos.

Terminamos la visita guiada y, al salir, nos acercamos a los guardias en la casilla de la salida.

—Hola, ¿cómo andan? —dijo la guía dirigiéndose a los guardias—. ¿Vieron a Kucho hoy por acá?

—No, hoy no lo hemos visto. Debe haberse quedado en Aguas Calientes —respondió uno de ellos.

—Kucho trabaja en una de las empresas de helicópteros y turismo de Aguas Calientes. Trate de localizarlo allí —me dijo la guía mientras nos despedíamos.

Esa tarde llamé a la agencia desde el hotel. Después de presentarme, Kucho me dijo que tampoco subiría al día siguiente y que, si yo quería, podríamos encontrarnos en su local de turismo a las once de la mañana.

Esperé ansioso ese encuentro. Tenía mucho interés en ver cómo era la mirada de ese ser que se conectaba con esos otros planos de la realidad.

—Buenos días. Estoy buscando a Kucho —le dije a una joven que estaba detrás del escritorio en la agencia de turismo.

—¿Es usted la persona con quien tenía que encontrarse a las once?

—Sí —respondí.

—Lo está esperando en el bar de aquí al lado —dijo mientras señalaba la dirección con la mano.

—¿Kucho? —pregunté a la única persona sentada en el bar.

—Sí —respondió mirándome con sus profundos ojos oscuros.

—Soy el Doc. Hablamos ayer por teléfono. Soy el amigo de Juan Carlos.

—Siéntate por favor —me invitó después de habernos estrechado la mano.

Pedimos unos jugos de frutas naturales. Nos mirábamos e intercambiamos alguna sonrisa, pero parecía que era yo el que debía tomar la iniciativa. Me hubiera gustado que me preguntara ¿qué deseas?, ¿en qué te puedo ayudar? o

¿por qué querías conocerme?, pero permaneció en silencio demostrando una gran paz y manejando el tiempo de una manera distinta. Pensaba qué era lo que debería decirle hasta que recordé lo que Juan Carlos me había sugerido.

—¿En qué me podés ayudar? —le pregunté sin estar muy convencido sobre si lo que estaba diciendo era lo más apropiado.

Se produjo un largo silencio. Parecía que pensaba, o algo así, mirándome a veces fijo a los ojos. Sentía que me había equivocado al ver el resultado de la pregunta. Pensaba que, tal vez, hubiera sido mejor dar un poco más de vueltas antes de llegar al punto, como un perro antes de sentarse.

—Te contaré sobre el día de mi iniciación —fue la frase con la cual rompió el silencio.

Estaba asombrado por lo que me estaba diciendo. Parecía que estaba entrando a la antesala de un cuento mágico. Inmediatamente un pensamiento se introdujo en mi pantalla mental: ¿por qué creía Kucho que contarme su iniciación era lo más apropiado para mí?

—Era un 31 de diciembre. Yo trabajaba de guardián de las ruinas de Machu Picchu. Ese día escuché la voz por primera vez. Una voz que oía en mi interior me decía repetida e insistentemente: “Ven a la medianoche para ver ‘la luna azul’”.

—¿Vení a dónde, decía la voz? —le pregunté ansiosamente.

—Me pedía que subiera a la medianoche, justo a la entrada del Año Nuevo, a las ruinas de la ciudad. En esa época, yo trabajaba de día como guardián en las ruinas y por la noche estaba acá abajo, en Aguas Calientes. Decidí subir esa noche cancelando mi asistencia a las fiestas programadas con familiares y amigos.

El relato que prosiguió fue probablemente lo más mágico y maravilloso que alguien pueda escuchar. No lo voy a contar, ya que creo que tuvo connotación personal y no sé si a él le agradaría que lo relatase. Por lo tanto me remitiré exclusivamente a la parte de la historia de la cual sí participé, y que es la que ayuda a seguir uniendo la trama de esta historia real. Casi finalizando su relato dijo:

—A la salida del sol me encontraba mirando hacia abajo, hacia Aguas Calientes, cuando divisé que cerca de la estación de trenes se comenzaba a formar una nube, como si fuese un remolino. Se fue agrandando mientras giraba y giraba. Comenzó a ascender la montaña, hasta donde yo me encontraba, llegando a posarse sobre mi cabeza.

La descripción detallada que hizo de la nube me trajo un recuerdo. La imagen que a partir de su relato se había formado en mi interior era muy parecida a “algo” que había visto alguna vez en un libro. Se asemejaba al dibujo que Douglas Baker, en *La apertura del tercer ojo 2*, mostraba como la descripción del “átomo último”.

Quedé maravillado con su historia, que se prolongó por media hora más. Le agradecí mucho y partí apresuradamente a buscar a Mercedes que me esperaba en los baños termales. ¿Estaría todavía allí? Tendría que haberla buscado hacía ya cuarenta minutos.

Mientras caminaba a su encuentro trataba de reflexionar. No había entendido por qué Kucho había elegido contarme algo tan preciado para él como era su propia iniciación. ¡De pronto me di cuenta! ¡Nuevamente todo se unía! Si la imagen que mi mente formaba sobre la nube era parecida al dibujo de Baker, ahora tenía sentido que, entre los libros que había llevado sobre sincronicidad para estudiar en Machu Picchu, estuviera uno que no tenía nada que ver con el tema y que incluso ya había leído: ¡*La Apertura del Tercer Ojo!*

Esa noche escribí sobre muchas ideas acerca de la sincronicidad que me “venían” al plano consciente. La intuición me decía que debía volver al día siguiente y mostrarle la mencionada imagen. Esa podía ser la única razón por la que había incluido en mi equipaje, sin razón aparente, ese libro “desconectado” del tema de la sincronicidad.

Cada vez somos más las personas que tomamos conciencia de las coincidencias significativas que suceden cada día. Algunos de estos hechos son grandes y llamativos. Otros son pequeños, casi imperceptibles. Pero todos son una prueba de

que no estamos solos, de que hay algún proceso espiritual misterioso que influye en nuestras vidas. Una vez que tenemos la experiencia del sentimiento de inspiración y vida que tales percepciones evocan, es casi imposible no prestarles atención. Comenzamos a ponernos alerta ante este tipo de hechos, a esperarlos, y a buscar una comprensión filosófica más elevada de su aparición.

JAMES REDFIELD 46

A la mañana siguiente me dirigí nuevamente, sin cita previa, a Aguas Calientes. En su oficina me dijeron que estaba reunido en el mismo bar del día anterior.

—Kucho, ¿te puedo interrumpir un minuto?

—Como no —contestó sonriendo.

—¿La nube que viste es parecida a esto? —le dije mostrándole el dibujo en el libro.

—¿Qué es eso? —preguntó absolutamente asombrado y sorprendido.

—Es un dibujo que representa el “átomo último”.

—Es igual a lo que vi aquella noche. ¿Dónde lo puedo conseguir? —preguntó con el mayor de los deslumbramientos.

—Aquí. Creo que esto es para vos —le dije mientras le regalaba el libro que estaba subrayado y con anotaciones personales en los márgenes.

—Discúlpame un par de minutos —le dijo al amigo con quien estaba reunido.

Me llevó a la vereda que “colgaba” sobre la vía abandonada de tren.

—Este es un regalo muy especial. Esto tiene la misma forma que la nube que yo vi ese día. Es sorprendente —dijo con expresión de enorme alegría.

—Quiero regalarte algo —continuó mientras me entregaba una cruz andina, la cruz de los incas —. Hay que llevarla colgada del cuello. A medida que el ser que la porta se va espiritualizando su color se va tornando más claro.

—Muchísimas gracias. Este también es un regalo muy preciado. ¿Podemos sacarnos una foto juntos?

—Encantado —contestó mientras le pedía a un transeúnte que la sacase.

—¿Sabés, Kucho? Tu cuento me impactó mucho. ¿No pensaste en compartirlo con más gente?

—Sí. Estoy escribiendo un libro. ¿Y sabes algo? Tú también tienes que escribir un libro sobre algo que sólo tú bien sabes.

Después de estos dos encuentros con Kucho, se respondía ahora la pregunta inicial: ¿En qué me podés ayudar? Desde su intuición me confirmaba que yo también debía compartir con otros seres todo lo que esa “fuerza” había “organizado”. Me había hecho poner ilógicamente en el equipaje el libro que le iba a servir a Kucho y le había hecho contarme su iniciación para hacer coincidir el misterio de la nube con el dibujo en el libro. Me podría haber contado cualquier otra cosa de su vida o de cualquier otro tema, pero intuyó que debía contarme algo para lo cual yo también tenía una respuesta. La emoción que esto provocó en Kucho le hizo decir que debía escribir, algo sobre lo cual todavía me costaba convencerme. ¡Ese era el mensaje para mí! Fue la ratificación sobre escribir y la demostración de una interconexión más, para comprender cómo esa “fuerza” organizaba las cosas que sucedían en nuestras vidas.

LA MAGIA PERDIDA

Después del encuentro con Kucho, me encontraba contemplando el magnífico atardecer, en las afueras del hotel, con la vista dirigida hacia el cerro Media Naranja. Mientras tanto, el sonido del rápido fluir del río Urubamba masajeaba las percepciones de mi oído. Al tiempo, pensaba.

Kucho me había dicho que yo tenía que “escribir sobre algo que yo sabía”. ¿Debía hacerlo? ¿Cómo contar lo que había descubierto?

Un simple análisis mostraba que una fuerza “muy especial”, a la que algunos llamaban sincronicidad, me había arrastrado dentro de su movimiento, llevándome a vivir sucesos absolutamente inesperados. La había descubierto mucho tiempo más tarde de que todo comenzase a suceder y, sólo después de interpretar todos los signos, adquirí la plena convicción de que la sincronicidad quería que escribiese sobre ella. De lo contrario, habría gastado demasiada energía sólo para convencer a un ser.

Me había enterado de que la sincronicidad había sido descrita por las ciencias participando de “algo muy especial”: se la había encontrado funcionando como una fuerza utilizada por y para la creación, en todos los ámbitos de la naturaleza, incluso en nuestras propias vidas. Si esto era realmente así, que la mismísima creación se ocupaba diariamente de escribir el guión de nuestras vidas, sabiendo por lo tanto mejor que nadie cuál era nuestro camino y destino final, resultaba evidente que la mayoría teníamos mal conectado nuestro “cerebrovisor”.*

* Cerebro-visor: con esta palabra intento denominar al aparato-órgano que sirve para decodificar, y poner en la pantalla de la conciencia, todo lo emitido tanto por el mundo exterior como por el mundo interior de nuestra alma.

Teníamos el “cerebrovisor” sintonizado en otro canal, en uno que negaba la participación directa y constante de la creación sobre nuestra vida. Habíamos cambiado semejante creencia ancestral, sobre la existencia de esa “ayuda celestial” en nuestros destinos, por una nueva deidad. Esta era ahora una deidad numérica: la ley de probabilidades. A ella le atribuíamos la enorme inteligencia creativa y organizadora de las coincidencias que suceden casi diariamente en nuestras vidas. ¿Y cuál era el valor de dichas coincidencias? Ellas eran las que cambian nuestros rumbos y valores. Habíamos perdido la vivencia de ser buscadores de tesoros y detectives de las pistas en los eventos que se iban cruzando en nuestros caminos.

En ese mágico lugar, sentía que a pesar de esa moderna y desalmada manera de interpretar la realidad, la magia aún se encontraba al alcance de la mano. ¿Por qué? Porque a la naturaleza aún le gustaba seguir haciendo travesuras. La magia y el milagro no aparecían más que cuando ella se decidía a romper sus propias reglas dentro del mundo visible. La naturaleza parecía divertirse y sentirse más creativa cuando rompía su propia rutina.

Percibí claramente que si no cambiábamos el canal de nuestro “cerebrovisor”, el universo habría malgastado con nosotros parte de su energía y terminaríamos como un proyecto frustrado, tal vez como el de los dinosaurios (así lo explicó el astronauta de la Apollo XIV, Edgar Mitchell, en una conferencia). A pesar de todo esto, resultaba evidente que el universo no desperdiciaba energía, incluso al organizar las sincronicidades, sino que trataba siempre de tomar el camino más corto para concretar su intención. Existían algunos casos difíciles, como el mío, en los cuales él necesitaba clavar sus garras despiadadamente con el sólo fin de lograr despertarnos. Aun así, ese era su camino más corto.

¡No había opción! Kucho tenía razón. No lo podía eludir: sabía que tenía que escribir sobre la

sincronicidad, aunque más no fuera para servirle a una única alma sobre este planeta.

CAPÍTULO 5 Ruinas de Machu Picchu. Encuentro Imaginario con el conocimiento...

CAMINANDO DE NOCHE ENTRE LAS RUINAS: INTIWATANA

Intuitivamente sentí que debía dirigirme a las ruinas. Esa misma noche, la última en Machu Picchu, y por estar alojado en el hotel vecino a las mismas, había obtenido una autorización especial para una caminata al santuario inca. Mercedes decidió quedarse en el hotel. No había nadie, excepto algún guardián que podía divisar esporádicamente y a lo lejos. Los turistas se habían retirado muchas horas antes. Mientras caminaba en soledad, estaba sintiendo, sin lugar a duda, algo muy especial. La luna, apareciendo esporádicamente entre las nubes, nos iluminaba de a ratos, como si le diera movimiento a todo. Los ocres, grises y negros, se mezclaban produciendo una escenografía fantástica. Una envolvente bruma que descendía completaba la magnífica visión. Llegué y me senté frente a Intiwatana, la piedra sagrada por excelencia, con la clara percepción de que la magia estaba presente, como disuelta en todo el lugar. Probablemente algo de lo que había experimentado Kucho.

Como telón de fondo se podía escuchar, claramente, el maravilloso canto de pájaros junto con los armónicos sonidos emitidos por otros animales. Mágicos sonidos de todas las especies. Sentía que todo aquello debía tener un sentido, como queriendo decir que debíamos relacionarnos mejor con nosotros mismos, con los demás y con el resto de la naturaleza. Parecía percibirse claramente, que uno de los errores de nuestra civilización había sido el de aislar la mente dentro de sus propios confines, sin conectarla con el corazón:

Si la mente no sirve de alimento para el corazón, deberemos esperar mucho tiempo para que el alma nos vuelva a alcanzar.

Mientras sentía todo eso, mi mente asoció aquel último pensamiento con un cuento que me había impresionado mucho. Lo había escuchado en boca de un periodista con motivo de la inauguración del Congreso de Cirugía de la Mano. Creo que se trataba de un cuento de Michael Ende.²⁴

Su esencia era esta:

Un grupo de exploradores y científicos europeos debían internarse, para su proyecto, en el medio de la selva tropical de un país centroamericano. Contrataron a un grupo de indígenas para que los guiasen e hiciesen el transporte no sólo de las tiendas, sino también de los alimentos y el equipamiento que necesitarían una vez que se hubiesen instalado. Por razones de diferencias en el lenguaje, sólo tenían posibilidades de comunicarse, de manera elemental, con uno sólo de ellos: el guía.

Habían pasado ya varios días abriéndose camino entre la maleza de la selva, en medio de un clima extremadamente húmedo y caluroso, mientras recibían el ataque de millares de mosquitos.

Resultó que una mañana, al amanecer, se encontraron con los indígenas sentados en círculo y manteniendo el más absoluto de los silencios. Pensaron que se trataba de algún ritual religioso y que pronto se levantarían para reemprender el viaje. Pero no fue así. Más allá del infructuoso intento de hablar con el guía, maltratarlos, pegarles e incluso amenazarlos de muerte con armas desafiantes, todo resultó inútil. Esa tensa situación duró tres días. Durante ese tiempo los extranjeros hicieron todo tipo de elucubraciones racionales sobre lo que podría estar ocurriendo: que se trataba de una rebelión; que se habían sentado a esperar a que viniese el resto de la tribu para robarles y matarlos en el medio de la selva, y tantas otras cosas más. Pero, a pesar de tan “inteligentes” especulaciones, nada de eso sucedió.

Sorpresivamente, al amanecer del cuarto día, los indígenas se pusieron de pie, listos con todo su

cargamento, para continuar el viaje, ante el total desconcierto de los europeos.

Al rato de estar caminando nuevamente, el jefe de la expedición se le acercó al guía.

—¿Me puede dar una explicación sobre lo que ha sucedido?

—Ahora sí —le contestó—. Habíamos caminado demasiado rápido y nuestras almas se habían quedado atrás. Fue necesario sentarnos y esperar hasta que ellas lograsen alcanzarnos.

Dentro de esas sensaciones tan particulares, mi mente comenzó a recopilar, automáticamente, toda la base teórica, que había aprendido durante los últimos tres meses, acerca de las coincidencias. Me llamaba poderosamente la atención que esos conocimientos encontrados pudiesen explicar, con tanta precisión, lo que hasta ese momento, y debido a mi ignorancia en el tema, parecían haber sido solamente experiencias exclusivas del alma, absolutamente inexplicables desde el plano de la lógica racional. También me sorprendía ver cómo tantos seres notables, aquellos quienes habían logrado cambiar la historia del conocimiento humano, se habían dedicado a analizar el valor y el funcionamiento de las coincidencias en sus vidas, otorgándoles una tremenda importancia para comprender el significado de la vida misma. Parecía que ellos consideraban las coincidencias como una de las grandes claves.

Comencé a descender, desde el Intiwatana, por aquellas angostas e irregulares escaleras de piedra al tiempo que, de tanto en tanto, me entremezclaba con la bruma y los intermitentes rayos de luz reflejados por la luna. Después de caminar durante algunos minutos, llegué a la plaza central de la mítica ciudad. En ella, según cuentan, existía una especie de obelisco o mejor dicho un menhir (esos que funcionan como agujas de acupuntura para la tierra), que fue quitado de su lugar central en la plaza, para permitir que descendiese un helicóptero en ocasión de la visita de los reyes de España. También relatan que más tarde sólo pudieron enterrar al obelisco en el centro de la plaza, ya que no contaban con los medios para volverlo a colocar en su lugar original. (!)

Sentado sobre el cerco de piedra que demarcaba la plaza, pasaban por mi mente los múltiples y desordenados conocimientos (de muchísimos autores) que había adquirido. De pronto, se comenzaron a organizar en una trama coherente y dentro de una escena fantástica. En el momento que estoy escribiendo estas palabras, no puedo asegurar que todo aquello no haya sido real. Seguramente era la magia de Machu Picchu que los hacía reales en mi imaginación.

Fue así que imaginé a diferentes personalidades contestando a los interrogantes sobre el trasfondo de la operatoria de cómo funcionan las coincidencias en la vida. Todos los conocimientos que había leído por separado se organizaron dentro de un guión con sentido.

Era casi medianoche. El sonido del viento se había entremezclado y hacía bailar la bruma. Sabía que debía regresar. Mercedes estaría comenzando a preocuparse por mi tardanza. Mientras volvía, pausadamente y sintiendo plenitud, agradecí los conocimientos que me habían regalado todos aquellos seres a quienes tanto admiraba.

OCTUBRE DE 1998: TREN DE RETORNO A CUZCO DESDE MACHU PICCHU

Volvíamos en el tren mientras hablábamos con Mercedes de cómo nos sentíamos vigorosos físicamente después de haber pasado tres días al lado de las ruinas. Mercedes contaba cómo había tenido que correr la última tarde, a pesar de la altura, para gastar un poco de la enorme energía que sentía en su cuerpo, cuando la interrumpí.

—Perdoname, Mer, pero tengo que escribir algo que vino a mi mente.

Fue en ese momento cuando apareció lo que entonces llamé (tal vez recordando el título de Chopra Las siete leyes espirituales del éxito) “las siete leyes de la sincronicidad”. Me invadieron la mente súbitamente y requerían ser escritas. ¿Era esto parte de algún flujo especial emitido por Kucho?

Lo que surgió y se materializó en el papel durante aquel viaje en tren me dejó absolutamente deslumbrado. Parecía ser una operatoria para la sincronicidad, que impresionaba como extremadamente adaptable para que la lógica la descartase (descripción en el Capítulo 8).

LOS “DOS OMBLIGOS DEL MUNDO”

Cuando se buscan conexiones se acaba encontrándolas por todas partes y entre cualquier cosa. El mundo estalla en una red, un torbellino de parentescos en el que todo remite a todo, y todo explica todo.

UMBERTO ECO 23

Pensaba que era un ser muy afortunado. Durante 1998, en seis meses había podido estar en los lugares de dos culturas, tan supuestamente desconectadas como la tibetana y la incaica, que consideraban, separadamente, a sus emplazamientos como “el ombligo del mundo”: por un lado Cuzco, en Los Andes, y por el otro, los Himalayas. Parecía una iniciación programada.

En ocasión de una conferencia en un círculo esotérico había escuchado, varios años antes, un concepto similar en el que unían las dos concepciones. Decían que la Tierra tenía “dos polos espirituales” que le servían de “anclaje” al resto del universo. El “polo masculino” se encontraba en los Himalayas y el “polo femenino”, en la cordillera de Los Andes, en una región que se extendía desde Cuzco hasta Mendoza.

Un día, ubicando estos dos lugares en un mapa, me di cuenta de que si tomábamos como centro el punto de unión entre Greenwich y el Ecuador, los dos polos mencionados tenían una relación casi simétrica. La región de los Himalayas se encuentra, aproximadamente, en la latitud 30° y entre los meridianos 75° y 90° . Similarmente, en el hemisferio sur, el supuesto “polo femenino” se encuentra ubicado entre los 15° y 33° de latitud y en el meridiano 70° . Marcando los dos “polos” en un mapa parecen corresponderse casi simétricamente en diagonal (algunos otros dicen que la verdadera antípoda es la Isla de Pascua).

No sé si ese dato será cierto o no, pero la realidad es que se trata de dos lugares que tuvieron civilizaciones importantes en lo referente al respeto hacia la vida y la Tierra, y ambas se desarrollaron a más de tres mil metros de altura. Muchas otras similitudes como los colores y diseños de sus telas, sus gorros, las “apachetas”, y tantas otras analogías me hacen pensar que puede ser verídico.

CAPÍTULO 6 Danza con el Espíritu y otras historias...

11 Y 12 DE SEPTIEMBRE DE 1999: DANZA CON EL ESPÍRITU

Estando en el curso de Chopra en San Diego, en agosto del 98, comprendí que lo que allí había sucedido había transformado a quienes habían asistido. Percibí también que en la Argentina la mayoría de las personas estaba deseosa de introducir cambios en sus vidas y necesitaba de alternativas para romper la rutina con que se conducía.

Entre muchas otras cosas la vida me había regalado la posibilidad de conocer gente maravillosa. Pensé entonces que ellas podrían ser útiles para un fin similar al del curso de Chopra. Pero existía un inconveniente: los veía a todos trabajando individualmente o sólo en pequeños grupos en temas espirituales sin visos de que se pudieran unir para hacer un intento grupal más amplio.

Esta fue la idea base para organizar un seminario, que se llamaría Danza con el Espíritu, y al que invitaría a participar a todos ellos. Allí cada uno mostraría lo que me había enseñado: las diferentes facetas de un mismo diamante en el enfoque del camino hacia la espiritualidad.

Un encuentro inesperado en Bariloche con Inés, una talentosa maestra de yoga, había ocurrido enseguida de llegar de San Diego. Le conté entonces sobre la idea de organizar un evento de las mencionadas características; me contestó que le parecía una magnífica idea y que contase con todo su apoyo. Debido a diferentes compromisos, no fue hasta fines de diciembre que pudimos avanzar con la programación. Recién entonces pude ir a visitar a Juan Carlos a Mendoza, que también manifesté su apoyo al proyecto.

Los meses pasaron mientras organizábamos el seminario. El grupo de colaboradores elegido para la organización era maravilloso. Se iban a desarrollar temas “aparentemente desconectados”, pero que mostraban distintos aspectos de una misma realidad. Dos lamas iban a hablar de Karma y Reencarnación desde la óptica budista y un teólogo cristiano se referiría a nuestra relación personal con Dios. Meditación, yoga, adivinación a través de las runas, chamanismo, creatividad y sincronicidad eran los otros temas a desarrollar tanto en forma teórica como práctica.

La mención de este seminario no tendría lugar en esta historia si no hubiera sucedido lo que sucedió.

Era el jueves 9 de septiembre. Faltaban dos días para el sábado 11 en que se iniciaría el seminario.

—Doc. ¡No sabés lo que pasó hoy! —me dijo Martín por teléfono.

—¿Qué? ¿Surgió algún otro inconveniente que tengamos que solucionar urgente?

—¡No! Estábamos con Hugo terminando de reacondicionar el auditorio cuando apareció...

—¿Quién apareció?

—Vino una amiga de Hugo. Se conocen por haber trabajado juntos en filmaciones de películas.

¿Viste como es Hugo, no?

—Sí, una persona maravillosa, llena de amigos. Con el manejo de toda la magia de la escenografía en el mundo del cine. ¿Pero qué fue lo que pasó con su amiga?

—Resultó ser que ella fue la que hizo la escenografía y los decorados de la película Siete años en el Tíbet. Nos ofreció el decorado original de la película para que lo utilizemos en la ambientación del auditorio.

—¡Magia! Quiere decir que “todo está bien”.

Así fue. La decoración tenía las banderas, géneros y otros ornamentos que se habían utilizado en

la película que Hollywood había filmado con Brad Pitt en Mendoza.

No podía apartar de mi mente cómo se seguía uniendo todo. En el primer encuentro con Ror Moore, él me dijo que era amigo del autor del libro Siete años en el Tíbet. Él me había llevado a Dharamshala. Allí, en el peor momento, y cuando estaba siendo interrogado como un espía o traficante ilegal de objetos, había surgido la frase intuitiva que lo había destrabado todo: “Estoy tratando de encontrar la causa de mi conexión con estos dorjes. No lo puedo explicar lógicamente pero estos objetos mueven mi intuición. Tres veces en dos años sentí la necesidad de llevarlos a Mendoza. Un año más tarde allí se filmó Siete años en el Tíbet”.

A partir de ese comentario había logrado obtener la confianza de los Secretarios del Lamasterio de Namgyal y conseguir la “visa” para la entrevista con Kamthrúl Rimpoché. Más tarde, en una actitud seguramente infrecuente para un encuentro tan multifacético, dos lamas habían accedido a participar en el seminario. ¡Y ahora esto! El decorado original de esa película en nuestro auditorio.

Parecía que esa “fuerza”, que movía las cosas y organizaba los eventos desde otro plano, quería confirmar que todo lo sucedido estaba unido de una manera que nosotros no podíamos interpretar.

El seminario comenzó aquel 11 de septiembre de 1999, a las nueve, y en la introducción me tocó hablar junto al doctor Carlos Martínez Bouquet. (¡Menciono el día y hora de comienzo, ya que mientras estoy haciendo la corrección del libro me tiene absolutamente anonadado la coincidencia de los mismos con el terrorífico atentado a las Torres Gemelas de Nueva York dos años más tarde!)

Resumo la contratapa del programa, que representa parte de lo que dijimos en aquella introducción.

Desarrollaremos junto a ustedes dos días de encuentro para despertar una verdadera armonía entre cuerpo y espíritu.

Tendrás a tu disposición, entre otras, herramientas que, teniendo todas ellas un centro en común, facilitarán las experiencias para reencontrarte con tu esencia divina.

Yoga, meditación, sincronicidad, la influencia de la religión en nuestras vidas y prácticas chamánicas para contactarte con la naturaleza, son sólo diferentes aspectos que podrán ayudarte en el “reencuentro con tu sendero individual”.

La armonía entre cuerpo y espíritu es necesaria para lograr ser lo que tu alma desea, logrando así vivir tu historia personal como una aventura del universo. Un gran abrazo de todos los colaboradores.”

En ese seminario hablé por primera vez sobre sincronicidad y le conté al auditorio sobre “las siete leyes de la sincronicidad”, esas que había escrito en el tren de vuelta de Machu Picchu. Tal vez todo sucedió de esa manera porque la sincronicidad misma así lo había deseado.

A menudo he tenido experiencias de este tipo, aparentemente accidentales, tanto en el trabajo como en mi vida privada, y siempre me he sentido intrigado por ellas y me he preguntado cómo ocurren... Mi indagación de la sincronicidad surgió de una serie de sucesos existenciales que me llevaron a un proceso de transformación interna... Las cosas empezaron a encajar sin esfuerzo y comencé a descubrir personas notables que me prestarían una ayuda inestimable.

JOSEPH JAWORSKI 32

Dos grandes amigos que habían participado en el seminario: el doctor Carlos Martínez Bouque—médico psicoanalista y uno de los iniciadores del psicodrama en Argentina— y su adorable esposa María Cristina, traían al Venerable Lama Sherab Dorye, residente en Francia, para dictar unas conferencias en Buenos Aires. Amablemente me extendieron una invitación.

Decidí “tomar refugio” para esa oportunidad, una especie de “fuente” de donde recoger fuerzas durante el difícil intento de evolucionar. Éramos como setenta personas las que habíamos decidido hacerlo. Cuando llegó el momento, íbamos pasando de a uno, en fila india, cada uno con su ofrenda en la mano. Al llegar frente al lama debíamos agachar la cabeza. En ese momento él nos corta conexión especial, le ponía un nombre en tibetano a cada individuo.

Fue emotivo. Al bajar mi cabeza y percibir que cortaba unos cabellos sentí que decía mi nuevo nombre tibetano, en voz alta para que anotasen en el libro de registros: “Karma Trinle Dorje”.

¡No lo podía creer! Bautizado con el nombre “Dorje”. Después de entregarle la ofrenda, una pequeña bufanda

de seda blanca, volví a mi lugar. Pensé que seguramente muchos tendrían en sus diplomas la palabra “dorje” incluida en sus nombres. No. No era así. De todos los que estaban alrededor ninguno la tenía.

¿Era esta otra “coincidencia”?

Al terminar la ceremonia pregunté cuál era la traducción del nombre que me había asignado el Venerable: ‘diamante de la actividad iluminada’. No me podría haber regalado nada más lindo.

Todos hemos tenido esos momentos perfectos en los que todas las cosas parecen encajar de una manera casi increíble, en los que los sucesos que no podíamos prever, y mucho menos controlar, parecen guiar notablemente nuestro camino. Lo más cerca que he estado de encontrar una palabra que defina lo que ocurre en esos momentos es “sincronicidad”... En el delicioso fluir de esos momentos parece que nos ayudaran unas manos ocultas...A estas alturas, tu vida se convierte en una serie de milagros predecibles.

JOSEPH JAWORSKI 32

Nos encontrábamos en el mes de julio mientras escribía esta historia y daba algunas charlas sobre sincronicidad para grupos de amigos a los que les interesaba el fenómeno en cuestión. Sin duda, estar trabajando con el tema potenciaba, de alguna manera, la recepción de sincronicidades como también la de algunas nuevas ideas sobre su funcionamiento.

Nos juntamos con Carlos a almorzar para hablar de la organización de un futuro seminario en Mendoza. Carlos, a quien admiro y respeto mucho por su integridad de intenciones y proceder, es un ex seminarista y profesor universitario de teología cristiana, además de haber estudiado y enseñar religiones comparadas. Él también había participado en el seminario Danza con el Espíritu, en septiembre de 1999. Una vez al mes venía, por un par de días, a Buenos Aires para compartir sus conocimientos con algunos grupos.

Después de hablar sobre el futuro proyecto, apareció la historia.

—Te voy a contar algo que me pasó el otro día. Te va a gustar mucho a vos que estás escribiendo sobre sincronicidad.

Hizo un breve silencio, característico de su hablar pausado.

—Lo que te voy a contar pasó el sábado pasado. Una amiga me pidió que la acompañara por la tarde a la Boca, con el propósito de ver la exposición de pintura de una compañera suya.

—¿Fuiste a la Boca? —comenté sabiendo que ese no era uno de sus paseos preferidos.

—Sí, no tenía muchas ganas, pero igual la acompañé. Como bien sabés me gustan mucho las flautas y las quenas.

—No tengo ninguna duda de que así es —le dije conociendo su enorme debilidad por esos instrumentos que habitualmente le había escuchado tocar.

Me contó luego que, desde hacía casi un año, tenía en la mente la imagen de una flauta diferente. No entendí mucho a qué se refería debido a mi ignorancia en el tema. Pero de cualquier manera, creía haber captado que imaginaba una flauta que tuviera más tonos y/o semitonos junto con algunos orificios en la parte de abajo, que facilitarían la instrumentación.

—Consulté a varios fabricantes y me dijeron que eso era imposible que pudiese sonar bien. No convencido de lo que me decían, hice construir una por uno de ellos, hace ya de esto varios meses —comentó Carlos.

—¿Y qué pasó? —le pregunté muy interesado y sin imaginarme por dónde seguiría el cuento.

—¡No sonó! Bueno, volviendo a la Boca. Salimos de la exposición. Estábamos caminando de regreso cuando vi un anciano sentado sobre la vereda, en una esquina, con flautas y quenás sobre una manta. Me acerqué y me senté a su lado.

—¿Le gustan las flautas o las quenás? —le preguntó el anciano.

—Las dos. Toco bastante y colecciono. Tengo muchas, incluso dos Vannini —le había contestado Carlos.

—¿Dos Vannini? Lo dice como si estuviera orgulloso —le comentó el hombre.

—Por supuesto. Tienen la reputación de ser de las mejores.

—¿Sabe algo de Vannini?

—Sé que fue el más afamado constructor de flautas en Europa entre las décadas del 60 y del 80. Vivía en Barcelona. Luego desapareció. Aparentemente falleció —le contestó Carlos.

—¿Sabe algo?

—¿Qué?

—¡Yo soy Enrique Vannini!

En este momento, Carlos hizo una pausa prolongada en su relato. Sin duda motivado por la emoción que revivía al contarlo.

—Estoy emocionado. Lo admiro desde hace años. Este es un regalo del destino —dijo Carlos mientras el anciano esbozaba una sonrisa con mezcla de misterio y sabiduría—. Si usted es Vannini, probablemente es la única persona en este planeta que me puede ayudar.

Le contó entonces sobre la imagen mental recurrente de esa flauta tan particular y sobre el fracaso obtenido al tratar de construirla.

—Lo que usted describe es el diseño de una flauta hecha por el más grande de todos los tiempos, el luthier Lars Nilsson.

—No puedo creer que exista realmente. ¿Dónde puedo leer algo o ver un dibujo de esa flauta?

—¿Sabe algo? Tengo una en mi casa. Venga a verme mañana a esta dirección. ¡Es para usted, lo estaba esperando!

Mi propia vida ha sido frecuentemente tocada por la sincronicidad, tanto que ahora me subo a un avión esperando que el pasajero en el asiento de al lado sea sorprendentemente importante para mí, ya sea la voz que necesito escuchar para solucionar un problema o un eslabón perdido en una transacción que necesita concretarse. Una vez un consultor de staff me llamó al teléfono celular con planes entusiastas para manufacturar una nueva y más saludable línea de té de hierbas. Estaba llegando tarde al avión, de manera tal que no pude hablar, y la propuesta en ese momento me pareció bastante poco práctica. La azafata me guió al último asiento vacío en un vuelo completo, y como si hubiese sido arreglado, el extraño a mi lado era un vendedor mayorista de té de hierbas.

DEEPAK CHOPRA 17

Me vino a la memoria algo que había escuchado, una vez en boca de Chopra, con respecto a las sincronicidades en un avión. Era marzo del año 2000 cuando me encontraba nuevamente en el congreso anual de la American Academy of Orthopaedic Surgeons. Era en Orlando, Florida. Como de costumbre, cerca de treinta mil participantes. Era la última mañana de la convención, la que concluiría ese mediodía. Caminaba por un amplio pasillo, en el medio de una ‘marea’ humana en movimiento, cuando vi pasar, entre la multitud que se dirigía en sentido contrario, a mi amiga Anne Ouellette. Anne es una destacada colega, jefe del Servicio de Cirugía de la Mano del Jackson Memorial Hospital, en Miami. Con ella nos han unido una cantidad de objetivos comunes como el de tratar de lograr la unión entre Latinoamérica y los Estados Unidos dentro de una Federación Panamericana. Para conseguirlo, habría que cambiar la visión de algunos estamentos totalmente anquilosados en la cúpula directiva del país del norte. Cuando nos encontrábamos con Anne en algún Congreso, habitualmente también hablábamos de temas referidos a la forma de ver la vida.

—Anne —grité mientras levantaba mi mano para que me reconociese.

—Eduardo, ven —respondió mientras detenía su marcha alejándose de los que iban pasando apresurados.

Después de saludarnos con un beso y un abrazo me dijo:

—Estoy apurada. Tengo que estar en una sala que está del otro lado en diez minutos, pero tengo que hablar contigo. Me han pasado cosas muy movilizadoras a partir de la muerte de mi madre hace unos meses. Tenemos que hablar.

—¿Querés que nos encontremos después de tu curso de instrucción?

—No puedo. Tengo avión a las doce para Miami.

Lamentablemente no íbamos a poder conversar. Me intrigaba mucho lo que me había dicho, ya

que debía ser algo muy importante para que Anne lo hubiera manifestado. Hice cuentas mentales tomando conciencia de que ni siquiera sería probable que nos viésemos en el aeropuerto, ya que mi avión salía varias horas más tarde.

—Es una pena que no podamos conversar. Yo estoy partiendo recién por la tarde y esta noche me voy a Buenos Aires. Me parece que vamos a tener que dejarlo para el Congreso de octubre, en Boston. ¿Vas a ir?

—Por supuesto.

—Bueno, allí nos veremos.

Nos separamos. Todo siguió con normalidad, tal cual estaba programado. Me encontraba sentado en el avión que salía a las cuatro de la tarde. Estaba casi completo, sólo algunos asientos quedaban libres. Por suerte sería un vuelo muy corto. Ya iban a cerrar las puertas. ¡Entonces la vi entrar! Ella también me vio de inmediato. Mi mente rápidamente trató de recordar si le había dado los datos sobre mi vuelo pero no era así. No le había dicho ni vuelo ni la hora; parecía una enorme coincidencia que estuviera allí, teniendo en cuenta la gran cantidad de vuelos entre Orlando y Miami sumado a las múltiples opciones de compañías de aviación.

—¡Anne, estás acá! ¡No lo puedo creer! ¿Qué pasó?

—¡Me cancelaron el vuelo y me cambiaron a este avión! Yo tampoco lo puedo creer.

—¿Qué asiento tenés asignado?

Sacó el boarding pass de su bolsillo y dijo:

—El 12 C.

Mientras lo decía sus facciones demostraron más sorpresa aún al ver que yo estaba sentado en el 12 A. A partir de allí todo fue muy simple. Le pedimos al señor que estaba en el medio si nos podía cambiar. Se mostró encantado de poder pasar al asiento del pasillo.

AGOSTO DE 2001

Con motivo del Congreso Sudamericano nos encontrábamos en Santiago de Chile durante la Cena de Clausura.

—Anne, viste que lo estamos logrando —le dije mientras disfrutábamos del hospitalario evento social.

—Sí. Falta muy poco.

(Habíamos conseguido organizar el primer Congreso Conjunto entre la Federación Sudamericana y la American Society for Surgery of the Hand. Estaba programado para realizarse en Buenos Aires a fines de junio de 2002.)

—¿Qué más se te ocurre que podemos agregar al congreso? —le pregunté.

—La gente de Storz me dijo que estaría deseosa de darnos su apoyo para hacer un workshop de artroscopia de muñeca. Les podría pedir si se animan a hacerlo en Buenos Aires, durante el congreso.

—¿Cuántos podrían ser los participantes de ese workshop?

—Les voy a pedir si pueden traer diez equipos completos. Si ponemos tres por cada estación, el número ascendería a treinta participantes.

—Adelante. Sería fantástico si lo podés conseguir —le dije con enorme entusiasmo.

Mientras hacía las últimas correcciones de este libro, se me ocurrió incluir el encuentro con Anne en el avión. ¿La razón? Me parecía muy similar al ejemplo que había dado Chopra sobre los viajes en avión. Así lo hice, durante el recreo para almuerzo ese martes que tenía consultorio tanto a la mañana como a la tarde. Logré escribir sólo la primera parte de lo sucedido en Orlando con Anne ya que debía volver a atender a los pacientes citados.

Cuando entraba al consultorio, donde ya había un paciente en la sala de espera, Fabiana, teléfono en mano, me consultó:

—Doctor, ¿puede atender un llamado?

—¿Quién es?

—Es de parte de la doctora Anne Ouellette, de Miami.

—Por supuesto —respondí mientras ingresaba a mi despacho muy conmovido por el llamado que ocurría apenas minutos después de haber estado escribiendo sobre ella.

—¡Eduardo, te tengo que contar una sincronicidad!

—¡No puedo creer este llamado! —le contesté emocionado que me diera lugar a poder contarle la sincronicidad que estaba sucediendo en ese mismo momento. Había estado escribiendo, minutos antes, nuestro encuentro en el avión.

Me interrumpió, probablemente, por la ansiedad que motivaba su llamado.

—¿Te acuerdas de nuestra conversación en Santiago sobre el workshop de artroscopía?

—Por supuesto.

—Bueno, no vas a poder creer esta sincronicidad. Al día siguiente de hablar sobre el tema me subí al avión en Santiago para volver a Miami, ¿a que no adivinas quién se sentó en el asiento de al lado?

—¿Quién?

—El presidente de Storz para Latinoamérica. Había tenido que ir a Santiago para reunirse con su representante.

¿No es una coincidencia increíble?

—¿Y qué pasó para que no lo viésemos en el Congreso nuestro?

—No participaron de la exposición comercial porque no se enteraron del acontecimiento. Él tampoco podía creer la coincidencia de tener el asiento a mi lado. Bueno, ya está todo arreglado. Contá con la organización del workshop.

—¡Fantástico! En este preciso momento ha sucedido otra sincronicidad. Hace minutos nada más estuve escribiendo por primera vez sobre nuestro encuentro en el avión. ¿Te acordás?

—Por supuesto.

—Anne, una pregunta. ¿Si esto te sucedió hace casi dos meses, por qué me llamaste recién hoy?

—¡Sincronicidad! —respondió mientras escuchaba una carcajada del otro lado del teléfono.

CAPÍTULO 7 ¿Mundo virtual o realidad? Yamyang aparece nuevamente...

8 DE DICIEMBRE DE 2000: UN ENCUENTRO INESPERADO

Había visto en el diario que tres científicos de vanguardia venían a Buenos Aires: Fritjof Capra, Stanislav Grof y Rupert Sheldrake. Los traía Holograma, un programa de televisión que semanalmente, mostraba personalidades que se encontraban expandiendo los límites del paradigma. El seminario que iban a dictar me interesaba mucho, ya que ellos habían influido enormemente en mi conocimiento actual. Se podría decir que, en diferentes grados, los consideraba mis “maestros”, a pesar de no conocerlos personalmente. Capra, con sus enseñanzas sobre física cuántica y sus similitudes con el pensamiento oriental milenario. Grof, con su visión trascendente de la psicología, mirando la mente desde el espíritu, y fundamentalmente Sheldrake, con sus descripciones de la resonancia mórfica y los campos mórficos. La teoría de Sheldrake me parecía revolucionaria. Echaba por tierra todo el dogma que me habían enseñado con la teoría de la evolución de Darwin, que se justificaba en las mutaciones genéticas por azar y la supervivencia del más apto.

El martes 5 de diciembre había ocurrido algo muy particular. José, un gran amigo y colega, el mismo que participó en el descubrimiento del dorje en Carmel by the Sea, había venido de Tucumán a raíz del Congreso Anual de Traumatología. Salimos a comer y después de dialogar largo rato sobre un estudio que estaba haciendo sobre el plexo braquial lo convencí de ampliar la investigación al desarrollo de todo el sistema nervioso, incluido el cerebro. La hipótesis que le propuse, basada en lo que me contaba asociada a lo que había leído de Sheldrake, fue tratar de ver, si como en el caso de la física cuántica y otras ramas como la biología y la química, el desarrollo y crecimiento de todo el cuerpo respondía a los campos mórficos, a una embriogénesis cuántica en lugar de lineal, y a un nacimiento de todo el sistema nervioso dependiente de la energía del Kundalini, como la llaman en Oriente. Si todo esto era cierto el nacimiento de todo el sistema nervioso debía originarse en la base de la columna y desde allí crecía para formar todo el resto del cuerpo guiado por un campo mórfico que se vehiculizaba por el Kundalini. Por algo la ciencia llamaba al hueso de la raíz de la columna: hueso sacro. Como aclaración obvia “sacro” significa ‘sagrado’, y alguien, por alguna razón, le había puesto ese nombre. En mi formación nunca había escuchado el por qué de ese nombre, como tampoco se analizaba su etimología dentro del conocimiento de la ciencia oficial. Parecía que ahí había una clave y debíamos investigar.

—Doc, llamó Anita, mi hermana, y me dijo que la productora del encuentro le preguntó si conocía a alguien que estuviera imbuido de los temas que se van a exponer, para incluirlo en su lista de invitados al cóctel de recepción —comentó Mercedes.

—¡No lo puedo creer! Son tres genios. Justo hace dos días estuve hablando con José para ver si los campos de Sheldrake se aplican al crecimiento del embrión humano. ¿Será otra sincronicidad la que a lo mejor me permite hablar personalmente con él?

Así sucedió. Tuve la oportunidad única de dialogar, durante el cóctel, media hora con Sheldrake, asistir al seminario y luego desayunar a solas el martes 12. En ese desayuno la vida me regaló un nuevo tesoro: colaborar con él en una investigación sobre los campos mórficos en los “miembros fantasmas” de los amputados. Si su teoría era correcta, la sensación de miembro fantasma no se debe a la reacción del cerebro sino a que se mantiene “vivo” el campo después de la amputación.

La sincronicidad seguía haciéndose presente, ahora con uno de los personajes que había estado, hacía ya varios meses, en el “Encuentro Imaginario” en las ruinas de Machu Picchu.

En febrero, y en plena corrección de este libro, me encontraba en el consultorio durante una de esas calurosas tardes de verano. Era jueves. En un descanso entre la atención de pacientes, entró al despacho Fabiana, mi secretaria, para preguntar por los datos de un paciente que debería operar la semana siguiente. Mientras le contestaba, miraba atentamente un grueso libro que tenía en la mano. No parecía tener ninguna relación con la papelería administrativa del consultorio.

—¿Y ese libro? —le pregunté.

—Es un libro que leí el año pasado. Estoy buscando una parte que quiero transcribir en una carta —me contestó.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto. Se lo dejo. Yo ya encontré lo que buscaba. Me lo entregó y regresó a su escritorio. En ese momento algo despertaba mi curiosidad por ese libro sin explicación racional alguna. Luego interpreté que se debió a lo inusual de que lo tuviera en su mano en ese momento particular en el que no tenía razón para que así fuera. Mi curiosidad intuitiva aumentó más cuando me dijo que ya había encontrado lo que buscaba. Si así era, ¿para qué lo había traído a mi consultorio?

El libro se titulaba El libro tibetano de la vida y de la muerte, escrito por Sogyal Rimpoché. Recordaba haber leído hacía años otra versión sobre el mismo tema: El libro tibetano de los muertos. Comencé a hojearlo mientras tomaba un café.

Ante mi total estupefacción, en las primeras páginas encontré un nombre que me era harto conocido: ¡¡¡Jamyang!!!, el mismo que había participado de mi historia en Dharamshala. ¡Su nombre aparecía en la dedicatoria!

Leyendo detenidamente vi que Sogyal Rimpoché le dedicaba a su “maestro” el libro que tenía en mis manos: Jamyang Khyentse Chökyi Lodro. Reconocía el primero de los nombres, pero el resto ¿qué significaba? ¿Sería el mismo Jamyang de mi historia? Casi con seguridad: no podía haber muchos personajes con ese nombre tan extraño.

Comencé a utilizar los pocos minutos libres que me quedaban entre los pacientes para buscar toda la información contenida en el libro sobre ese tal Jamyang. Si había sido el “maestro” del autor seguramente había estado recientemente encarnado y se podía rastrear su origen. ¿Para qué? Para sacarme esa alocada idea, que sólo muy esporádicamente venía a mi mente, de que yo podría haber sido aquel Jamyang que en 1416 había fundado el lamasterio de Drepung.

En 1959, cuando el Tíbet fue invadido, se encontraba viviendo en Sikkim. Refiere Sogyal Rimpoché que, para los tibetanos, la muerte de Jamyang Khyentse fue un segundo golpe demoledor en el mismo año de la caída del Tíbet.

Sogyal Rimpoché relata que en Tíbet existen muchas tradiciones espirituales, pero que Jamyang Khyentse era recordado por ser una autoridad en todas ellas. Como era maestro de maestros, y puesto que los representantes de los linajes de todas las tradiciones habían recibido de él enseñanzas e iniciaciones, lo reverenciaban como su maestro fundamental. Todos lo llamaban Rimpoché, “el Precioso”, que es el título que se concede a un maestro. Algunos lo llamaban también “el Buda Primordial”.

¡No había duda! Si este Jamyang era el mismo que había vivido en Drepung, desaparecería inmediatamente de mi imaginación cualquier idea sobre reencarnación, ya que habíamos vivido simultáneamente desde 1952 hasta

1959. Por otro lado, mi mente racional tildaba de soberbia, y tal vez casi de herejía, esa

sensación intuitiva que a veces me hacía dudar si no sería yo la reencarnación de aquel antiguo personaje que se había cruzado con tanta precisión en mi camino. De sólo ver cómo este otro Jamyang había sido casi un santo, la sola idea de tener dicho pensamiento, siendo tan poco evolucionado como me consideraba en esta vida, parecía una falta de respeto (como en esas circunstancias en las que sentimos estar faltándole el respeto directamente a Dios).

Cuenta el libro que la humildad de Jamyang combinada con una sabiduría enciclopédica se manifestaban en su presencia: la de un sabio y santo. Había pasado muchos años en retiro y se contaban muchos relatos milagrosos sobre él.

Estaba conmovido por la historia de la vida de ese ser tan especial. Relata Sogyal Rimpoché que diez días antes de su muerte un sismo había hecho temblar la tierra y que, según los sutras budistas, esa era una señal que anuncia el fallecimiento inminente de un ser iluminado. No veía la hora de poder reencontrarme con el libro que me había mostrado por primera vez el nombre de Jamyang en Dharamshala: *The Power Places of Central Tibet* 22 para poder borrar definitivamente esas fantasías que esporádicamente aparecían, no sé de dónde, en mis pensamientos. Debía averiguar si el Jamyang Khyentse muerto en 1959 era la reencarnación de aquel otro que tanto me había “acompañado” en mi experiencia tibetana.

Ese fin de semana pude reencontrarme con el libro. Busqué Jamyang Khyentse y estaba. Lo mencionaba como la reencarnación de Jamyang Khyentse, nacido en 1524, iniciador del estilo kyenri de pintura. Decía el libro que se sabía poco de él, que lo llamaban Tulku Jamyang, y que había pertenecido a los Bonetes Rojos.

Por otro lado, el Jamyang de mi cuento, ese que había estado en Drepung, aparentaba ser otro. Se llamaba Jamyang Choje y había pertenecido a la secta rival: la de los Bonetes Amarillos. Nació en 1397 y murió en 1449. Fue discípulo de Tsongkapa, que fundó la Escuela Gelupka, la de los Bonetes Amarillos como fuera llamada por los chinos para diferenciarla de la que existía previamente: la de los Bonetes Rojos. Jamyang Choje fue fundador y primer abad de Drepung. Comenta el autor del libro, que aparenta tener preferencia por los Bonetes Rojos, que su fe y conocimiento habían quedado oscurecidos por el poder político que luego estuvo asociado a su gompa (monasterio).

Aparecía en el relato una vieja rivalidad entre esas dos sectas. Tsongkapa fundó Ganden Namgyeling en 1409, monasterio que rápidamente ganó reputación por su instrucción en sutras y tantras dentro de una estricta disciplina monástica. Cuenta el libro que la aspiración personal de ese maestro era puramente religiosa, pero patrocinados por familias poderosas sus discípulos establecieron nuevos monasterios, como el de Drepung, que se politizaron rápidamente. Se creó, desde entonces, un conflicto que ha persistido en el tiempo entre las dos escuelas y que según el autor puede también ser visto en términos de rivalidad continua entre Tíbet Central y Tsang (al oriente).

Para mi gran sorpresa, la historia del monasterio de Drepung resultó estar íntimamente asociada a la historia de los Dalai Lama. Escribe Keith Dowman²², que Sonam Gyatso (1534-1588), abad de Drepung y perteneciente a los Bonetes Amarillos, convirtió exitosamente a los mongoles Qosot a la visión budista de la Escuela Gelupka. Altan Khan, el líder Qosot, le otorgó el título de Dalai Lama pasando el nombre retrospectivo, y con el mismo rango, a sus dos predecesores: Gendun Drub (de Tashi Lhumpo) y Gendun Gyatso (abad de Drepung). Así, Sonam Gyatso se convirtió en el Tercer Dalai Lama, mientras que el Primer Dalai Lama había tenido relación con Drepung, siendo también discípulo de Tsongkapa.

Más allá de esta interesantísima historia, encontré que los dos Jamyangs vivieron con un siglo de diferencia y pertenecieron a sectas rivales. Ninguna relación entre ellos excepto uno de sus

nombres en común.

Lamentablemente no me permitió terminar de eliminar las fantasías sobre la reencarnación en el Tíbet de 1400.

CAPÍTULO 8 La revelación del misterio de las coincidencias...

El mundo que hemos creado es producto de nuestra forma de pensar. Es una locura pensar que el mundo pueda cambiar sin que cambien nuestros modelos mentales. ALBERT EINSTEIN 32

Tengo la convicción de que no tendría ningún sentido relatar la historia que viví si, a través de ella, no se pudiesen decodificar los factores, habituales en la vida de todos, que nos permitirán producir un cambio trascendental en la forma en que interpretamos lo que nos pasa diariamente. Si no hubiese descubierto lo que les contaré a continuación, con seguridad toda esta historia hubiese permanecido guardada solitaria en la profundidad de mi alma o, en caso de haberla escrito, tal vez perdida en un simple cajón de mi escritorio. Estoy convencido de que dependiente de las interpretaciones encontradas podemos cambiar nuestra visión y objetivo en la vida y, con ello, el tipo de mundo que construiremos.

Como primer comentario, y basado en la misma operatoria oculta de las coincidencias con significado, quiero decirles que no es “un accidente” que hayan encontrado este libro y lo tengan en sus manos en este preciso momento. Como probablemente se convencerán luego, es consecuencia, también, del producto de la sincronicidad representando a la “divina danza del destino”.

Tenía absoluta certeza de que el planteo general del problema era el correcto: había un gran misterio a develar en ese fenómeno que había estado guiándome más allá de la voluntad y de los órdenes conocidos de la materia.

Muchas preguntas me habían aquejado durante toda la historia:

¿Cuándo se trata de una coincidencia producto del azar y cuándo nos encontramos ante un fenómeno di-ferente?

Atribuir las coincidencias a la ley de las probabilidades, ¿es fruto de nuestra ignorancia para identificar una ley natural que se ocupa individualmente de cada uno de nuestros destinos?

¿Por qué tantos científicos, filósofos y seres del mundo espiritual veían las coincidencias como proviniendo de un orden superior, de una inteligencia que es la misma que organiza todo en el universo?

¿Cuál es la mejor manera para poder interpretar correctamente las coincidencias que aparecen en nuestro camino?

Muchas preguntas. ¿Pero qué era lo que había logrado aprender?

La definición dada por quien analizó por primera vez el fenómeno desde la ciencia, el psicólogo Carl Gustav Jung, parecía contener una de las claves: “Sincronicidad: coincidencia con significado para la persona que la vive”*.

* Carl Jung intentó varias definiciones, tal vez por la dificultad para expresar, en palabras sencillas, el concepto de un fenómeno tan complejo. Estas fueron algunas de las definiciones de sincronicidad que encontré: “Una coincidencia significativa de dos o más sucesos en la que está implicado algo más que la posibilidad aleatoria” 34. “La coincidencia en el tiempo de dos o más acontecimientos no relacionados causalmente que tienen el mismo o similar significado” 40. “Actos creativos”40. Y como la “(...) simultaneidad del estado normal u ordinario con otro estado o experiencia que no puede derivarse causalmente del anterior, y cuya existencia sólo se verifica

posteriormente (...) Un contenido mental inesperado que se conecta directa o indirectamente con un acontecimiento objetivo y exterior” 34.

A pesar de ello me hubiera gustado más encontrarla definida como: “Sincronicidad: la causalidad de la casualidad; proviniendo desde más allá del azar, desde un orden superior que se encarga de cada uno de nosotros”.

EL NACIMIENTO DE LA SINCRONICIDAD

Si Schopenhauer tenía razón (al decir que “cuando se llega a una edad avanzada y evoca su vida, esta parece haber tenido un orden y un plan, como si la hubiera compuesto un novelista”), algo muy particular debió haber sucedido dentro de la trama de la historia personal de Jung para llegar a describir el fenómeno de la sincronicidad.

Al indagar, encontré que el nacimiento de la sincronicidad “encajaba” perfectamente con lo que había leído sobre el funcionamiento de esa fuerza que parecía tan “inteligente”. Para que llegase a ser descripta, parecía que la mismísima “fuerza” había organizado los acontecimientos a fin de que se encontrasen los dos personajes que debían participar. Las dos personas que poseían los conocimientos complementarios para llegar a “comprenderla”.

Todo había comenzado después de los numerosos diálogos entre el doctor Carl Gustav Jung y el físico cuántico Wolfgang Pauli sobre el probable funcionamiento intrínseco de esa fuerza tan misteriosa. ¿La trama de la historia? Para que sus destinos se uniesen, muchos hechos dolorosos ocurrieron en la vida del genial Pauli de modo que tuviese que recurrir a la asistencia terapéutica del entonces afamado psicólogo Carl Jung. Me estoy refiriendo a situaciones de vida tan desgraciadas para Pauli como el suicidio por envenenamiento de su madre, el casamiento con una bailarina de cabaret (que aparentemente lo abandonó a la semana de matrimonio) y su severa y progresiva adicción al alcohol.

Lo cierto fue que, durante la terapia, Pauli no sólo logró encontrar su propio “eje de alineación”, en las profundidades de su mente, sino que pudo visualizar la danza que funciona subyacente a todas las partículas subatómicas, esas que constituyen la base de todo el universo, visible y no visible. (Cabe destacar que los trabajos de Pauli le valieron, tiempo después, el Premio Nobel de Física.) Ese nuevo mundo deslumbró tanto a Jung que le permitió relacionar las coincidencias que encontraba en las historias de sus pacientes con el funcionamiento de la física cuántica. Fue así que Carl Jung, al ver que todo estaba interrelacionado dentro de la misma danza subyacente, en 1952 se decidió a escribir sobre tan deslumbrante fenómeno, dándole el nombre de “sincronicidad” a ese tipo particular de coincidencias.

De la historia entre Jung y Pauli extraía dos factores. Primero, la necesidad de pasar por situaciones conflictivas en la vida para, con ello, movilizar la energía del alma, indispensable para activar la evolución personal que le correspondía. Si no hubiesen surgido todos esos problemas, tal vez nada habría cambiado. El segundo factor, y podría estar equivocado ya que nadie lo ha mencionado, es que me parece que esa descripción de la sincronicidad parece ser la primera manifestación en la historia del conocimiento en que se aplica el funcionamiento del mundo subatómico a lo que nos sucede en la vida diaria. La fecha en que fue descripta la sincronicidad también me llamaba la atención: yo había nacido en el mismo año, 1952, y ahora me encontraba escribiendo sobre ella.

Si comparaba historias, veía que la mía, a pesar de haber estado también bombardeada por coincidencias, no había necesitado ningún golpe fatal del destino para que ocurriesen. Dentro de mi ignorancia en el tema, me preguntaba por qué. ¿Había hecho algo acertado como para permitir que se desencadenasen? ¿Qué era lo que había favorecido la aparición de sincronicidades?

Después de analizarlo tomé conciencia de que, tal vez, mi única virtud había sido dejarme llevar por los acontecimientos inesperados. Ello, sumado a la curiosidad por una búsqueda del más allá, aceptando el camino de la incertidumbre (ese que habitualmente tanto nos angustia).

¿Influyeron en mí? Muchísimo, tanto que terminé escribiendo este libro sobre el tema.

EL FENÓMENO Y SU OCURRENCIA EN LA VIDA DIARIA

Habiendo vivido aventuras que me impresionaban como maravillosas, y llegando a sentir a veces que era un detective en la búsqueda de pistas, me preguntaba:

¿Había seres, de los que aparentaban haber evolucionado más que el resto, que vivían buscando continuamente ese tipo de señales?

Quien tanto admiraba, el doctor Deepak Chopra*, lo había explicado con palabras sencillas en un seminario:

* Deepak Chopra: médico, neuroendocrinólogo. Logró una simbiosis entre la medicina occidental y la milenaria ayurvédica procedente de la India. Su objetivo: tratar al ser no sólo desde el cuerpo sino también desde el alma. Director del Center for Well Being en La Jolla, California. Autor de numerosos libros traducidos a muchos idiomas. Entre ellos La curación cuántica, Sanar al corazón, El sendero del mago y Cómo conocer a Dios. Es uno de los referentes mundiales en conocimientos holísticos tendientes a un nuevo paradigma.

Si me siento en un avión junto a un extraño que está buscando una cierta idea para publicar, y esa resultara ser la misma idea en la que yo estoy trabajando, la explicación estadística de probabilidad no se aplica... las chances son millones contra una para este encuentro. A pesar de que esto ocasionalmente sucede, y que la simple explicación, “que estaba destinado a suceder”, tiene más sentido que los números azarosos, eso no es científico. En la realidad espiritual, en cambio, todo sucede porque debe. El mundo es un lugar de significado; todos están elaborando sus propias vidas. 17

Cuando le preguntaron cuán frecuente era el fenómeno en la vida de todos los seres, respondió que todos hemos experimentado, en algún momento, coincidencias que contenían un significado especial y que desafiaban la ley de probabilidades. Agregó ejemplos como escuchar sonar el teléfono con la llamada de un amigo perdido sobre quien acabábamos de pensar o la aparición en la vida real de algo que habíamos soñado. Dijo que las coincidencias con significado, más allá de lo que pudiésemos creer, no eran fenómenos inusuales sino que estaban ocurriendo todo el tiempo, en todos los aspectos de la vida. 18

Pero no era sólo Chopra el que se había referido al tema. Un abogado exitoso, Joseph Jaworski*, que cambió el rumbo de su destino personal seducido por la magnificencia del fenómeno, también había explicado, con sencillez, lo que a veces nos puede ocurrir:

* Joseph Jaworski era un exitoso abogado de los Estados Unidos a quien la sincronicidad se había “interpuesto” en su camino, hasta tal punto que decidió abandonar su profesión para dedicarse a algo totalmente nuevo y creativo. Ese nuevo camino, guiado por la sincronicidad, lo llevó a crear el Forum Americano para el Liderazgo (FAL) con el objetivo de gestar y producir una nueva generación de dirigentes. Más tarde se dedicó a divulgar “una nueva conciencia” en las grandes empresas, como sucedió al trabajar con Shell. (Recientemente he podido ver, en televisión, como Shell está promoviendo la alineación de sus proyectos con un criterio ecológico y de preservación de la Tierra.) Esa experiencia lo indujo a escribir ese magnífico libro titulado Sincronicidad: El camino interior hacia el liderazgo.

Todos hemos tenido esos momentos perfectos en los que todas las cosas parecen encajar de una manera casi increíble, en los que los sucesos que no podíamos prever, y mucho menos controlar, parecen guiar notablemente nuestro camino. Lo más cerca que he estado de encontrar una palabra que defina lo que ocurre en esos momentos es “sincronicidad”... En el delicioso fluir

de esos momentos parece que nos ayudaran unas manos ocultas... A estas alturas, tu vida se convierte en una serie de milagros predecibles. 32

De su comentario, quedaba claro cómo podíamos esperar la manifestación del fenómeno en la vida cotidiana. Había una pregunta recurrente para la cual aún no tenía contestación: ¿por qué al vivir las sincronicidades había tenido la clara sensación de que alguien estaba haciendo “travesuras” con mi destino?

Encontré que David Peat** tenía una opinión al respecto. Decía que las sincronicidades eran como los “comodines” de un mazo de naipes que se rehusaban a jugar con las reglas conocidas por nosotros. Esto nos indicaba que tal vez habíamos ignorado alguna clave en el juego: “el puente entre la objetividad de la dura ciencia y la subjetividad de los valores personales”. 40

Después de tomar conocimiento del pensamiento de Peat, me quedó la sensación de que el tema estaba derivando para que llegase a pensar que en realidad se trataba de alguna “inteligencia superior”. ¿Pensaban eso desde la ciencia?

** El doctor David Peat, físico cuántico inglés; mientras trabajaba al lado de otro de los grandes pensadores del siglo XX, el doctor David Bohm, comenzó a interesarse en 1971 por las ideas del famoso psicólogo Carl Jung. A partir de entonces escribió numerosos libros, intentando reconciliar los conceptos de la psiquis con las visiones de la ciencia, difundiendo así la nueva filosofía de la ciencia (incluidas sus relaciones con la sincronicidad).

La respuesta vino más tarde de un libro de Allan Combs y Mark Holland*. Ellos creían, al igual que tantos otros, que cuando se producían esas intervenciones de las coincidencias en nuestra vida, nos producían la inmediata sensación de que algo más allá de la chance ciega estaba trabajando detrás de los dramas de la vida. Como si hubiera una “agencia” trabajando detrás de las escenas, estampando los eventos azarosos con una inteligencia que sólo podía ser considerada intencional. Ellos creían que debíamos descartar la interpretación de que se trataba simplemente de hechos fortuitos, ya que la frecuencia con la que ellos podrían ocurrir con tanta correspondencia nos debía hacer descartar semejante interpretación. 16

Parecía entonces que la divinidad creadora o alguno de sus intermediarios, usaba ese mecanismo: dedicarse a organizar las coincidencias que nos correspondían, para comunicarse con cada uno de nosotros. Como si ese fuese un lenguaje que teníamos en común.

EL SIGNIFICADO Y LA TRAMA DE NUESTRAS HISTORIAS PERSONALES

Todos los autores, desde Jung en adelante, coincidían en que cuando se trataba de encontrar la explicación que diferenciaba una sincronicidad de un simple evento azaroso, el factor más relevante en ese fenómeno tan particular, era “su significado”. En una sincronicidad, la persona que la experimentaba recibía respuesta a algún problema o cuestionamiento que lo afectaba, pasando, su significado, a jugar un papel importante en su vida. El filósofo Michel Cazenave lo llevaba hasta el extremo de decir que un evento sincronístico era “portador de un sentido privilegiado para el sujeto que lo vivía”. 47

Tal vez, uno de los puntos que más entusiasmo me producía, rememorando lo dicho por Campbell y Schopenhauer, era pensar que todo nos sucedía dentro de la trama de una historia y ella se encontraba dentro del sueño de “El Gran Novelista”. El psicoterapeuta Robert Hopcke* se había hecho el mismo planteo, pero desde otro punto de vista:

¿Y si todos fuéramos personajes de una historia? ¿Y si lo que experimentamos como nuestra vida fuera una obra de ficción? ¿Cómo podríamos saberlo? (...) ¿Cómo sabría un personaje que pertenece a una historia? Evidentemente algo ajeno a la propia historia, algo que venga de más allá, podría atraer la atención de un personaje sobre la naturaleza de la historia que está viviendo. Sin embargo, fuera cual fuese ese extraordinario suceso, también tendría que formar parte de la historia, debería tener sentido o significado para los personajes, la trama, la presentación, el nudo y el desenlace, ¿no es así? 31

Parecía entonces, con las explicaciones que iban apareciendo, que debíamos sentir nuestra vida como algo parecido a lo que sucede en un guión de cine. Entonces rememoré dos películas que en los últimos tiempos se habían referido a esa fuerza, demostrando así que estaba comenzando a ser nuevamente considerada por nuestra cultura.

* Combs y Holland: ambos autores de ese magnífico libro que titularon Synchronicity. Allan Combs era profesor de psicología en la Universidad de North Carolina, Asheville; mientras que Mark Holland, inglés, se desempeñaba como profesor en la Universidad de East Tennessee State habiendo estudiado exhaustivamente psicología jungiana.

* Robert Hopcke, psicoterapeuta junguiano que dirige el Centro de Estudios Simbólicos para la formación de psicoanalistas,. Algo muy interesante dentro de su currículum mostraba que había sido “seducido” por la sincronicidad para escribir su libro El azar no existe.

Por un lado, “Tienes un e-mail” había sido un claro ejemplo de cómo la sincronicidad forzaba la unión de dos vidas y sus destinos. Las “coincidencias” que se interponían en sus caminos, estando incluso en contra de los deseos conscientes de los personajes, eran tan significativas que al final terminaba uniendo lo que debía unirse.

La otra, “The Truman Show”, mostraba otro aspecto distinto. Me parecía similar a eso de lo que hablaban Combs y Holland; esa especie de “agencia” que organizaba los eventos que le iban a suceder al personaje. El director del estudio de televisión representaba el mismísimo papel que ejercían los dioses del Olimpo en la vida de las personas de la antigua Grecia, organizando “los próximos capítulos” de lo que debía suceder en la vida de un ser humano real. Tal vez de manera muy parecida a como lo hace la sincronicidad.

Pero en ese punto notaba una diferencia con los relatos de Homero. En ellos, los personajes

eran incapaces de oponerse a la voluntad, muchas veces caprichosa, de los dioses. La película mostraba claramente una característica que reconocemos como real a partir de nuestra experiencia cotidiana. ¿Cuál? El personaje tenía la posibilidad de optar, en cada situación, a través del libre albedrío, más allá de que no podía evitar enfrentar lo que se le ponía en su camino. El libre albedrío parecía ser, entonces, nuestro mayor capital para poder tomar el camino adecuado.

¿Eran esas deducciones tan así?. Sobre ello Hopcke opinaba que existía un innegable paralelismo entre la coherencia simbólica que esperábamos hallar en las novelas o las películas y la que experimentábamos en las coincidencias significativas. Ellas ponían de manifiesto la dimensión simbólica de nuestra vida, y obligándonos a examinar los distintos aspectos constitutivos del suceso, nos hacían plantearnos las mismas preguntas que surgían cuando leíamos una novela o veíamos una película:

¿Qué sentido tiene todo esto? ¿A dónde nos lleva? ¿Qué me dice de mí mismo, quién he sido, quién seré?. 31

LA RELACIÓN CON NUESTROS DESTINOS

Si el “guión” se iba escribiendo de esa manera, las coincidencias debían ser las que influían, directamente, con los cambios de rumbo que habitualmente sucedían en nuestro camino. James Redfield* había explicado cómo veía participando al fenómeno:

Pocos de nosotros pueden volver la vista atrás y contemplar sus vidas sin ver una estructura sincrónica en los misteriosos acontecimientos que se conjuraron para proporcionarnos nuestra actual carrera, esposa o la red de amigos o alianzas con que contamos. Más difícil es percibir esos importantes acontecimientos vitales en el presente, en el momento en que están sucediendo. Las coincidencias pueden ser muy llamativas... pero también muy sutiles y fugaces, por lo que fácilmente pueden ser mal interpretadas... como meros hechos casuales o fortuitos. 46

El mismo Jung había sostenido que la sincronicidad era una ley del universo que actuaba para orientar a los seres humanos hacia el crecimiento de la conciencia. 46 Operando así, las sincronicidades nos ayudaban a reorientar nuestras vidas y a unirnos a nuestro verdadero destino, ese que está claramente emparentado con el “verdadero propósito

* James Redfield: escritor conocido internacionalmente a partir de La novena revelación. Otros libros: La décima revelación, La undécima revelación, y La nueva visión espiritual.

Ese concepto parecía tener mucha similitud con lo que en Oriente describían con la palabra “dharma”.

Una breve búsqueda bibliográfica lo confirmó.

La sincronicidad, como la estaban denominando desde la ciencia, era simplemente una de las acepciones del Dharma.

Esa palabra sánscrita podía usarse con cuatro significados diferentes.

El primero de los significados se refería al “gran orden cósmico”, la ley cósmica a la que nuestro mundo estaba sujeto.

El segundo significado utilizado se refería a la “doctrina de Buda”, por cuanto esta proclamaba la ley cósmica.

El tercero era la “manifestación de todas las cosas”: el mundo fenomenológico en la medida que este era el despliegue de la ley cósmica.

El cuarto y último expresaba el “sendero individual” de cada uno de los seres: el objetivo individual dentro de la ley cósmica.

Se deducía que lo que estaban llamando “sincronicidad” tenía una íntima relación con los dos últimos significados. Recién entonces comprendí por qué mi maestro en sincronicidad, Deepak Chopra, prefería denominarla de otra manera: “sincro-destino”. En ella sumaba la cuarta acepción de la palabra Dharma (el sendero individual alineado con la ley cósmica) a la de sincronicidad, permitiendo así una mejor noción de lo que esa fuerza significaba para nuestra vida. 18

¡Qué difícil parecía poder alinearse con un propósito superior, con ese que el universo necesitaba de cada uno de nosotros para ayudar a la evolución! Jaworski, tomando el concepto de Joseph Campbell, le había dado su verdadera dimensión al decir que el viaje del héroe era el de cualquiera de nosotros que elegía buscar su verdadero destino. La llamada a convertirnos en lo que estábamos destinados a ser, alcanzando nuestro propósito vital. 32

Pensaba que, si la sincronicidad podía ser incluso relacionada con la mitología (como en el caso de las intervenciones de los dioses del Olimpo en la vida de los humanos), seguramente en la antigüedad muchos pueblos habrían considerado la participación de ese fenómeno dentro de la vida.

La lengua tibetana lo corroboraba. Desde hacía siglos, en ella existía una palabra para denominar a la sincronicidad: “rten brel”. 45 ¿Habría más ejemplos de la antigüedad que hablasen de la sincronicidad? Ante ese cuestionamiento, Chopra me contestó:

De acuerdo con la tradición Védica, hay sólo dos síntomas que permiten definir a una persona que se encuentra en su camino a la iluminación.

Primero, la sensación de que las preocupaciones están desapareciendo. No se siente abatido por la vida. Las cosas pueden ir mal, pero eso ya no le molesta más.

Segundo, en cada área de su vida, comienza a notar un gran número de eventos sincronísticos. Las coincidencias con significado parecen ocurrir con mayor frecuencia cada vez.

18

Me sorprendía ver cómo algo que nos parecía ser tan novedoso ya tenía raíces milenarias, como en el caso de los vedas. De lo mismo hablaba el chamanismo en los escritos de Carlos Castaneda.* Él contaba que una vez le había preguntado a Don Juan, su maestro, si los sucesos “accidentales”, esos que producían grandes cambios interiores y nos permitían cruzar el umbral cambiando de rumbo, eran el resultado de circunstancias impredecibles regidas simplemente por el simple azar:

* Carlos Castaneda: autor de enseñanzas chamánicas del antiguo México. *Las enseñanzas de Don Juan*, El fuego interior, El conocimiento silencioso y El lado activo del infinito figuran entre sus numerosos libros.

Me contestó que sus pasos y los míos fueron guiados por el infinito. Las circunstancias que parecían ser regidas por el azar fueron, en esencia, guiadas por el lado activo del infinito. Lo llamó intento. 14

No cabía duda de que esa magnífica fuerza no sólo tenía tremenda inteligencia, una inteligencia cósmica, sino que la manifestaba a través del intento. ¡Tenía intención!

Y aquí surgía una nueva pregunta: si todo esto era así, parecía lógico entregarnos para que ella nos condujera. Jaworski había opinado hasta qué punto le parecía que debíamos hacerlo:

Si estamos verdaderamente resueltos a realizar nuestro sueño, descubriremos que existe una fuerza poderosa que está más allá de nosotros y de nuestra voluntad consciente, una fuerza que nos ayuda en el camino, alimentando nuestra búsqueda y transformación. 32

¿CÓMO BUSCAR LA SINCRONICIDAD?

Estaba logrando comprender diferentes aspectos de la sincronicidad. A pesar de ello, muchas preguntas aún no tenían respuestas. ¿Cómo debíamos hacer para “encontrar” sincronicidades? ¿Cómo haría ella para convencernos de que estábamos ante su presencia?

Uno de los diálogos de Redfield, en *La novena revelación*, me brindó la imagen de cómo podíamos hacer para “sintonizarnos” con el dial adecuado, favoreciendo así la aparición de sincronicidades. (Para los que no han leído ese libro de ficción espiritualizada, los personajes van encontrando secuencialmente revelaciones iluminadoras a medida que logran comprender y aprender las revelaciones anteriores.) Sintetizado, el diálogo decía así:

- *Una parte del manuscrito fue encontrada. Con el texto original había ocho revelaciones, pero en él se mencionaba una más, la Novena. Muchas personas la han buscado.*

- *¿Sabes dónde está?*

- *No, en realidad no.*

- *¿Y entonces cómo vas a encontrarla?*

- *De la misma manera en que José encontró las ocho originales. De la misma manera en que tú encontraste las dos primeras y después te topaste conmigo. Si uno puede conectarse y generar suficiente energía, empiezan a ocurrir hechos coincidentes con regularidad.*

- *Dime cómo hacerlo. ¿Qué revelación es?*

- *El conectarse no es solamente una revelación: son todas. ¿Recuerdas que, en la segunda revelación, se describe que enviarán exploradores al mundo para que, utilizando el método científico, descubrieran el significado de la vida humana en este planeta? Bueno, las revelaciones restantes representan las respuestas que llegan al fin. Sin embargo, no provienen solamente de la ciencia institucional. Las respuestas a las que me refiero vienen de muchas áreas distintas de la investigación. Los hallazgos de la física, la psicología, el misticismo y la religión llegan juntos a una nueva síntesis basada en una percepción de las coincidencias.*

Estamos aprendiendo los detalles de lo que significan las coincidencias, y de cómo funcionan, y al hacerlo, construimos una visión de la vida totalmente nueva, una revelación tras otra. Pone todo en perspectiva y nos da el verdadero propósito de la vida. 44

Después de releer ese diálogo me sentí contento (a lo mejor tan sólo algo que provenía del ego). De alguna manera me podía considerar parte de ese grupo de exploradores que, utilizando el método científico de investigación, estaba tratando de descubrir, a partir de las coincidencias, el significado de la vida humana en el planeta. Parecía un noble intento y un gran aliento para continuar la búsqueda.

EL ESTADO DE MENTE Y CUERPO QUE FAVORECE LA APARICIÓN DE SINCRONICIDADES

Aún quedaban muchos otros aspectos por descifrar. Entre ellos trataba de deducir cuáles eran los estados que propiciaban las sincronicidades. No pude obviar tratar de encontrarlos en mi historia personal.

El ejemplo de la bomba permitía un mínimo análisis. Cuando Mercedes advirtió su presencia en el living de nuestra casa, después de haber estado en el mismo lugar durante tres años, me pidió que la tirase. ¿Recuerdan qué sucedió? No sólo no lo hice, tal vez porque mi intuición me decía que no debía, sino que tampoco me obstiné en defender la posición que la lógica me indicaba: dejarla donde siempre había estado. La reacción instintiva “entonces la voy a llevar al consultorio” contenía la decisión correcta de lo que debía hacer. ¿Por qué llevarla al consultorio y no a otra parte? Parecería que detrás de cada situación atípica puede esconderse una nueva pista para algo inimaginable y que la “primera corazonada” que nos nace es la que puede contener el camino a seguir.

Tiempo más tarde le había escuchado a Chopra referirse a este punto. Él pensaba que no se debía forzar los sucesos sincronísticos para que comenzasen a suceder. Creía que debíamos cultivar una actitud relajada de atención e intención, dejando que la naturaleza llevase su curso. ¿Por qué? Ella misma estaba construida sobre un número infinito de coincidencias increíbles. 18

¿La conclusión? ¿No debíamos nadar contra el flujo de la corriente de la naturaleza!

Dos claves parecían haber aparecido: dejarse llevar y considerar la importancia del pensamiento intuitivo. Pensaba que debía existir otro ingrediente: el estado de mente y cuerpo que propiciaba que las sincronicidades se desarrollasen (si es que existía alguno).

¿Por qué pensaba esto? Por lo sucedido en Minneapolis. Había encontrado la bibliografía buscada mientras padecía un enorme cansancio. Encontrándome en esa condición física y rompiendo con lo que había programado, es decir, ir urgente a leer el “codiciado tesoro”, me dejé llevar por las sensaciones emitidas por el cuerpo para acercarme al negocio donde encontraría la pintura (esa que me arrepentía de no haber comprado en Nurbulingka) y la estatua de Jamyang. Tener el cuerpo y la mente cansados, como lo había experimentado en aquella ocasión, ¿favorecía realmente sus apariciones?

Una de las respuestas al respecto provino del chamanismo que explicaba Castaneda. Decía que los chamanes del antiguo México realizaban los actos más estafalarios con el objeto de buscar el silencio interno y favorecer su aparición. Entre ellos destacaba alguno tan extraño como pasar la noche colgado, cabeza abajo, de la rama de un árbol. El secreto de esa clase de situaciones era intentar acumular, o amontonar, silencio interno. ¿La razón? A partir del mismo lograban “detener el mundo”, como si se tratase de una avenida que conducía a la suspensión del juicio. Don Juan le había explicado que, habiendo logrado cancelar los pensamientos dentro de ese estado tan peculiar, el individuo podía funcionar en un nivel distinto al de la conciencia cotidiana. ¿Cuál era entonces el secreto para lograr el silencio interno? Suspender el compañero perenne del pensamiento: el diálogo interno. A partir de allí, la percepción dejaba de depender de los sentidos y comenzaba a funcionar otra facultad que hacía del hombre un ser mágico, regresando su verdadera naturaleza a algo que llamaban libertad total. 14

Analizando lo dicho por Castaneda, me parecía que, de alguna manera, la sincronicidad podía ser considerada un estado elevado de consciencia. ¿Por qué? Porque en ella parecía que se

necesitaba “detener” la mente racional para llegar al descubrimiento de alguna respuesta iluminadora y conectarnos con otros niveles de organización de la vida.

Esto no parecía diferir del estado que buscaban en Oriente a través de la meditación. La utilizaban para llegar a lo mismo: encontrar respuestas en el silencio interno, dentro del mágico silencio del alma. Escuchar al “Maestro Interior”. Una de las descripciones que más me había gustado sobre qué era la meditación, la había encontrado en palabras de Sogyal Rimpoché*. Respondía a esa difícil pregunta ¿cómo podemos hacer, desde la meditación, para eliminar los pensamientos y llegar al silencio interno?

En la mente ordinaria percibimos la corriente de los pensamientos como una sucesión continua e ininterrumpida, pero en realidad no es así. Usted mismo descubrirá que hay un intervalo entre pensamiento y pensamiento. Cuando el pensamiento pasado ya ha pasado y el futuro aún no ha surgido, siempre encontrará un espacio en el que se revela “Rigpa”, la naturaleza de la mente. Así pues, el objeto de la meditación es permitir que los pensamientos se hagan más lentos (o también podríamos decir: más espaciados o menos frecuentes) para que ese espacio se haga cada vez más evidente. Los pensamientos son como el viento: vienen y van. El secreto está en no pensar sobre los pensamientos, sino que circulen por la mente sin dejarse arrastrar por ellos. Se debe ser como el océano que contempla sus propias olas o como el cielo que mira desde lo alto las nubes que lo cruzan. 55

* Sogyal Rimpoché: autor de El libro tibetano de la vida y de la muerte.

Lo que habían dicho debía ser completamente cierto. Al leer sobre “las situaciones que favorecieron los descubrimientos” en la vida de muchos científicos (igual que lo que sucede con las sincronicidades en nuestras propias vidas), se podía observar que muchas “creaciones” habían surgido cuando los personajes, la mayoría de las veces involuntariamente, dejaron de pensar en el tema y alguna situación le provocó un gran cansancio al cuerpo físico.

Encontré ejemplos ilustrativos. J. P. Mc Evoy* contaba sobre lo sucedido a Werner Heisenberg**, Premio Nobel por descubrir la mecánica matricial en la física cuántica (esa compleja estructura matemática que describe el comportamiento del átomo). 36

En 1922, en Gotinga, después de terminada una conferencia de Niels Bohr (uno de los “padres” de la física cuántica), Heisenberg se levantó para plantearle su objeción a la ponencia (sobre el concepto de las órbitas de los electrones orbitando como los planetas alrededor del sol).

Esa tarde, Bohr lo invitó a dar una caminata por la montaña. Entonces Heisenberg le contó la razón de sus dudas:

* J. P. Mc Evoy: ex investigador y docente que pasó a desempeñarse como escritor y periodista científico, escribió un libro muy didáctico: *Teoría Cuántica para principiantes*.

** Werner Heisenberg: físico cuántico de la Escuela de Copenhague. Describió la Mecánica Matricial de la física cuántica. Recibió el Premio Nobel. Siguió el conocimiento a partir de Niels Bohr y estudió junto a Wolfgang Pauli. Algunas investigaciones sugieren que voluntariamente se negó a terminar de desarrollar la bomba atómica para el régimen de la Alemania nazi.

“Los átomos no son cosas”. ¿De qué servía hablar de trayectorias invisibles que se desplazaban dentro de pequeños átomos también invisibles?

Mc Evoy relata que Heisenberg abandonó Copenhague para convertirse en docente en Gotinga con sólo veintidós años. Detestando aquel concepto de las órbitas imaginarias de los electrones, apenas dormía. Dedicaba su tiempo a investigar la mecánica cuántica, a escalar montañas y a memorizar poemas de Goethe. (Su intención era diseñar un código que relacionara los números cuánticos y los estados de energía de un átomo, con las frecuencias e intensidades de los espectros de

luz, que ya habían sido determinados experimentalmente.) 36

La historia hasta el momento no era muy distinta de las que precedieron a los grandes descubrimientos. Pero ¿qué factores habían confluído para que luego naciese la extraordinaria concepción sobre las leyes de la naturaleza?

Por aquella época Heisenberg sufrió un fuerte ataque de fiebre del heno, que apenas le permitía ver. Se hallaba en un estado deplorable, por lo que decidió buscar una atmósfera sin polen, la Isla de Helgoland en el Mar del Norte. Cuando llegó estaba exhausto y con el rostro muy hinchado, tanto que la dueña de la posada le preguntó si lo habían golpeado.

Fue entonces cuando apareció “el regalo del cielo”, como lo relata Werner Heisenberg en su autobiografía: La física y más allá. 7 Salió de la casa y esperó el amanecer en la cima de una montaña, a lo que llamó “la noche de Helgoland”.

Mc Evoy concluye su narración con un simpático comentario:

Ya estaba casi completamente recuperado de sus dos enfermedades... ¡la fiebre del heno y las órbitas de los electrones! 36

La historia, maravillosa, había producido, como resultado, un cambio trascendental en el conocimiento humano. De ella se desprendía que una enfermedad que lo había obligado a desconectarse de la búsqueda racional, había sido lo que permitió que su mente trabajase en otro nivel, “en automático”, para elaborar la solución al problema.

Pero mucho más divertida me pareció la técnica que utilizaba otro grande de la física, Erwin Schrödinger, para conectarse a su “musa inspiradora”. Mc Evoy describe esa faceta bajo el título “genio y amante”:

Así como Heisenberg necesitaba la soledad de las caminatas por la montaña en una atmósfera sin polen, Dirac buscaba la tranquilidad monástica de los pabellones universitarios de St. John en Cambridge, Schrödinger recurría para inspirarse a algo un tanto diferente.

Schrödinger era un mujeriego conocido; a menudo sus aventuras amorosas eran la musa inspiradora de sus trabajos sobre física. Durante el receso navideño de 1925, realizó el descubrimiento más importante de su carrera durante un encuentro apasionado en su hotel romántico favorito del Tirol austríaco. 36

Me resultó fascinante enterarme de tan peculiar forma de inspiración. Aquella noche, Schrödinger había descubierto, ni más ni menos, que la solución a una ecuación que describía “la función de onda” de los estados de energía del átomo. Esta era la comprobación del concepto de “ondas de materia”. Este principio de la física cuántica dice que las partículas (y por lo tanto la materia misma) pueden comportarse como ondas, es decir, teniendo funciones ondulatorias. De ello se desprendió que para comprender la luz había que aceptar esa dualidad “onda-partícula”, ya que tanto la luz como cualquier otra partícula podían comportarse de ambas maneras. ¿Incluso nosotros? A partir de entonces, de aquella particular noche en un hotel, se la había llamado la “ecuación de onda de Schrödinger”*. 36

* Una breve explicación para poder comprender de qué se trató el descubrimiento de Schrödinger. Algunos físicos no descartaban la idea de visualizar todos los aspectos del universo físico, incluida la estructura del átomo. Esa había sido la razón por la cual Schrödinger y muchos otros no habían recibido demasiado bien la mecánica matricial de Heisenberg. Las ondas de materia habían sido descritas anteriormente por el príncipe Louis De Broglie en 1923. Faltaba aún su comprobación matemática. Esa había sido la motivación que lo llevó a buscar una solución distinta al problema y a describir “la función de onda”, que luego le valió también el Premio Nobel. La función de onda refleja todos los estados potenciales, con innumerables posibilidades, en que se

encuentra un electrón hasta que se manifiesta de una manera determinada. Al hacerlo, las infinitas probabilidades se colapsan en una sola probabilidad (“colapso de la función de onda”), descartando al resto. Tal vez, pensaba yo, esto no era muy diferente de lo que hacemos en nuestras vidas con el libre albedrío. La ecuación de la función de onda de Schrödinger era reconocida como uno de los mayores logros del pensamiento del siglo XX, ya que, según dicen los entendidos, comprende la mayor parte de la física y toda la química.

Esos relatos demostraban que habiéndose planteado correctamente lo que se deseaba descubrir y obteniendo luego los conocimientos básicos necesarios para la futura interpretación de lo novedoso, el secreto estaba, probablemente, en dejar de pensar sobre el problema, y pasar a ocuparse de otra cosa. Era como si la mente siguiese trabajando “en automático”, sin intervención del pensamiento racional para, repentinamente y sin esperarlo, darnos la respuesta al dilema en cuestión. No me parecía que esto difiriese mucho de lo que habían señalado de cómo funcionaba la sincronicidad.

Al seguir leyendo me sorprendió encontrar ejemplos de otros creadores que demostraban lo mismo: lo que puede suceder al despreocuparnos y ocupar, el cuerpo (y cansarlo) en otra actividad. La doctora Von Franz, discípula de Carl Jung, se refería a dos ejemplos. Uno, el caso de Henri Poincaré. Trabajaba agotadoramente en un problema, lo que en la actualidad se llaman funciones automorfas. Sin haber podido hallar la solución, tuvo que ir a cumplir con el servicio militar. Una noche, muy cansado y sin lograr conciliar el sueño ya que había tomado café, de pronto vio, tal como él mismo lo relatara más tarde, cómo las ideas y las combinaciones fluían como átomos en el espacio. Se combinaban y desconectaban, entablado así la conexión correcta y viendo la solución para el problema. Como lo expresaba Von Franz, lo vio todo en un flash. Se levantó y le llevó una media hora desarrollar el tema de cada argumento: de esto se deduce esto, y de esto otro se deduce lo de más allá, hasta que, finalmente, consiguió la prueba que lo hizo famoso en el mundo de las matemáticas.

Algo parecido le había sucedido al famoso matemático Gauss, para descubrir un teorema numérico. Dijo: Mi mente estaba ahora absorta con el problema, pero no podía ver la solución y de pronto, por la gracia de Dios, tuve un flash y lo vi todo claro pero luego no podía decir cómo había llegado hasta allí o cómo lo argumenté y cuál era la conexión. Von Franz dice que logró ver el orden eterno, luego necesitó que su mente consciente trabajase con los hilos de la conexión, para transformarlo en una prueba matemática que consistiera en un primer, segundo, tercer y cuarto paso, etcétera. 61

Pero había otras historias que mostraban la sincronicidad con muchísimo mayor esplendor. Para la aparición de la solución (más allá de ser favorecida por las condiciones que anteriormente comentábamos: el cansancio del cuerpo y de la mente), en algunas otros ejemplos se podía apreciar la participación de un factor que algunos podrían llamar “suerte” o “casualidad”. Otros, desde un ángulo diferente, podrían atribuirlo a la “intención” o al “propósito” del universo. Allí se veía que no sólo se necesitaba saber qué se deseaba buscar, sino que había que “estar en el lugar y momento adecuados”. Esa peculiar participación de la sincronicidad en los actos creativos se podía observar claramente en la historia de otro de los “grandes” que cambiaron el rumbo de la humanidad: Sir Alexander Fleming.

G. B. Kauffman³³ relata que a un joven micólogo irlandés (investigador de hongos), C. J. L. Touche, le fue ordenado mudarse de laboratorio. Haciéndolo, pasó a estar ubicado justo debajo del de Fleming. Ambos laboratorios tenían puertas que se abrían a las mismas escaleras. Debido a que en el laboratorio de Fleming era casi imposible abrir la ventana, este generalmente dejaba la puerta

abierta.

La Touche había sido afortunado en identificar un hongo: el *penicillium notatum*. Por su lado, el laboratorio carecía del aislamiento necesario para trabajar, lo que había hecho que toda su atmósfera se contaminase con las esporas del hongo.

¿Qué sucedió?

Al regreso de unas vacaciones, en septiembre de 1928, Fleming comenzó a descartar unos recipientes que había dejado antes de irse de viaje (esos que se utilizan para colocar medios de cultivo donde luego se desarrollan los microorganismos). En aquella época el Departamento de Inoculación usaba, como contenedores, bandejas muy poco profundas y con muy poco antiséptico.

Mientras descartaba dichos recipientes (llamados placas de Petri), la casualidad hizo que, involuntariamente, Fleming dejase la placa de Petri que se había contaminado con las esporas del *penicillium notatum* encima de las otras dentro de la bandeja.

Fue sólo entonces cuando advirtió que los estafilococos se habían disuelto por causa del hongo de La Touche.

Como médico, y sabiendo lo difícil que es descubrir algo que sea realmente significativo, esta historia me da mucho en qué pensar. Me sorprende todo lo que tuvo que suceder para que la humanidad obtuviese los antibióticos (la penicilina) con los cuales se pudo combatir el flagelo ocasionado por las infecciones, una de las principales causas de muerte de aquella época, y cambiar el rumbo de la historia. Tomemos conciencia de que hasta ese momento ni siquiera se podían realizar operaciones quirúrgicas sin un altísimo índice de infección.

Haciendo un simple análisis se puede observar que la sumatoria de factores fue enorme. La Touche investigaba hongos y había logrado aislar uno “muy particular”, y no otro. Fleming, trataba de encontrar algo para combatir las infecciones. El laboratorio de Fleming, donde casi no se podía abrir la ventana, vecino a unas escaleras. Bandejas con mala y poca cantidad de antisepsia. La mudanza de La Touche al mismo edificio y debajo de Fleming, ordenada por no se sabe quién, que desconocía todo. Las malas condiciones de aislamiento del laboratorio de La Touche, que también daba a la misma escalera.

Todo eso tuvo que suceder para que se preparase el campo que dejaría actuar a la naturaleza. Pero faltaba algo más: las vacaciones de Fleming para que la biología tuviese el tiempo necesario para trabajar. Durante las mismas, el viaje por aire de las esporas, subiendo por la escalera, para colonizar los recipientes y matar a los estofilococos. Sorprendente, ¿no?

Pero aún falta un ingrediente importantísimo: que a su vuelta, al limpiar lo que había dejado antes de irse, Fleming colocase sin intención la placa en cuestión encima de las otras. Era necesario que las ordenase Fleming y no un asistente o alguien del personal de limpieza, ya que era él el intermediario idóneo para poder interpretar lo que realmente había sucedido.

A partir de entonces comenzó la “era de los antibióticos”, prolongando la vida de los seres humanos y favoreciendo la mayoría de los avances de la medicina del siglo XX.

De este análisis surge una pregunta de respuesta casi obvia (al menos para mí): ¿existe una inteligencia con propósito que es la que “arregla” todos estos acontecimientos cuando algún ser humano adquiere la capacidad para interpretar correctamente la aparición de algo nuevo? ¿O es que debemos considerar la “ley de probabilidades” como “la divinidad creadora”? Parecería que esa fuerza tiene la suficiente inteligencia y poder de manifestación en el mundo de la materia como para planear y organizar las coincidencias que traerán la solución para favorecer la evolución.

LOS “DOS MUNDOS” Y LAS LÁGRIMAS

Para algo aún no había obtenido respuesta. Me estoy refiriendo a lo que había sucedido en aquella profunda movilización del alma relatada en la introducción del libro, bajo el nombre “Los ‘dos mundos’ y las lágrimas”. La misma había surgido después de una meditación, ante la vívida sensación de no poder unir el mundo interior con el exterior. En aquel momento no había atinado a decir otra cosa más que: “Qué difícil es unir los dos mundos”.

Ya que me parecía un planteo compartido por la mayoría de los mortales, lo lógico era pensar que encontraría respuestas. Alguien se debía haber referido a lo mismo. Parte de la contestación la hallé en claras palabras de Peat 40:

Cada uno de nosotros enfrenta un misterio. Nacemos en este universo y luego crecemos, trabajamos, jugamos, nos enamoramos, y al final de nuestras vidas enfrentamos la muerte. A pesar de ello, en el medio de toda esa actividad estamos continuamente confrontados con preguntas trascendentales: ¿Cuál es la naturaleza del universo y cuál es nuestro lugar en él? ¿Cuál es su propósito? ¿Quiénes somos y cuál es el sentido de nuestras vidas?”

Continuaba explicando que la ciencia y las religiones intentaban ofrecer respuestas a estas preguntas. Por un lado teníamos el saber de las vivencias a partir de la poesía, el arte, la música y el misticismo; y por el otro, los descubrimientos objetivos y las explicaciones de la ciencia. Aparecía, por lo tanto, una brecha infranqueable entre los abordajes subjetivos y objetivos sobre la cuestión del universo y nuestro papel en él. Él pensaba que esos dos mundos parecían muy distantes entre sí, pero que se podía construir un puente (entre los mundos exterior e interior) a partir de la sincronicidad, ya que ella nos permitía una mirada más allá de nuestras nociones de tiempo y causalidad dentro de los patrones de la naturaleza:

Con la sincronicidad como punto de partida es posible comenzar la construcción de un puente que conecte mente y materia, psiquis y física... La danza subyacente que conecta todas las cosas.40

No había duda de que el planteo de Peat reflejaba lo que me había pasado y, seguramente, lo que la mayoría de quienes están leyendo estas palabras habrán sentido alguna vez. Se insinuaba así que podía existir un propósito oculto detrás de todo lo que me había ocurrido: debía comprender el funcionamiento de la sincronicidad para que fuese el principio de una nueva visión sobre la vida, que me ayudaría a unir esos “dos mundos” que sentía completamente separados.

El psicoterapeuta Robert Hopcke también tenía opinión al respecto:

Estamos habituados a dividir el mundo entre lo exterior y lo interior, lo objetivo y lo subjetivo, y aunque esta división no tiene por qué ser necesariamente conflictiva, los occidentales formamos parte de una tradición que valora y exalta lo exterior y objetivo en perjuicio de lo interior y subjetivo. Y no hay nada más interno, individual y subjetivo que los sentimientos.

Por desgracia nuestra cultura se resiste a reconocer los sentimientos, como se resiste al abandono del pensamiento causal. 31

Su comentario me resultó absolutamente coherente con lo que había sentido en aquella meditación. Pero la intuición que más me impactó fue la de otro gran pensador Peter Russell*.50 Él utilizaba la palabra “Mente” (con mayúscula) de un modo un tanto diferente al que estábamos acostumbrados. Con ella designaba todo el ámbito de la experiencia subjetiva, tanto consciente como inconsciente. Creía que no debíamos confundir esa “Mente” con el significado común de la palabra “mente”, que se refería a nuestros pensamientos e ideas como algo opuesto a los sentimientos y

emociones.

Su visión me pareció magnífica, como proviniendo de otro plano de comprensión. Decía que nuestros cuerpos y órganos sensoriales eran parte de este mundo: objetos físicos con masa que existían en puntos bien definidos del espacio y del tiempo. Sin embargo, nuestras percepciones, pensamientos, sentimientos, intuiciones y, en definitiva, todo el contenido de nuestra conciencia, pertenecían al mundo de la Mente.

Russell, a veces, se imaginaba la Mente (carente de materia física y más allá del espacio y del tiempo) conectándose con el mundo físico por unos pequeños agujeros o poros: nuestros sentidos. Esos poros funcionaban así como la interfase entre los dos mundos: el mundo de la Mente podía ver el mundo de la materia a través de esos orificios.

La riqueza de esa experiencia era tan hechizante, que la Mente, cautivada por ella, se olvidaba de sí misma. No se daba cuenta de que era la mismísima conciencia observando este mundo, y se imaginaba, en cambio, que se encontraba únicamente en ese orificio a través del cual podía mirar. Creía que despertarse era darse cuenta de que el mundo de la Mente era igualmente real y que cada uno de nosotros existía en ambas realidades, dentro y fuera del tiempo.

Son dos mundos completamente separados (...) Hay un ser que mira a través de los sentidos el mundo material: un ser que conoce el tiempo, que se percibe como un individuo singular, encarnado en un cuerpo. Y está el ser que está fuera del espacio y el tiempo, que es conciencia pura y que está detrás de toda experiencia, en ningún tiempo y en ningún lugar.50

Un comentario del filósofo Michel Cazenave conectaba lo antedicho con el fenómeno de la sincronicidad, diciendo que en un evento sincronístico desaparecía la dualidad que habitualmente sentimos como sucesos “interiores” o “exteriores”, pasando a experimentar que toda cosa está contenida en la misma totalidad. 47

Lo expresado por Cazenave aclaraba algo difícil de comprender hasta que lo vivenciamos: que lo que existía en el alma, como idea, llegaba a materializarse haciéndose “uno” con el evento del mundo físico. Como si estuviéramos practicando magia.

* Peter Russell: autor de El agujero blanco en el tiempo. Estudió en Cambridge matemáticas física teórica y psicología experimental y luego informática. Entre los años 1971 y 1974 investigó en el campo de la psicología de la meditación en la Universidad de Bristol.

LOS SUEÑOS Y SU RELACIÓN CON NUESTRO DESTINO

A pesar de todo lo que había aprendido, tomé conciencia de que existía un factor que aún permanecía en la penumbra. Se trataba del valor que le podíamos dar a los sueños. Estos habitualmente me hacían sentir una gran paradoja.

Por un lado, la mayoría de las veces sentía que debía interpretarlos como simples fantasías, sin que tuviesen ningún tipo de conexión con la “vida real”. Si esto era cierto, intentar otorgarles significado era un gravísimo error. Pero había otras veces que parecían tener significados reales.

Esta última sensación la había experimentado claramente con el sueño de Jamyang, ese personaje del 1400. Parecía que él, como por arte de magia, me había permitido ensamblar todas las piezas del rompecabezas que estaba tratando de armar. En sueños, había escuchado ese nombre, absolutamente desconocido y extraño: Jamyang. Tan desconocido era que al día siguiente no me animé a mencionárselo al Rimpoché, por miedo a que me tildase de “loco”.

Planteada la paradoja, decidí buscar respuestas. Me sorprendió encontrar, por ejemplo, que el doctor Robert Hopcke, se hubiera decidido a escribir *El azar no existe a partir de un simple sueño*:

Este libro surgió a partir de una situación planteada tras uno de esos peculiares sueños que se tienen de vez en cuando. En el sueño me veía atrapado en una historia que yo mismo estaba escribiendo, incapaz de convencer a mis personajes de que era su autor y que en realidad no pertenecía a la trama. Contrariado por no poder salir de mi propia historia y al mismo tiempo sorprendido, finalmente desperté... Pero ese día, recordando aquel vívido sueño, empecé a pensar en las historias y el papel que representan en nuestras vidas... ¿Qué había de cierto en el sueño? ¿Y si en realidad soy un personaje de una historia? 31

La reflexión de Hopcke me parecía familiar. En el fondo, no era diferente de lo que había sucedido con mi historia. Continuaba afirmando que creía que nuestra vida era realmente una historia. Veía en ella una estructura narrativa, como en las novelas, y que los sucesos sincrónicos, causándonos un fuerte impacto, nos hacían conscientes de ello. 31

Encontré más opiniones que siguieron aquietando mi alma. Una de ellas, en palabras de Redfield, se refería a la relación entre los sueños nocturnos y la sincronicidad.

De todas las experiencias sincrónicas, los sueños nocturnos son tal vez los más nebulosos y difíciles de interpretar... Por regla general, los sueños son historias, aunque sus tramas carezcan de sentido, aparezcan en ellas personajes extraños, y reúnan a personas y escenarios de un modo que difícilmente podría darse en la vida real. Por esta razón, la mayoría muy pronto pierde el interés en hallar una interpretación...

No obstante, pienso que la clave para descubrir la sincronicidad de los sueños está, en el fondo, en ir más allá de la interpretación convencional de tales símbolos y abarcar la imagen en su globalidad: la significación que enmarca a la trama y los personajes del sueño. Ahí es donde podemos encontrar mensajes de una naturaleza más personal, a menudo vinculada directamente con las situaciones específicas que afrontamos en nuestras vidas... La clave para entender el mensaje del sueño es comparar la trama básica del mismo... con la situación real del mundo personal. 46

Parecía entonces que no resultaba tan descabellado creer que el sueño de Jamyang podía ser veraz. Al seguir indagando, fue una gran sorpresa encontrar que muchos otros científicos reconocidos habían también coincidido sobre el mismo punto. Incluso el doctor Jung había expresado que las sincronicidades en sus pacientes tenían, muchas veces, relación con el mundo de los sueños,

dándonos así una importante pista para poder investigar.

Pero aún no había comprendido algo y era por qué las sincronicidades, como también los sueños, a veces parecían funcionar como premoniciones, como si pertenecieran al mundo de la magia. En el libro de David Peat encontré ejemplos muy interesantes de premoniciones, nacidas en sueños, que estaban relacionadas con sincronicidades: G.H. Lewis, compañero de toda la vida del escritor *George Eliot*, cuenta la siguiente historia sobre *Charles Dickens*: *Dickens* *soñó que estaba en una habitación donde todos estaban vestidos de color escarlata. Se chocó con una dama que estaba parada de espaldas a él. Mientras Dickens se disculpaba, ella giró su cabeza y dijo sin sentirse provocada: “Mi nombre es Napier”.*

Él no conocía a nadie de nombre Napier y tampoco la cara le era conocida.

Dos días después, antes de una conferencia, una dama amiga entró a la sala de espera acompañada por otra dama desconocida vestida en traje de gala color escarlata y “quien”, decía su amiga, “mostraba mucha determinación para que se lo presentase”. “¿No es usted Miss Napier?” preguntó Dickens en tono de broma. “Sí, soy Miss Napier”. A pesar que la cara del sueño no coincidía con la de Miss Napier, la coincidencia del traje escarlata y del nombre fue asombrosa.

Pero más profética fue la novela de M. F. Mansfield, en 1898, sobre el fabuloso trasatlántico Titán, el más grande jamás construido, que navegaba por el Atlántico junto con adinerados y famosos pasajeros. Equipado con un número insuficiente de botes salvavidas, el Titán, al igual que el real Titanic muchos años después, impactó un iceberg y se hundió. 40

¡Extraordinario! Pero, ¿cómo funcionaba aquello? Suponía que en ese punto estaba escondida una de las grandes claves de todo el misterio.

Tuve la enorme fortuna de que Paula, la esposa de Martín, mi compañero de viaje, me regalara un libro que esbozaba la clave del problema. En él descubrí que la psicóloga Marie Louise von Franz* había trabajado mucho sobre el tema. Había escrito ese maravilloso libro titulado *Sobre adivinación y sincronicidad*, donde uno de los aspectos más analizados era el I Ching (aquel libro milenario que funciona como oráculo y que dicen que tiene la característica de mutar con el tiempo). Ella no dejaba de mencionar a Wilhelm, que probablemente había realizado la mejor traducción del I Ching para Occidente (con prólogo de Jorge Luis Borges):

Richard Wilhelm describe el funcionamiento del I Ching de una forma bastante habitual por medio de la siguiente imagen. Las relaciones y los hechos del Libro de las Mutaciones se pueden comparar con la red de un circuito eléctrico que penetra dentro de todas las cosas. Tiene la posibilidad de ser conectado, pero no se conecta a menos que la persona que hace la pregunta haya establecido contacto con una situación definida. Por lo tanto no se debería consultar el I Ching sin primero preguntar: “¿Qué pregunta tengo realmente en mi mente? ¿Qué es lo que realmente deseo preguntar?”.

(...) Cuando el que pregunta establece contacto con una situación específica que tiene en la mente, la red y la corriente eléctrica se estimulan y la situación se ilumina durante un momento. 61

* Marie-Louise von Franz: durante muchos años fue colaboradora de C. G. Jung, llegando a ser una autoridad reconocida en la interpretación psicológica de los cuentos de hadas, los sueños, los mitos y la alquimia.

EL comentario de Von Franz hizo que “explotasen” extraordinarias imágenes mentales dentro de mí. Logré visualizar mi pequeña mente como una de los billones y billones de neuronas dentro de la Gran Mente del universo. Todas están interconectadas, por lo que cuando se consigue hacer la

conexión correcta se logra que toda la red se ilumine.

Pero lo comentado por Von Franz era sólo una imagen mental, una hipótesis de funcionamiento. Debía haber alguna descripción de la ciencia que pudiese justificar semejante operatoria. Logré encontrar explicaciones sobre procesos de la física cuántica que me parecían que bien podrían explicar y justificar la súbita irrupción de la cadena de eventos que, sin causa aparente, ocurría en un suceso sincrónico. Tal vez esos procesos podrían explicarnos, también, cómo ocurrían algunas premoniciones, ya que en el fondo muchas veces los sueños y las sincronicidades actuaban como tales.

Existiendo ese funcionamiento particular en la naturaleza, se podría comprender la similitud existente entre los procesos de la física cuántica y lo que sucede, mágicamente y por instantes, al desencadenar los hechos casi sobrenaturales que acompañan tanto a la aparición de una sincronicidad como a la de un acto creativo. Ellos podrían ser los causantes de lo que Richard Wilhelm describe como la iluminación por un instante de la “mente-red-corriente eléctrica”.

A pesar de que muchas veces cuesta expresar, en palabras sencillas, conceptos científicos de enorme profundidad, intentaré exponer lo que encontré. El profesor Margenau, de la Universidad de Yale, opinaba que en la vanguardia de la investigación física actual resultaba necesario invocar la existencia de “procesos virtuales”. Estos se encontraban restringidos a duraciones extremadamente breves. Durante lapsos muy cortos, cada proceso físico podía comportarse en formas que desafiaban las leyes naturales hoy conocidas, refugiándose en los pliegues del principio de incertidumbre*. Cuando se iniciaba cualquier proceso físico, el mismo enviaba “censores” en todas direcciones, con los cuales podían revertirse el tiempo, violarse las normas habituales y ocurrir todo tipo de cosas inesperadas. Esos procesos virtuales se agotaban luego, y al cabo de cierto tiempo, las cosas se normalizaban. 34

Lo dicho por Margenau ofrecía un claro basamento científico para la súbita irrupción de una sincronicidad en el mundo de la materia. Era bueno saber que en la física cuántica y, por lo tanto en la naturaleza, todo funcionaba también así.

David Bohm, otro de los grandes físicos cuánticos del siglo XX (en su ensayo Quantum Theory), había agregado algo importante referente al concepto de las “transiciones virtuales”. Expresaba que por no retener energía se revertían precozmente (como realidades de otros planos invisibles materializados; como un simple destello dentro del mundo físico). Bohm opinaba que la terminología utilizada, “transiciones virtuales”, era desafortunada ya que sugería que dichos procesos carecían de efectos reales. Muy por el contrario, solían tener extraordinaria importancia, pues muchísimos procesos físicos eran el resultado de esas transiciones virtuales. 34

* El principio de incertidumbre, o indeterminación, nos dice que en el mundo cuántico sólo podemos conocer alguna de sus características por vez, resultando imposible poder conocer simultáneamente la situación en su totalidad. Ello nos hacía vivenciar al sistema con incertidumbre.

Lo que acababa de leer justificaba, desde el funcionamiento de la física misma, una cantidad de eventos para los que habitualmente no teníamos explicación, incluso para los milagros. Aún no tenía información para una pregunta, ¿de dónde nacía el contenido de los sueños? La doctora Von Franz se había referido a ello:

Se podría decir que componer sueños mientras se duerme es un aspecto del espíritu; algún espíritu o mente maestra compone la más ingeniosa serie de imágenes que, si se pueden descifrar, parecen transmitir un mensaje altamente inteligente. 61

Parecía que la mayoría estaba convencida de que las sincronicidades traían la solución para alguna pregunta o problema. Tenía la impresión de que esto no difería demasiado de lo que sucedía

cuando nacían los actos creativos.

¿Era realmente así? Un científico contemporáneo, Patrick Morton, profesor asociado de Matemáticas en el Wellesley College, había dado su impresión al respecto.

En un artículo de la revista IONS 38, decía que muchas veces los sueños le habían dado las claves para las soluciones a los problemas de investigaciones matemáticas sobre los cuales estaba trabajando. Lo que más le interesaba, tanto en matemáticas como en los sueños, era el elemento de misterio. Comentaba que cuando se interesaba en un problema, lo que realmente le atraía era el misterio fundamental acerca del problema: el hecho de que nadie lo entendía ni sabía cómo resolverlo. Asociando, le parecía que las imágenes de los sueños tenían esa misma clase de misterio: que, por detrás de lo que se entendía, existía un significado más profundo que esperaba ser descubierto.

Le impresionaba que lo nuevo por descubrir podía ser comparado a un juego cuyas reglas aún no eran conocidas. El matemático descubría esas reglas jugando y experimentando mientras trataba de escuchar su lógica interna. Al intentar solucionar algún problema que nadie había resuelto previamente, veía una mezcla salvaje entre lo racional y lo irracional, adivinanzas intuitivas y meditación sobre imágenes, cálculos que conducían a ningún lado. Y de repente veía cómo todo encajaba junto, cómo había quedado el ensamble después de que uno le había dado un orden lógico y racional.

Morton también se refería a otros dos aspectos más que importantes. El primero trataba sobre quién era la persona más apropiada para interpretar lo que se había vivido en un sueño: Cada una de nuestras vidas oníricas consiste en imágenes, símbolos e ideas, que viven juntos en nuestra imaginación. Estas imágenes y símbolos encajan maravillosamente juntos para dar mensajes de aliento y a veces premoniciones. Más aún, si empezamos a seguir las claves que nos proporcionan nuestros sueños, y seguimos las huellas a donde nos llevan, comenzaremos a descubrir nuevas visiones intuitivas sobre nosotros y nuestras vidas... Al mirar los sueños es importante tratar de entender el problema en sí mismo, en sus propios términos, y no asumir que la respuesta se encuentra en la teoría de interpretación de otra persona. 38

Enorme intuición para describir un fenómeno tan complejo. Al referirse al segundo aspecto, sobre cómo podíamos determinar si el significado que le habíamos otorgado a un sueño era el correcto, esto opinaba:

Igual que en matemáticas, donde podemos determinar si algo funciona, viendo simplemente si encaja o no con el resto de las matemáticas, cualquier interpretación que hagamos tiene que corresponderse con el resto de nuestros sueños, y con nuestra experiencia de vida.

Tiene que parecer correcto para nosotros, debe resonar profundamente con nuestra experiencia, y también, de alguna manera, debe producirnos un cambio. Ese es el criterio de prueba en este dominio. 38

Algo no muy diferente descubrí descrito en el chamanismo ancestral del que hablaba Castaneda. Explicaba que una vez que un chamán lograba traspasar el punto de ruptura y llegaba al silencio interno, los sueños comenzaban a ser vivencias muy especiales. Parecían tan vivos y tan terriblemente reales que, sin ninguna duda, nos daban la impresión de que habían resuelto un problema.

Cuando le dije a Don Juan que lo consideraba un “sueñofantasia”, él me contestó que lo que yo había vivido no era un simple sueño, ya que no hay sueños desde el silencio interno. 14

El chamanismo agregaba algo más: una vez obtenido cierto grado evolutivo espiritual, los sueños pasaban a tener mayor validez (pasaban a ser “más reales”). Me parecía que esa visión sobre

la trascendencia de los sueños, no difería demasiado de lo que creen los lamas en el Tíbet. Por lo que tengo entendido, ellos no consideran esos sueños como simples fantasías, sino que los interpretan como las verdaderas huellas o pistas que tienen que seguir para lo que deben buscar. Muchas veces los lamas ven vívidamente “en sueños” el lugar y medio ambiente donde ha ocurrido la reencarnación de algún lama maestro, y allí lo irán a buscar.

EL PROBLEMA DE UN TIEMPO DISTINTO PARTICIPANDO EN LAS SINCRONICIDADES

Las sincronicidades tenían una particularidad: parecían jugar con el tiempo. Y el tiempo era uno de los factores que más me había torturado a lo largo de mi vida. Por un lado, vivía la clara realidad de ese tiempo que corría en línea recta y que era el que mi reloj señalaba. Por otro, a veces me parecía que había en juego otro tiempo. Uno en el cual el pasado y el futuro convergían en el presente, como si no importase “qué venía de dónde”. Todo era lo mismo, como si tanto los datos del pasado como los del futuro fueran conocidos por la inteligencia de ese “otro tiempo”, que los hacía aparecer entremezclados con una tremenda lógica en el presente para seguir participando de lo que aparentaba ser una única historia. Como en el caso de las sincronicidades.

Encontré que el doctor Karl Pribram, afamado neurofisiólogo, se había referido a esa sensación tan particular sobre la forma en que vivenciábamos los diferentes tipos de tiempo. 47 Decía que en toda observación se comenzaba advirtiendo correlaciones. Tanto en las observaciones de Jung como así también en la física cuántica, se manifestaban sucesos que parecían vinculados, pero cuya relación desafiaba toda explicación ordinaria. No se podía determinar un orden de causalidad en el terreno de esas correlaciones.

No había duda, o por lo menos en lo que a mí respecta, que en muchas situaciones el tiempo parecía comportarse “caprichosamente”, como lo señalaba Pribram. Esas situaciones no respetaban el reloj que llevamos en la muñeca, sino que se presentaban, en el momento que correspondía, como tratando de que recordásemos algo que habíamos olvidado, sin importar la gran separación de tiempo entre los distintos eventos. Parecía el verdadero guión de una película de ficción en el cual alguien hubiera invertido el orden de algunas escenas al efectuar el montaje. La pregunta entonces era: ¿existían realmente dos tipos de tiempo?

Umberto Eco, ese extraordinario novelista, había colocado una frase muy afortunada en boca de uno de los personajes en *El Péndulo de Foucault*:

Es una ilusión moderna creer que el tiempo es una sucesión lineal y orientada, que va de A hacia B. También puede ir de B hacia A, y el efecto producir la causa. 23

Pribram daba un ejemplo que aclaraba ese concepto:

El famoso ejemplo de David Hume, del gallo que canta y del sol que sale, es típico. Habitualmente cabe esperar que el primer acontecimiento sea la causa del siguiente. Ahora bien, en el ejemplo del gallo y del sol la causalidad parece desarrollarse en un sentido inverso. 47

El ejemplo resultaba tan obvio intelectualmente, que parecía casi irracional que alguien pudiese pensar, en la actualidad, que el canto del gallo fuese el que produjera la salida del sol (estaba claro que gracias al sol el gallo existía, ¿no?). Pero a pesar de que nadie lo pudiese creer de esa manera, si nos ateníamos estrictamente a nuestra habitual visión de causa y efecto basada en muchas de nuestras creencias actuales sobre el pasado-presente-futuro, así lo deberíamos interpretar.

La pregunta que lógicamente seguía era: ¿a cuántos sucesos les seguíamos aplicando erróneamente esa visión secuencial de que lo que aparecía primero era la causa de lo segundo? Pribram, sabiamente, me había dejado un punto para la reflexión:

Por eso es preferible preguntarse como en el caso del gallo y el sol: ¿puede uno reconocer, por así decirlo, un orden que se encuentre aguas arriba de la correlación observada? 47

La investigación me había llevado a toparme con la consideración de la existencia “de dos

tiempos”. Encontré que el doctor Paul Davies*21 había encarado ese complicado dilema sobre el tiempo y sobre cuál era el principal problema con su percepción:

El reloj es hoy un emblema de nuestra cultura científica. Antes de Galileo y de Newton el tiempo era algo subjetivo y orgánico. No era un parámetro que podía ser medido con precisión geométrica.

* Paul Davies: Profesor de Filosofía de la Universidad de Adelaida, Australia.

Newton extrajo el tiempo fuera de la naturaleza y le dio una existencia abstracta e independiente.

De lo leído en Davies deduje que después de Newton el hombre se había “adueñado” del tiempo y había comenzado a llevarlo consigo encerrado dentro de un reloj. De esa manera había convertido el tiempo en una fuerza absoluta, y había comenzado un diálogo individual con él. Muy a pesar nuestro, ese “tiempo que habíamos encerrado dentro de un reloj” había empezado a marcar un nuevo ritmo a nuestras percepciones.

Davies aclaraba que eso había sucedido solamente hasta Einstein (más allá de que los mortales comunes no nos hubiésemos enterado). Él había reintegrado al tiempo al corazón de la naturaleza convirtiéndolo, de nuevo, en parte del mundo físico. Su espacio-tiempo era sólo otro campo. El tiempo de Einstein no tenía flecha (podía ir en los dos sentidos). Era ciego a la distinción entre pasado y futuro.

Agregaba luego un importante dato: que los científicos Costa de Beauregard y Albert Lautman habían llegado a la conclusión de que en el universo existían dos áreas de realidad y, por ende, dos clases de tiempo. El único que habitualmente percibíamos era el que concebíamos en forma lineal y que estaba íntimamente ligado a nuestra conciencia (y a nuestro reloj). Sólo nuestra conciencia era la que caminaba junto al tiempo lineal y nos hacía sentir el principio de la irreversibilidad.

Esto no difería mucho de lo que creían los chamanes andinos acerca de que el “verdadero tiempo” era circular.

Las explicaciones descubiertas, sobre la percepción de los “dos tiempos”, parecían aclarar lo que sucedía en la sincronicidad, factor que tanto nos costaba interpretar correctamente. Si todo eso era así, la sincronicidad trabajaba sobre el otro tiempo, el universal (y no sobre el que teníamos encerrado en nuestro reloj). Lo hacía uniendo sueños y aspectos del pasado y del futuro para darnos una respuesta material en el mundo físico del presente. Parecía responder a ese tiempo circular del que hablan los chamanes andinos.

Reflexionando sobre todo lo expuesto, pensé que en todas las historias, si realmente eran como guiones, debían existir factores que se repitiesen en diferentes momentos de las mismas, dependientes de aquel otro tiempo, el universal. Comencé a recapitular mi historia para ver si encontraba algún patrón recurrente, algo de la trama que se hubiese repetido en diferentes momentos de la historia. Inmediatamente encontré uno.

El mismo aparecía en varios momentos de la historia: las relaciones con la película Siete Años en el Tíbet. La primera correlación apareció de entrada, cuando Ron Moore, después de mostrarme su foto junto al Dalai Lama, me dijo que era amigo de la persona que había escrito el libro y vivido semejante experiencia. Me dijo, además, que le gustaría que lo conociese. Más tarde, y ya en la India tibetana, en el peor de los interrogatorios y confusiones en el lamasterio de Namgyal, todo se había solucionado cuando dije haber llevado, guiado por la intuición, los dorjes tres veces a Mendoza y que eso tal vez podría haber favorecido la filmación de dicha película en aquel lugar. Y la última apareció al estar organizando aquel seminario dedicado a lo espiritual. Dos días antes del evento, se había presentado espontáneamente la persona que se había encargado de la producción de la

escenografía de la mencionada película, ofreciéndonos los ornamentos originales para que decorásemos el auditorio. ¡Ah! Me queda algo más en el tintero. En enero de 2002, mientras estoy corrigiendo las palabras de esta historia, me tocó operar de una sección, por la caída de un enorme vidrio, de todos los tendones extensores del dorso de la mano derecha de quien había hecho el decorado del auditorio de “Danza con el Espíritu”. Esa persona, Hugo, me obsequió algo muy especial. Un enorme collar, traído del Tíbet, que había usado uno de los lamas principales durante la película.

Trama recurrente, ¿no?

Durante mi formación como científico, siempre me había llamado la atención otra de las “travesuras” hechas por el tiempo: que las mismas ideas parecían “surgir” simultáneamente en distintos lugares del planeta. ¿Por qué sucedía así? ¿Era todo parte de lo mismo?

Una de las respuestas provino también de los escritos de la doctora Von Franz. Ella decía que los occidentales recién nos estábamos dando cuenta de que existía una marcada tendencia a que las cosas pasasen simultáneamente. Confirmaba que eso se observaba claramente en la historia de la ciencia: que existía una extraña tendencia a que ciertas ideas e inventos se produjesen en lugares distintos y a un mismo tiempo. Cuando un científico hacía un nuevo descubrimiento o cuando se inventaba algo que realmente cambiaba la condición de la humanidad, había una tendencia a que varios científicos, en el mismo momento y en el mismo año, tuviesen la misma idea en forma independiente. También sucedía que dos personas que no se conocían en absoluto inventasen algo en un mismo período. Tenía lugar entonces una disputa por plagio y acerca de si uno había oído hablar del otro, o de si uno no le había robado el invento al otro. Pero en muchas de estas situaciones realmente se podía probar que no había conexión alguna. Los dos habían descubierto lo mismo en el mismo momento. Esa era la visión china de cómo sucedían todas las cosas y, la mencionada, la única área en la que este fenómeno había sido reconocido por la mente occidental. 61

Peat, reafirmando lo dicho por Von Franz, comentaba que los chinos preferían no ver la historia en términos de redes causales, sino más bien cómo las cosas sucedían juntas en el tiempo. Lo explicaba así:

Un ejemplo obvio de dichas sincronicidades son los descubrimientos simultáneos hechos por los científicos que no están en comunicación directa entre ellos. Los científicos habitualmente hablan de las ideas como “estando en el aire”, casi como si los nuevos conceptos tomaran la forma de transmisiones de radio, completas en sí mismas pero esperando que algún receptor competente las pueda recoger. Uno de los más famosos de esos descubrimientos coincidentes es el de la teoría de la evolución. 40

Decidí investigar lo que había sucedido con la mencionada teoría. Charles Darwin, siguiendo el consejo de su amigo Sir Charles Lyell, había comenzado a escribir su teoría sobre la evolución de las especies:

(...) había ya escrito la mitad de mi trabajo... Mis planes fueron echados abajo, ya que a principios del verano de 1858, Mr. Wallace, que entonces se encontraba en el archipiélago malayo, me envió un ensayo titulado: “Sobre las Tendencias de las Variedades para partir indefinidamente del Tipo Original”, y ese trabajo contenía exactamente la misma teoría que la mía. 20 (Relatado por Darwin en su autobiografía)

Tuve la suerte, en ocasión de tener que dictar unas conferencias en Ecuador, de poder visitar las Islas Galápagos y escuchar el resto de la historia contada por un biólogo que allí trabajaba.

A principios de la década del ‘30 Darwin había estado en las Islas Galápagos, y para 1858 sólo había podido llegar a desarrollar la mitad de su trabajo. En ese año, un biólogo llamado Wallace,

investigando en Malasia, sorprendentemente produjo el milagro. Logró desarrollar toda la teoría en una sola noche y careciendo de sus facultades conscientes. Según relataban, pudo visualizarlo todo durante una noche en la que padeció una alta fiebre debido a la malaria. A la mañana siguiente, después de recuperarse, escribió la teoría completa (y tal vez sin comprenderla completamente).

Fue por ello que, un año más tarde y ante la sugerencia de Lyell, ambos presentaron la teoría de la evolución, en su forma completa, ante los científicos en Londres.

Peat lo confirmaba en su libro:

Una de las teorías más revolucionarias en la ciencia fue entonces descubierta independientemente por dos hombres trabajando sin relación entre ellos. De igual importancia fue el descubrimiento independiente del cálculo infinitesimal por Newton y por Leibniz. 40

“CONEXIONES” ENTRE VIDAS

Después de leer el libro de Jaworski, otro de los “golpeados” por la sincronicidad, había descubierto una nueva coincidencia, que reflejaba, de alguna manera, esa telaraña sobre la cual estaban tejidas las conexiones entre vidas.

Los dos nos habíamos cruzado en nuestros caminos, al estar ambos escribiendo sobre la sincronicidad, con el mismo personaje. Me estoy refiriendo al afamado biólogo inglés Rupert Sheldrake. Él también (a partir de su autoría sobre los “campos mórficos y la resonancia mórfica”), había ayudado a Jaworski a comprender cómo funcionaba la sincronicidad a través de un “campo” (podrán leer las explicaciones sobre lo que se entiende por “campo” en el Apéndice). Me impresionaba mucho que los dos hubiésemos “tenido que encontrarnos” con Sheldrake. Podría tratarse, tal vez, de que la mismísima sincronicidad había provocado el encuentro para que pudiésemos comprenderla en mayor profundidad.

En el fondo, toda mi investigación no había hecho más que tratar de interpretar un tipo muy especial de campo: al Campo de Energía Consciente del Universo, de donde todo nacía (incluso nosotros). Y para ello tal vez tenía que estudiar y conocer los escritos del biólogo, como en realidad sucedió.

Esto es lo que contaba Jaworski sobre el suceso sincronístico que lo había hecho encontrarse con Sheldrake:

Era consciente de que los científicos habían empezado a hablar de “campos” para explicar las conexiones que observaban. Cuando nos reunimos en Londres, Bohm mencionó el “campo general” que abarca a toda la humanidad. “Estamos conectados y operamos en campos vivientes de pensamiento y percepción”, me había comentado.

Unos meses antes de trasladarme a Londres para incorporarme a mi puesto, tuve oportunidad de aprender más sobre la teoría de los campos de un eminente biólogo inglés, Rupert Sheldrake. Sheldrake y yo fuimos huéspedes de una amiga común que vive en Santa Fe, Nuevo México. Pasé e fin de semana absorto en una conversación con él y salí de aquel encuentro con una comprensión más profunda del fenómeno del diálogo, de cómo el universo está interconectado y de cómo mi trabajo en Shell podría contribuir sobre una base más amplia. 32

Esta conexión mutua me hizo reflexionar, y creo que lo hará hasta con el más escéptico, sobre ese “tapiz común” sobre el que todo estaba tejido. ¿Había alguna confirmación de ello proveniente de las ciencias?

David Peat, que tanto había analizado el tema, contestaba a la inquietud. Las ciencias habían demostrado que cada evento emergía de una red infinita de relaciones causales. Por ejemplo: la velocidad de una pelota de tenis no sólo dependerá de la fuerza con que ha sido golpeada, sino también de la altura sobre el nivel del mar, la resistencia del aire, la temperatura, la humedad, las corrientes de aire, etcétera. Por lo tanto, explicaba, si analizamos el mecanismo intrínseco de cualquier evento veremos que “todo causa todo lo demás”. 40

Otro famoso científico, Ervin Laszlo, aportaba más especificidad sobre este punto:

A pesar de que todas las cosas están conectadas en este universo, no están conectadas en el mismo grado: lo parecido está más conectado a lo parecido, que a lo diferente. 16

Me preguntaba si existiría alguna demostración concreta de que aquello era así. Laszlo 16 opinaba que la física cuántica, la “más dura” de todas las ciencias, había demostrado que eso era correcto a partir del famoso experimento de pensamiento EPR (por sus autores Einstein, Podolsky y

Rosen) y la comprobación experimental del mismo, en 1982, por Alain Aspect. Si dos partículas (fotones o electrones) se originaron en el mismo estado cuántico (emitidas como gemelas idénticas), las mismas estarán siempre “ligadas” aunque se encuentren separadas entre ellas por distancias astronómicas. Se comunicarán la “información” entre ellas a velocidad incluso superior a la de la luz. ¡Ambas partículas responderán por igual, a pesar que se esté midiendo sólo a una de ellas, y aunque se encuentren en lugares opuestos del universo! (La función de onda de una partícula colapsa cuando se realiza una medición sobre la otra.)

Ervin Laszlo completaba su argumentación con algo que teníamos mucho más cerca:

Se ha establecido asimismo que gemelos idénticos de tipo humano permanecen “interligados”. Miles de casos han mostrado que un gemelo puede sentir habitualmente el dolor del otro, y que habitualmente pueden sentir un trauma que el otro u otra esté padeciendo.

Los gemelos, ya sean electrónicos o humanos, son simplemente dos tipos de “parecidos” que están “ligados” con su “parecido” en el mundo conocido. Hay muchos otros. 16

Descubrí luego, en el libro El misterio de los genes, que sus autores Hamer y Copeland contaban una historia sucedida entre gemelos.

Jim Lewis y Jim Springer, gemelos idénticos, fueron separados al nacer y reunidos por primera vez a los treinta y nueve años.

Cuando se encontraron, ambos medían un metro ochenta de estatura, pesaban ochenta y un kilos y su aspecto era tan similar que apenas se los podía distinguir. Cuando se sentaron a conversar describieron otras similitudes bastante extrañas. Ambos se habían casado dos veces: la primera, con sendas mujeres llamadas Linda; la segunda, con mujeres llamadas Betty.

Uno tenía un hijo llamado James Alan; el del otro se llamaba James Allen. Cuando niños ambos habían llamado Toy a sus perros. Fumaban la misma marca de cigarrillos. 26

El ejemplo, además de simpático, resultaba hartamente elocuente. Faltaba saber si lo mismo podía suceder en algún caso que no se tratase de gemelos idénticos. Laszlo explicaba que probablemente el menos controvertido de los hallazgos relevantes, referidos a “interconexiones” humanas, era el que mostraba que en estado de meditación profunda, las personas que estaban interrelacionadas emocionalmente, iban sincronizando las ondas de sus electroencefalogramas aun cuando no existiese contacto sensorial entre ellas.

Para concluir tan maravillosos aportes, al final de su escrito conectaba todo lo antedicho con los eventos sincronísticos. Opinaba que la sincronicidad era un fenómeno de conectividad en la experiencia humana. Ello derivaba de que los átomos (de lo mismo que están constituidas todas las células de nuestro cuerpo) tenían propiedades e interacciones emergentes, tanto entre los componentes como entre los componentes y sus alrededores. Ellos eran los que daban nacimiento a los fenómenos sincronísticos.¹⁶

Esto último me recordaba lo dicho sobre el envío de “censores” en todas direcciones en los procesos virtuales.

ANÁLISIS DEL FUNCIONAMIENTO DE LA SINCRONICIDAD

No pude encontrar ningún análisis metódico y ordenado sobre cuál es el verdadero mecanismo de funcionamiento de la sincronicidad. En algo coincidían los científicos: aseguraban que se trataba de una poderosísima y misteriosa fuerza que entablaba un diálogo personal con cada uno de nosotros. Opinaban también que no se había podido determinar su funcionamiento en detalle. A pesar de ello, muchos se referían a algunos aspectos que sí habían podido observar.

Las palabras de Peter Senge ofrecían una interesante introducción al tema:

No hay nada que ocurra accidentalmente. Todo lo que ocurre es parte de lo que tiene que ocurrir en este mismo momento. Sólo cometemos los errores que tenemos que cometer para aprender ahora mismo... La única manera de no estar comprometido es perder esa conciencia, volver a caer en la ilusión de que no estamos participando en la vida.

(...) Cuando empieza a operar este nuevo tipo de compromiso, hay un flujo a nuestro alrededor. Las cosas parecen ocurrir sin más.

(...) Comenzamos a darnos cuenta de que ciertas cosas son atraídas repentinamente hacia nosotros de maneras muy sorprendentes. Comienza a operar una estructura de causas subyacentes, un conjunto de fuerzas, como si estuviéramos rodeados por un campo magnético en el que los imanes se alinean automáticamente. Pero dicho alineamiento no es espontáneo en absoluto, se trata simplemente de que los imanes están respondiendo a un nivel de causalidad más sutil.

Nos cuesta mucho entender las causas que provocan estos incidentes, pero parece que cuando comenzamos a operar en este nuevo estado mental, basado en ese otro tipo de compromiso, algo nuevo empieza a actuar a nuestro alrededor. Podemos llamarlo "atracción": es el atractivo de la gente que está en un estado de rendición.

Por último, cuando estamos en un estado de compromiso y rendición, empezamos a experimentar lo que a veces se ha dado en llamar "sincronicidad". En otras palabras, la sincronicidad es un resultado. Es importante comprender las causas subyacentes de la sincronicidad porque, si no lo hacemos, podríamos intentar producirla de la misma manera que intentamos controlar el resto de nuestra vida. La gente tiende a elevar la sincronicidad a la categoría de una experiencia mágica, mística. Sin embargo, es algo muy terrenal: el agua fluye ladera abajo debido a la atracción de la gravedad. Por supuesto que la gravedad en sí misma es un fenómeno de lo más misterioso. Parece consistir en un tipo de campo en el que todos los objetos del universo ejercen una atracción mutua. Pero aunque nadie sabe exactamente cómo funciona la gravedad, podemos observar su resultado: el agua fluye ladera abajo... En gran medida así es como parece operar la sincronicidad dentro del campo del compromiso profundo. 32

Analizando lo dicho por Senge, sustraje algunos componentes que parecían fundamentales para la aparición de una sincronicidad. Por un lado comprometerse, es decir plantearnos adecuadamente el problema, para que se produjese la atracción. Esa atracción facilitaba la aparición de la respuesta, y la ejercíamos aumentando la gravedad personal, como si fuésemos grandes imanes. El segundo componente era dejar fluir los acontecimientos. Este punto parecía ser muy importante. Debíamos comprender que no era posible "controlar" los acontecimientos con nuestra lógica y voluntad. Si deseábamos controlarlos, probablemente impediríamos que se produjesen. ¿La razón? Habitualmente tenían un planteo totalmente diferente del que nosotros hubiésemos podido formular. Y por último, tal vez lo más importante, el objetivo de la sincronicidad. Aparentaba existir para encauzar nuestro

aprendizaje dentro de un camino que desconocíamos por completo.

El doctor Hopcke pensaba algo similar, con respecto a que no debíamos intentar controlar con nuestra personalidad (o nuestro ego) la aparición de sincronicidades. Decía que si pensábamos de una manera distinta, tal como nos lo sugería la sincronicidad, podía ser un duro golpe para nuestro ego, ya que se oponía a la visión de control y poder absoluto que nosotros mismos habíamos creado. Llegaba al extremo de creer que la idea de que pudiesen ocurrirnos sucesos fortuitos (fuera de nuestro control) le podía crear, a la mayoría, una profunda ansiedad. 31

Había otro componente que algunos mencionaban: que para conectarse a la sincronicidad era importante la atención, o estar alerta. Incluso desde el chamanismo proponían algo similar. ¿Cuál era el secreto para lograrlo? Esto decía Castaneda al respecto:

Una vez Don Juan me dijo que no era mi culpa que pasara ciertas cosas por alto, era porque nunca había aprendido a estar alerta.

A pesar que yo le había dicho que en muchas ocasiones había estado vigilante en situaciones de la vida diaria, me explicó que estar alerta no significaba ser vigilante. Para los chamanes estar alerta es estar consciente de la tela del mundo cotidiano que parece extraña a la interacción del momento.

No hay que fijarse en los detalles que son obvios. Estos son sólo la tela externa del mundo que nos rodea. Hay que desprenderse de lo superfluo. Hay que tratar de “ver” lo que en el mundo cotidiano parece extraño o no corresponde a la interacción de lo que está sucediendo en el momento.

14

Castaneda había agregado un tercer ingrediente para el funcionamiento de la sincronicidad: estar alerta a lo que no se correspondía con lo rutinario y esperable.

Hopcke, desde la psicología, también describía algo parecido a lo de Castaneda: ese “encuentro” de lo que parecía “no encajar” con lo que estábamos esperando que sucediese.

A menudo me preguntan cómo trabajo con la sincronicidad. Mi respuesta es casi siempre: “Teniendo una actitud abierta hacia el significado de las cosas que no quiero que sucedan”. Sólo esta actitud de apertura, la capacidad de dejar al margen los propios planes y considerar que nuestra historia es imprevisible, nos permite que lo que al principio parece un golpe de infortunio florezca en aquello que está destinado a ser. 31

Todas las explicaciones encontradas producían cada vez más claridad sobre la probable manera de funcionamiento de tan majestuosa fuerza.

Creo que uno de los análisis más detallados lo daba el doctor Peat. Mencionaba que el psicólogo Arnold Mindel había realizado una interesante investigación. Su gran interés por la sincronicidad y las posibles resonancias entre la física y la psicología lo habían inducido a conducirla por medio de un cuestionario enviado a un número de psicoterapeutas junguianos. Basado en el trabajo de Mindel, sumándole las observaciones de Jung y de otros comentaristas, Peat delineaba un perfil de los sucesos sincrónicos 40 :

- 1. La naturaleza de la sincronicidad es tener significado, un propósito.*
- 2. Está asociada con una profunda activación de energía que se origina bien adentro de la psiquis.*
- 3. Es como si la formación de patrones dentro de la mente inconsciente fuera acompañada por patrones físicos en el mundo exterior.*
- 4. Cuando los patrones psíquicos están a punto de llegar a la conciencia, es cuando las sincronicidades tocan su pico máximo.*
- 5. Generalmente desaparecen cuando el individuo se torna consciente de una nueva alineación de fuerzas dentro de su personalidad.*

6. *Por lo tanto están generalmente asociados (los sucesos sincrónicos) con períodos de transformación; como por ejemplo nacimientos, muertes, enamoramientos, psicoterapia, trabajo creativo intenso, como también en cambios de profesión.*

Es como si la reestructuración interna produjera resonancias externas o como si la “energía mental” se propagase hacia fuera, hacia el mundo físico. 40

Hopcke, en su detallado análisis de la sincronicidad, también describía su parecer sobre las principales características de la sincronicidad:

Los eventos sincrónicos tienen cuatro rasgos fundamentales.

En primer lugar, son sucesos impredecibles que no están relacionados con una cadena de causas y efectos que puedan considerarse deliberados.

En segundo lugar, suponen una profunda experiencia emocional, generalmente en el mismo momento que suceden, aunque no siempre.

En tercer lugar, el contenido de la experiencia sincrónica, es decir, el hecho en sí, es siempre de naturaleza simbólica y suele relacionarse con el cuarto aspecto de la sincronicidad, a saber: que estas coincidencias ocurren en momentos de importante transición en nuestras vidas. Los eventos sincrónicos suelen suponer un giro en nuestra historia personal. 31

A pesar de que no lo habían dicho, estaba comenzando a intuir la existencia de algo completamente nuevo. Había leído que consideraban, desde la ciencia, que todo en la naturaleza tomaba el camino más corto. No se derrochaba energía. Por un lado explicaban que, a la mayoría de los seres, las sincronicidades nos ocurrían cuando nos encontrábamos en situaciones conflictivas, dramas personales a veces producidos por la sincronicidad misma. Debía ocurrir así, ya que para que sucediesen sincronicidades era necesario, en la mayoría de los casos, que se activase la energía de la mente. Pero recién ahora estaba intuyendo que podría existir una forma consciente, y mucho menos traumática, para conectarse al propio destino, sin la necesidad de sufrir un fuerte golpe para poder activarla.

Senge* decía algo que podía servir de base a lo que estaba intuyendo:

* Peter Senge era autor de *The Fifth Discipline*, libro pionero que había levantado un enorme interés en todo el mundo, dentro de las organizaciones de aprendizaje. Además, Senge había sido escogido por Jaworski para el prólogo de su libro.

Desarrollamos lo que los artistas denominan “economía de medios”, por la cual en lugar de conseguir las cosas a través del esfuerzo y la fuerza bruta, comenzamos a operar sutilmente. Empezamos a estar rodeados por un flujo de significado, como si formáramos parte de una conversación mayor. 31

Fue este aspecto el que desarrollé, cuando volvíamos en el tren de Machu Picchu, en los diagramas de flujo para favorecer la aparición de sincronicidades. En el primero, explico cómo me parece la forma involuntaria, cuando no somos conscientes del funcionamiento de la sincronicidad, y cómo ella habitualmente nos golpea tan fuerte como sea necesario para activar la energía del alma. En el segundo, siendo conscientes, describo los factores que parecen necesarios para poder conectarnos a nuestra evolución sin tanto sufrimiento.

ENSAYO SOBRE LA SINCRONICIDAD

Lo que viene a continuación es lo que nació en aquel tren que nos llevaba de vuelta de Machu Picchu. Tal vez la meditación en la plaza central sumada a la magia de Kucho, me habían abierto una puerta a ese punto en donde todo encajaba.

La sincronicidad aparenta ser la fuerza de la naturaleza que responde a la atracción del alma para ayudarnos a conectar “los dos mundos”: el mundo de la materia y el mundo del espíritu.

Dentro de esa fuerza de atracción podríamos describir “las siete leyes heurísticas de la sincronicidad” para hablar de su aparente funcionamiento.

LAS SIETE LEYES DE LA SINCRONICIDAD*

PRIMERA LEY: *La causa*

La sincronicidad es causada por la activación de la “gravedad individual del alma”, consciente o inconscientemente.

Esta gravedad se activa cuando existe un dilema trascendente para la evolución del individuo que no puede ser contestado por los conocimientos disponibles, por su lógica racional.

Se han descrito distintas partículas subatómicas para referirse a diferentes fuerzas y funciones. El “gravitón” es descrito como el que actúa en la Ley de gravedad.

Si tuviese que describir una partícula que nace de la fuerza generada por la activación del alma, la denominaría “almatrón”.

Esta activación del alma, con su gran emanación de “almatrones”, genera una enorme cantidad de energía que dará lugar a la formación de una sincronicidad (tal vez a través de la emisión de estos “almatrones mensajeros”, al igual que el ARN, mensajero del ADN en el reino de la genética).

SEGUNDA LEY: *La condición*

La manifestación de una “coincidencia con significado”, como respuesta a un dilema profundo del alma, no tendría sentido si no estuviéramos suficientemente “despiertos” para darnos cuenta de su existencia.

El estado más adecuado para poder identificarla es el de “alerta-intuitivo”.

Encontrarnos que ese estado facilita la percepción de las señales que se presentarán para mostrarnos un nuevo camino.

Es importante dejarse llevar por esas pistas y no ponerles trabas. Debemos dejarnos llevar por el “flujo” y estar abiertos a lo desconocido (incertidumbre). Los obstáculos habituales se presentan a través de la mente lógico-racional; de nuestra interpretación de los hechos a partir del tiempo lineal, ese que creemos tener atrapado en nuestros relojes; y de la voluntad de evitar vivir algo que luego tendremos temor de contar a los demás debido al “qué dirán”, como habitualmente nos sucede a todos con las experiencias místicas.

Debemos encontrarnos, o colocarnos, en una posición en que nos “desapeguemos del interés por el resultado”.

tercera ley: *la “agencia” organizadora de las sincronicidades*

Habiendo activado la energía del alma y colocados en un estado de alerta-intuitivo sin estar esperando un resultado, algo, desde un plano superior a nuestra comprensión, comienza a organizar el evento que se materializará, casi mágicamente, dentro del “mundo real de los sentidos y la materia”.

* Utilizo aquí el término “ley” en el sentido científico, como: descripción de las “reglas de funcionamiento dentro del comportamiento general”; y la palabra “heurística” con el significado de: “solución no rigurosa, pero instigadora de nuevos avances y comprobaciones”. Las “siete Leyes”, “la gravedad del alma” y los conceptos de supuestas partículas subatómicas del alma (como veremos: “almatrón”, “sincrotón y “re-ligión”) fueron escritas durante ese viaje en tren y luego expresadas en una de las charlas en el seminario de septiembre de 1999. En cada Ley, a las originalmente elaboradas en el tren se agregaron luego algunos conceptos para la presentación en septiembre del 99 (los he incluido conjuntamente para una mejor comprensión).

Parecería que la sincronicidad ha sido producida por una “agencia organizadora de eventos”, tal como lo haría una agencia de turismo al programar un viaje a la medida de nuestros requerimientos.

Para dar otra imagen de la “agencia”, podríamos compararla a un director de cine o a un

novelista, organizando las escenas que vendrán a continuación y en las cuales se desarrollará la trama general.

CUARTA LEY: *La manifestación*

Activada la energía del alma, aumentada la gravedad personal, con una actitud alerta-intuitiva y organizado ya el evento por la “agencia”, llega entonces el momento de “la manifestación” de una “coincidencia con significado”.

Ella, manifestándose en el mundo de la materia, como en el caso de los procesos virtuales, nos produce una tremenda movilización emocional. A su vez nos trae las “pistas” que luego necesitaremos para decodificar y comprender la respuesta de lo que fue requerido por el alma.

QUINTA LEY: *El significado*

La sincronicidad contiene “la respuesta” para ese particular dilema del alma. Es la persona que la vivencia, y nadie más que ella misma, la que puede “descifrar su significado”.

El significado, contenido en la coincidencia, contesta algo que sería casi imposible de ser respondido de otra manera más efectiva y real.

Ese tipo de respuesta tiene la ventaja, sobre un conocimiento puramente abstracto e intelectual, de que proviene de la vivencia de una experiencia.

Tenemos la clara sensación de que el evento y su significado parecen estar “conectados a una especie de red o campo” que lo diseña “a medida”, conociendo, sin duda, el propósito de nuestra alma individual.

SEXTA LEY: *Los efectos sobre el alma y su destino*

Se podría decir que, a través de la sincronicidad, la “agencia” intenta “reencauzarnos dentro de nuestro destino individual”. Un destino que la mayoría de las veces desconocemos.

Todo en la naturaleza, incluso nuestra propia vida, aparenta “evolucionar a través de saltos bruscos”, al igual que los saltos cuánticos de las partículas subatómicas (la única manera que tienen para cambiar de órbita).

La respuesta con significado produce un salto cuántico en esa consciencia individual, lo que permite un reencuentro temporario con su sendero individual prefijado.

A partir de ese reencuentro el individuo reestructura los valores para su vida.

Permanecerá con mínimos cambios, casi como en reposo, hasta el próximo salto evolutivo.

SÉPTIMA LEY: *El propósito de la “fuerza”*

Si la “evolución tiene propósito”, como aparenta, debe utilizar también algún medio para lograr su objetivo: el avance necesario en la evolución de la conciencia humana.

Uno de los medios que utiliza para lograr su cometido parece ser la “sincronicidad”: una forma de comunicación creativa que conecta a los seres, directamente, con el “propósito” del espíritu de la naturaleza. Tal vez, el lenguaje que tenemos en común con los órdenes superiores.

El objetivo inmediato de esa fuerza, la sincronicidad, es manifestarse a muchas personas con el fin de ser comprendida y “cambiar rápidamente el paradigma” (el color de los espejos de los anteojos con los que miramos y decodificamos la realidad).

Su objetivo es despertarnos para que alineemos nuestros destinos en la misma dirección que el de la evolución del universo. Hemos nacido de la naturaleza (no somos otra cosa que sus propios átomos organizados para albergar a la conciencia), y nadar contra ella sólo produce sufrimiento y enfermedad.

Hemos llegado a un punto de no-retorno, y peligroso si no es bien utilizado: aquí en la tierra “somos co-creadores” junto con las fuerzas de la naturaleza, y hoy ya hemos obtenido el conocimiento y el poder para ejercerlo.

CONCLUSIÓN

Resumiendo, la sincronicidad parece ser la manera en que el “intento del espíritu” (el de la totalidad) parece manifestarse en forma casi de milagro en el mundo de la materia y los sentidos (ese mundo que los humanos consideramos “el real”).

Se trata de una “fuerza” que desea ayudarnos a unir a través del “intento” los “dos mundos” que vemos separados (vistos desde la experiencia interior y desde los sentidos): el mundo del espíritu con el mundo de la materia.

La sincronicidad tiene efecto indiscutible sobre el alma.

¿Pero qué papel juega el alma? Me parece que el alma es aquello que se encuentra en el medio de esos dos mundos aún inconexos. Me parece que el alma es el instrumento que conseguirá el acople, ese que logrará dotar de inteligencia a toda la materia, el que logrará “espiritualizar la materia”.

¿Esta fuerza quiere demostrarnos su poder creador o quiere que nos convenzamos de nuestro propio poder creador? ¿Podríamos llamar a esa energía liberada por el alma, “almatricidad”?

Aparentemente, sí.

La sincronicidad funciona utilizando otro tiempo, un tiempo distinto del que tenemos atrapado en nuestros relojes: un tiempo en el que se confunden pasado, presente y futuro. Ese parece ser el “tiempo del alma” al que podríamos llamar “almacronicidad”.

Algo me había llamado poderosamente la atención. En su libro, *Quest for a Theory of Everything* 28, Stephen Hawking, ese físico genio que habremos visto en silla de ruedas, dice que, en el universo, el enorme “zoológico” de partículas subatómicas encontradas o descritas (más de un centenar) se puede resumir en partículas con sólo dos tipos de funciones. Por un lado, se encuentran las partículas que forman parte de la materia, los fermiones. Entre ellas están los protones y neutrones de los núcleos, y los electrones que los orbitan. Lo interesante es que entre ellas tienen un sistema de mensajes, para pasarse información. Eso lo hacen a través de un segundo tipo de partículas “mensajeras”: los bosones. De lo que estas últimas comunican entre fermiones, es que se producen las fuerzas, como por ejemplo la fuerza de la gravedad. Esta última, que experimentamos continuamente en carne propia, ¿no sería otra cosa que el producto entre la relación de los fermiones de nuestros cuerpos con los fermiones de los átomos de la Tierra! Si hacemos otra analogía, lo mismo sucede en el cuerpo humano con el código genético, el ADN y su imprescindible ARN Mensajero para poder transmitir la información.

¿Por qué entonces no pueden existir fermiones y bosones dependientes de nuestras almas?

Basado en esta hipótesis, es que en los próximos diagramas verán dichas supuestas partículas: “espiritón”, “almatrón”, “dharmatrón”, “sincrotrón” y “ligión”.

Ligiones (porque “ligan”): fermiones del alma y el espíritu.

Espiritón: bosón (mensajero) del espíritu. Almatrón: bosón (mensajero) del alma.

Sincrotón: bosón (mensajero) de la “agencia” para la creación de una sincronicidad.

Dharmatrón: bosón (mensajero) para “re-ligarnos” a nuestro verdadero destino.

En los dos esquemas que siguen, he tratado de interpretar dos formas distintas a través de las cuales la sincronicidad aparece en nuestros caminos para indicarnos cambiar el rumbo que llevábamos.

En el primero, cuando aún no estamos “despiertos” y alertas a las pistas, todo parece suceder a partir de grandes “golpes de destino”. Con ellos no sólo se activa la energía del alma, sino que nos hace más “permeables” para poder cambiar los valores de nuestra vida.

En el segundo diagrama ya somos concientes de la operatoria de la naturaleza de nuestras vidas.

CAPÍTULO 9 Epílogo...

No recuerdo si he relatado un detalle. En aquel encuentro imaginario con el conocimiento, en la plaza central de Machu Picchu, me pareció escuchar que se iba a organizar un seminario que trataría sobre sincronicidad. En él se reunirían los personajes de todas las épocas (¿?) que habían hablado sobre la sincronicidad y sobre los conocimientos aplicables. Mencionaban participando del encuentro a Einstein, Jung, Heráclito, Schopenhauer y muchos otros seres descolantes en la historia de la humanidad. Y he aquí el problema. Creí escuchar que hacían una invitación para “desconocidos”, si alguien consideraba que podía hacer algún aporte al tema de la sincronicidad. Nada me entusiasmaba más. Esos aportes serían evaluados por quienes participarían del panel y, si existía algo interesante, el aplicante sería convocado por “la sincronicidad” para participar del encuentro.

En este punto quiero ser totalmente sincero con ustedes, lectores. Pensándolo bien, no sé si puedo ser más sincero aún de lo que ya he sido durante todo el libro. Tendrán conciencia de que les he contado, incluso, las vivencias más profundas de mi alma, y no sé si algún día me tendré que arrepentir por ello. En otras épocas, muchos de los que intentaron algo parecido terminaron en la hoguera, como Giordano Bruno. Pero volvamos al punto.

Realmente me esforcé sobremanera en tratar de aportar algo. Me tomé el trabajo de escribir este libro, relatando minuciosamente las sincronicidades en las cuales había estado envuelto. Creo que ha quedado claro que me entregué y me dejé llevar, casi sin condicionamientos, por las “pistas” que la sincronicidad puso en mi camino.

Hice un esfuerzo máximo por describir comprensiblemente “las siete leyes de la sincronicidad”, tal como las había comprendido al volver de Machu Picchu. Agregué, incluso, algunos esquemas de cómo podría funcionar la sincronicidad en su relación con la física cuántica hablando de esas novedosas partículas que me gustó llamar “almatrones”. Como tenía enormes ganas de que me citasen para ese encuentro, creo que fue la sincronicidad misma la que me dictó el posible “diagrama de flujo” de la energía del alma en su evolución espiritual.

Les puedo asegurar que me entregué en cuerpo y alma, durante estos tres últimos y divertidos años, para llenar esas hojas que servirían a modo de solicitud de aplicación para el mencionado encuentro.

Pero estoy decepcionado. No sé qué camino tomar: no sé si hacer un reclamo o desistir definitivamente.

¿La razón?

¡Aún no me han contestado!

Namasté

Buenos Aires, 20 de julio de 2001: Día del amigo

1. Aplicaciones de la física cuántica a la vida diaria

2. El “Campo del universo” de donde todo nace

1. APLICACIONES DE LA FÍSICA CUÁNTICA A LA VIDA DIARIA

Durante el transcurso de mis investigaciones sobre los conocimientos existentes, tomé consciencia de que se conocían muchos datos de cómo funcionaba la naturaleza y el universo todo. Todos sabemos que nuestra consciencia se hospeda en estos cuerpos compuestos por órganos. Los mismos no son otra cosa que células inteligentemente interconectadas, compuestas por átomos; estos, a su vez, están formados por partículas subatómicas. No existe razón, entonces, para pensar que nuestros cuerpos, y por lo tanto nuestra alma, se puedan comportar de manera distinta de como lo hacen las partículas subatómicas dentro del reino de la física cuántica.

En la actualidad, la rama de la medicina que más está evolucionando es la genética. En ella se estudia la enorme cantidad de información contenida en los genes. Ellos tienen la información completa de la vida misma, con la capacidad de reproducirse y enviar la información requerida en cada preciso momento. Poseen, por lo tanto, una gigantesca inteligencia. Pero, ¿dónde se localiza semejante inteligencia?

Lo primero que se nos ocurriría sería buscarla en los componentes de los genes. ¿De qué están compuestos? De bases. Cuatro bases: guanina, timina, adenina y citosina. Y esas bases, ¿de qué están constituidas? Llegamos aquí al punto de la máxima decepción en el intento de encontrar “los elementos inteligentes”. Esas bases no están compuestas de otra cosa más que de cuatro elementos que se encuentran en toda la naturaleza (oxígeno, nitrógeno, carbón e hidrógeno) asociados a dos moléculas frecuentes, una de azúcar y otra de fósforo. Por lo tanto, sólo podemos encontrar un modelo donde almacenar la información (como en los chips de silicio), pero allí no podemos encontrar la inteligencia creadora de la vida.

La misma decepción que la producida por el ejemplo anterior, la sentía cuando analizaba los fenómenos ya demostrados dentro del campo de la física cuántica y los trataba de relacionar con la forma en que interpretábamos nuestra vida. Existía una enorme divergencia y ello me rebelaba.

¿Cómo podía ser que no me hubiesen enseñado esos conocimientos, ni en la educación secundaria ni en la universitaria, si ya la mayoría de todo eso se conocía desde la Conferencia de Solvay de 1927? ¿Era por intereses creados o por falta de educación de los docentes? ¿Cómo era todavía posible que no se hubiesen podido “bajar” esos conocimientos a la enseñanza popular con un lenguaje sencillo?

Me parecía que la frase dicha por el doctor Richard Feynman, Premio Nobel de Física en 1965 no había tenido mucho eco:

Si uno elabora una teoría y no consigue contársela a su abuela y que la entienda, es que no sabe bien qué está investigando. 50

¿Qué había podido aprender de la física cuántica para poder aplicarlo en la vida diaria?

A¿ESPECTADORES O PARTICIPANTES?

Nuestra cultura occidental me había enseñado a ver la mayoría de los acontecimientos desde el

punto de vista de un espectador. Por lo ya espuesto, si continuamente estamos viviendo lo que nos corresponde, la fuerza que se encuentra organizándolo todo nos debe estar considerando como participantes en lugar de espectadores.

La ciencia lo confirmaba. David Peat se refería a lo enunciado, citando al famoso físico y Premio Nobel John Wheeler:

El científico hoy ya no es más un observador imparcial que se para fuera del universo y observa variados eventos. En palabras de John Wheeler, el término “espectador” debía ser retirado de los archivos, y la nueva palabra “participante” debe reemplazarlo. En virtud de la teoría cuántica, se ve con claridad que cualquier observación o intento de determinar las condiciones iniciales, tiene un efecto irreductible sobre el resto del universo. Los físicos y la física no son más separables, sino que son un todo indivisible. 40

De ello deduje que lo que los físicos cuánticos intentaban que comprendiésemos era que ya no se debía pensar más en que se podía seguir separando al experimentador, al aparato de medición y al evento que se quería medir. Eran tres partes del mismo sistema cuántico, y por lo tanto inseparables. Me pareció que todo ello no difería de lo que sucedía en nuestra vida.

Eso significaba que, de alguna manera, se aceptaba la participación activa del “observador” dentro del sistema, y se debía tener presente que no se podía descartar la intención del investigador al estar buscándole un significado al experimento. Esto sucedía así cuando el científico planteaba el objetivo de su investigación y, al hacerlo, su mente ya estaba influyendo, de alguna manera, en el resultado que iba a obtener.

Corroborando este punto encontré un ejemplo muy simpático en el llamado “efecto Pauli”. Ese fenómeno ya había ingresado a la mitología de la ciencia.

J. P. Mc Evoy comentaba que los primeros registros sobre el “efecto Pauli” databan de cuando Wolfgang Pauli, el mismo que había descrito la sincronicidad con Jung, había llegado a Hamburgo como docente privado, después de haber estado en Gotinga con el famoso Born.

¡Cada vez que entraba en un laboratorio, algún elemento del equipo experimental dejaba de funcionar! Era bien sabido que los teóricos se veían perdidos a la hora de experimentar; pero Pauli era un teórico tan excepcional, que su sola presencia descomponía los aparatos. Él mismo contaba, entre risas, que su colega de Hamburgo, el respetado experimentalista Otto Stern, sólo lo consultaba desde el otro lado de la puerta que daba entrada a su laboratorio. 36

Sobre el mismo “efecto”, David Peat relataba que durante el tiempo en que Pauli había vivido los comentarios sobre su persona habían llegado a proporciones tan absurdas, que se decía que solamente tenía que entrar a un laboratorio para que se rompiese un contenedor de vacío o alguna aguja altamente sensible.

Contaba que existían muchas anécdotas sobre el mencionado fenómeno. Pero prefería referirse a una de las más populares entre los físicos, una que provenía del profesor J. Franck.

En una ocasión una pieza complicada de un aparato colapsó en un laboratorio de Gotinga. Franck le escribió a Pauli diciéndole que, como Pauli vivía en Zurich, no se le podía imputar a ese caso particular el “efecto Pauli”. Por el contrario, Pauli le contestó que había viajado a Copenhager y que su tren había parado en la estación de Gotinga a la hora del evento.

Cuando lo leí, me imaginé a todos los científicos de la historia riéndose, pero quien más debía estar haciéndolo era el mismo Wolfgang Pauli.

Lo describió Werner Heisenberg en 1927. El principio de incertidumbre dice que en microfísica es imposible en un mismo instante atribuir a una partícula su posición y su velocidad. O medimos su posición o medimos su velocidad. Al hacerlo debemos conformarnos con esa única propiedad aceptando desconocer la otra. Es imposible medir ambas a la vez. Siempre queda una de las propiedades de la partícula dentro del universo de la incertidumbre. Los científicos creen que tal imprecisión se debe más a la naturaleza misma de las partículas que a la imperfección de nuestros métodos de medición. 39

Este principio de incertidumbre se manifiesta en las sincronicidades cuando aparecen situaciones alejadas de lo que habíamos planeado o esperado (o de lo que estábamos “midiendo”).

C EL PRINCIPIO DE CORRESPONDENCIA

Enunciado por Niels Bohr en 1916. Dice que el mundo de las partículas subatómicas se comporta igual que el mundo de la física clásica cuando se logra acumular un número de partículas suficientes (cuando se alcanza cierto umbral de partículas, los “cuantones” propuestos por Mario Bunge). 39

Me parece que este principio tiene su manifestación en nuestra vida cuando logramos acumular suficiente energía en el alma (emisión de “almatrones”) y con ella logramos desencadenar, en el mundo de la materia, eventos que parecen corresponderse con el mundo de la magia, rompiendo así todas las reglas por nosotros conocidas (como en el caso de las sincronicidades, las premoniciones, la magia, y los milagros).

D EL PRINCIPIO DE COMPLEMENTARIEDAD

Formulado también por Bohr, en 1927, expresa que se debe poner punto final al dualismo onda-corpúsculo. Como claramente lo explican Ortolí y Pharabod, el aspecto corpuscular y el efecto ondulatorio de la luz (de los fotones) eran sólo dos representaciones “complementarias” de la misma realidad. 39 Los fotones se podían entonces comportar diferente de acuerdo con el tipo de experimento a que los sometiésemos. En algunos se manifestarán como ondas y en otros, como corpúsculos.

Tengo la impresión, y es simplemente la de un neófito, que en este principio sí existe tanto la imperfección de nuestros aparatos de medición como la intención del experimentador en lo que desea buscar. Me lo imagino semejante a lo que podría suceder si alguien, desde el otro confín del universo, quisiese registrarme con fotografías aisladas tomadas en diferentes momentos del día. ¿Qué sería lo que podría ver?

A la madrugada vería un ser en posición horizontal “revestido” con un pijama. Por la mañana, un ser que se desliza verticalmente caminando y vestido con saco y corbata. Más tarde, sentado con

una extraña vestimenta celeste, con un par de lupas adosadas delante de los ojos y raros instrumentos en las manos (operando). Al atardecer, disfrazado con ropa blanca y pantalones cortos, moviéndome a una velocidad no registrada en anteriores mediciones (jugando al tenis).

¿Cuál de esas imágenes es la real? Llegarían a la misma conclusión que nosotros con los fotones: diferentes manifestaciones “complementarias” de una misma realidad.

¿Cómo podemos superar la dualidad en nuestras vidas? Logrando ver el continuum de toda la película. Dándonos cuenta de que los complementarios son sólo distintos aspectos de una misma realidad. Tratando de “hacer carne” el significado de la palabra tibetana “drala”: ‘más allá de los opuestos’.

E LA ENERGÍA

He escuchado muchas veces decir a algunas personas que ellos no creen en la energía. Tal vez eso haya sido motivado por el mal uso que se ha hecho de la misma por algunos dentro de la corriente denominada New Age. Mal que nos plazca, desde Einstein no quedan dudas que la materia (y por ende también nosotros) y la energía son equivalentes.

$$E=mc^2$$

Energía= masa x velocidad de la luz al cuadrado.

F LA CONDENSACIÓN DE BOSE-EINSTEIN

Como lo explican Marshall y Zohar en su libro *Who's Afraid of Schrödinger's Cat?* 35, gracias a este curioso fenómeno es posible experimentar los efectos del mundo cuántico en nuestro mundo de mayor escala. Tenemos ejemplos en nuestra tecnología que funcionan basados en la aplicación de la condensación de Bose-Einstein: los láser, los superconductores y la superfluidez. Extraordinarios logros dependiendo de su accionar. ¿Pero cómo funciona?

Si, por ejemplo, tomamos un foco de luz común, su efecto lumínico se extenderá por una distancia limitada, debilitándose a medida que se aleja. ¿Por qué? Porque los fotones que emite se encuentran en diferentes estados de energía, están todos fuera de fase —cada uno en la suya. Pero cuando todos los fotones se congregan en un solo estado cuántico, produciendo un fenómeno colectivo, logran efectos milagrosos como, por ejemplo, poder llegar con su luz desde la Tierra hasta la Luna casi sin dispersión —en caso de poder tener un láser lo suficientemente potente. ¿El resultado? Una función de onda coherente a través de dimensiones macroscópicas, de una manera cooperativa con cada fotón en la misma fase que todos los demás.

Y un superconductor, ¿cómo funciona? Por sus características, los electrones no pueden estar en el mismo estado cuántico (como por ejemplo los electrones, todos en diferentes fases, en la superficie de un metal). Pero si los llevamos casi a cero absoluto de temperatura —casi a su “aniquilación”— veremos que se comportan de una manera análoga a la condensación de Bose-Einstein, en la cual la corriente eléctrica que fluye lo hace en una misma función de onda. Lo

interesante de este fenómeno es que en lugar de producir resistencia eléctrica, el flujo completo de electrones logra comportarse como un coordinado ballet que pasa suavemente por cualquier obstáculo en su camino. ¡Una corriente circulando en un superconductor continuará haciéndolo por miles de años!

El físico Herbert Fröhlich cree que la condensación de Bose-Einstein es característica de la vida misma.

¿La pregunta? ¿Cuándo lograremos los humanos comportarnos todos dentro de la misma fase coherente?

GLA PARADOJA EPR

Ya hemos mencionado esta paradoja, llamada EPR por sus autores (Einstein, Podolsky y Rosen), y la resonancia que tienen entre ellas partículas gemelas que pueden encontrarse a enormes distancias. Se pueden comunicar, incluso, a velocidades superiores a la de la luz. Se correlacionan instantáneamente, más allá de la presencia de fuerzas conocidas o de señales. Se encuentran “interligadas” a través del espacio y del tiempo, sin importar a qué distancia se encuentren. Una sabe instantáneamente lo que le pasa a la otra. Como si tuviésemos dos mazos de cartas, uno en Buenos Aires y otro en Cadmandú. Al sacar el rey de corazones del mazo de Buenos Aires, simultáneamente “salta” del mazo de Cadmandú el otro rey de corazones. A esto lo denominan no-localidad.

La paradoja, que decía que era imposible que dos partículas pudiesen comunicarse su información instantáneamente (ya que estaba en contra de la relatividad), fue décadas más tarde concebida en un teorema (el teorema de Bell), y en 1982 demostrada su veracidad experimentalmente por Alain Aspect.

Lo interesante aquí es ponernos a pensar que todos los átomos del universo nacieron del mismo lugar. Todos estuvieron “ligados” en el momento del Big Bang. Si entonces todo lo que existe en el universo puede tener una forma de comunicación como la descrita, es lógico aceptar eso que dicen sentir los santos de cuando se encuentran en estados místicos especiales: “que son UNO con el universo”.

2.EL “CAMPO DEL UNIVERSO” DE DONDE TODO NACE

Revisando lo aprendido, veía que aún faltaba analizar algo. Y no parecía tarea fácil. Tanto la sincronicidad como la consciencia, y todo lo demás, llevaban al mismo punto: al “Campo de donde todo nacía”. Si lograba averiguar algo acerca de Él sería como ver, desde abajo, “las plantas de los pies del Creador”.

Por algún lugar había que comenzar, y pensé que lo lógico era tratar de buscar, primero, la relación entre “el Campo” y la sincronicidad. A esta pregunta Chopra había respondido:

Mis pensamientos al respecto son meramente personales: creo que todas las coincidencias son mensajes de lo inmanifiesto... interrupciones súbitas de un plano más profundo en la vida superficial... Estos mensajes provienen de un nivel mental que conoce la vida como un todo... el todo le está hablando a sus partes.

En los momentos de sincronicidad, se tiene una mirada a hurtadillas de cuán conectada está la vida, cuán completamente tejida dentro del infinito tapiz de la existencia. 17

No tenía duda de que si algo me hubiese gustado estudiar en esta vida era esa carrera. Ese “Campo” y sus relaciones con todo lo que existe. Parecía que estaba más allá de disciplinas como la filosofía. Decidí investigar si algo, fuera de las religiones tradicionales, se dedicaba a estudiar esa fuerza divina.

Sorprendentemente encontré que sí existía. La mencionaba, en un artículo de la revista IONS Christopher Bache*. Lo transcribo a continuación, ya que creo está escrito con enorme claridad y sencillez:

* Christopher Bache: profesor del Departamento de Filosofía y Estudios Religiosos en la Universidad del Estado de Youngstown y actualmente Director de Aprendizaje Transformacional en el Instituto de Ciencias Noéticas.

Debido a que las verdades más profundas de la vida tienden a repetirse a sí mismas en múltiples niveles, prontamente tomamos conciencia de que al estudiar el universo “allí afuera” también estamos viendo patrones del universo “aquí adentro”, en nuestras mentes y cuerpos individuales.

La teoría de Sheldrake de los campos mórficos, la teoría de Prigogine de las estructuras disipativas, o la teoría de Bohm del orden implicado, tienen implicaciones profundas para comprender, no sólo a la naturaleza, sino a nosotros mismos como parte de la naturaleza.

En esta danza lúdica de contenido y resonancia energética, el aprendizaje ordinario a veces cruza el umbral para convertirse en “aprendizaje transformacional”. Viejos límites pueden derrumbarse en segundos y viejas heridas pueden abrirse y ser drenadas de sus venenos acumulados.

En la India, el “aprendizaje transformacional” es llamado jnana yoga, el sendero de ganar entrada dentro de lo Divino a través de un cuestionamiento intelectual habilidoso... Lo Divino, o como quiera cada uno llamar a este extraordinario poder, inteligencia y belleza que se manifiesta como el cosmos, parece deleitarse en ser conocido. Cada paso dentro del conocimiento genuino es visto como un paso más profundo dentro del ser de lo Divino. La alineación con la verdad significa alinearse con la realidad, y la alineación nos abre a la sanación, el “insight” y la transformación que está fluyendo continuamente a sus muchas partes. 1

Me llamaba mucho la atención lo dicho por Bache, en cuanto lo divino se deleitaba en ser conocido. De esto se desprendía que los humanos teníamos el enorme privilegio de poder intentarlo.

Pero, ¿cuál podría ser la razón por la que, siendo simples humanos, se nos permitía acceder al conocimiento sobre lo Divino? Chopra también me lo había contestado:

Estamos edificando el argumento que todo aspecto de la creación nos requiere como co-creadores, y esta noción hace más y más posible la intimidad con Dios. 17

También recordaba otro pensamiento suyo, que era aproximadamente así: nadie descubre nada, sino que la naturaleza es la que se descubre a sí misma. El sistema nervioso central no es otra cosa que la naturaleza misma. Todo estuvo junto y nació en el Big Bang; el polvo de estrellas continúa descubriéndose a sí mismo y evoluciona continuamente a niveles cada vez más altos de creatividad. 19

Parecía lógico que todo funcionase así, pero por alguna razón nuestra cultura moderna, junto con toda su tecnología, nos quería hacer ver la vida desprovista de su contenido poético y amoroso. Tomando la enseñanza del cuento de los indios, contado en otra parte del libro, se desprendía la realidad que “nuestro mundo actual” había dejado detrás al alma. Tal vez tendremos que aprender de ellos y sentarnos hasta que ella nos alcance. Combs y Holland opinaban que incluso los mayores logros científicos habían sido drenados de sus dimensiones poéticas:

Años atrás, el novelista Norman Mailer fue invitado para sentarse en un panel televisivo durante la transmisión del primer descenso humano en la Luna. Mientras el resto del panel hablaba del logro tecnológico que representaba el alunizaje, Mailer expresó su desacuerdo por la ausencia de poesía en el manejo del tema. Un acontecimiento que desde el principio de los tiempos estaba destinado a llenar nuestros espíritus con sorpresa e inspiración, había sido reducido al egoísmo tecnológico y a descripciones sobre las rocas de la Luna. 16

¡Qué buen ejemplo! Ante ello, creo que el “universo consciente” reaccionó, para despertarnos, induciendo vivencias como la sucedida al astronauta de la Apolo XIV Edgar Mitchell. Me impactó mucho escuchar de su relato que le tocó, en ocasión de su viaje a la Luna, experimentar algo que podría llamarse “éxtasis” o “unidad” con el universo todo. Tal experiencia lo motivó a fundar más tarde el Instituto de Ciencias Noéticas (en el que participan numerosos y renombrados científicos para el estudio de la conciencia) y escribir un libro extraordinario: *The Way of the Explorer*. Mi humilde opinión es que gente como él, con ese tipo de visiones interiores, nos ha devuelto el encantamiento hacia la vida y hacia el universo.

Descubrí que al “Campo” le veían diferentes facetas desde las distintas ramas del conocimiento. En todas ellas destacaban que detrás de todo lo existente en la naturaleza, como también en la sincronicidad, se vislumbraba la existencia de algo que denominaban “propósito”.

Incluso desde el chamanismo, Castaneda se refería a él como “el intento del infinito”, describiendo ese infinito como una fuerza consciente de sí misma. ¡Cuánto habíamos perdido en el camino! En su descripción Castaneda mencionaba cómo hacía ese “intento del infinito” para conectarse con cada uno de nosotros:

Don Juan la describió como una fuerza consciente y que deliberadamente interviene en la vida de un chamán. Llega un momento en que el infinito nos “señala” preparándonos para algo trascendental. Al respecto me dijo que debía abandonar la habitual búsqueda basada en premisas lineales de causa y efecto. Cuando el infinito nos comienza a reclamar como propios, no importa lo que utilice para señalarnos esto, no tiene otra razón o causa que eso. Si eso sucede debemos estar en un estado de continuo desvelo para poder estar afirmados para recibir el ataque del infinito.

Uno de los resultados más codiciados del silencio interno es la interacción específica de energía que siempre se anuncia como una profunda emoción. Cuando desciende el infinito lo hace

como un asalto, como una total posesión de nuestras facultades.

Lo que tenemos que tener presente es que el infinito es el que escoge. El guerrero-viajero sólo puede ceder a su elección. 14

Lo dicho por Castaneda parecía contener una enorme sabiduría. Decidí indagar luego cómo veían, desde las distintas ramas del conocimiento, las descripciones de aquello de donde se originaba todo lo que existía.

Por lo que ya habían insinuado, parecía que el universo se manifestaba a través de un “Campo” interpenetrando y abarcándolo todo, y en el cual podíamos detectar su acción, que contenía un verdadero “propósito”. Todo lo que existía nacía de Él.

Pero, ¿qué era lo que entendían científicamente como “Campo”?

Fue en este punto que me ayudó mucho lo que el biólogo Rupert Sheldrake, con quien había tenido la fortuna de encontrarme, había escrito sobre el tema:

El término “campo” fue introducido por primera vez en la ciencia por Michael Faraday alrededor de 1840, en relación con la electricidad y el magnetismo. Su percepción fue que había que enfocar la atención en el espacio que circunda una fuente de energía en vez de hacerlo en la fuente misma. Durante el siglo XIX el concepto de campo se confinó al electromagnetismo y a la luz. Einstein lo extendió a la gravitación en su teoría general de la relatividad en los años veinte. Según Einstein, el Universo entero está contenido dentro del campo gravitatorio universal, curvado en la cercanía de la materia. Además, debido al desarrollo de la física cuántica, se cree actualmente que hay campos subyacentes a todas las estructuras atómicas y subatómicas.

(...) Hoy más bien creemos que las partículas fundamentales (y por lo tanto también nosotros) emergen de campos. La física ha sufrido ya una transformación debido a la extensión de los conceptos de campo, pero esta revolución está todavía en pañales en la biología. Empezó en los años veinte, cuando varios embriólogos y biólogos evolucionistas postularon por primera vez los campos morfogenéticos para ayudarse a explicar cómo se desarrollan las plantas y los animales. Fueron concebidos los campos como unos anteproyectos o planos invisibles que daban forma a los organismos en desarrollo.

(...) Los campos desempeñan un papel formativo de un modo similar al de los planos de los arquitectos. Partiendo de unos mismos materiales de construcción, se pueden construir casas de distintas formas ateniéndose a planos diferentes. El plano no es el material constitutivo de la casa; se limita a dar forma al modo de cambiar los materiales.

El problema reside hoy en que nadie sabe de los campos morfogenéticos ni cómo funcionan. La mayoría de los biólogos asumen que, tarde o temprano, se los conocerá a través de los términos de la física y la química convencionales; pero yo creo que se trata de unos campos de tipo diferente para los que he propuesto el término de campos mórficos. En la hipótesis de la causación formativa, sugiero que las propiedades holísticas, auto-organizativas de sistemas existentes a todos los niveles de complejidad, desde las moléculas a las sociedades, dependen de esos campos. Los campos mórficos no son fijos, sino que evolucionan. Tienen una especie de memoria incorporada. Esa memoria depende del progreso de la resonancia mórfica, la influencia de lo igual sobre lo igual a través del espacio y el tiempo. 51

Jaworski explicaba lo que él había llegado a comprender de los “campos”, después de su encuentro con Sheldrake, pero desde un enfoque un tanto distinto:

Los campos, dijo Sheldrake, son regiones no materializadas de influencia, fuerzas invisibles que estructuran espacios de comportamiento. El campo gravitatorio terrestre, por ejemplo, nos rodea por todas partes. No lo podemos ver, no es un objeto material, sin embargo, es real. Hace

que las cosas tengan peso y les da plenitud. También hay cambios electromagnéticos que subyacen al funcionamiento de nuestros cuerpos y cerebros. Innumerables patrones vibratorios de actividad ocurren dentro de estos campos y aunque no podemos detectarlos con nuestros sentidos, pueden ser sintonizados con receptores de radio o televisión. “Aunque la naturaleza de los campos es inevitablemente misteriosa, todos los damos por supuestos”, me dijo. También hay, añadió, campos fundamentales de materia cuántica reconocidos por los físicos: campos de electrones, campos de neutrones y otros. Son ‘invisibles, intangibles, inaudibles, insípidos e inodoros’, y sin embargo, son la sustancia del universo. Los campos son estados del espacio, pero el espacio está lleno de energía y estructuras invisibles interconectadas. 32

Combs y Holland también les daban, como la mayoría de los autores, gran importancia a los campos mórficos descritos por Sheldrake, asociando dicho concepto con lo que habían dicho otros grandes pensadores de nuestra historia:

La idea central de Sheldrake es que el desarrollo de un organismo viviente está controlado por una especie de campo o fuerza holística. Tal noción no es nueva. La idea de un principio de formación se puede rastrear atrás hasta Platón con sus “formas ideales”, que existen en una realidad superior, sirviendo de modelos a las formas menos perfectas de este mundo. Los primeros vitalistas del siglo veinte, especialmente Hans Driesch y Henri Bergson, también argumentaron que un organismo viviente es más que un ensamble físico de moléculas. Hay un principio holístico (como el famoso élan vital de Bergson) que le da a su desarrollo una completa dirección e integración.

Una dificultad con las ideas de los vitalistas, al igual que con las formas ideales de Platón, es que los principios tienen una cualidad rígida o estática que es inconsistente con el cambio evolutivo que forma gran parte de la naturaleza. La propuesta de Sheldrake de un campo formativo, el campo mórfico, en cambio, provee un patrón completo de formación que a la vez está sujeto a cambio.

Un campo mórfico es una especie de hábito de la naturaleza. Cada vez que ocurre una forma particular, es más propensa a suceder nuevamente..., la experiencia de una persona puede influenciar a otros. En efecto, cuando algo fue aprendido una vez, es más fácilmente aprendido otra vez más tarde por algún otro. 16

Creía ya tener una idea básica de lo que representaba un campo. Pero ese concepto de “campo” me producía la instantánea desmaterialización de cualquier imagen que pudiese tener en mi mente sobre el Creador. Le quitaba cualquier forma humana que le pueda haber atribuido. Podría decir que lo “desantropomorfizaba”. Era obvio que, como seres humanos, nos costaba mucho no producir imágenes sobre algo, razón por la cual, lo mejor que podíamos hacer, era verlo como algo parecido a una gran mente. La mente que generaba la idea y la información contenida en el campo.

Otro físico afamado, Sir James Jeans, había hecho un aporte a ese cuestionamiento:

Existe, hoy día, un amplio acuerdo que en el campo físico se aproxima casi a la unanimidad, en el sentido de que el discurso general del conocimiento se dirige hacia una realidad no mecánica. El universo comienza a parecer más un gran pensamiento que una gran máquina. 34

Otro físico famoso, Eddington, corroboraba lo dicho por Jeans con una frase contundente. Que la materia del universo era materia mental. 34

Verlo como una gran mente me facilitaba imaginarlo detrás de lo que percibíamos como materia. Un magnífico ejemplo de la vida diaria, la “parábola de los dos escritorios” de Sir Arthur Eddington, me permitía visualizar qué había más allá de la materia que veían nuestros ojos. Arthur Koestler, lo explicaba con claridad en su libro. 34 Por un lado, en el escritorio se podía ver la

antigua pieza mobiliaria sobre la que reposaban cómodamente nuestros codos mientras escribíamos. El otro era el escritorio tal como lo concebía el físico. Consistía casi exclusivamente de espacio vacío, nada pura, salpicada con objetos inimaginablemente pequeños. Los electrones que zumbaban en torno a sus núcleos, pero separados de ellos por distancias que equivalían a centenares de miles de veces su propio tamaño. Y, en el medio, nada. Aparte de aquellos pequeños objetos, el interior del átomo estaba vacío.

Recordaba el ejemplo que daba Douglas Baker, en su libro *La apertura del tercer ojo 2*, sobre una imagen asociativa para lograr imaginar lo que sucedía dentro de un átomo. Decía que con fines ilustrativos debíamos imaginarnos un átomo de hidrógeno ampliado desde su tamaño real, menos de una millonésima de pulgada, al tamaño de una catedral.

El protón, situado en el núcleo de dicho átomo, no sería mayor que un sacerdote perdido en la inmensidad de dicho templo. Por otro lado, el electrón no superaría el tamaño de una moneda. El resto de la catedral estaría vacía. Ese vacío era pues la esencia o composición del átomo en el que el hombre de ideas materialistas depositaba toda su fe.

Combs y Holland le agregaban la imagen que la relatividad no veía al espacio como una región vacía entre átomos también vacíos, sino que nos hacía volver a una visión del universo como si fuera una fábrica en continuidad. El espacio no estaba vacío, sino que estaba compuesto de una sola pieza y relleno de sí mismo. 16

Ian Marshall y Danah Zohar, con colaboraciones de David Peat, habían escrito una maravillosa enciclopedia de actualización sobre los nuevos conceptos de la ciencia titulada

¿Quién le teme al Gato de Schrödinger? En ella se referían a cómo se describe científicamente al campo en cuestión:

En la Teoría del Campo Cuántico las cosas existentes en el universo son concebidas como patrones de energía dinámica. El estado base de energía en el universo, el nivel más bajo posible, es conocido como vacuum cuántico. Se lo llama vacuum porque no puede ser percibido o medido directamente, está vacío de "cosas". Cuando tratamos de percibir el vacuum directamente, nos confrontamos con una vacuidad, un trasfondo sin características que por lo tanto parece vacío. En realidad, el vacuum está lleno de cada potencialidad de todas las cosas en el universo.

(...) A altas energías, una partícula puede transmutar en otra. En el ámbito de la existencia percibida, todo tiene alguna forma de impermanencia.

Para darle sentido a esta danza cósmica de realidades temporales, los físicos tuvieron que entender qué era lo que yacía debajo de ella... Podemos ver partículas y podemos ver ondas, pero sabemos que ninguna de ellas es primaria o permanente. La realidad cuántica consiste en un inaccesible dualismo "onda-partícula", pudiendo las ondas y las partículas transmutarse entre ellas.

Si las partículas y las ondas son sólo manifestaciones, ¿de qué son manifestaciones? La búsqueda de una respuesta a esta pregunta dio origen a la teoría del campo cuántico, de acuerdo a la cual todo lo que existe, todas las partículas y ondas que podemos ver y medir, literalmente "emergen" de un mar subyacente de potencial al que los físicos llamaron vacuum. Las partículas, las ondas (¡y las personas!) "salen", u "ondulan", de ese vacuum subyacente, tal como las olas ondulan en el mar.

(...) El universo no está "rellenado" con el vacuum. En cambio, está "escrito en" o emerge de él. Al igual que la Vacuidad Budista o el concepto de Sunyata, a los cuales está frecuentemente comparado, el vacuum cuántico no está "vacío"; está repleto con potencialidad. 35

Todo lo dicho, concibiendo el universo como una gran mente dentro de la cual estábamos

inmersos, no difería mucho de uno de los principios herméticos, atribuidos a Hermes Trismegisto en el antiguo Egipto, que decía: “Todo es mente”.

Lo que observaba con gran sorpresa era que, lo que la ciencia recientemente había encontrado y definido, se hallaba escrito desde hacía milenios, como lo habían ejemplificado al mencionar la Vacuidad y el Sunyata. Tenía entendido que también en algunas sociedades ocultistas, como el rosacruzismo, y también en los vedas hindúes ya se conocían conceptos similares.

Umberto Eco, en *El péndulo de Foucault*, cuenta a través de uno de los personajes una historia relacionada con Christian Rosencreutz, fundador del rosacruzismo. Había vivido entre 1378 y 1484. En su tumba, descubierta en 1604, había una inscripción que decía: “Nequaquam Vacuum”; ‘el vacío no existe’. 23

Eco demostraba que, tal vez, los antiguos conocimientos esotéricos ya sabían lo que hoy estaba descubriendo la ciencia.

En los escritos del Swami Prabhavananda encontré lo que decían los milenarios vedas acerca del Campo:

La filosofía Vedanta explica claramente cuál es su concepción sobre la estructura del universo. Como recordatorio, Vedanta es la filosofía basada en las enseñanzas de los Vedas, los escritos hindúes más antiguos.

Consideremos primero la Realidad básica. La Realidad, entendida como el yo más interno de cualquier criatura u objeto, es llamada el Atman. Cuando se habla de la Realidad en su aspecto universal, se la conoce como Brahman.

Esto puede parecer confuso inicialmente para los estudiantes occidentales, pero no será así si se lo compara con la terminología cristiana que utiliza los conceptos de Dios inmanente y Dios trascendente.

Igual que en la literatura Hindú, en la Cristiana encontramos también la misma paradoja: que Dios está tanto dentro como fuera de nosotros, instantáneamente presente e infinitamente en toda otra parte. No implica ninguna clase de dualidad. Atman y Brahman son uno.

De todo esto surgen algunas preguntas. ¿Qué es el cosmos? ¿De qué está hecho?

La enseñanza Vedanta dice que el cosmos está hecho de Prakriti, la sustancia elemental e indiferenciada de mente y materia. Prakriti es definido como el poder o efecto de Brahman, en el mismo sentido que el calor es un poder o efecto del fuego. Así como el calor no puede existir separado del fuego que lo causó, de igual modo Prakriti no podría existir apartado de Brahman. Los dos son eternamente inseparables.

¿Por qué Brahman causó Prakriti? Esta es una pregunta imposible de ser contestada en los términos de una filosofía elaborada por el ser humano. Ello se debe a que el intelecto humano mismo se encuentra dentro de Prakriti y por lo tanto no puede comprender su naturaleza.

Prakriti es la Realidad como es percibida por nuestros sentidos humanos, una Realidad distorsionada, limitada, y mal leída. Prakriti no es la Realidad y a pesar de ello no es otra cosa que la Realidad.

Se dice que Prakriti está compuesto de tres fuerzas: sattwa, rajas y tamas. A estas fuerzas se las conoce como las tres gunas. Estas gunas pasan a través de fases de equilibrio y fases de desbalance. La interrelación entre ellas es tal que está sujeta a cambios perceptivos. Mientras las gunas mantienen su equilibrio, Prakriti permanece indiferenciado y el universo sólo existe en estado potencial. En el momento en que el balance es perturbado, comienza una re-creación del universo. La filosofía Hindú ve creación y disolución como un interminable proceso que se repite.

Las gunas entran en enorme variedad de combinaciones, todas ellas irregulares, con una u

otra guna predominando sobre el resto. Así tenemos la variedad de fenómenos físicos y psíquicos que forman nuestro mundo aparente.

Las gunas son a veces descritas como “energías”, y otra como “cualidades”, pero no hay palabra única que pueda definir la totalidad de naturaleza y función. En el proceso de evolución pueden ser pensadas como un triángulo de fuerzas, opuestas pero complementarias.

En el proceso de evolución, sattwa es la esencia de la forma que tiene que ser realizada. Tamas es el obstáculo inherente para su realización. Finalmente, rajas es el poder por el cual el obstáculo es removido y la forma esencial se hace manifiesta.

La fuerza de rajas es la que viene para ayudar. Si una cantidad suficiente de rajas es generada, el obstáculo de tamas puede ser superado y la forma ideal de sattwa puede tomar cuerpo en un objeto tangible.

Las ondas de pensamiento son, por supuesto, proyecciones de las fuerzas de las gunas. 57

¡Extraordinario! De esa maravillosa filosofía cosmológica milenaria, se desprendía que la guna denominada rajas era similar a la fuerza que parece producir las manifestaciones de la sincronicidad.

Por otro lado, le había escuchado a Chopra describir una visión muy personal del mencionado “Campo” y cómo él interactuaba con nosotros dándole, también, una connotación espiritual:

Sólo vemos un aspecto muy selectivo de la realidad. Más allá del universo físico manifiesto, existe un campo de energía, información e inteligencia que orquesta y gobierna el medio ambiente material. Este terreno de creación podría ser llamado “Campo de Energía Consciente”.

El Campo de Energía Consciente no existe independientemente de nuestra percepción de él. Somos a la vez transmisores y receptores de información. Somos a la vez la creación y los creadores continuadores del Campo de Energía Consciente. Somos participantes en un universo creado de consciencia.

(...) Eso no significa que no existe la realidad externa, o que el universo entero tiene lugar dentro de nuestras cabezas. Lo que significa es que el universo físico no tiene cualidades ni atributos en la ausencia de un observador consciente. 18

En ese punto se veía nuevamente lo dicho por Peter Russell: que la consciencia, existiendo para otorgarle significado al universo, se encontraba limitada a decodificar sólo una parte del espectro total de la realidad. ¿Por qué? Porque dependía de la información que le daban los sentidos.

Chopra explicaba esta limitación tomando por ejemplo el color. Veíamos el color como un atributo de la realidad física; cuando mirábamos el césped veíamos el color verde. Pero más allá de esa realidad, el fenómeno del color era solamente una respuesta hecha por el sistema nervioso humano ante los estímulos del medio ambiente, no era inherente a la realidad.

Experimentábamos al color como proveniente desde fuera de nosotros, pero en realidad lo estábamos proyectando desde nuestro interior. El color, como un atributo de la realidad, no existía en la ausencia de nuestras observaciones. Creábamos el fenómeno del color en el Campo de Energía Consciente. Y asimismo creamos otros fenómenos, incluyendo las coincidencias con significado. 18

No parecía ilógico, ya que si nos poníamos a pensar, lo que veíamos como color era simplemente lo que las cosas reflejaban. Y reflejaban el único color que en realidad no eran. Sus verdaderos colores eran todo el resto de los colores, los que absorbían.

¿Cómo serán entonces los colores de la realidad?

Para finalizar esta parte del Apéndice, describiré las siete cualidades específicas que Chopra le veía en lo que denominaba Campo de Energía Consciente.

1. El Campo está en todos lados y se manifiesta, a sí mismo, en todo.
2. El Campo es holográfico. Todo él está contenido en cada parte.

3. El Campo está hecho de atención e intención. Cambiar la calidad de la atención permite darle cita a una nueva clase de respuesta del Campo de Energía Consciente.

4. El Campo se manifiesta en diferentes vibraciones. Todas estas vibraciones pueden ocupar la misma localización en tiempo y espacio, pero ninguna de ellas distorsiona o interfiere con las otras.

5. El Campo de Energía Consciente se expresa a través de energías opuestas. Y es sólo porque nosotros contenemos esas oposiciones, que nuestras vidas tienen algún sentido. Toda la experiencia humana se crea por contraste. No podemos tener calor sin que exista el frío. No podemos tener placer sin dolor. Las energías opuestas crean una realidad inteligible.

6. El Campo de Energía Consciente es sexual. No hay que tomar esto dentro de la angosta definición de nuestro mundo, sino en el sentido de que la energía sexual es la energía creativa del universo. Cuando nos sentimos inspirados, pasionales o entusiastas, estamos experimentando la energía sexual en su sentido más amplio.

7. El Campo de Energía Consciente se está transformando constantemente y evolucionando hacia un estado más elevado, al igual que la evolución y transformación de nosotros los humanos. No hay regresión en el campo. Se desarrolla continuamente. 18

Con todo lo encontrado había unido los conocimientos y las intuiciones de distintas ramas, lo que me había acercado a un “campo subyacente a todas las cosas”. Aparentaba ser como un “mar inteligente y creativo, conteniendo toda la información pasada y futura” sobre lo cual todo “flota y vive”.

Llegaba a concluir que todo lo que sucedía en el universo, incluso las “coincidencias” en nuestra vida, provenía de un “campo inteligente” sobre el cual todo flotaba. Ese Campo parecía ser creativo y consciente, haciéndolo todo con un propósito.

Por otro lado, imaginaba nuestras historias sucediendo dentro de un juego maravilloso.

Al comienzo del mismo, un letrado diciendo: “Búscate. Búscame”.

Los que llegaban al final del recorrido encontraban otro que decía: “Te encontraste. Me encontraste. Ahora tengo alguien más con quien poder hablar”.

Bibliografía y lectura recomendada...

1. Bache, Christopher M.: What is Transformational Learning? en IONS, Noetic Science Review, August-November 1999, Number 49 (Insert).
2. Baker, Douglas Dr.: La apertura del tercer ojo, EDAF, Madrid, España, 1977.
3. Bohm, D. y Peat, F.D.: Ciencia, orden y creatividad, Kairós, Barcelona, España, 1998.
4. Bohm, David: La totalidad y el orden implicado, Kairós, Barcelona, España, 1998.
5. Briggs, John y Peat, F. David: Las siete leyes del caos, Grijalbo, Barcelona, España, 1999.
6. Briggs, John y Peat, F. David: Espejo y reflejo, Gedisa, Barcelona, España, 1994.
7. Briggs, John y Peat, F. David: A través del maravilloso espejo del universo, Gedisa, Barcelona, España, 1989.
8. Campbell, Joseph: Reflexiones sobre la vida, Emecé, Buenos Aires, Argentina, 1995.
9. Campbell, Joseph: Los mitos, Kairós, Barcelona, España, 1997.
10. Campbell, Joseph: El héroe de las mil caras, Fondo de Cultura Económica. D.F., México 1959-1999.
11. Capra, Fritjof: The Tao of Physics, New Science Library; Shambhala Publications, Boston Massachusetts, United States of America, 1975-1983.
12. Capra, Fritjof: The Web of Life, An Anchor Book. Doubleday; a division of Bantam Doubleday Dell Publishing Group, New York, United States of America, 1996.
13. Capra, F., Bohm, D., Davies P., Lovelock, J., Sheldrake, R., Dossey, L., Griffiths, B., et al. v Edición a cargo de David Lorimer: El espíritu de la ciencia, Kairós, Barcelona, España, 2000.
14. Castaneda, Carlos: El lado activo del infinito, Ediciones B, Barcelona, España, 1999.
15. Castaneda, Carlos: El conocimiento silencioso, Emecé, Buenos Aires, Argentina, 1988.
16. Combs, Allan and Holland, Mark: Synchronicity, Marlow amp; Company. New York, United States of America, 1996.
17. Chopra, Deepak: How To Know God, Harmony Books, New York, United States of America, 2000.
18. Chopra, Deepak: SynchroDestiny Workbook, en Seminario en La Jolla, California, United States of America, 1999.
19. Chopra, Deepak: "Seduction of The Spirit", en Seminario, en La Jolla, California, United States of America, 1998.
20. Chopra, Deepak: Comunicación personal.
21. Davies, Paul: About Time: Einstein's Unfinished Revolution, Touchstone, New York, United States of America, 1996.
22. Dowman, Keith: The Power-Places of Central Tibet, Timeless Books, New Delhi, India 1988.
23. Eco, Umberto: El péndulo de Foucault, Bompiani Lumen-Orbis-De La Flor, Buenos Aires Argentina, 1989.
24. Ende, Michael: Carpeta de apuntes, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, Buenos Aires, Argentina, 1996.
25. Grof, Stanislav & Christina: En busca del Ser, Planeta, Buenos Aires, Argentina, 1992.
26. Hamer, Dean y Copeland, Peter: El misterio de los genes, Javier Vergara Editor, Buenos

Aires, Argentina, 1998.

27. Hawking, Stephen W.: Historia del tiempo, Crítica, Barcelona, España, 1998.

28. Hawking, Stephen W.: Quest for a Theory of Everything, Bantam Books, New York, United States of America, 1992.

29. Heisenberg, Schrödinger, Einstein, Jeans, Planck, Pauli, Eddington: Cuestiones cuánticas editado por Ken Wilber, Kairós, Barcelona, España, 1991.

30. Herbig, Jost: La evolución del conocimiento, Herder, Barcelona, España, 1996.

31. Hopcke, Robert H.: El azar no existe, Ediciones B. (Grupo Zeta); Barcelona, España, 1998.

32. Jaworski, Joseph: Sincronicidad, Paidós Ibérica, Barcelona, España, 1999.

33. Kauffman: ¡Eureka! Fleming: Luck only favours the prepared mind. Internet.

34. Koestler, Arthur: Las raíces del azar, Kairós, Barcelona, España, 1994.

35. Marshall, Ian and Zohar, Danah (with contributions by F. David Peat): Who's Afraid of Schrödinger's cat?, First Quill Edition, (Quill, an imprint of William Morrow & Company, Inc.) New York, United States of America, 1998.

36. Mc Evoy, J. P. y Zárate, Oscar: Teoría Cuántica para principiantes, Era Naciente, Buenos Aires, Argentina, 1998.

37. Mitchell, Edgar Dr.: The Way Of The Explorer, G.P. Putnam's Sons. New York, United States of America, 1996.

38. Morton, Patrick: Mathematics & Dreaming en IONS, Noetic Sciences Review. August- November 1999, Number 49; pages 44-49.

39. Ortoli, S. y Pharabod, J.P.: El cántico de la Cuántica, Gedisa, Barcelona, España, 1997.

40. Peat, F. David: Synchronicity: The Bridge Between Matter and Mind, Bantam Books, New York, United States of America, 1987.

41. Prigogine, Ilya: El fin de las certidumbres, Andrés Bello, Santiago, Chile, 1998.

42. Quiles, Ismael: Cómo ser sí mismo, De Palma, Buenos Aires, Argentina, 1990.

43. Rae, Alastair: Quantum Physics: Illusion or Reality? Cambridge University Press, Cambridge, Great Britain, 1996.

44. Redfield, James: La novena revelación, Atlántida. Buenos Aires, Argentina, 1994.

45. Redfield, James: La undécima revelación, Atlántida. Buenos Aires, Argentina, 1999.

46. Redfield, James: La nueva visión espiritual, Plaza & Janés Editores, Barcelona España, 1999.

47. Reeves, H., Cazenave, M., Solié, P., Pribram, K., Etter, H.F., Von Franz, M. L.: La Sincronicidad.

¿Existe un orden a-causal?, Gedisa, Barcelona, España, 1993.

48. Revista Caras, citas, Perfil, Buenos Aires, Argentina.

49. Robin, Jean: Hitler, el elegido del dragón, Martínez Roca, Barcelona, España, 1991.

50. Russell, Peter: El agujero blanco en el tiempo, GAIA, Madrid, España, 1994.

51. Sheldrake, Rupert: Siete experimentos que pueden cambiar el mundo, Paidós Ibérica Barcelona, España, 1995.

52. Sheldrake, Rupert: La presencia del pasado, Kairós, Barcelona, España, 1990.

53. Sheldrake, Rupert: El renacimiento de la naturaleza, Paidós Ibérica, Barcelona, España 1994.

54. Sheldrake, Rupert: Comunicación personal, Buenos Aires, Argentina, 2000.
55. Sogyal, Rinpoché: El libro tibetano de la vida y de la muerte, Urano, Barcelona, España 1994.
56. Somerset Maugham, William: El filo de la navaja, Diana, México, 1958-1970.
57. Swami Prabhavananda and Isherwood, Christopher: How to Know God, Vedanta Press, by the Vedanta Society of Southern California. United States of America, 1953-1981.
58. Talbot, Michael: Más allá de la Teoría Cuántica, Gedisa, Barcelona, España, 1995.
59. Talbot, Michael: Mysticism and the New Physics, Penguin Books Arkana, London, England 1981-1993.
60. Tres Iniciados: El Kybalion. Filosofía Hermética del Antiguo Egipto y Grecia, Kier, Buenos Aires, Argentina, 1969-2001.
61. Von Franz, Marie-Louise: Sobre adivinación y sincronicidad, Paidós Ibérica, Barcelona España, 1999.
62. Wilber, K., Bohm, D., Pribram, K., Keen, S., Ferguson, M., Capra, F.; Weber, R. et al: E paradigma holográfico, Kairós, Barcelona, España, 1986.
63. Zohar, Danah: El yo cuántico, Diana — Edivisión, México, 1996.
64. La Berge, Stephen: Exploring the World of Lucid Dreaming en IONS, Noetic Science Review, Setiembre-Noviembre 2000, Número 53: pág.14-19.

Agradecimientos

Desde el centro de mi alma, deseo expresar mi mayor gratitud a todos los que han influido y participado para la publicación de este libro, que no es otra cosa que la experiencia de un alma.

En primer lugar a la Madre Tierra, que continuamente

nos está facilitando sus átomos

e inteligencia vital para formar estos cuerpos que permiten

hospedar a la conciencia.

A Mercedes, mi gran y amada compañera, que me ha

ayudado a poder vivir y escribir lo que aquí cuento.

A mis hijos, Pablo y Carolina, dos seres maravillosos

que constantemente me están

enseñando a partir de sus búsquedas.

A mis padres, Eduardo y Aurora, que en mis primeros

años favorecieron

el camino a las inquietudes.

A mi gran maestro en sincronicidad, Deepak Chopra,

uno de esos seres que continuamente me deslumbra,

despertándome la máxima admiración y respeto.

A Rupert Sheldrake, por haberme enseñado qué eran

los “campos”.

A todos los Maestros que me han enseñado a través de

sus pensamientos, escritos u orales.

A mis guías espirituales durante años: Juan Carlos

Pennacca y Celia Ausgustaskas.

A mi querida hermana Adriana, gran entusiasta de la

sincronicidad desde que escuchó el tema por primera

vez. Eso la llevó a organizar charlas en las que aprendí a

poner en palabras lo que sentía e intuía...

A Martín Asconapé, Pity Iñurriagarro, Body Rodríguez

Sammartino y José María Rotella, amigos entrañables que

me han acompañado en el camino de la sincronicidad.

Al doctor Carlos Martínez Bouquet por aquella conversación

sobre “Los Señores del Destino”.

A Enrique Mariscal por haber favorecido, a través de

la “serendipidad” (hallazgo valioso imprevisto), la publicación

de este libro.

A Miguel Lambré, Presidente de la Editorial, que

creyó en el tema de las coincidencias con significado.

A Verónica Podestá, que me acompañó y animó en la

etapa de publicación.

A Carmen Amorín, Marta Harriague, Panchito Alconada

Aramburu, Anita Pueyrredón, Rita Agote, Horacio

Achaval, Martín, Paula y Matías Asconapé, por haber

leído el libro en sus comienzos, brindándome la retroalimentación

para producir los cambios necesarios

A Stella Toquero que tradujo al inglés parte del libro.

A Miguel de Torre Borges y Mónica Ploese por sus correcciones

literarias y a Luciana Braini por su creatividad

en el diseño de tapa e interior.

A mis secretarias Gabriela Borda y Fabiana Díaz Ponti,

y a mi instrumentadora Marcela Kohler, por haberme

ayudado en distintos momentos de la redacción.

Finalmente, a la sincronicidad misma, por haberme “clavado despiadadamente sus garras” produciéndome este maravilloso apasionamiento durante los últimos cuatro años.

This file was created

with BookDesigner program

